

Bingo Palace

LOUISE ERDRICH



se

Lectulandia

«Bingo Palace» cuenta la historia del joven Liphsa Morrissey cuya vida da un vuelco cuando su abuela le suplica que vuelva a la reserva india. Allí se enamorará perdidamente de la hermosa Shawnee Ray, que está decidiendo si acepta o no la proposición de matrimonio del rico empresario y padre de su hijo Lyman Lamartine, jefe de Liphsa en el casino Bingo Palace.

Las complicaciones continúan cuando Liphsa descubre que Lyman es su rival en muchos aspectos pues, tras aliarse con un grupo influyente de agresivos hombres de negocios, ha decidido abrir un nuevo casino dentro del territorio de la reserva, un proyecto que amenaza con destruir los lazos fundamentales que unen a la comunidad india con su pasado.

«Bingo Palace» es un luminoso relato acerca de la muerte y la resurrección espirituales, y una reflexión sobre el dinero, el amor desesperado, la esperanza inquebrantable y el poder inagotable de los sueños más preciados.

Lectulandia

Louise Erdrich

Bingo Palace

ePub r1.0

Titivillus 20.06.2019

Título original: *The Bingo Palace*
Louise Erdrich, 1994
Traducción: Susana de la Higuera Glynne-Jones
Ilustraciones: Gloria Gauger
Diseño de cubierta: Raúl Allén

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Agradecimientos

Capítulo uno. **El mensaje**

Capítulo dos. **Lipsha Morrisey**

Capítulo tres. **Solitaria**

Capítulo cuatro. **La suerte de Lipsha**

Capítulo cinco (Lipsha). **Transformación**

Capítulo seis. **La suerte de June**

Capítulo siete (Lipsha). **La furgoneta del bingo**

Capítulo ocho. **La suerte de Lyman**

Capítulo nueve (Lipsha). **Aislamiento**

Capítulo diez. **La suerte de Shawnee**

Capítulo once (Lipsha). **Mindemoya**

Capítulo doce. **La suerte de Fleur**

Capítulo trece. **El sueño de Lyman**

Capítulo catorce (Lipsha). **Guerras de religión**

Capítulo quince. **La suerte de Redford**

Capítulo dieciséis. **La danza de Shawnee**

Capítulo diecisiete. **El fulminante ayuno a ninguna parte**

Capítulo dieciocho. **La danza de Lyman**

Capítulo diecinueve. **La suerte de Albertine**

Capítulo veinte (Lipsha). **Una pequeña visión**

Capítulo veintiuno. **La suerte de Gerry**

Capítulo veintidós (Lipsha). **La huida**

Capítulo veintitrés. **La suerte de Zelda**

Capítulo veinticuatro (Lipsha). **Soy un perro enloquecido que se muerde a sí mismo para despertar un poco de compasión**

Capítulo veinticinco. **La detención de Lulu**

Capítulo veintiséis. **La mañana de Shawnee**

Capítulo veintisiete. **Los huesos de los Pillager**

Agradecimientos

Megwitch, merci, gracias, antes y después, por toda la ayuda prestada referente al bingo a Susana Moldow, Lise, Angela y Heid Ellen Erdrich, Delia Bebonang, Thelma Stiffarm, a la familia Duane Bird Bean, Pat Stuen, Peter Brandvold, Alan Quint, Gail Hand, Pauline Russette, Laurie SunChild, Marlin Gourneau, Chris Gourneau, Bob y Peggy Treuer y su familia, así como a Two Martin, Trent Duffy y Tom MacDonald. Agradezco a mi padre, Ralph Erdrich, haber seguido el hilo de la vida del bingo y de nuevo a mi abuelo, Pat Gourneau, que jugó tantas cartas a la vez.

Capítulo uno

El mensaje

Durante el invierno, la mayoría de los días Lulu Lamartine no se despertaba hasta que el sol proyectaba un halo de calor en el que podía desperezarse con un suave ronroneo. Después, se levantaba, preparaba café, ponía a calentar leche muy cremosa y se tomaba el café con leche en una taza de porcelana, sentada a la mesa de su apartamento. Ingresaba en el mundo nevado entre pequeños sorbos, sumida en melancólicos pensamientos. Un panecillo blanco y dulce, un donut e incluso a veces un tazón de cereales seguían a ese primer café, enlazado con otro y otro más, hasta que Lulu estimaba al fin que estaba despierta y se hacía cargo del día a día de la tribu. Conocemos sus hábitos — muchos de nosotros los hemos compartido incluso—, de modo que cuando la vimos acercarse a la puerta de su coche en el aparcamiento antes de su hora habitual, avisamos a los demás para que vinieran a verlo. Desde luego llevaba puesta la ropa de faena. Se subió al coche luciendo medias y botas de tacón de aguja, y, debajo de su grueso abrigo de invierno violeta, un florido y escotado vestido de noche. Ajustó el retrovisor interior y se colocó las gafas en la nariz. Arrancó y descendió por la serpenteante carretera. Desde lo alto de la colina, vimos cómo se adentraba en el corazón de la reserva.

Condujo con una tranquila determinación, deteniéndose en las señales de tráfico, cediendo el paso incluso, mientras se dirigía hacia uno de los dos lugares abiertos a una hora tan temprana. La gasolinera —es posible que fuera a emprender un viaje más largo— o la oficina de correos. Ésas eran las dos posibilidades que pudimos imaginar. Cuando pasó por delante de la primera, supimos que debía de dirigirse a la segunda opción, y, una vez allí, confiamos en Caballo Gemelo Diurno para que nos contara cómo Lulu entró en la oficina de correos bajo la bandera de los Estados Unidos, el gran sello de Dakota del Norte y el emblema del pueblo chippewa, y se entretuvo allí, mirando a su alrededor, calentándose como una gata ante la rejilla de la calefacción mientras se daba golpecitos en los labios con una uña pintada.

Caballo Gemelo Diurno la observó, al menos hasta que la mujer se giró, le sorprendió mirándola y desencadenó un gran desconcierto. Primero lo fulminó con una mirada de hechicera, que hizo que su dedo quedara pegado a la báscula postal. La cinta adhesiva parecía tener vida propia, de modo que, cuando se inclinó para retirar el dedo y hacer una bola con la cinta, Caballo Gemelo Diurno se fue poniendo cada vez más nervioso. Mientras luchaba con el papel pegajoso, llegó la señora Josette Bizhieu con tres paquetes, tan impaciente como siempre. Al atenderla, Caballo Gemelo, que era jefe de la oficina de correos, no podía vigilar los movimientos de Lulu, que hojeaba las fichas de unas pequeñas cajas que contenían las facturas de otros clientes. No vio cómo la mujer se detenía para leer las instrucciones de la fotocopidora, ni cómo se inclinaba sobre la vitrina para observar los juegos de bolígrafos, tazas estampadas con sellos y álbumes para coleccionistas. No pudo ver cómo se paraba ante los avisos de búsqueda para hojearlos rápidamente y en silencio, recorriendo el grueso taco hasta encontrar el retrato de su hijo.

Fue la mismísima Josette, espabilada y recelosa como la gata salvaje que le había dado nombre, la que agachó la barbilla y volvió la cabeza una fracción de segundo, el tiempo suficiente para ver cómo Lulu Lamartine hundía la mano en el fajo de delincuentes arrancando la propiedad del Gobierno de un rápido, decidido y sereno movimiento, como si cortara una toallita de papel en un dispensador dentado. Con el papel en la mano, Lulu se dirigió a la fotocopidora. Con sumo cuidado, colocó la fotografía bocabajo en el cristal e insertó dos monedas en la rendija. Un fogonazo de satisfacción iluminó su rostro cuando el tambor de la máquina desprendió una fuerte luz y un suave zumbido. Retiró el original así como la copia de la fotografía en cuanto ésta salió. La dobló, la metió en un sobre y se acercó rápidamente al buzón destinado a los envíos fuera de la localidad, donde esperaba Josette con sus paquetes, como si estuviera dudando sobre cuál despachar primero. Al percibir que Josette bajaba la mirada, Lulu se apresuró a enviar la carta, pero no antes, sin embargo, de que Josette vislumbrara el nombre del pueblo en la dirección que ya estaba escrita en el sobre franqueado.

Fargo, Dakota del Norte. Allí estaba: el conocido paradero del nieto descarriado que Lulu Lamartine y Marie Kashpaw compartían para su desgracia. De modo que Lulu Lamartine enviaba al hijo la fotografía del padre. Quizá se tratase de una llamada para que volviera a casa. Un aviso. Significaba algo sin duda. Siempre había algún motivo detrás de todo lo que hacía Lulu, aunque uno tardase en descubrirlo, en descifrar las claves.

Después, Lulu salió por las puertas acristaladas, dejando a Caballo Gemelo Diurno y a Josette en la oficina de correos.

Los dos la siguieron con la mirada, pensativos y con el ceño fruncido. Percibieron a su alrededor un repentino torbellino de oportunidades y posibilidades, pues la oficina de correos era un lugar propicio a catástrofes que se evitan por los pelos, iluminado por números. Clavaron los ojos en las portezuelas de los apartados de correos metálicos, alineados con tanto rigor que resultaba fácil confundirlos. Y a continuación, en la estantería construida para la imprescindible colección de sellos de caucho, todos de idéntico aspecto, que, no obstante, eran capaces de enviar una carta al otro lado del mundo. Por supuesto, estaban las estampillas en sí, vendidas en cartillas o en hojas sueltas dentro de sobres de celofán encerado. Águilas. Flores. Globos de aire caliente. Adorables perritos. Wild Bill Hickok. El universo cotidiano parecía de pronto precario y extraño. Josette retrocedió con recelo y entrecerró sus astutos ojos. Caballo Gemelo Diurno observó la cinta adhesiva de color verde oliva. El rollo volvía a descansar, limpio y dócil, en sus manos. Recorrió la superficie con la uña en busca de la extremidad donde despegar y cortar, pero el plástico era liso, frustrante y perfecto, igual que el pequeño incidente con Lulu. No encontraba nada de donde tirar, pero estaba seguro de que ese numerito ocultaba un motivo complejo y una historia más larga.

Al final, sin embargo, no hubo mucho más que saber sobre lo que hizo Lulu ese día. Deberíamos habernos preocupado más tarde, por las consecuencias a largo plazo. Aun así, procuramos vigilar de cerca sus movimientos, por lo que sabemos que, al poco tiempo de abandonar la oficina de correos, Lulu Lamartine compró un marco de fotos de latón y cristal en la tienda más elegante de Hoopdance. Lo llevó a su apartamento y lo depositó sobre la mesa de la cocina. Josette, que se reponía de todos los recados realizados bebiendo un vaso de agua, contó cómo Lulu había utilizado una lima de uñas para levantar los minúsculos ganchitos que sujetaban el respaldo. Retiró primero el áspero cartón, luego el cuadrado metálico interior y, por último, la pobre reproducción de una feliz pareja de novios. Apartó la fotografía sentimental y colocó el aviso de búsqueda contra el cristal. Alisó el papel de mala calidad, puso de nuevo la tapa y dio entonces la vuelta al retrato para contemplar la imagen más reciente de su famoso hijo delincuente.

Incluso bajo el *flash* del fotógrafo de la policía destacaban los ojos de los Nanapush. Los huesos de los Pillager y el destello de un pendiente en la mejilla. Gerry Nanapush poseía una rabia tímida, una grave perplejidad y mucho pelo. La mujer buscó rasgos suyos —la nariz, sin duda— y de su

padre —el gesto, la sonrisa de lobo, contenida y disimulada, resplandeciente—. Cuando recorrió con la mirada sus brazos vigorosos, parecía pensativa, explicó Josette, demasiado astuta y ensimismada en sus cálculos. A decir verdad, nunca nos ha parecido que Lulu Lamartine mostrara el gesto adecuado, es decir, el de una madre resignada. Sus ojos desprovistos de toda devoción siempre proyectaban un brillo peligroso y su sonrisa parecía querer liberarse para echar una maldición. Tenía un rostro alerta, brazos fuertes y, aunque aquejadas de artrosis, poseía las manos de un ladrón de cajas fuertes. A pesar de todo, creímos que todo el asunto concluiría con la fotografía en la repisa. Al fin y al cabo, el muchacho había sido detenido de nuevo hacía muy poco tiempo y encerrado de una vez por todas. Jamás nos imaginamos que la mujer llegaría tan lejos como finalmente llegó. Pensábamos que Lulu Lamartine se conformaría con cambiar el retrato de sitio, moviéndolo de un lado para otro hasta dejarlo al final en el centro de la balda repleta de adornos, donde nadie podría dejar de verlo al entrar en el apartamento.

Fue la mirada calculadora de Lulu y no el rígido gesto de la fotografía lo que persiguió a Josette durante todo ese día, pero los dos pares de ojos eran tan parecidos que siempre había que procurar evitarlos al entrar en la casa. Algunos de nosotros intentábamos resistir y, sin embargo, acabábamos atraídos irremediablemente. Teníamos curiosidad por averiguar algo más, aunque nunca conseguimos conocer todo el embrollo a fondo. La historia nos enreda, nos presiona el cerebro y pronto nos encontramos intentando tirar del hilo hasta llegar al inicio, poner orden entre las familias y dar algo de sentido a las cosas. Pero empezamos con una persona, y rápidamente le sigue otra y otra más, y otra, hasta que nos hallamos perdidos en medio de tantos vínculos y parentescos.

Podríamos tirar de cualquier hilo de Lulu, además, y no cambiaría nada; todo acabaría en la misma maraña. Comencemos, por ejemplo, con Gerry Nanapush, su hijo en los carteles de «Se busca». Recorramos el linaje de hijos, hermanos y hermanastros hasta llegar a Lyman Lamartine, el benjamín. He aquí un hombre al que todo el mundo conocía y sin embargo nadie conocía, un intrigante de mente sombría, un emprendedor amargado y no obstante encantador, que sisaba dinero al tío Sam a sus espaldas y que gastaba bromas para engatusar al otro, un tipo que fraccionó la reserva del mismo modo que lo había hecho Nector Kashpaw, su padre de sangre, y cuyo propio interés estaba tan entrelazado con el interés de los suyos que era incapaz de distinguir su ambición personal del orgullo de los Kashpaw. Lyman llegó incluso a enamorarse de una mujer mucho más joven. Se enamoró y fracasó,

pero eso nunca ha arredrado mucho tiempo a ningún Kashpaw, ni a ningún Lamartine tampoco.

No soltéis este frágil cabo. Se avecina una tempestad, una tormenta de nieve. June Morrissey todavía camina por esa inesperada nevada de Semana Santa. Era una mujer hermosa, muy querida y muy atormentada. Dejó morir a su hijo y abandonó al padre a merced de otra mujer; olvidó la maleta hecha en su habitación, en cuya puerta faltaba el picaporte. Nunca recobró del todo la memoria, salvo en los pensamientos de Albertine, su sobrina: una Kashpaw y una Johnson, un poco de todo pero libre de nada.

Vemos bailar a Albertine en la *powwow*^[1] con una larga trenza cayéndole por la espalda y el chal formando un torbellino azul. La vemos agachada sobre los libros de medicina de la biblioteca, resistiendo la tentación de fumarse un cigarrillo desde la clase de Anatomía. La vemos haciendo lo que los *zhaginash* llaman «esforzarse al máximo», es decir, insistir e insistir hasta tener la sensación de que se le va a caer la cabeza en las manos. Su cometido parece consistir en levantarse y hundirse, precipitarse hacia las cosas a toda velocidad y desde todas las direcciones, como el viento, y derribar a cada uno de sus adversarios con toda su fuerza dramática. La vemos herida cuando fracasa su poderosa carga. La vemos retroceder de un salto, para recobrar su fuerza.

Sacudimos la cabeza e intentamos avanzar de una manera y luego de otra. El cordón rojo que une a la madre con su bebé es la esperanza de nuestro pueblo. Se tensa, cruje, se enreda, se engancha, pero resiste. Y de qué manera. Al abalanzarse al final de ese cordón, muchas jóvenes que se creían indómitas recibían un tirón seco que las arrojaba al suelo y no les dejaba más opción que sacudirse el polvo, indignadas y doloridas. Shawnee Ray, Shawnee Ray Toose y su hijo, por ejemplo. Los ancianos cerraban los ojos y procuraban no admirar abiertamente la belleza de esta joven, porque una pavesa incandescente todavía puede volver a la vida, rotunda y azul, y ¿qué pueden hacer ellos? Es mejor conformarse con chasquear la lengua. Hemos oído a Shawnee Ray hablando con los espíritus en la cabaña de sudación de una manera tan dulce, tradicional y respetuosa, que éstos no pueden hacer otra cosa sino contestar. No sabemos cómo conseguirá llevarse bien con esa jefa, la *ikwe* Zelda Kashpaw, quien levantó una empalizada alrededor de su propio corazón desde los tiempos en que ella misma era una niña. No sabemos cómo saldrá todo y en qué acabará, y por ello observamos todos, unos y otros, tan detenidamente; una sola voz disidente.

Sabemos muy bien que nadie es tan sabio como para llegar a comprender el corazón de otra persona, aunque el cometido de nuestra vida sea intentarlo. Masticamos las pieles endurecidas y nos interrogamos. Pensamos en Fleur, aquella mujer Pillager, que, en realidad, siempre fue medio espíritu. Con un pie en el sendero de la muerte, un rápido paso hacia atrás, su danza nos pone nerviosos. Sin embargo, algunos de nosotros deseáramos que saliera del bosque. Ya no le tenemos miedo: al igual que la muerte, es una vieja amiga que ha estado esperando apaciblemente, una compañera paciente. Sabemos que se demora y se rezaga todo cuanto puede, a la espera de que otra persona ocupe su lugar, pero de un modo diferente a cuando derramaba su canto de muerte en la boca de los demás. Esta vez espera a una persona joven, un sucesor, alguien que herede su sabiduría, y dado que sabemos quién ha de ser esa persona, sentimos pena por ella. Pensamos que se equivoca. Creemos que Fleur Pillager debería exponer sus viejos huesos al sol como nosotros y descansar, en lugar de malgastar sus últimas palabras en ese muchacho hechicero.

Lipsha Morrissey.

Todos estamos indignados con el hijo del hombre cuyo rostro aparece en esos carteles de búsqueda. Hemos tirado la toalla respecto a ese joven Morrissey, que Marie Kashpaw rescató de la ciénaga. Aunque los espíritus soplaron sus dedos cuando era bebé, no valora los poderes que posee. Tenía una grandiosa habilidad, pero la destruyó. Sus idas y venidas a la ciudad le debilitaron y confundieron, y ahora va dando tumbos en círculo mordiéndose el rabo. Cruza la carretera a toda velocidad como un coyote, esquivando las ruedas y, de pronto, aparece en el parque infantil, columpiándose, y ha vuelto a alienarse fumando su pipa de estupefaciente. Nos tiene hartos. Intentamos apoyarle y recuperarle, dándole consejos. Le decimos que debería echar raíces, sentarse en el suelo, hundir las manos en la tierra y suplicar a los manitús. Hemos hecho tanto por él y, aun así, lo cierto es que todavía no ha hecho nada de verdadera importancia.

Nos gustaría poder afirmar otra cosa desde la última vez que contó su historia, pero ahí están los hechos: el muchacho cruzó la frontera para regresar a la reserva, orgulloso tras el volante del Firebird azul de su madre, y dejó escapar sus oportunidades. Durante un tiempo, dio la impresión de que iba a llegar a algo. Acabó el instituto y sacó buenas notas en los exámenes de ingreso a la universidad de Dakota del Norte. Nos dejó a todos estupefactos, porque estábamos convencidos de que no era más que un inútil, una carga, una de esas tristes estadísticas de las reservas. Las ofertas llenaron el buzón

de su abuela: de todo, desde la mecánica diesel hasta pilotar aviones. Pero entonces nos dio la razón. Pues nada atraía su interés. Nada le retenía. Nada le motivaba.

Se le contrató para formar parte de una cuadrilla que estaba transformando un antiguo almacén de ferrocarril en un restaurante de lujo, que era el último grito en reformas. El resultado fue deslumbrante, sólo que, cuando pasaba un tren, los platos se caían, los vasos temblaban y el agua se derramaba. Después, trabajó en una fábrica de hachas de guerra. Contribuyó sustancialmente a hundir la empresa, pero no se quedó allí para recoger los escombros y se escabulló a Fargo. Consiguió un empleo en una planta azucarera, cargando palas de azúcar. Llenó montañas de ellas, todo el santo día, moviendo montículos de un lado a otro. Llamaba a su abuela Marie por teléfono a la línea compartida y a cobro revertido, y siempre para quejarse.

Bueno, era de esperar. ¿Qué clase de trabajo era ése, de todos modos, para un chippewa? Todo aquello no nos gustaba nada. Cuando regresaba a su habitación, colocaba un pequeño recogedor debajo de sus zapatos y calcetines y vaciaba el azúcar formando un pequeño montoncito. Sacudía el pantalón en la bañera, se cepillaba el pelo y tiraba todo por el desagüe. Aun así, los granitos de azúcar crujían bajo los pies y la alfombra se volvía más gruesa. Los largos pelos de la alfombra se quedaban pegados y el azúcar atraía a las cucarachas y los pececillos de plata, que mataba con insecticida. Nunca estaba nada limpio, se quejaba a Marie, mientras nosotros escuchábamos. El azúcar se derretía hasta convertirse en sirope y las fumigaciones no hacían más que sellarlo todo, de modo que se iban acumulando capas y capas de un pegajoso barniz cada vez más duro.

Como le pasaba a él. Estaba levantando una especie de capa de óxido, dura, bajo la cual se resguardaba. Nos enteramos por fuentes de las que no nos gusta hablar de que se le veía en los bares, en los lugares más sórdidos, en los clubs de los traficantes de drogas y en las zonas bajo los puentes donde tantas cosas ilegales pasan de la mano a la boca. De tal padre tal astilla, pensamos, expresándolo tan solo con los ojos, igual que su padre, ahí está. Y entonces un día, la fotografía de Gerry Nanapush que envió Lulu por correo llegó a Fargo: un mensaje referente a su padre buscado por la policía que, por supuesto, llevó al muchacho a detenerse por un tiempo para reflexionar. Ésta era su vida —algo que podríamos haberle dicho desde la primera llamada de teléfono—. Allí estaba él, sentado a una mesa de madera falsa mientras oía el ruido de los coches en la calle más abajo. Estaba recubierto de un manto químico, pegajoso y resistente, protegido, en suspensión, aprisionado como

un insecto en una masa de plástico. Estaba atrapado en una piel extraña, ahogado en drogas, azúcar y dinero, cocido y bien cocido en una tarta de hormigón.

No lo conocíamos, no queríamos hacerlo, pues, a decir verdad, nos daba igual. «Lo que él es no es más que la costumbre de lo que siempre ha sido», advertimos a Marie. «Como no tenga cuidado, se convertirá en el fruto de ello».

Quizá un redoble de tambor le hiciera cosquillas en los dedos o tal vez le ardiera todo el rostro como si se hubiera arrancado a sí mismo a bofetadas de un largo letargo. Fuera lo que fuese, se levantó y salió por la puerta con todo lo que era capaz de llevarse: chaquetas, dinero, una radio, ropa, libros y cintas. Cruzó el pasillo y bajó las escaleras hasta la calle. Cargó el coche hasta arriba y entonces, en cuanto se sentó al volante, dejó de importar todo excepto la carretera.

Le vimos en cuanto entró en el gimnasio durante la *powwow* de invierno. Se mezcló entre el gentío en medio de una canción intertribal. Le vimos apoyarse en la pared para observar a los bailarines que no cesaban de dar vueltas con sus llamativos trajes, y no pudimos hacer más que constatar enseguida que el muchacho no encajaba en ningún sitio. No era un *honcho* de un consejo tribal, ni un organizador de *powwows*, ni un médico de guardia en un coche de policía aparcado fuera, ni alguien a quien confiar nuestra vida. No era miembro de un grupo de tambores, ni un cantante, ni un vendedor de golosinas. No era una anciana cree con un pañuelo anudado en la barbilla, un delgado bolso en el regazo y un vaso de cartón de coca-cola. No era uno de los nuestros. No era uno de esos bailarines folclóricos con espejo en la cabeza y penacho en forma de puercoespín, no seguía las tradiciones, no era una de esas muchachas con chal cuyos padres las adornan de abalorios de pies a cabeza. Tampoco era nuestro abuelo, con el rostro semejante a un viejo cuero curtido y limpio, que rezaba sobre el micrófono con la cabeza gacha. Ni siquiera era una de esas personas arracimadas alrededor de la máquina expendedora de refrescos en el exterior de la sala, aquellas que se negaban a entrar en el ambiente cálido y con aroma a hierba porque estaban demasiado ebrias o demasiado enamoradas o demasiado intimidadas. No era una de esas mujeres chippewas con aros en la nariz ni esa anciana tía con los dedos chorreando agua, ni el animador con el rostro descarnado y unas cuantas plumas en el sombrero.

No era ninguno de ellos, solo era Lipsha, de vuelta a casa.

Capítulo dos

Lipsha

Lipsha Morrissey

Al entrar aquella tarde bajo las luces del gimnasio del instituto, me detengo para preguntar por el camino a un lugar que siempre he conocido. Los tambores retumban y me reavivan la sangre. Tengo el corazón desbocado. Me siento a la vez confuso e intimidado, de vuelta a casa sin un sitio donde encajar, sin nadie a quien recurrir, sin un amigo a quien saludar. Por supuesto, no tardo mucho en vislumbrar un destello de raso, sello distintivo de mi prima Albertine Johnson. Su paciencia con ese tejido sedoso es bien conocida y, como si yo hubiera imaginado siquiera ese color azul cielo y los tonos más oscuros que ella habría elegido, mis ojos se fijan en ella la primera vez que pasa ante mí como un remolino y me descubre de rojo.

La observo. Un águila azul oscuro despliega las alas bordadas con perlas por toda su espalda y lleva un chal azul con un ribete de flecos de todas las tonalidades de azul, desde el azul marino hasta el turquesa. Sus polainas están cubiertas de perlas azules y sus mocasines son del mismo color. Ha recogido su cabello rojizo en una sola trenza que le cae por la espalda, con un cordón, que va disminuyendo progresivamente, atado a cada lado con una escarapela a juego y una pluma blanca, que ondea suavemente a cada paso. Llegados a este punto, normalmente comenzaría a hablar de Albertine: cómo se marchó a estudiar fuera, cómo su vida se tornó tan complicada y avanzada. No obstante, puesto que está bailando sola con una amiga, mi relato no se va a convertir en absoluto en un informe pormenorizado sobre Albertine. Ella aparecerá más tarde. No, la protagonista de mi historia, la luz delirante, la esperanza, es la segunda mujer que veo bailando en *powwow* de invierno.

Nuestra señorita Little Shell^[2].

Sigo con la mirada la suave luz que impregna el gesto de Albertine hasta que alcanza el resplandor más intenso de Shawnee Ray Toose, que recoge el brillo de mi prima y, de algún modo, lo proyecta sobre mí mediante un complejo juego de reverberaciones, mientras pasan con un sutil balanceo,

como si los dientes de Shawnee Ray irradian cegadores destellos. Doy un paso adelante para verlas mejor, pero, de alguna manera, mis ojos se quedan prendidos de Shawnee Ray. La visión de la espalda de su vestido de cascabeles, elaborado con una tela tan lustrosa como la piel de una serpiente y de un color rojo oscuro, me atrapa con fuerza y no quiere soltarme. El tejido resulta extremadamente ajustado y el cinturón, con el nombre de «Señorita Little Shell» escrito con espejeantes perlas, le ciñe la cintura.

Pestaño y sacudo la cabeza. Mis ojos ansían ver más y desde más cerca, pero me salvan mis manos, puesto que cruzó los brazos y me hundo de nuevo en la multitud. Aun así, cada vez que las dos mujeres pasan cerca de mí, me quedo petrificado. No puedo dejar de fijarme en los pechos de Shawnee Ray, perfilados bajo aquel vestido como dos círculos que no paran de moverse como un premio en una cesta, así como en los adornos cosidos que tintinean y la cubren formando una V de modo que cada movimiento de sus curvas de un rojo húmedo acompaña la música de su cuerpo. Adivino su perfil, duro y descarado. Tiene el pelo entrelazado formando una especie de trenza que parece cosida a su cabeza, en la que ha prendido una diadema elaborada con piedras rutilantes. En un momento dado, después de observarla largo tiempo, creo que percibe mi mirada porque, de repente, se pone de puntillas y se eleva cada vez más. Se alza en esa atmósfera de palomitas de maíz y comienza a moverse, libre y sobrenatural, como el espíritu de una pantera, tan liviana que me hace pensar en las nubes, el sol y el cielo que cubren la nieve resplandeciente.

Después, cae y rebota con menos altura, y se lleva una mano a la cintura. Levanta el otro brazo, orgullosa, y blande el abanico muy alto.

Shawnee lleva el ala y el hombro de una enorme águila hembra. Me la imagino despegando, cazando el pájaro al vuelo y partiéndolo por la mitad de un solo golpe. Es fácil imaginar a Shawnee Ray en tiempos remotos, persiguiendo un búfalo en un pequeño caballo de guerra pinto, o quizá con sus propias y ágiles piernas. Derribando al animal de un solo golpe en el cráneo. O de pie, con el brazo encogido, empuñando una lanza, que arroja sin la menor vacilación y que atraviesa lo mismo a un soldado de caballería que a un mastodonte. Shawnee Ray es lo mejor de nuestro pasado, nuestro presente y nuestra esperanza para el futuro.

Sus padres están allí, ahora los veo. Elward Fuertes Costillas, segundo marido de la oronda Irene Toose. Han vuelto a la reserva de visita. El verdadero padre de Shawnee falleció hace tiempo en un fatal accidente y, en cuanto Irene se volvió a casar, el matrimonio se fue a trabajar a Minot.

Dejaron a Shawnee Ray en la reserva para que terminara el instituto y, ah sí, para que diera a luz a su hijo, algo que todo el mundo da ahora por sentado.

Esta noche, Elward e Irene están sentados lo más lejos posible el uno del otro en unas sillas plegables, procurando no mirar demasiado a su hija, ni parecer demasiado contentos con ella ni demasiado enemistados el uno con el otro. Intentan no aparentar que se han dado cuenta de que las otras hijas de Irene, las chicas Toose, no se encuentran en el gimnasio sino que seguramente vagan por el aparcamiento o más allá, emborrachándose en las sombrías y lejanas colinas. Intentan no fijarse en el sitio que ocupan, el mejor, justo delante pero sin estar demasiado cerca del tambor de Viento Recio, ni hablar demasiado tiempo con una misma persona, ni mostrar sus preferencias aunque asientan ante todo lo que dice la mujer de complexión normal con el vestido de terciopelo negro cubierto de perlas que se halla a su lado con un niño en brazos.

Zelda Kashpaw.

Cuando las mujeres ganan en fuerza con los años, no hay viento capaz de alterarlas ni mano que pueda vencer su sabiduría; nada puede modificar su punto de vista. Ocurre lo mismo con la mujer a la que me obligaron a considerar como una hermana y a llamar «tía» por respeto, la mujer vestida de terciopelo cubierto de perlas que lleva en brazos al hijo de Shawnee Ray. Nada más divisar a Zelda Kashpaw, recuerdo que debo sentir pavor ante su bondad. Recuerdo que he de temer su compasión y amabilidad.

De hecho, ella es la razón por la cual nunca me resulta fácil volver a casa: con Zelda, siempre acabo expuesto a algo que no logro ver pero que ya está erigido, en su fase final, a mi alrededor. Es algo invisible, un teatrillo de títeres con los hilos tirantes, una trama de voluntad que no ha sido forzada, una telaraña perfectamente urdida, que cobra vida en cuanto Zelda me descubre. Doy un paso atrás. Gira la cabeza repentinamente. ¿En qué estaré pensando? Mi tía sabe todo lo que ha de saberse. Posee un profundo instinto a la hora de dirigirlo todo. Debería de tener más hijos, o al menos una pequeña nación que controlar. En cambio, reducidos y constreñidos, sus talentos se centran en inducir a la gente a que hagan cosas que no desean hacer para otras personas que les caen mal. Zelda es la responsable de la crispada caridad que se prodigaba en la reserva, la instigadora de todas las buenas acciones por las que siempre acaban atribuyéndole el mérito.

Zelda se mantiene con la cabeza bien alta, como una mujer a quien hay mucho que agradecer. Se mueve bajo un halo de deudas pendientes de cobro y, como siempre, parece que yo le debiera algo importante, aunque todavía no

sepa qué exactamente. Esto mismo ocurre de muy diferentes y misteriosas maneras. No deja de sorprenderme la de veces en mi vida que me he comportado guiado por motivaciones que creía verdaderas y profundas, para descubrir al final que Zelda había planificado todo lo que yo acababa de hacer.

Por ejemplo, lo sabe todo acerca de mi regreso. El llamamiento de mi abuela Lulu. No hacen falta palabras. Zelda ha dejado a la familia Fuertes Costillas y Toose para acercarse a mí. Lleva en brazos con cuidado a Redford, el hijo de Shawnee Ray, pero el chiquillo no es más que un cebo para sus propósitos. Eso, al menos, lo sé ahora. No importa que yo haya tomado carreteras secundarias, ni que nunca le haya mencionado a mi tía lo más mínimo acerca de mis planes de viaje. Resulta que, sin yo saberlo, no he hecho más que seguir sus instrucciones mentales.

—Les dije que lo conseguirías —asevera mientras suelta al niño, que sale a toda velocidad hacia el corrillo logrando así evitar ser pisoteado por los mocasines de los guerreros que bailan agitando sus enormes panzas, demasiado orgullosos y pesados con tantos adornos de huesos y pinturas como para levantar las rodillas. Redford corre hasta su madre, que lo abraza con fuerza. Su rostro de mejillas rechonchas se suaviza y abre los ojos como platos, llenos de ternura e iluminados por una oscura fascinación. Nadie habla mucho del padre de Redford, cuya presencia se siente a menudo por todas partes: tiene un pie en cada asunto y un olfato sin igual para los chanchullos y las intrigas. Si lo digo, sólo es para exponer lo que todo el mundo sabe y cuchichea. El niño es hijo de mi medio tío y antiguo jefe, Lyman Lamartine.

Suelo jactarme de Lyman, porque, aunque lo considere un enorme e insulso queso fresco, me siento orgulloso de estar emparentado con el queso más importante de la reserva. La verdad es que, en una tribu, los buscavidas deben pasteurizarse. Han de complacer a cada facción de la tribu. Tienen que mostrarse astutos, no ofender a nadie y guardarse sus opiniones para sus adentros. De ese modo, Lyman ha logrado dirigir tantos negocios que ya se ha perdido la cuenta: cafés, gasolineras, una fábrica de hachas de guerra, una floristería, una franquicia de comida rápida Indian Taco, un bar al que ha añadido una sala de bingo a un centavo el cartón y una mesa de *blackjack* improvisada hasta convertirlo en algo mucho más grande, algo cuyo nombre ignoramos de momento, pero con una acumulación de símbolos de dólar que nubla la razón. Mi tío se interesó por mí cuando obtuve esas calificaciones tan asombrosas en las pruebas de acceso a la universidad, aunque no creo que jamás le haya caído bien. Es un hecho bien sabido que Shawnee Ray y él

están comprometidos desde hace mucho tiempo y que no dejan de fijar, una y otra vez, fechas para formalizar su noviazgo, reñir y cortar. Lo que a la gente no termina de quedarle claro es cuál de los dos rompe o fija la fecha, cuál de los dos siente entusiasmo o se arrepiente.

—Redford está muy alto —apunto a Zelda.

La mujer se abanica con un plato de cartón que ha guardado en su bolso adornado con perlas mientras espera que continúe. Tiempo atrás se decía que Zelda tenía el pelo negro como un cuervo, y nunca lo olvidó, y por ello, en las grandes ocasiones, su cabellera, un auténtico fenómeno de la naturaleza, sigue desplegando su fiera ala en la espalda. De su recia cadera cuelga el cuchillo de desollar de su abuela Espanta Oso y la mujer lleva ahora la mano a la funda adornada de perlas como si quisiera invocar a su antepasada.

Mi tía se convirtió en la comidilla del pueblo cuando Shawnee dio a conocer que tendría a su hijo. Entre sus padres que se mudaban y la sólida reputación de borrachas de sus hermanas, Shawnee necesitaba un lugar donde vivir. Zelda la acogió a cambio de tener barra libre para entrometerse en su vida. Se puso al frente y levantó una estructura para controlar toda la situación. Limpió, organizó y elaboró un argumentarlo y un porvenir capaces de colmar todas las expectativas y satisfacer a todos los corazones.

Gracias a un continuo chismorreó, Zelda ha logrado que Shawnee y su novio estén comprometidos a medias y se esfuerza todo lo que puede para que se casen. Al pensar ahora en la boda entre Shawnee Ray y Lyman me recorre un escalofrío. Para mi sorpresa, descubro que siento cierta decepción por una esperanza que nunca había sabido que albergaba.

La mayoría de la gente siente envidia de Lyman, y quizá no sea yo mucho mejor. Él es una isla de posesión en un mar de desposeídos. Incluso más que eso, siempre ha sido algo especial, un elegido. A pesar de su baja estatura, es un tipo a quien la naturaleza ha dotado con hombros de futbolista, sonrisa de dentista y una presencia astuta y poderosa que llena la habitación en cuanto aparece. Lyman posee un precioso traje de tres piezas de corte italiano. Sus camisas son de un blanco impoluto; ninguna tiene el cuello redondo y las perlas de su corbata de bolos no son de vidrio sino de piedras semipreciosas. Hay quien piensa que sigue los pasos de Nector Kashpaw, su padre, y que terminará por viajar a Washington para elevarse hasta la estratosfera india. Algunos envidiosos lo ven ya abandonando el bingo local para presentarse a unas elecciones y enriquecerse con la política. Como si los negocios y la popularidad fueran eventos deportivos, se mantiene en plena forma, sobre todo para un hombre de su edad. Su torso enfundado en un chaleco está hecho

para que las mujeres se abalancen sobre él y se aferren a los botones, cosidos con un hilo especialmente resistente. Cualquier muchacha podría frotar una colada entera en su abdomen con aspecto de tabla de lavar. Lo sé, porque le he visto levantar pesas y tiene unos bíceps lisos, redondos y duros como los guijarros de un lago.

Podría seguir así refiriéndome a Lyman. La verdad es que nuestra relación se ha visto enturbiada por ciertos factores sobre los que no tenemos el menor control. Su verdadero padre es mi padrastro. Su madre es mi abuela. Su hermanastro es mi padre.

Tengo un flechazo fulminante por su chica.

La lectura es mi mayor afición y he hojeado unas cuantas obras de teatro de los antiguos griegos. Si leyéramos una historia como la nuestra ambientada en aquellos tiempos, sin duda uno de los dos, o ambos, moriría. Pero nosotros, los indios, estamos tan acostumbrados a estas retorcidas y endogámicas vueltas de tuerca que no podemos más que reír. Nacemos con más peso que nadie, pero las básculas son incapaces de pesarnos. Desde el primer día, nos lastran con todo tipo de cargas: la historia, las políticas personales, las familias que se entremezclan constantemente. Andamos demasiado preocupados en arreglar las cosas a nuestro alrededor como para poder enriquecernos.

Salvo Lyman, que consigue hacer a la perfección ambas cosas.

Al ser su hermanastra secreta, Zelda Kashpaw está de su parte e intenta ayudarle dentro de la comunidad. Bendice su futuro y el de Redford en cientos de conversaciones, tanto por teléfono como en el centro tribal; solicita la intervención positiva de los sacerdotes y de sus amigas, las Hermanas. Dirige novenas para madres solteras. Ayuda a Shawnee en todo: habría tenido el hijo en su lugar si hubiese podido, y lo habría alimentado también con su leche, nutritiva y gratificante como su propia y notoria generosidad. Ha llegado al punto en que resulta imposible hoy por hoy referirse a la situación actual de Redford y Shawnee Ray sin reconocer en el mismo aliento la bondad de Zelda.

«¿No es algo maravilloso lo que está haciendo Zelda?», se dicen unos a otros. «Qué afortunada es Shawnee Ray de que se preocupe tanto por ella».

Sí, Zelda acumula puntos hasta las nubes con su inagotable energía. Organiza una ceremonia para que Redford reciba un nombre indio y manipula los expedientes y los datos de filiación familiar en la oficina tribal donde trabaja para que el muchacho sea registrado como un indio de pura cepa. Consigue alimentos del programa estatal de ayuda alimentaria para madres y

niños sin recursos y siempre se la puede ver ante la puerta de las Hermanas los días en que abren para vender o regalar ropa donada. La gente siempre permite que se lleve lo que quiera, porque saben que es para el crío, que va vestido en todo momento como un niño de anuncio. Aunque Shawnee Ray le haya cosido la ropa, como es el caso de lo que lleva hoy —polainas antiguas, camisa de calicó de lunares con flecos—, enseguida corre la voz de que ha sido Zelda quien ha comprado la tela «especial».

Solo para comprobarlo, señalo a Redford.

—Bonita tela —observo.

Zelda se endereza con gesto entendido.

—Puede que te lo parezca —responde—. Pero no era la que yo quería. ¡Nunca tienen exactamente lo que andas buscando! Tuve que ir a tres tiendas hasta que terminé por desistir y me fui en coche a Hoopdance.

Frunce el ceño y sacude la cabeza cuando recuerda el dinero que se ha gastado en gasolina y el gran número de rollos de tela sin valor que han pasado entre sus expertos dedos pulgar e índice.

—Parece que Shawnee Ray se las arregla muy bien.

Hablo en un tono neutro pero no puedo evitar mencionar su nombre.

—Sí, bastante bien.

Zelda hunde la mano en su bolso de perlas. Saca un ladrillo envuelto en papel de aluminio y me lo extiende. El objeto pesa como una losa. No necesito preguntar: es el eterno pastel de frutas de Navidad, elaborado con ingredientes tradicionales recogidos a mano: cerezas silvestres trituradas con los huesos dentro, carne seca de búfalo, melaza, uvas pasas, ciruelas y cualquier elemento capaz de añadirle peso. Tracción invernal, se me ocurre mientras lo sopeso. Le doy las gracias y, después, cuando eso no es suficiente, vuelvo a darle las gracias por guardarme un trozo desde fin de año hasta ahora.

Tras aceptar mis palabras de agradecimiento, Zelda centra toda su atención en mí. Puedo notar cómo escruta mi cerebro con el ojo certero del instrumento de un médico. Un mapa con mis sentimientos emerge bajo una luz azulada y Zelda se concentra en descifrarlo.

Señorita Little Shell.

De pronto estoy tan pendiente del resplandor rojo que da vueltas que me pierdo la reacción de Zelda, lo que no deja de ser una lástima porque si hubiese podido entrever lo que estaba redirigiendo y modificando para hacer encajar sus propósitos y visiones, quizá habría podido evitar todo lo que sucedió después. Pero es demasiado tarde. Tengo la impresión de que mi

forma de contemplar y observar a Shawnee es totalmente natural. De modo que permanezco allí y sigo mirando, al tiempo que en mi interior va creciendo un sentimiento difuso. En ese momento, creo que es obra del destino, pero, por supuesto, es obra de Zelda.

Podemos sufrir nuestra propia encarcelación. Podemos asistir a nuestra propia defunción, paso a paso. Podemos ser el tipo de idiota que nunca tiene suficiente o el que consigue demasiado. Lipsha, me digo a mí mismo, no tenías por qué volver. Recibiste el cartel de tu padre por correo, por cortesía de la abuela Lulu. Al contemplar aquel rostro atormentado, sentiste el impulso de cambiar de vida. Pero poner en práctica ese propósito resulta más complicado de lo que pensabas. Estás buscando una solución rápida, como siempre, pero en cuanto te halles a tiro de Zelda, eso ya no tendrá importancia. Interviene otro factor. He de preguntarme si hay algo más: ¿será el mero deseo de contemplar el círculo en que aparece ahora la hermosa Toose lo que me ha traído hasta aquí? Y la propia Shawnee Ray, nuestra esperanza de futuro, ¿es también consciente de ello y me ha engatusado con cada uno de los tintineos de esas tapas de cajas de rapé? ¿Me ha cosido a su vestido con una aguja muy fina? Dentro/fuera. Dentro/fuera. Lipsha Morrissey. Mi hombre. ¿Es eso posible?

En cuanto me permito sopesar todas las opciones, es casi seguro que esos pensamientos no me abandonarán nunca, de modo que zozobro sin soltar el regalo de Zelda. Me encuentro sentado en una anodina butaca metálica y aguardo con la mirada clavada en la pista de baile, deslumbrado ante las nuevas perspectivas. Estoy desentrenado y consiento que todo cuanto me rodea me diga lo que debo hacer. Me he movido en un mundo donde nadie se molestaba en manipularme y es posible que interprete esta maquinación como una muestra de interés, incluso cariño, y caiga rendido bajo su hechizo. Puede que sea eso lo que ocurre, porque, incluso cuando sale a la luz otra parte de la estratagema, poco después, no capto todas las implicaciones.

Lyman Lamartine golpea la tarima lustrada con sus pesados pasos. Cruza como un rayo delante de mí y apenas levanto la mirada, salvo para percatarme de que ahora se le da bien otra cosa más. Lyman ha heredado, y lo lleva puesto ahora, el traje de su hermano Henry, campeón de la danza de la hierba. Tiene un aspecto retro comparado con los otros trajes, con sus cintas y tejidos

drapeados, aunque esconde también un toque clásico. Su penacho antiguo presenta plumas blancas balanceándose en unos muelles forrados procedentes del motor de un coche y largos y sedosos flecos adquiridos en una tapicería; luce una preciosa corbata cubierta de perlas y un cuello puntiagudo, brazaletes a juego y, en la frente, ocultando su mirada furtiva, un espejo con forma de corazón.

Lyman se crece cuando la gente le mira; saca pecho y resopla. Se despliega ostensiblemente cuando se pone en movimiento. Tal vez por eso baile tan bien. Cuanta más gente le observa, más rápido y con más fuerzas da vueltas, como si se alimentara de las miradas. Toma el nombre de la danza de manera literal e interpreta la historia en su cabeza. Cree en sí mismo como nadie. Le observo detenidamente, más cerca, y me pierdo en todo lo que veo: un tipo al acecho, de paso ágil, nervioso, que se desliza sigilosamente hasta transformarse en un ser desprevenido. Se agacha. Se agazapa entre las altas hierbas como una serpiente. La hierba se cierra sobre él. Solo divisamos su movimiento mientras avanza y se insinúa hasta el corazón de la escena. El viento acaricia los tallos, las espigas y las plumas, doblegándolos y seduciéndolos. ¿El qué? ¿El guerrero sigiloso? No, el amante levanta la cabeza. La agacha. Se acerca. La hierba sigue ondeando. Su víctima continúa durmiendo. De pronto, Lyman salta. Cuatro veces, a cada redoble de tambor, salta describiendo círculos y sus pies se anclan en una poderosa postura y el espejo con forma de corazón brilla como un foco que proyecta una luz aguda, penetrante, dirigida directamente a lo más hondo de los ojos castaños de Shawnee Ray, que entrecierra los ojos y pestañea antes de abrirlos como platos con escepticismo, para asimilar ese repentino y alocado baile.

La tía Zelda, por supuesto, se encuentra justo al lado de Shawnee y enfoca ese haz de amor en un delgado rayo láser. Se inclina hacia delante, llevando a cabo mediante pequeños comentarios grandes objetos del destino. Mientras habla, mece a Redford, cuyos ojos luminosos y cabello castaño se concentran en su padre. Shawnee Ray aparta la mirada de Lyman. Zelda introduce un caramelo en la boca de Redford para que no distraiga a los otros dos. Sin la menor vergüenza y aprovechándose de la glotonería sin límites del crío, Zelda mantiene entretenido al niño centrando su atención en la mano que sujeta el paquete de golosinas.

Pero cuidado, ahora el enredo, la intriga y la música de bienvenida se tornan más densos. Lyman cuenta con una ventaja nada desdeñable. Desde lejos, Zelda lanza sus redes directamente sobre él y este permite que las teja. Están juntos en esto, aunque él todavía no lo sepa. Como si unos hilos

invisibles se hubieran tensado para guiar sus pasos, Lyman camina hacia ellos mientras sonrío a su hijo. Se muestra amistoso y ajeno a las miradas y los cuchicheos. Saluda a Shawnee Ray, se deja abrazar por Zelda y toma a Redford, que se lanza hacia él con los brazos abiertos y el semblante emocionado. Zelda aprieta los labios, sellados herméticamente sobre sus propias instrucciones como un sobre. Tras insistir en que todo fuera normal y sin tapujos, a la vista de todos, aquello eran los frutos, su recompensa.

Debo admirar a Lyman en ese instante, pues resulta evidente que ha mantenido viva la relación con su hijo. Tal vez deba aprender una lección de él, pero no lo hago. No poseo una visión tan amplia o no estoy preparado para ello. Quizá la red que da vueltas a su alrededor haya caído sobre mí por casualidad, amarrándome con fuerza. Apenas soy consciente de lo que sucede después, aunque oigo cómo se acerca y percibo el ruido de sus pasos. De pronto, sus caderas tintineantes, rojas como un filete poco hecho, aparecen ante mis ojos, y levanto la vista, por encima del contenido de la cesta, hasta clavarla en la mirada imperiosa que Shawnee me dirige desde arriba.

—Has vuelto —observa—. ¿De una dichosa vez?

—De una desdichada vez —bromeo.

No se ríe.

Aparto la mirada hacia cualquier punto que no sea ella mientras intento recomponerme. Siento que un peso se abate sobre mí y luego un poderoso movimiento desde abajo. Me llega de pronto la certeza de que, haga lo que haga con mi vida, por muy lejos que me vaya, por mucho que cambie, madure o me enriquezca, nunca conseguiré desprenderme de ella. Siempre estaré sometido a un plan mayor que yo, a un orden que funciona mecánicamente, de modo que, haga lo que haga, todo se reducirá a lo mismo. Shawnee Ray y yo, imposible, improbable. No sé si en ese momento me rindo o si reacciono ante la visión de sus dedos finos, fuertes y decididos, con sus anillos de plata, que se posan un instante sobre mis manos desnudas. Solo sé que cierro mis oídos a la música de los tambores, mi corazón al viento que sopla y observo los remolinos que dibuja al azar el plástico en el plástico, el linóleo manchado del suelo del gimnasio, que se extiende, sereno y grueso, bajo mis pies y que cambia cada vez que pestaño, de modo que convierte un toro brincando en un obús y después en un manzano lleno de pequeñas velas o una colina donde se abre una bonita portezuela que da acceso a más puertas de las que soy capaz de contar, más oscuras y que se adentran más lejos, como en un laberinto, hacia lugares que no he visto jamás y sitios que no sabría nombrar.

Capítulo tres

Solitaria

Ni siquiera en una competición directa y artera con la muerte Albertine logró escapar a la férrea sombra de la historia reprimida de su madre. Su nombre correspondía al femenino del segundo nombre del primer novio de su madre: Xavier Albert Toose. Cuando, de niña, se quejó de ello a su madre, Zelda le dirigió una mirada severa y le preguntó si hubiera preferido llevar el nombre de Swede, su padre, un hombre taciturno y apuesto, según se apreciaba en una fotografía desvaída.

Recientemente, durante una ceremonia que había dirigido personalmente Xavier Toose, y en presencia de Fleur Pillager, Albertine había recibido un nombre tradicional, que había pertenecido en su origen a una mujer de la que había oído hablar a su abuela con su voz grave de curandera. Desde entonces, en cuanto tenía un rato libre, Albertine indagaba en todos los cuadernos, libretas y diarios de tramperos así como en incompletos registros parroquiales para intentar encontrar alguna mención sobre Cuatro Almas.

Se había sumergido en los archivos diseminados de los Pillager, en la extraña y delgada sustancia de tiempos y nombres. Las palabras penetraban en ella y los nombres casi la laceraban con lo que sugerían de intimidades de seres desconocidos. Ogimaakwe, Mujer Jefa; Muchacha del Cerezo Silvestre; Bineshii, Pequeño Pájaro, también conocida como Josette. Estaban Nube Desconocida, Cuna Roja, Llegado de Arriba y Golpea el Agua.

Y estaba Cuatro Almas, un simple garabato en los registros de chippewas realizados por el padre Damien durante esa primera década, cuando el pueblo, hambriento y forzado a desplazarse hacia el oeste, llegó a la reserva para recibir su racionamiento y luego su asignación de tierras.

En cuanto se levantaba del escritorio, mirara donde mirara, no encontraba más que recordatorios de los conocidos actos de caridad de su madre: libros, horquillas para el cabello, numerosos pares de pendientes, comida suelta o

empaquetada, tarjetas decoradas con encajes y fotografías. Siempre tenía la maleta a medio hacer para volver al hogar y el corazón sumisamente pesado, una pila de agua bendita para la culpa. Albertine era una de esas personas que cargan con demasiados fardos para poder estar eternamente insatisfechas consigo mismas. Funcionaba; sus días dejaban una estela de energía agotada tras una intensa concentración y sus noches eran más bien lúgubres. En general, hallaba placer en la extenuación, pero esa noche estaba demasiado nerviosa para conciliar el sueño y encendió la televisión.

Una voz masculina, sonora, grave y autoritaria describía un plato cocinado en el microondas. Albertine echó la cabeza hacia atrás hasta hundirla en el cojín de punto del sofá; se envolvió en una de las mantas de ganchillo multicolor de Zelda y se arrebujó hasta la barbilla. La voz relató a continuación la meticulosa grabación de todas las conversaciones personales y telefónicas, y apareció un largo y reluciente pasillo pintado de blanco con baldosas de linóleo que dibujaban líneas azules y marrones. Una hora de gimnasia al día, anillas metálicas. Voluntarios de SORT^[3]. Una descripción de los cascos y las protecciones. Albertine se inclinó hacia delante, subió el volumen y miró la pantalla fijamente. Una nueva voz comenzó a hablar acerca de la vida penitenciaria.

«Me paso el tiempo preparando mi venganza e intento enfrentarme a los monstruos que surgen de las cenizas».

Y otra voz.

«Encadenado y despatarrado en una celda de aislamiento durante cuatro días».

Y entonces su rostro, con una sonrisa insoportable, pero algo diferente, con un suave salvajismo, como un templo de rotunda determinación, muy distinto al hombre que había conocido personalmente. Aquel Gerry Nanapush había digerido y amortiguado los insultos con un curioso y retorcido sentido del humor. Había sido un hombre cuyos ojos se encendían y desprendían destellos, que había saltado un día por la ventana de un hospital y había hecho un caballito delante de la entrada para celebrar el nacimiento de su hija. Ahora Gerry se veía hambriento y su mirada resultaba tan acuciantemente desesperada que parecía que no existía profundidad ni fin para el momento en que ambos se confrontaban por encima de un espacio en blanco.

Durante el juicio, cuando emitieron el veredicto, cuando la voz pronunció las palabras en medio del tribunal revestido de paneles de madera, el público al fondo de la sala se puso en pie, sobresaltado, levantado de sus asientos

mientras gritaba «no» al unísono, con una sola voz, sobrecogida y estrangulada, que desgarraba el aire. «No. No».

Al ver a Gerry, Albertine lo dijo de nuevo en voz alta. «No». Pero el hombre ya no era más que aire congelado, atrapado en las sombras de la cinta de vídeo reproducida, al igual que lo era en los carteles fotocopiados y en los boletines de noticias impresos en Insty-Prints, en las películas y en las atractivas reseñas. La imagen de la televisión fundió a negro, pero mientras la tinta se ennegrecía y se extendía, la mente de Albertine seguía generando aprensión, hasta que el aire se oscureció y el constante y larvado cansancio pudo con ella.

Capítulo cuatro

La suerte de Lipsha

Marie Kashpaw permanecía sentada a la mesa redonda de madera en su apartamento de la residencia de ancianos, frotándose suavemente las manos. A través de unos finos visillos de nailon, el sol invernal proyectaba una luz mantecosa sobre la mesa, calentándole sus huesudos dedos. Sabía que su hijo pequeño pronto le haría una visita y reunía la serenidad necesaria. No le rezaba a ningún santo, pero creía en la perseverancia y en la suerte. Este hijo suyo le preocupaba. Era diferente a los demás, más salvaje y nervioso. Lo había acogido tras ser abandonado, pero lo había sentido como suyo propio desde el principio. A pesar de ser ya un hombre adulto, la mujer seguía mimándole, conservaba sus fotografías del colegio pegadas en la puerta del frigorífico, le compraba ropa en las rebajas y guardaba dinero en un bote para él.

Quizá había puesto todo su entusiasmo en criar niños durante tanto tiempo que ya no sabía cómo dejar de hacerlo. Tal vez le consentía demasiado, cedía demasiado pronto y le malcriaba con tanta bondad. Eso sostenía Lulu Lamartine, pero Marie no estaba de acuerdo con ella. Hacía mucho tiempo que había decidido dar a Lipsha más que a los demás. Debido a la manera en que lo encontraron en el fango, medio ahogado, Lipsha necesitaba más que los demás niños. Por mucho que hubiera intentado hacer de madre de su madre, June, había sido demasiado tarde para salvarla. June había hartado al mundo entero con su pesarosa y obstinada búsqueda. Era una muchacha zaherida, a la que habían encontrado congelada en un retrete exterior, en una zanja, en los escalones de las Hermanas y, por último, muerta de hambre en el bosque. Hay niños que no tienen arreglo.

De bebé, Lipsha sabía cómo convertir sus manos en un velero que no se despegaba de la ropa de Marie. Se aferraba a ella con tanta fuerza que le dejaba marcas en la piel. E incluso ya de mayor, la abrazaba con

desesperación cuando los demás niños no estaban mirando. A veces, Marie lo descubría acariciándose la cara con un trozo de cuero suave que ella le había regalado como una suerte de muñeco. O lo encontraba llorando sin motivo. Una vez, lo pilló haciéndose el muerto en medio de un montón de hojarasca y de tierra.

Marie oyó entonces sus pasos en el vestíbulo seguidos de unos golpes en la puerta, y acarició el estuche de piel de ante que contenía la pipa sagrada de Nector. Había colocado la caña cuidadosamente delante de ella sobre un tapete de ganchillo.

Peendigaen.

Lipsha entró con aspecto andrajoso, el cabello formando unas greñas mal cortadas que le caían por la espalda y el fino bigote dibujando una curva en la comisura de los labios. Tenía la piel suave y delicada, de un tono castaño claro como la de su madre; de ella también había heredado los ojos, hermosos y levemente rasgados. Dirigió a la mujer una mirada serena y a la vez puerilmente cariñosa, se encogió de hombros y se sentó a la mesa.

—¿Qué es esto?

—La pipa de Nector.

Llevaba una cazadora de béisbol negra, vaqueros negros y una camisa blanca cubierta de eslóganes. Marie no dijo nada más y Lipsha reprimió su indolencia y frunció el ceño con un gesto tranquilo y atento. Durante unos instantes, escucharon el murmullo de la nieve que caía derretida de los aleros, por encima de la ventana, unidos bajo el resplandor del sol mientras miraban a través de los visillos. La pipa descansaba entre ambos dentro del estuche, y sus pensamientos no eran más que pequeñas fracciones, fragmentos de visiones. Lipsha recordaba y veía de nuevo la manera serena con que las ágiles manos de Nector apretaban el *kinnikinnick*^[4] en la cazoleta. Marie oyó su voz hablando la antigua lengua con frases entrecortadas, sus oraciones que duraban demasiado e incluían a todo el mundo. Los ojos de Nector siempre bizqueaban un poco a lo lejos y sus brazos dibujaban pequeños círculos con la pipa cuando solicitaba un favor.

—Sabes utilizarla —dijo Marie—. Él te enseñó.

Lipsha alzó los ojos hasta cruzarse con los de Marie y dejó que la calidez de sus propósitos le colmara, hasta que su rostro esbozó una tímida y nerviosa sonrisa y parpadeó, bajó entonces la mirada hacia el estuche y su semblante volvió a tornarse serio. Todavía se mostraba incrédulo cuando Marie le puso la pipa entre las manos. Mientras la sujetaba sobre la palma, pareció a punto

de decir algo. Carraspeó un par de veces, sacudió la cabeza, pero no encontró las palabras.

Tras pasar un par de horas buscando trabajo, Lipsha estaba inquieto, así que decidió tomarse un descanso y echar unas partidas en los videojuegos del nuevo centro comercial de la reserva, un complejo construido con la intención de que el dinero que gastaba la gente quedara en manos locales. Sus iniciales pronto iluminaron la parte inferior de dos pantallas: tenía la mejor puntuación. Cuando ya se aburría, salió del pequeño local mal iluminado con paso cansino y se sentó en un cuarteado banco de madera atornillado al suelo. Un deseo llevó a otro y pronto se convenció de que no había nada malo en llamar por teléfono a Shawnee Ray, sólo para charlar. Esperanzado, caminó hasta la cabina telefónica y pensó que era una señal no encontrarla precintada o rota sino funcionando. Conocía el número porque se había criado en la vieja casa de los Kashpaw, donde ahora vivía Shawnee con Zelda. Marcó el número y contuvo la respiración. No esperaba que ella dijera algo importante nada más empezar, pero la mujer respondió a su brusca y repentina pregunta de si quería salir con él del mismo modo que bailaba: siguiendo el ritmo y sin dar un solo paso en falso.

—Claro.

Una oleada de calor recorrió el pecho de Lipsha.

—Oye, ¿sigues ahí?

Shawnee parecía nerviosa y el leve tono de inquietud de su voz llenó a Lipsha de gozo y exultación. Tartamudeó y esbozó una sonrisa impaciente. Las ideas le sobrevenían a toda velocidad sin que pudiera detenerlas ni domeñarlas. Intentó charlar sobre trivialidades durante unos minutos más, fijó la hora en que pasaría a recogerla, se despidió y se quedó allí de pie en la entrada del centro comercial con los dedos aferrados al teléfono. Observó los diminutos agujeros del aparato y cayó de pronto en la cuenta de que, sin duda, numerosos labios, incluidos los de Shawnee, lo habían rozado. Colgó el teléfono con gran ternura. Limpió con la manga el rectángulo cromado y brillante de al lado. Cuando pasaba por delante de las cabinas telefónicas, solía deslizar la mano por el oscuro hueco del depósito de monedas con la esperanza de encontrar alguna olvidada. Esta vez se apoderó de él un impulso totalmente distinto. Sacó una nueva moneda del bolsillo y la introdujo por la ranura de la máquina. Levantó los brazos y los dejó caer a lo largo del cuerpo, con una mezcla de temor y placer, mientras susurraba: «¡Bien!».

Esa noche, condujo hasta la casa de Zelda y aguardó delante del portal principal de la pequeña vivienda. Aunque la noche era fría, Shawnee Ray estaba sentada en las escaleras y, al verle, se levantó y caminó rápidamente hasta el coche de Lipsha con las manos en los bolsillos de la chaqueta. La puerta de la casa se abrió y Zelda apareció iluminada por la luz de la cocina mientras los saludaba con la mano, una vez, y luego otra, con aspecto solemne y un indescifrable gesto de satisfacción. Lipsha bajó la ventanilla del coche, le devolvió el saludo y Zelda desapareció. Shawnee se deslizó en el asiento del copiloto y se abrochó el cinturón.

—¿Es esto una cita? —preguntó Shawnee con voz preocupada.

Se produjo un largo silencio. El coche, mientras, avanzaba despacio, traqueteando por la serpenteante carretera de acceso.

—Siempre he odiado las citas, donde se planifica la diversión —dijo Lipsha con voz atropellada y nerviosa—. Da la sensación de que hagas lo que hagas, nunca es suficiente, o de que sólo lo haces para complacer a la otra persona, o de que no es el tipo de diversión que uno esperaba. Parece que tu diversión es sospechosa, o que no es divertida en realidad. Ya me entiendes.

—Preferiría que esto no fuese una cita —prosiguió Shawnee Ray.

—¿Qué te parece si vamos a Canadá? —sugirió Lipsha—. Al Ho Wun.

—¿Por qué no?

Lipsha casi pudo percibir la sonrisa de Shawnee en la oscuridad. El restaurante chino más cercano se encontraba en un pequeño pueblo al otro lado de la frontera y era un lugar romántico, con las paredes tapizadas de papel rojo estampado con farolillos de terciopelo, signos de felicidad, benevolencia y suerte. Gambas en salsa de judías negras. Empanadillas. Sopa de pétalos de flores. Todos estos platos figuraban en la carta. Alimentos ricos y verduras troceadas de forma exótica, con las que podrían llegar a extasiarse. Se adentraron en la oscuridad hacia el norte por un nuevo tramo de autopista.

—¿Cómo está Lyman? —preguntó Lipsha, y enseguida se mordió los labios, asombrado de que hubiera pronunciado el nombre de Lyman así, sin venir a cuento. No sabía por qué lo había dicho tan de sopetón, solo que se hacía tantas preguntas sobre Shawnee y Lyman, sobre la naturaleza de su relación, que se le había escapado.

—Supongo que está bien —respondió Shawnee Ray con voz seria y cautelosa.

—¿Cómo está tu tío Xavier?

—Está bien.

—¿Cómo está tu madre?

—Bien.

—¿Cómo está Zelda?

—Muy bien.

—Cómo, cómo, cómo... —repitió Lipsha—. Parezco un sioux de Hollywood^[5].

Shawnee soltó una brusca carcajada, pero enseguida el ambiente en el coche se tornó más espeso y tenso. Desde ese momento, cada cosa que Lipsha decía, se volvía hacia él como un bumerán, por lo que encendió la radio y giró el dial para sintonizar algo que no fueran los sermones cristianos que invadían las ondas. «A veces su ego me golpea», declaró una voz masculina. Lipsha cambió rápidamente de canal y los kilómetros pasaron zumbando hasta que llegaron a un edificio iluminado situado en el borde de la carretera, el puesto de control que tenían que pasar los miembros de la reserva cuando viajaban a Canadá.

Lipsha bajó la ventanilla para contestar a las preguntas de rutina, pero allí fue donde empezó todo, ese pequeño giro del destino, detrás del cual —llegó a sospechar— se encontraba Zelda de algún modo. El incidente surgió de algo tan intangible como el mal humor del agente, o tal vez de unas cuotas no alcanzadas o un simple exceso de celo. El agente, un hombre entrado en años con aspecto impecable y una voz grave y cortante, pidió a Lipsha que bajara del vehículo. Éste apagó el motor y obedeció. El guardia se inclinó hacia el salpicadero, sacó con cuidado el cenicero y lo llevó bajo la marquesina iluminada para examinarlo. Lipsha se sentó de nuevo en el asiento del conductor y esbozó una confiada sonrisa a Shawnee, pero la mujer no le estaba mirando. El agente estuvo un buen rato removiendo las cenizas con un bolígrafo hasta que encontró algo. Regresó al coche y se asomó a la ventanilla.

—Tengo malas noticias —anunció, sujetando entre el dedo pulgar y el índice lo que parecía ser una diminuta semilla. Hablaba con una voz protocolaria y neutra—. Voy a tener que registrar el vehículo.

Despacio, con las manos juntas por delante y la cabeza agachada, Lipsha y Shawnee bajaron del coche, entraron en una habitación con suelo de linóleo e iluminada con tubos fluorescentes y se sentaron el uno frente al otro en unos duros bancos.

Shawnee Ray llevaba una gruesa y mullida parka bajo la que sus hombros parecían enormes. Se estrechaba en la cintura, lo que le daba el aspecto de una culturista. Su cabello rizado llevaba laca y enmarcaba su rostro como un erizo, como si se hubiera quedado petrificada de miedo o de rabia. Tenía los

ojos airados, en absoluto asustados. Lipsha se sentó a su lado, absorbió el aroma de su intenso perfume con pequeñas inspiraciones y guiñó los ojos ante el cegador resplandor de la luz del techo. Shawnee Ray se miraba fijamente las manos, que descansaban inmóviles en su regazo. El dibujo del bordado de sus guantes de lana verde despertaba en ella un delicioso interés, y parecía tan fascinada que Lipsha no se atrevió a sacarla de su ensimismamiento. Entretanto, fuera en el aparcamiento, oía el alegre trajín de cajas y bolsas sobre el asfalto.

—Lo siento. Casi tengo la impresión de que este problema es culpa mía.

—Es culpa tuya —respondió Shawnee—. ¿De dónde ha salido esa semilla?

—No lo sé.

—Y otra cosa. Zelda me dijo que llamarías, nada más terminar la *powwow*. ¿Cómo lo sabía?

—Supongo que vio cómo te miraba.

Shawnee le miró de reojo y se quedó inmóvil, atrapada en la mirada de Lipsha, tan directa que él también se asustó, hasta que comprendió que miraba a los ojos de Shawnee con la misma sensación de esperanza y paz que al contemplar un nuevo, hermoso y complicado videojuego, cuyos placeres y secretos todavía no alcanza a ver y tal vez nunca lo consiga. El rostro de Shawnee se transfiguró al tiempo que le devolvía una mirada desnuda y sus rasgos externos se fundían con su calor interior. Si se hubiera producido un corte eléctrico, Lipsha estaba convencido de que la mujer habría irradiado su propia luz. Su pelo se suavizó formando una sedosa nube, lista para ser acariciada por manos bien recibidas.

El corazón de Lipsha latía con fuerza, como si pensara por sí mismo. Oía a alguien guardando de nuevo objetos en su coche —le llegaba desde el exterior el ruido de paquetes que se apretaban, chirridos y portazos—. ¿Qué le podía importar? Había llegado la hora de cambiar esta falsa configuración. El «aún no» de su vida potencial se ajustaba a la perfección con el «yo soy» de Shawnee, con su «soy», reflexionó, mientras que el «siempre fui» de Lyman encajaba exactamente con el «sin la menor duda» de otra anónima y exitosa mujer. Comprendió entonces que el diseño de aquella cita había sido organizado minuciosamente. Zelda estaba detrás de ello, al igual que de todas las cosas que le interesaban. Lyman también estaba allí, no en el asiento trasero, pero desde luego se hallaba entre ellos en espíritu. En la luz y el silencio de la sala de espera, que lo revelaba todo, Lipsha creyó entrever que la relación amorosa existente entre Shawnee y Lyman era un amor enlatado,

un amor que se alimentaba de la despensa de Zelda, un amor que ni siquiera podían admitir que no sintieran a causa del «debería» de la situación. Es decir, Lyman debería estar enamorado de Shawnee porque le había dado un hijo y Shawnee debería aceptarle con los brazos abiertos por la misma razón.

En cuanto a Lipsha, recordó la extraña mirada de Zelda al despedirse de él y le vino a la memoria un término que utilizaban en la clase de química en el instituto. Ella pretendía que él fuese ese tercer elemento que se introducía para que dos sustancias neutras provocaran una fuerte reacción. Él era una gota de celos, poderosa, pura y amarga: un catalizador. Reflexionó sobre ello con todas sus fuerzas, pero la lucidez que estuvo a punto de alcanzar se le escurrió de las manos, sin tener la menor consecuencia además, ya que, mientras se disponía a intentar modificar los planes de Zelda, procurando erradicar de la cabeza de Shawnee el nombre de todos los demás hombres salvo el suyo —concentraba todos sus pensamientos en lo que sería, esperaba, un beso vibrante—, era como si Zelda lo supiese. Era como si la mujer presintiera el peligro y contrarrestara a Lipsha a distancia con una rápida y mágica intervención.

El agente apareció de nuevo por la puerta con la pequeña porción rectangular de pastel de Navidad de Zelda, envuelta en papel de aluminio, en la palma de la mano. Con la otra sujetaba el estuche adornado que contenía la pipa sagrada que había pertenecido anteriormente a Nector Kashpaw.

—Tendréis que quedaros aquí hasta que os vengan a buscar —anunció el agente mientras agitaba las llaves del coche de Lipsha—. Estáis en arresto preventivo bajo la ley federal hasta que un laboratorio analice esto.

—Pero —balbuceó Lipsha— eso es...

—No te molestes —dijo el agente en tono amable. Casi sonrió y esbozó una mueca de satisfacción—. Ya lo he oído y lo he visto todo. Pero esto es una pipa y sé reconocer el hachís.

Mientras observaba tranquilamente a ambos, el guardia depositó el pastel de frutas, abrió la funda de piel y sacó la cazoleta de la pipa así como la larga y labrada caña. Extendió las manos y, ante los ojos de la pareja y bajo la intensa luz, miró una pieza y luego la otra y decidió armar la pipa. En los meses venideros, al poco tiempo de este incidente, ocurrirían tantas cosas que Lipsha no tendría tiempo de asimilarlas ni de entenderlas. Pero siempre volvería a pensar en ese gesto, que pareció suceder a cámara lenta y durar una eternidad. Al recordarlo, parecía como si allí, en aquel pequeño puesto fronterizo y en manos del primer no indio que armaba la pipa, el cielo fuera a estrellarse contra la tierra.

—Por favor, no lo haga —susurró Lipsha.

Pero el agente, con el ceño fruncido, encajó con sumo celo y cuidado la esculpida caña dentro de la cazoleta, y empezó a girarla y golpearla hasta que ambas piezas quedaron encajadas. La pluma de águila colgaba hacia abajo y las viejas perlas chocaron tres veces entre sí con un chasquido. Después, se produjo un silencio, sólo roto por el zumbido de las luces. El hombre se volvió para llamar por teléfono y echó a andar en el sentido contrario de las agujas del reloj alrededor de la habitación y del escritorio. La pipa le colgaba entre las manos, hacia atrás, inmóvil como un murciélago. La pluma de águila caía cada vez más abajo hasta que, al final, rozó el suelo.

Capítulo cinco

Lipsha

Transportación

Cuando pienso en todas las incertidumbres que estaban por venir, los choques con la verdad y la catástrofe, me gustaría tirarme de cabeza para tocar y levantar aquella ancha pluma. Me gustaría retroceder en el tiempo y dar media vuelta a toda pastilla con el Firebird, haciendo chirriar los neumáticos como en las películas, para regresar al corazón de la historia, desmontar la pipa y tragarme esa semilla solitaria. Y sin embargo, puesto que no hay forma de dar marcha atrás, lo único que puedo hacer es entender cómo he de aceptar las consecuencias. La inmadurez, el error y el viaje del cielo al polvo terrenal forman parte de la naturaleza humana. Sobre todo de la mía, por lo visto.

Mientras espero en aquella habitación con Shawnee Ray a que llegue la policía haciendo tronar las sirenas, hablo sin parar. Intento apartar de la cabeza de Shawnee la única idea que no quiero que tenga.

—Imagínate el resultado del análisis del laboratorio cuando llegue — intento bromear—. Pasas, carne seca de búfalo, pukkons, sebo de buey, ciruelas, goma de neumáticos...

La joven no responde. Mantiene la cabeza gacha.

—Estás pensando —me aventuro.

Sólo suspira, se levanta y se dirige hacia el teléfono.

Lyman Lamartine no tarda más de media hora en responder a la llamada de Shawnee a Zelda, que, seguramente, habrá pasado través de toda la línea colectiva de la tribu. Su coche se detiene en el aparcamiento del puesto de aduanas con un sonoro chirrido de los neumáticos con clavos para la nieve. No puedo evitar desear que continúe hasta Canadá, pero Lyman nunca se sale de su camino. Cada diminuto clavo metálico muerde el hielo. De pie ante la ventana, tanto Shawnee como yo le observamos mientras discute con el agente de aduanas, haciendo gestos tranquilizadores con las manos,

sacudiendo la cabeza y sonriendo levemente, antes de examinar con mirada feroz la pipa que le ha entregado el agente y que Lyman le devuelve explicándole las tradiciones con una cortesía natural que me encantaría saber imitar. Lleva corbata y gafas con montura metálica. Tiene el pelo largo, pero cortado pulcramente de modo que le roza el cuello del abrigo. Al cabo de un momento, la conversación parece tomar un tono más amistoso, pues el agente asiente con la cabeza una vez y se endereza de pronto como si acabara de hacer un hallazgo.

—Le habrá avisado Zelda —dice Shawnee Ray.

Enmarcado por rígidos mechones, su rostro se sonroja y se tensa. Cuando me dispongo a preguntarle cómo he de comportarme en esta situación tan inusual, qué debo decir, si puede darme alguna pista, llegan Lyman y el agente de aduanas.

Shawnee no se gira para saludar a Lyman y sólo abre los ojos como platos mientras sigue mirando fijamente por la ventana, como si estuviera fascinada por la visión del aparcamiento asfaltado y el suelo cubierto de nieve en plena noche. Yo estoy tan desconcertado que me comporto con normalidad y me acerco a Lyman para hablar con él, lo bastante lejos de ella como para que no oiga nuestra conversación. Ya no existen palabras suficientes en la reserva para describir el parentesco que nos une. Resulta menos confuso elegir un término para definirlo y apartar así los embrollos familiares.

—Hola, tío —digo, en cuanto el agente se halla ocupado atendiendo una llamada de teléfono y el papeleo—. Es todo un detalle que hayas venido hasta aquí para solucionar esto, así que sólo quiero darte las gracias y decirte que Shawnee Ray no tuvo nada que ver con todo este lío.

—Nunca pensé que lo tuviese.

—Ya lo ves, tenías razón.

Lyman sujeta todavía la pipa con cuidado con las dos manos. La sopesa y desenrosca despacio la cazoleta de la caña. Alargo la mano para cogerlas, pero él sigue girando las piezas entre las manos como si estuvieran imantadas. La caña es tan larga como mi brazo, y de doble circuito, única en su género. Ha sido ahuecada a la manera tradicional y la cazoleta labrada por algún experto, olvidado desde hace mucho tiempo, en una piedra roja de Dakota del Sur.

—Te doy trescientos dólares por ella —dice.

No asimilo sus palabras al principio. Permanezco inmóvil, esperando a que termine la inspección. Heredada por Nector de su padre, Cielo Estrepitoso, se trata de la mismísima pipa de la paz que se fumó en la firma

del tratado con el Gobierno de los Estados Unidos. De modo que hay quien dice que tuvo un mal uso y ha de ser bendecida de nuevo; es, no lo niego, una pipa que selló un grandísimo error. Estamos ante la misma pipa que rechazaron los Pillager, quienes se negaron a entregar nuestras tierras, la misma con que se ofició la ceremonia de imposición de nombre a la mujer de un presidente de los Estados Unidos cuando nos visitó, pero también es la pipa que marcó el inicio de la danza del sol de los diez veranos. Es una especie de pipa de relaciones públicas, pero con su peso histórico. Y personal también. Esta pipa es mi herencia de Nector. Siento que su amor ha sido mancillado por el trato grosero que ha recibido por parte del agente de aduanas debido a mi descuido. Mientras la contemplo fijamente con sentimiento de culpa, espero a que el cielo se venga abajo. Espero a que la tierra se abra, a que algo terrible ocurra, pero lo único que sucede es que consigo un empleo.

—Supongo —empieza Lyman, mientras me devuelve la pipa a regañadientes— que no tienes dónde guardar esta pieza de museo.

—Me estoy cambiando de casa —admito—. Guardaba la pipa en una pequeña maleta en el maletero del coche.

Lyman baja la cabeza y levanta los ojos.

—¿Tienes trabajo?

—También estoy cambiando de empleo.

—Tal vez —continúa Lyman, mostrando la dentadura— puedas trabajar para mí otra vez. A mi lado. Donde pueda vigilarte.

Ninguno de los dos miramos a Shawnee Ray, pero ambos bajamos el tono de voz instintivamente.

—¿Por qué no? —guardo la pipa en su funda y la dejo a buen recaudo en el bolsillo interior de la chaqueta, cerca del corazón—. Te tomo la palabra. A tu lado. Donde yo también pueda vigilarte a ti.

Así es como fui contratado para madrugar y limpiar la sala de bingo. De vez en cuando, también sustituyo al camarero. Mi lugar de trabajo consiste en un almacén multiuso que contiene una zona dedicada al juego, que Lyman espera ampliar, una sala de bingo que se transforma en pista de baile y un bar; incluso hay unas viejas máquinas recreativas que parpadean de forma tenue a lo largo de una pared. Cada día, a las cinco en punto, me levanto de la cama en una habitación situada detrás del bar, lleno un cubo de agua caliente, añado unas gotas de jabón rosa, escurro la fregona y me pongo a trabajar. Cuando he terminado de fregar el linóleo, paso el trapo por las sillas y las mesas. Limpio las paredes allí donde la gente se ha trastabillado y se ha apoyado con las

manos, las mismas que emplean para arreglar coches, tranquilizar caballos o fijar placas de acero en la nueva autopista interestatal, manos que se han hundido hasta el fondo en grasientos recipientes llenos de palomitas. Manos con nudillos, huesos y lazos de sangre con las mías.

Forma parte de mi cometido recuperar todo lo que extravían los clientes cuando pierden el conocimiento en la sala. Cada mañana, recojo todo lo que se les ha caído de los bolsillos o se ha quedado enganchado entre los asientos de plástico. Todas las pruebas de la noche anterior llegan a mis manos y, conforme acumulo todo lo que se ha perdido, me voy sintiendo más ligero, como si llaves, bolígrafos y monedas carecieran de gravedad, como si procedieran de un planeta sin peso. Mientras limpio, veo y oigo de nuevo todos los detalles del espectáculo. Las escenas resurgen de su propio y pacífico naufragio y me rodean con el eco del estrépito de la destrucción.

En esas horas azules del alba, los borrachos y las monjas que rezan por ellos son las únicas otras personas que mantienen los ojos abiertos. A veces, me imagino a las Hermanas en lo alto de la colina con las nubes flotando sobre sus cerebros. Nubes blancas e inmaculadas, repletas de leche. A medida que mueven los labios, las nubes nos sobrevuelan y dejan caer pequeñas gotas de misericordia sobre todos los hombres de bien y también sobre los indignos.

Volutas de vapor, en cambio, manan a raudales de los oídos de mis hermanas y hermanos en las profundidades de sus juergas y a estas horas escriben sobre sus cabezas, con borrosas e redondeadas letras: «¿Dónde coño puedo conseguir otro trago?».

La respuesta: «Aquí. Sólo aguanta hasta las siete».

Visto desde el exterior, mi lugar de trabajo parece un galpón metálico de aspecto industrial —aguamarina y negro—, un enorme medio cilindro de falsa esperanza situado en el borde de la carretera principal a Hoopdance Bay. De día, la construcción parece precaria y desolada: unas chapas onduladas delimitan un aparcamiento de tierra lleno de surcos. El espacio, desnudo y cubierto de fragmentos de vidrios rutilantes, está lleno de profundos baches. Una valla publicitaria de Pabst cuelga torcida, y la puerta de madera aparece combada como si se hubiera cerrado en las narices de demasiadas personas y contra demasiados puños. Pero, cuando cae la noche, ya no se distinguen las marcas en las paredes, ni las grietas, ni la suciedad. Entonces, como está adornado con luces navideñas y titilantes discos de neón que parpadean y centellean, el palacio te atrae como un decorado de Disney, como un

espectáculo de circo, una nave espacial, una constelación que se hubiera hundido.

En el interior, siempre reina una agria penumbra. El ambiente resulta denso y ronco, como si se acercara un viento de tormenta. Más que cruzar la puerta, te aspira el interior, como ese servidor de Dios que fue tragado por el pez. Las costillas de acero dibujan un arco sobre tu cabeza y el suelo está húmedo. No consigo secarlo, ni siquiera con un ventilador. Los bancos corridos han sido revestidos de un grueso plástico, rasgado y cortado siguiendo viejos patrones, cuyos trozos he unido de nuevo con pegamento de vinilo formando gruesas cicatrices. Pero nadie se fija en el aspecto que tienen después de las nueve de la noche.

A un lado, el bar está organizado de tal modo que todas las botellas tienen detrás unos espejos para que el camarero pueda ver a los clientes incluso con las manos ocupadas sirviendo copas. La máquina de hacer palomitas se encuentra al final de la barra y es el lugar más iluminado de todo el local. Las bombillas de la tapa proyectan una luz dorada sobre los cuatro o cinco taburetes en los que suelen girar las mujeres. Saben que las luces suavizan y profundizan sus miradas, que el aroma a sal y mantequilla se aferra a ellas, impregna sus ropas y se funde con el olor a sudor, colonia y humo de cigarrillos Salem para producir una vaharada que es casi una sustancia, una especie de sustento mágico, que deja a un hombre más vacío y hambriento tras inhalar una sola bocanada.

El Bingo Palace se abre paso en las noches húmedas según estos seres voraces. Con la excepción del luminoso resplandor del recipiente de vidrio lleno de palomitas amarillas y del escenario, bañado de una luz violeta, la amplia y baja sala está sumida en una penumbra cargada de humo, que proporciona calor. En los bancos corridos o en las mesas con sillas, las parejas entrelazan brazos y piernas e intercambian intensas miradas a través de aros de humo. La humareda flota a poca altura como una nube plúmbea, se junta en un nivel, se mueve y forma una cúpula sobre las cabezas de los jugadores y los bailarines. El humo se adensa y sobrevuela las mesas con la quietud de un lago.

La gente entra y sale debajo de la nube. Algunos se dirigen al bar y otros al bingo. Acuden los obreros de la carretera en construcción, con músculos de acero, para perder dinero efímero y furgonetas nuevas, llenas de carísimos extras y florituras pintadas con aerografías en las puertas. Hombres de negocios de la zona con apellidos franceses y sangre cree, tipos con ojos verdes y cabello negro, conversan en los rincones más tranquilos y cierran

tratos levantando la mano. Granjeros de paso —una familia de escandinavos o dos—, siempre silenciosos, medio dormidos y reventados de trabajar duro. Cuando los hombres se quitan el sombrero Garin Belt o John Deere, la parte superior de su pálida frente flota y oscila en la oscuridad conforme asienten y hablan.

Los indios, hombres mayores, con el pelo gris peinado hacia atrás, gafas de pasta negra del servicio de sanidad indio e impolutas camisas blancas de estilo vaquero con automáticos de nácar, se sientan a las mesas, muy erguidos. Aunque hablen en voz baja y suave, se oye todo lo que dicen en medio del barullo. A veces les acompaña alguna mujer con un florido traje pantalón y el pelo recogido en un moño con un lazo adornado con perlas. Se toma una cerveza a pequeños sorbos, asiente con la cabeza, añade una palabra en el momento adecuado y, con esa parsimonia, maneja la situación.

Junto al círculo resplandeciente de la máquina de palomitas, apoyados en las columnas de hormigón cerca de la puerta trasera, se juntan los indios jóvenes. Sin importarles los ojos que los miran o no —y lo sé porque suelo intentar ser uno de ellos—, estos tipos se pavonean como un urogallo de las praderas. Algunos llevan sombreros vaqueros Stetson de paja con medallones de plumas de faisán en la parte delantera o en los laterales; otros prefieren las gorras de béisbol CAT de malla, negras y doradas, con la visera cubierta de perlas. Unos pocos tienen largas coletas que les llegan hasta la cintura, o llevan suelta una espesa melena que echan hacia atrás con la mano por encima de los hombros. Algunos no se quitan las gafas de sol ni siquiera en el interior. Los hay que visten coloridas camisas de estilo vaquero o con llamativos bordados de rosas, escaramujos y soles al amanecer. Cuero *heavy metal*, camisas de surfista y colgantes que brillan en la oscuridad en más de un cuello. Lo que sea con tal de llamar la atención de una chica. Hay hombres altos con musculados y belicosos abdominales y muchachos delgados con misteriosos rostros imberbes y manos traviesas. Pero todos nosotros, sin excepción, llevamos botas y pantalones vaqueros en los que movemos las caderas con orgullo e indolente alegría, lisos como si estuvieran engrasados con aceite caliente de un cárter o con la misma mantequilla que las mujeres sentadas a la barra chupan de sus dedos y untan en las manos de los hombres cuando bailan con ellos, o se van a otra parte. Pues el amplio aparcamiento detrás del local está abarrotado de coches, aparentemente vacíos, que vibran, se contonean o rugen y suspiran conforme avanza la noche.

Ahora os preguntaréis qué hay de esa verdad y de esa catástrofe a las que me he referido. Todo empieza aquí, en el Bingo Palace, con una de esas

damas de las que acabo de hablar, que controla la situación tan solo con permanecer sentada en silencio en el centro de la sala: la tía Zelda, por supuesto.

Cada vez que la tía Zelda se disgustaba con la vida en general, acudía al bar de Lyman y se sentaba, no para beber sino para mostrar su reprobación a todo lo que la rodeaba. La noche en que mi suerte está echada, percibo la presencia de mi tía en cuanto entra por la puerta. Sus ojos pestañean y escrutan los asientos oscuros a medida que avanza, y tuerce la boca con horrorizada indignación. No necesito girarme ni mirar en el espejo para saber que es ella. Cruza la sala con el repiqueteo de una calculadora y, con un pañuelo que se saca de la manga, frota el taburete al final de la barra hasta sacarle brillo.

—Una tónica, por favor —pide con voz contenida.

Me acerco y vierto el líquido en un vaso con hielo. Después, escurro un paño con esmero para limpiar la barra y dejo el vaso sobre un pequeño y cuadrado posavasos, que cojo de una pila especial y que no está manchado con eslóganes de marcas de alcohol ni con chistes de aseos. Con cautela, le pregunto:

—¿Limón?

Zelda asiente con la cabeza y se ajusta las mangas con la mano. Sus hombros se curvan levemente. Inserto no una sino dos rodajas de limón en una pequeña espada de plástico y las introduzco en el vaso.

Sólo en ese momento toma posesión del taburete.

—Invita la casa —digo, mientras rechazo con la mano la mandíbula metálica y abierta de su monedero. Lo cierra de golpe, me da las gracias y afianza su postura un poco más.

»Aportas a este lugar justo lo que necesita —le digo—. Algo de clase.

Como no responde, repito el cumplido con más énfasis y entonces sonrío, torciendo la comisura de los labios que se ha pintado con esmero.

—Salud —brinda con una pincelada de sofisticación.

Al beber, sus labios dejan una huella nítida, embarrando aún más su boca voluntariosa.

Necesitaré varios tragos de tónica, preparados con solemnidad, enriquecidos progresivamente con ginebra, para devolver un rasgo de humanidad a su rostro. Mis motivos son nobles: hacer un poco más fácil la vida de Shawnee Ray, pues en cuanto las pequeñas cantidades de alcohol empiezan a surtir efecto, la bondad intrínseca de Zelda sale a relucir. Siempre perdona a la multitud a diestro y siniestro. Su sonrisa se relaja,

resplandeciente como perlas derretidas. Desde el rincón donde se encuentra, extiende una opinión más benévola, como un bálsamo. Por muy mal que se pongan las cosas, aquellas noches en que Zelda se queda el tiempo suficiente, su sonrisa siempre termina por difundir un manto tranquilizador. Es como tener a una santa en casa.

Pero hay que encender una vela, hacer un sacrificio.

Zelda es consciente de que su experimento químico ha producido unos resultados sorprendentes: allí estoy yo preparando tragos para mi jefe, el futuro esposo de la chica que ha adoptado, mientras esa misma muchacha, Shawnee Ray, no se halla en compañía de Lyman Lamartine sino en casa cuidando de su hijo. Zelda no debería arriesgar tanto para no caer derrotada ante lo inesperado. Es mi opinión. El corazón de las personas está compuesto de elementos desconocidos e, incluso ahora, estoy seguro, existe un inexplicable interés hacia mi persona por parte de Shawnee Ray. Debo reconocer que nuestra primera cita no fue nada del otro mundo. Aun así, ha aceptado hablar conmigo por teléfono un par de veces desde aquella noche.

No fuerzo mi suerte, sino que me limito a seguir adelante atendiendo mi trabajo y permitiendo que los demás me allanen el camino con Zelda. Como siempre, tiene mucha gente a quien manipular, de modo que no ha tenido tiempo para concentrarse en mí con todas sus fuerzas, lo cual me satisface. Deseo seguir así. Mi tía me cae bien, aunque resulte tan difícil no dejarse arrollar por sus invisibles propósitos.

Camiones de dieciocho ruedas. Semirremolques con volquetes cargados hasta los topes. Nunca sabes lo que se te viene encima cuando Zelda sale a la carretera. Quizá sea recelo, o sólo un vivo deseo de desviarla de su camino. Tal vez avanzo hacia ella blandiendo una bandera roja o he olvidado ponerme el chaleco reflectante. Sea lo que sea, el hecho es que me descuido un poco en la preparación de los tragos de Zelda. El negocio va despacio. Supongo que estoy cansado y olvido medir las dosis. Simplemente me paso en la cantidad que añado a las tónicas de Zelda, y esta arremete contra mí con todas sus fuerzas. Por desgracia, me encuentro en primera línea de fuego.

Empieza por explicarme cómo mi bisabuela, la peligrosa Fleur Pillager, intentó acabar con su vida llenándose los bolsillos de piedras y adentrándose en el lago Matchimanito. Pero las piedras que eligió eran las mismas que guardaba junto a su cama, las mismas con las que hablaba. Las piedras perfectas. Las redondas. La conocían y por eso la ayudaron. No permitieron que se hundiera. Eran piedras espirituales y la mantuvieron a flote.

A continuación, Zelda me confía el nombre de su primer novio, el único hombre al que ha amado en su vida. Se trata de Xavier Toose, tío de Shawnee Ray. Zelda afirma sin ambages, curiosamente, que el hombre perdió todos los dedos por querer tocarla. Después, calla, mira fijamente el espejo situado a mis espaldas y mueve los labios. Para intentar cambiar el rumbo de sus pensamientos melancólicos, le pregunto cómo está Redford, pero, como si hubiera puesto en marcha de nuevo un magnetófono, comienza a hablar otra vez de Xavier, conocido cantante de música tradicional al que vi por última vez en la *powwow* con las manos ahuecadas alrededor de las orejas como las garras de un animal. Mientras tocaba el tambor, su voz trémula acompañaba todas las notas agudas de los cantantes de Viento Recio.

Se interrumpe de nuevo.

—Bueno, ¿quieres que te lo cuente? —pregunta.

—¿Contarme qué?

—¿Quieres que te cuente aquella famosa historia?

Me gustaría decirle que no, cerrar suavemente el caudal de sus palabras, pero sus ojos son demasiado brillantes y la necesidad demasiado poderosa.

—Es lo que podría llamarse —explica con un gesto distraído y vigilante a la vez— una tórrida historia de amor.

Se trata de un concepto con el que me he familiarizado muy recientemente, por ello me acerco a ella y soy todo oídos.

«Xavier Toose era el joven más atractivo de la zona, y listo además, pero no era el hombre por quien yo me reservaba para casarme. Ese hombre especial debía ser blanco, para que me llevara lejos de la reserva, a Minneapolis o Saint Paul, donde, siguiendo catálogos y revistas, yo tenía previsto emprender mi vida. Me resistía a Xavier Toose y, sin embargo, mi corazón daba un vuelco cada vez que él se sentaba en nuestra cocina. Al latir con tal fuerza, mientras tocaba la danza del conejo, se me hacía un nudo en la garganta y mi corazón se desbocaba cuando le veía alargar sus delgadas piernas en la silla de madera. El hombre sabía que, cuando hablaba, mis oídos captaban tanto los registros más graves como la línea de amor que subrayaba todo lo que él iba diciendo, el sentido verdadero y oculto.

»Había más cosas. Yo encendía velas a los santos para detener mis pensamientos, pero no servía de nada. Soñaba con él cada noche. Creo que él lo sabía. Sospecho que me adulteraba el té. Sin embargo, no era adecuado para mí, no encajaba en mis planes de futuro, en los que me veía moviendo un

cazo sobre una pequeña cocina blanca. En esos sueños, yo vestía de rosa o azul celeste. Era una mujer con un piso de arriba y uno de abajo, una mujer con una casa de dos plantas.

»Pero Xavier no. El era un hombre que viviría en una choza de las de antes. Se encaminaba hacia una vida feliz llena de *powwows*, si no se dejaba atrapar por la bebida. Sí, señor, esos días empinaba mucho el codo. Le vi recorriendo los circuitos habituales, cantando y tocando el tambor. Mantendría un trabajo mal pagado para hacer frente a la inmensa carga que suponía ser indio. Ahora Xavier es maestro de ceremonias, religioso y tranquilo. Pero entonces le habitaba un poco el demonio.

»El tiempo pasaba, y yo le rechazaba con cada nueva estación. Primavera. Verano. Otoño. Entonces llegó el invierno. Haría la pregunta por última vez. La cuarta vez, la tradición obliga a que se acepte o se rechace para siempre. Así que todo parecía indicar que nos disponíamos a un duelo a muerte. Venía a verme todas las noches y la gente daba por sentado que yo diría que sí. Pero no pronuncié esa palabra a Xavier porque no me lo llegó a preguntar directamente, si bien me miraba fijamente con una paciente determinación.

»Y llegó el día de Santa Lucía, con la noche más larga del año. Vino a nuestra casa y, a medida que el sol se ponía y la luz se volvía más tenue, él me susurraba, sonreía y hacía relucir el nuevo anillo en la punta de su dedo. A regañadientes le seguí hasta el establo, preparando el no en mi boca como un guijarro dispuesto para ser arrojado. Una vez en el interior, nos quedamos de pie junto a las oscuras cuadras y me mostró la alianza de oro francesa, que había comprado con el dinero que había ganado amontonando heno.

»—¿La quieres? —preguntó.

»No encontraba el valor suficiente para hablar, así que negué con la cabeza.

»—¿Seguro?

Tenía el pulso acelerado. Mi rostro se volvió hacia el suyo. Clavando mis ojos en los suyos, dirigí la mirada al vacío.

»—Vete —dije.

»—No pienso marcharme esta noche hasta que no me digas la verdad. Me amas, pero prefieres a un hombre blanco, te conozco. Pero así no serás feliz. Necesitas un tipo como yo.

»Xavier había guardado una botella de whisky en el comedero bajo un poco de paja y la sacó del escondrijo para ofrecerme un trago. Tomé un sorbo y por poco me asfixié con el ardor que me produjo. Bebí un poco más y se me despejó la mente.

»—No me marcharé. Me quedaré sentado bajo tu ventana, encendiendo cerillas toda la noche. —Se echó a reír—. Me emborracharé delante de tu puerta. ¡Di que sí!

»Me alejé y volví a entrar en casa dando un portazo, furiosa, y, sin embargo, mi corazón sólo deseaba regresar al establo, al calor de sus manos ya curtidas de tanto trabajar. Pero yo era fuerte, esto te lo demuestra. No volví. Desde la amplia cama que compartía con mis hermanas pequeñas, me cubrí los hombros con una manta y observé. Cuando las luces se apagaron, divisé sus cerillas, una tras otra, que titilaban en la noche sin viento. Un pequeño fogonazo y luego otro. Me adormilé sin dejar de ver esos pequeños destellos en medio del profundo azul, recortados contra la nieve azulada.

»A la mañana siguiente, mis hermanos le metieron en casa. Habían encontrado a Xavier congelado y hecho un ovillo, todavía acurrucado sobre un montón de nieve. Tenía una mano en el corazón, explicaron, y la otra aferrada a la botella. La mano en el corazón fue la que se congeló, sin embargo, y los dedos de esa mano fueron los que perdió».

Zelda se interrumpe, toma un trago y, después, me mira fijamente a los ojos para observar mi reacción.

—Vete a casa, tía, por favor —le ruego.

Pero no quiere. En realidad, no ha hecho más que empezar, una historia conduce a la siguiente. Me cuenta cómo mi abuela Lulu encontró el cadáver de un hombre en el bosque, y cómo ella misma se quedó mirando a su propio padre mientras prendía fuego a la casa de los Lamartine. Me dice que por eso se alegra de haber rechazado a Xavier Toose.

—El amor es destructivo; el amor es una carta que arde en el cielo, una lacra —masculla.

Dice cosas que haría mejor en callar, ocultar y jamás revelar. Me dice por qué le debo todo.

—Eres muy dulce —suelta mientras se balancea hacia delante con el pelo algo despeinado.

—Se me habrá pegado de cuando trabajaba en la azucarera —explico.

—Es cosa tuya —insiste mientras aparta sus ojos negros—. No lo has heredado de tu madre.

—¿Mi madre?

No puedo evitarlo, aguzo el oído, ansioso por saber algo más. Arrugo el trapo haciendo una bola, me inclino sobre la barra y hago la pregunta que no

debería hacer:

—¿Qué pasa con ella?

Entonces Zelda me relata con todo lujo de detalles la manera en que mi madre me abandonó en brazos de mi abuela. Me revela datos que me hundan en la miseria. Hace lo peor que puede hacer: me cuenta la verdad.

—No sé cómo pudo hacerlo —dice Zelda, sacudiendo la cabeza con los labios apretados.

—¿El qué?

—Odio tener que hablar de esto delante de ti —intenta ganar tiempo para atenuar la intensidad de sus palabras—. Pero, bueno, tú ya has oído hablar del saco de yute.

Mi tía está disfrutando. Finge que no es así, pero en realidad le encanta desvelar los hechos con todos sus dolorosos detalles. Yo podría detenerla, pero la mención de mi madre me deja indefenso. No importa lo que me haya hecho June Morrissey, no importa que ya no esté, la sigo queriendo mucho. Nunca oiré lo bastante acerca de ella, o eso creo.

—Lo del saco de yute era una broma —alego con seguridad—. Abuela me tomó el pelo una vez diciéndome que mi verdadera madre estuvo a punto de tirarme a la ciénaga. Pero ninguna madre...

Zelda me interrumpe y asiente con la cabeza.

—Ninguna madre, desde luego ella no era una madre de verdad. June Morrissey, Kashpaw, o lo que fuese ella, te tiró al agua.

—*N'missae* —balbuceo ahora muy despacio, llamándola «hermana mayor»—. Has bebido más de la cuenta esta noche. Le he puesto algo a tus tónicas. No te cabrees conmigo. Invita la casa.

Pero ahora niega con la cabeza, rechazando mi versión de los hechos que han surgido en su memoria.

—Te tiró —continúa la tía Zelda—. Si lo sabré yo. Fui yo quien te sacó del agua.

—Nunca me lo habías contado.

Compruebo la botella de ginebra. Soy incapaz de saber la cantidad exacta que le he puesto.

—Siempre fui muy observadora, la que lo veía todo. Estaba sentada en las escaleras traseras de casa cuando miré colina abajo. Allí estaba June, arrojando un pequeño bulto a la ciénaga.

—Dices esas cosas por culpa de la ginebra —objeto.

Se lo suelto directamente, tal cual, y hasta tiro el trapo sobre la barra. Pero no puedo alejarme ni dejar de escuchar mientras prosigue con una voz cada vez más ronca, fascinada y demasiado creíble.

—Jamás olvidaré ese momento, Lipsha. Un día de verano nublado. Yo era muy sigilosa y esperé a que June se marchara. Entonces me acerqué para ver con mis propios ojos qué era lo que había arrojado al agua. —Zelda calla, se muerde el labio inferior y gira el vaso entre las manos—. No sé cuánto tiempo estuve esperando. De haber sabido que estabas tú allí, habría ido corriendo enseguida.

—No era yo —intento hablar con voz firme y segura—. No era Lipsha. Ninguna madre...

Es inútil. Zelda apenas me hace caso. Describe el momento que vivió, junto a esa laguna parda como el café, en la que brotaban espadañas y nenúfares, y cuya ribera albergaba patos, gallinetas y ostentosas ánades reales.

—Me adentré en el agua. —Su voz se vuelve más segura, decidida y clara—. Me hundí en el fango hasta las rodillas y luego avancé hasta no dar pie, por lo que tuve que nadar mientras intentaba recordar dónde había lanzado June el saco de yute. Buceé y debí de hacer tres o cuatro intentos hasta que rocé el saco. Necesité sumergirme dos veces más para conseguir levantarlo, porque —Zelda hace una pausa para agregarle más dramatismo, mirando a través de mí como si yo no estuviera—... June le había añadido piedras. Arrastré el pesadísimo saco hasta la orilla y lo saqué del agua. Después, lo llevé, con las piedras golpeándose, a través del bosque hasta la pradera. —Zelda mordisquea la pajita mientras se acuerda de mí otra vez—. Lo habría abierto en cuanto lo saqué del agua, Lipsha, de haber sabido que estabas tú allí.

Me invade ahora esa sensación, esa náusea, que siempre surge cuando uno no quiere presenciar lo que está sucediendo ante sus narices.

—¡No era yo! —proclamo en voz alta, y un par de parroquianos medio adormilados y con los ojos hinchados se vuelven hacia nosotros con curiosidad. La cabeza me estalla. Tengo los brazos entumecidos, paralizados, con el único deseo de aferrarse a algo de gran tamaño, como un árbol, un pimpollo bien arraigado, un montículo de tierra firme, otra persona. Pero Zelda no es mujer que tolere las sorpresas. No puedo abrazarme a ella, y además ella es el origen de mi desazón. Por ello, aguanto sin pestañear, aunque empiezo a notar un ligero temblor en los pies. Me mantengo inmóvil mientras su voz sigue hablando.

—Abrí el saco en cuanto salí del bosque. ¡Chillé cuando descubrí que había un bebé! Cuando me viste, pestañeaste, abriste los ojos como platos y me sonreíste. Y eso que llevabas veinte minutos dentro de ese saco, tal vez media hora.

—No era yo.

—Tal vez más —no consiente discusión alguna—. Sin embargo, hay algo que siempre me ha desconcertado. —Rasca la barra con la varilla del cóctel—. Lipsha, permaneciste en esa ciénaga mucho tiempo.

—Que no era yo.

Se calla y me mira fijamente, y entonces susurra:

Cómo es que no te ahogaste?

Dado que estoy furioso con ella por haberse inventado esa estúpida y maldita historia, le devuelvo la mirada.

—*¡Ten cuidado!* —la fulmino con los ojos—. *¡Si no quieres ocupar mi lugar!*

Siseo esas palabras en su cara, empleando la misma y peligrosa amenaza que, supuestamente, pronunció mi bisabuela, Fleur Pillager, ante su salvador de antaño, que murió al poco tiempo tras ocupar su lugar en el sendero de la muerte. Utilizo la advertencia familiar y Zelda da un paso atrás. Un pequeño destello de miedo se enciende y se apaga en sus ojos, tan fugaz como una cerilla de motel. Pero no es mujer que se deje atrapar por una maldición. Es demasiado fuerte y dominante, y exorciza mis palabras con una rápida señal de la cruz.

Me gustaría hacer lo mismo con las tuyas, pero, por alguna extraña razón, no puedo. Me repito a mí mismo que los tragos la han vuelto fantasiosa, que ha adornado mi historia en su memoria y le ha bordado perlas de colores. Se equivoca, me obstino una y otra vez, se equivoca por completo.

«Se equivoca», salmodio esa noche mientras me acuesto. «Se equivoca», sigo insistiendo al apagar la luz. «Se equivoca, se equivoca, se equivoca», reitero hasta quedarme dormido. Me digo que Zelda se ha inventado toda la historia de principio a fin y ha posibilitado que sucediera. Jamás me encontré en un saco de yute. Recuerdo que yo siempre he creído lo que me contó la abuela Kashpaw: que le fui entregado, de un modo deplorable pero comprensible, por una madre que era hermosa pero demasiado indómita para criar ella sola a un hijo. Yo había conseguido aceptar esa versión y perdonado a June, que había estado al borde del abismo de la vida como para cuidar de mí correctamente.

Quiero seguir pisando esa tierra firme y mantener esa certeza, pero mis sueños son aguas turbulentas y terroríficas.

Esa noche soy arrastrado a unos lugares profundos. Me hundo en una oscuridad suave, mientras mi corazón se desboca, atrapado en la trampa de mi pecho. Me despierto sobresaltado, como si hubiera golpeado el fondo de mi cama de agua. De un salto, me levanto, me enfundo los vaqueros, enciendo la luz y decido registrar la casa, en una especie de ronda de inspección, y, aunque pocas veces me lo permita, me tomo un trago por cuenta de la casa.

Me adentro despacio entre las silenciosas resonancias del vacío. Bordeo la barra hasta pasar al otro lado. Me encuentro en pleno proceso de elegir una botella cuando miro al espejo.

Y veo a June.

Su rostro es una mancha difusa más clara que la oscuridad, sus ojos son del color del cuarzo del lago, y me dirige una mirada triste y segura en medio de un silencio vacío. Lleva una camiseta rosa que brilla levemente, lo mismo que el Bailey que llena su pequeño vaso. Tiene el pelo negro que le enmarca la barbilla como dos suaves plumas. No tiene una edad definida —anciana, flamante, espigada como una muchacha—. A gusto del lector. Es cualquiera de ellas y todas. Es mi madre.

Tiene el mismo aspecto de cuando yo era pequeño, en aquellas ocasiones en que la atisbaba cuando regresaba de sus escapadas a la ciudad. Muestra el mismo aspecto que habría tenido si se hubiera quedado y seguido el buen camino hasta convertirse en una anciana elegante. Me observa a través de la larguísima sala. No hay humo que apartar para dejar paso a su mirada. No hay ruido que cubra su voz. No puedo fingir que algo me impide ver claramente su imagen. No puedo fingir que algo me impide oír sus palabras.

June abre su bolso despacio y saca un cigarrillo. La oscuridad se extiende ante ella y, cuando me giro para dirigirme a ella, su asiento aparece vacío. Se ha desplazado. El pelo se me eriza en la nuca al descubrirla al otro extremo del bar. Un escalofrío me recorre la espalda y de pronto todo mi cuerpo se estremece. Tropiezo y casi doy media vuelta.

—Debes enfrentarte a ella —me digo, procurando serenar los latidos de mi corazón—. Ha venido por algún motivo.

En algunos lugares, el suelo de cemento se ha hinchado hasta combar el pavimento. En las noches frías, desde mi pequeño cuarto, oigo cómo se mueve. Percibo ahora ese sonido grave, un golpe y un crujido. Después, se produce un silencio en el que nada parece moverse. Fuera, no sopla el menor

viento ni se oye ningún motor a lo lejos. No se oye voz alguna, ni el menor sonido en los campos cercanos. Ningún ladrido de perro. Nada de nada.

De pronto, la caldera suelta un suspiro y exhala una queja. El hielo retumba en el congelador.

Estoy temblando.

Siempre me he repetido a mí mismo que hay un lado positivo en los fantasmas. Mi razonamiento se fundamenta en las siguientes incertidumbres: ¿existe otro mundo más allá de éste? ¿De qué y de cuántas dimensiones? ¿Qué clase de vida será la vida eterna? ¿A qué tipo de dios deberé enfrentarme, en caso de que exista alguno? ¿Cómo será un hipotético juicio final? Un fantasma podría responder, al menos, a la pregunta fundamental que consiste en saber si hay algo más allá del mundo que conozco y las cosas que toco. Si viera un fantasma, se abriría todo un abanico de posibilidades. Me he explicado a mí mismo todo esto, pero, al final, resulta que ante la presencia de uno me pongo a temblar.

No ceso de repetirme que mi madre no quiere hacerme daño y que, además, no tuvo que ser nada fácil para ella aparecer. Ha debido de cruzar fuego y agua, atravesar las inmensas y poco atractivas extensiones de praderas y campos cercados, aplastadas por la nieve. Ha desandado el camino de tres días, el camino de la muerte. Se ha esforzado enormemente para llegar hasta aquí. Es lo que me digo: al menos yo debería tener las suficientes agallas para averiguar por qué.

Respiro hondo y me adentro en la amplia y silenciosa pradera de la sala de bingo. Enciendo las luces, pero las bombillas tienen tan poca potencia que apenas se nota diferencia alguna. A cada paso que doy, me detengo y aguzo el oído, atento al eco o la estela. Cada vez que me paro, oigo el silencio, tan sonoro como una ola de calor. Mi corazón bombea la sangre a la cabeza con impulsos que vibran detrás de mis párpados, y me arden las puntas de los dedos como si estuvieran metidos en hielo. Llego al taburete, el mismo en que la vi sentada, y entonces lo toco con la palma de la mano y tengo la sensación de que está caliente.

—¿Dónde está mi coche? —pregunta de pronto, justo a mi lado, como si continuáramos una conversación en el tiempo—. He vuelto porque me preguntaba dónde lo habías dejado. ¿Dónde demonios está mi coche?

—Está fuera —respondo, pero mi voz suena como si hablara desde el fondo de un pozo.

—¿Qué le has hecho? —su tono es mordaz—. ¿Lo has destrozado?

—No.

- Entonces ¿qué le pasa?
- Tiene una pequeña avería —explico.
- ¿Pequeña? ¿Qué quieres decir con «pequeña»?
- Sólo necesita un poco de ayuda para arrancar.
- ¡Yo te ayudaré a arrancar, joder!

Se abalanza sobre una mesa, furibunda, y señala la silla. Me encuentro ahora en un preocupante estado de debilidad, me tiemblan las piernas como si fueran harapos. Si hubiera sabido que aceptar el Firebird azul, comprado con el dinero del seguro tras su muerte, le cabrearía tanto —incluso desde más allá de la tumba—, no lo habría hecho ni de broma. Incluso después de lo que había dicho Zelda, supongo que todavía me imaginaba que mi madre sería cariñosa conmigo, atormentada por un gran sentimiento de culpa, pero o aquello no era más que un vano deseo o es que simplemente está de un humor de perros esta noche. Habla con voz cortante y no se entretiene en cuestiones triviales. Se me antoja que quizá se haya presentado algún problema o haya sucedido algo desagradable en el lugar del que viene, una situación de la que necesita una tregua, o al menos transportarse.

Después de permanecer allí sentados esperando, envueltos en nuestro propio silencio durante lo que a mí me parece una eternidad, me atrevo a hablar:

—June... Mamá —empiezo despacio, sorprendido por la sonoridad que toma esa última palabra en mi boca—, ¿qué quieres de mí?

Una tibia neblina de humo vibra en el aire entre ambos. June frunce el ceño.

—Tengo prisa. He de irme, pero escúchame bien. ¿Juegas al bingo?

—Nunca lo he hecho hasta ahora —le informo—. Bueno, casi nunca.

—Ahora lo harás.

Con el cigarrillo encendido en los labios, abre de nuevo el bolso, busca algo con las dos manos y saca con cuidado una libreta muy endeble, que empuja sobre la mesa hacia mí. Observo que se trata de cartones de bingo, divididos en pequeños cuadrados, marcados con letras y números. Me pongo a hojear la libreta educadamente, del mismo modo que uno mira las fotografías de las vacaciones en Sturgis de otra persona, a la vez que me pregunto adonde quiere llegar con esto. Pero no hay nada en los cartones que se salga de lo normal. Cuando levanto la cabeza para darle las gracias, no hay nadie. Se ha esfumado entre las volutas de humo que envuelven su silla.

Salgo corriendo fuera, sin abrigo, en medio de la gélida noche, y grito el nombre de mi madre, pero no obtengo respuesta. Sobre mi cabeza, en el

mismo cielo de donde vino, centellean las frías estrellas, estocadas de una antigua luz, delicadas y solitarias.

Majestuosas formas surgen en un torbellino de una tierra sobrenatural. Mientras las contemplo, una rompe filas y se precipita hacia el suelo.

Está sucediendo. Lo sé. Mi suerte está cambiando por fin. Entro de nuevo en el local y me deslizo en el saco de dormir; empiezo a perder esa sensación de miedo y excitación, y comienzo a flotar a través de las conexiones. Me despierto a medias, una vez, y me imagino que, desde el otro lado de los gruesos y aislantes muros del bar, alcanzo a oír el ronco ruido de un motor que arranca. Me preocupo vagamente por mi coche, pero el sueño es un viaje por aguas profundas. Me doy la vuelta y me dejo caer por la húmeda pendiente.

Capítulo seis

La suerte de June

Al principio, simplemente era que la madre de June se volvió torpe: tiraba las tazas de hojalata de los ganchos y golpeaba la estufa con el cubo. En medio de la noche, entonaba una canción antigua de una danza circular y, desde su rincón tras la cortina, manaban risotadas estridentes. Amanecía y June se levantaba sola, buscando en el horno apagado un pequeño trozo de panecillo *bannock* frío. Lo raspaba para quitarle las cenizas, se lo metía en la boca y masticaba las dulces y abrasadas migas. June salía para coger el autobús escolar, pero, a mitad del camino, una nube envolvía su rostro. Volvía a casa corriendo, tocaba a su madre, todavía dormida, en la mejilla, daba un salto hacia atrás y desaparecía en cuanto ésta se movía.

Lucille Lazarre era una mujer de caderas y brazos enclenques, pero poseía un abdomen fuerte, tan recio como el tronco de un árbol. Parecía enorme en el marco de la puerta cuando June regresó del colegio de las Hermanas. June había sacado buenas notas ese día y se había ganado un escapulario de fieltro de color bronce. Geezhig, su hermano mayor, que había estado toda la noche anterior en la ciudad, pasó bruscamente ante su madre empujándola, pero Lucille lo agarró y lo atrajo hacia ella. El joven agachó la cabeza y mantuvo el cuello rígido mientras ella le acariciaba el pelo con sus cálidas manos.

—Suéltame.

La mujer se apartó y se volvió hacia June. Tenía el contorno de los ojos enrojecido y ardiente, y los labios secos y morados. Su larga cabellera le llegaba casi hasta la cintura. Cuando, en sus días buenos, se sentaba en una silla a tejer cestas y dejaba que su hija la peinara y le hiciera trenzas, June se imaginaba que tenía el pelo de su madre y que se agazapaba en el interior de esa tienda segura.

June alargó la mano e intentó coger un mechón de su pelo; se dio cuenta del error antes siquiera de que la mano de su madre resonara en su cara.

Ocurrió tan rápido que June no reaccionó al principio. Con la fuerza del golpe, entrecerró los ojos y se fijó en la blusa de Lucille y sus diminutos dibujos de teteras colocadas bocabajo. Su falda larga de color habano estaba manchada, como si hubiera permanecido junto a un fuego y el humo se hubiese extendido por su cuerpo. Ahora, debido a la bofetada, la prenda parecía cubierta de un extraño barniz, un brillo, una sustancia repleta de perlas, que parpadeaba con virulencia. June se frotó los ojos, se apartó y salió corriendo, alejando la voz arenosa de su madre. Durante las horas siguientes, permaneció sentada en lo alto de su árbol.

Cuando June entró de nuevo en casa, el rostro de su madre parecía estar empolvado, cubierto de una capa blanca. Se encontraba sentada en la silla, sola e inmóvil. No sujetaba ninguna botella en la mano ni había ninguna a la vista. June pasó delante de ella para alcanzar el rincón con mantas amontonadas, donde dormía con Geezhig. Pronto se hizo totalmente de noche, se arrebujó contra la huesuda espalda de su hermano y se quedó dormida hasta que Geezhig le dio varios golpecitos en la cara, muy suaves, para despertarla.

—Corre a los matorrales —dijo—, vamos, hermanita.

El amante de Lucille estaba allí. Se llamaba Leonard y ambos se burlaban de él por sus gruesos labios rojos. Su cuerpo era una masa poderosa, pequeña y maciza, y proyectaba la cabeza hacia delante al caminar, como una cuña. Tenía el pelo corto y de punta, por lo que le llamaban «Puercoespín». Su nariz era más oscura que el resto de la cara, pero no desprendía un olor agrio como un puercoespín, sino que olía de maravilla. Se ponía una especie de zumo de *zhaginash* que le hacía más atractivo para Lucille.

El aire que rodeaba el rostro de June parecía gélido. Se hundió un poco más debajo de las viejas y ásperas mantas militares, donde su cuerpo había anidado. Normalmente, su madre tenía que pegar a Geezhig de todas maneras, y sólo la emprendía a palos con ella cuando dejaba de estar tan enfadada y su brazo se relajaba y entumecía. June se acurrucó y se hizo la sorda ante la voz de Geezhig. Hacía demasiado frío afuera para dormir cubierta de hojas. Se quedó allí. Las voces tronaron a su alrededor como el eco sordo de un tambor y colmaron su cuerpo de un calor sedante. Cuando dormía, no tenía que oírlos, y por ello se relajó entre sus gritos y se acurrucó contra un muro de ruido.

Una luz la cegó. La cabeza entumecida de June empezó a zumbar. Después, salió volando y se golpeó. Tendida en el suelo, intentaba recobrar el

aliento. Tenía el pecho tan aplastado como la hojarasca. Vio el centro de una rueda amarilla que giraba lanzando chispas y llenando enormes velas.

Desde el otro lado del agua dorada, su madre gritaba:

—¿Dónde está?

El aire entraba y salía de June a borbotones; el miedo la arrojó hacia la puerta. Estuvo a punto de conseguir escapar, escurriéndose como una gata, pero las manos de Leonard eran muelles en tensión y consiguió atraparla y tirarla al suelo. La madre de June la abofeteó una vez, no muy fuerte. Pero entonces, a diferencia de otras ocasiones, se arrodilló clavando sus rodillas en la cintura de June y enredó una cuerda de tendedero alrededor de los brazos de su hija y la ató a la pata de la estufa de hierro forjado.

—¡Ya no te escaparás más!

Lucille jadeaba, exhausta y mareada. Cogió la botella y salió, derramándola sobre ella a cada paso. June se retorció para soltarse, intentó levantarse y liberarse con los dientes, pero la cuerda la envolvía por todas partes y los nudos se tensaban cada vez más a medida que pugnaba por soltarse. Los pies de Leonard sonaron de nuevo, pero no se acercó. Después, June oyó que se alejaba hacia la puerta del cobertizo, cerca de donde su madre tenía la cama, y, a pesar de que el suelo era de tierra apisonada y del polvo frío y asfixiante, se adormeció hasta sumirse en un sueño aletargado.

Notó la mano del hombre que le tapaba la boca, enorme, fuerte y dura. Percibió el aroma dulce y picante de su perfume, y por debajo, la fermentación agria y fuertemente florida de sus axilas. La tocó con las manos como dos campanas ardientes. Desató todos los nudos, pero la mantuvo aprisionada bajo sus dedos. Semejaban unas pinzas de acero, que la fueron descubriendo hasta que June empezó a patallar. Fuese a donde fuese, la lengua de Leonard la tenía sometida. Entonces, la rueda gimió de nuevo y proyectó sus rayos, que fueron a clavarse en una pared incandescente. Existía una manera de que un hombre pudiera penetrar en su cuerpo que ella desconocía. El dolor retumbó por todas partes. June intentó huir, pero la barbilla del hombre le aplastaba el hombro. Intentó escurrirse por debajo de él, pero Leonard estaba por todas partes. Ráfagas de chispas cayeron sobre ella, cubriéndole los ojos y la cara. Después, se sintió tan pequeña como un puntito ardiente, una estrella arrojada al cielo, que avanzaba a toda velocidad por la oscuridad y el aire, cada vez más rápido, sin descanso, hasta que por fin huyó a un rincón de su mente, donde se hizo una promesa justo antes de desmayarse.

«Nadie me sujetará nunca más».

Capítulo siete

Lipsha

La furgoneta del bingo

Cuando entro en el bingo esa noche de finales de invierno, soy un jugador como cualquier otro, lleno de vulgares deseos y esperanza. Nada más entrar, busco con la mirada por si hubiera algún amigo del pasado o del presente, o algún pariente, y enseguida diviso a la abuela Lulu. Tiene cinco cartones extendidos ante ella. Sus vecinos de mesa solo tienen uno. Cuando los números comienzan a dar vueltas en el bombo, coge un marcador de bingo en cada mano. Se trata del juego del pájaro^[6], por un premio de cien dólares, y nadie se ha puesto todavía nervioso ni muy serio.

—Lipsha, tráeme una Coca Cola —me ordena Lulu cuando han cantado bingo—. Y coge otra para ti.

Me dirijo a la máquina, consigo nuestros refrescos y regreso; los dejo sobre la mesa, me siento y extiendo mi cartón. Como ya he dicho, mi abuela juega cinco cartones, que es la manera de ganar mucho dinero. A la larga, mucho más que de vez en cuando, es una de las pocas chippewas que de verdad sacan algo de provecho del bingo. Pero también hay que explicar que, en estos días, se trata de su juego favorito. Nada de tarjetas de «rasca y gana». Nada de *blackjack*. Nada de máquinas tragaperras para ella. Nunca se mete en la sala del fondo y nunca bebe. Cobra todas sus ganancias. Creo que puedo aprender de Lulu Lamartine, así que la observo con atención.

Concentración. Antes siquiera de que los números comiencen a salir, se instala en su sitio de la suerte: una silla que nadie más se atreve a ocupar, en la cuarta fila y en la cuarta posición a la derecha, junto al muro este. Relaja el rostro y cierra el bolso. Agita los marcadores bocabajo para que las almohadillas queden impregnadas de tinta. Comprueba la hora en su reloj de pulsera. Mira la Coca Cola y bebe un poco, pero no más de un sorbo. Es una mujer de ojos acerados con la mandíbula redondeada y el pelo rizado. Sus

gafas de pasta azul le cuelgan del cuello con dos cadenas. Coloca las lentes ante sus ojos en cuanto el cantador toma posiciones. La mujer sujeta los marcadores inmóviles mientras el hombre extrae la bola del bombo. Canta «B-7». Entonces, Lulu se concentra en el juego, examinando y marcando los cartones. No farfulla el menor sonido. No tiene ningún amuleto ante ella al que poder tocar. Y después, incluso si falla un cartón lleno por un número, jamás suspira ni se queja.

Toda una profesional, así es Lulu. Y lo profesional cotiza.

Supongo que yo también podría ser un profesional, como ella, si no fuera por la furgoneta que está aparcada detrás de la cortina. No lo sé todavía, pero ése es el premio que cambiará el curso de mi vida. Por culpa de la furgoneta, empezaré por volverme idiota, y luego sabio. Tendré que seguir dando algún que otro traspíe mientras intente orientarme en el mundo. Todo eso me espera y se extiende ante mí bajo el sol como una ceremonia de imposición de nombre. Más que nada, quiero ser el hombre capaz de impresionar a Shawnee Ray.

—Lipsha Morrissey, tienes que buscarte una vocación —señala la abuela Lulu en un descanso.

—Quizá gane al bingo —respondo, esperanzado.

Esboza una sonrisa inmóvil y curva como la de una gata; tiene las mejillas suaves y redondas, y las uñas semejantes a perfectas garras de un color rosa tropical brillante.

—Ganar al bingo —repite mis palabras, pensativa—. Todo el mundo gana una vez. Es de la vez siguiente, y de la siguiente, de lo que debes preocuparte.

Pero no sabe que estoy jugando al bingo siguiendo el consejo de un fantasma, y no le he mencionado que trabajo como vigilante nocturno en el bar. Supongo que quiero que piense que me ha ido mejor en la vida de lo que me ha ido en realidad, así que mantengo la boca cerrada, aunque, al fin y al cabo, no debería mostrarme tan tímido. El trabajo me proporciona un techo donde dormir, veinte dólares a la semana y tanta cecina, frutos secos y salchichas picantes como sea capaz de comer.

Estoy compuesto ahora de esas tres falsas sustancias. En un bar, ningún alimento lleva en la estantería menos de cuarenta meses. Si uno es lo que come, llego a la conclusión de que yo viviré para siempre.

Pero ahora descorren la cortina y olvido mi predicción. Comprendo que no quiero vivir tanto como tenía previsto, a no ser que posea *la furgoneta*. Tiene todos los extras que uno pueda imaginarse: volante recubierto de felpa azul, ventanillas laterales con forma de rombo e interior totalmente tapizado.

Los asientos son cómodos sillones con pequeños auriculares integrados y está totalmente sonorizada. Uno se puede acercar durante el descanso y acariciar los laterales. Está pintada de color crema, con excepción del logotipo, que destaca en azul y representa el ribete del tambor sioux. En la parte trasera, hay un pequeño frigorífico y una plataforma acolchada donde dormir. Es como una primera vivienda, un estudio móvil con un volante en la parte delantera, un lugar donde podría irme a vivir con Shawnee Ray y su hijo, si ella lo aceptara. Sin embargo, si se negara a vivir allí, al menos quedaría impresionada.

Ahora sé que lo que siento es un síntoma de la decadencia nacional. Os burlaréis de mí, me despreciaréis y espetaréis que ¿con qué derecho el inútil de Lipsha Morrissey, que se gana la vida vigilando cerveza, se atreve a comentar asuntos fuera de los límites de nuestra tribu? Pero soy capaz de abarcar un campo más amplio, gracias a las indicaciones de mi madre y gracias a Lulu, de la que muy pronto aprenderé a concentrarme en perseguir un objeto material.

Después de aquella primera visión, acudo a jugar al bingo cada vez que puedo librarme de atender el bar o limpiarlo. Lyman nunca me detiene, porque creo que le parece rentable que sus trabajadores devuelvan sus ganancias a la sala de juegos pasándose sus horas libres sentados a las largas mesas o bebiendo cerveza. Cada breve instante que paso oyendo cantar los números, me convengo más y más de que me voy acercando a mi objetivo. Se ofrece la furgoneta como premio en una única partida cada noche, en un juego a cartón lleno en el que hay que completar todas las casillas. Cuantos más cartones se adquieran, más posibilidades hay. Intento jugar cinco cartones como la abuela Lulu, pero cada una cuesta cinco pavos.

Para conseguir la furgoneta, tengo que estrechar la mano de la codicia.

Pierdo cualquier tipo de escrúpulo. Como puede que ya haya mencionado, mi único talento en esta vida es un poder de sanación que he heredado de mis antepasados a través de la rama de los Pillager. Lo tengo en las manos. Chasqueo los dedos con tanta fuerza que casi saltan chispas. Después, pongo la mente en blanco y empiezo a tocar. Hasta ahora tengo fama de curar articulaciones y venas doloridas. Puedo aliviar en las personas mayores dolencias causadas por medio siglo de duro trabajo con la espalda encorvada. Poseo dentro de mí un poder que fluye hacia fuera, de manera irrefrenable. Tengo un tesoro en mis sueños y mis pensamientos despiertos. Pero no soy consciente de que tendré que renunciar a mi poder curativo en cuanto empiece a poner precio a mis servicios.

Ya sabéis lo que pasa cuando se empieza a cobrar. La gente piensa de pronto que uno vale algo. Antes, yo iba donde quiera que me llamasen y aceptaba lo que me dieran, si es que me daban algo. En cuanto informo de que espero veinte dólares por mi trabajo básico, sin embargo, el teléfono del bar no cesa de sonar.

«¿Dónde está el curandero?», quieren saber. «¿Dónde está Lipsha?».

Cojo el dinero. Y no es como si no lo intentara bajo la presión de sus veinte dólares, porque lo intento incluso con más fuerza que antes. Me froto las palmas de las manos, chasqueo los dedos y los coloco de manera que pueda fluir el poder que los habita. Pero cuando llega el momento de poner la mente en blanco, fracaso irremediabilmente. Cada vez, en el centro de la nube que desciende sobre mi cerebro, aparece aparcada, con toda nitidez, la furgoneta.

Una tarde, la abuela Lulu me pide que acuda a su apartamento para tratar a un paciente y, aunque no habla de dinero, deduzco por su voz que es un cliente importante. Tal vez su último novio. Por supuesto, tendrá un trabajo o una pensión complementaria de la seguridad social. Me acerco a su casa. Cuando entro, como siempre, saludo a mi padre en la fotografía colocada en la estantería llena de figuritas de porcelana.

—Quiero que conozcas a Russell Kashpaw —dice mi abuela, así que estrecho la mano del héroe de guerra más condecorado de nuestro estado, que se está recuperando de varios infartos y de unas antiguas heridas de metralla. Russell va en silla de ruedas. Su trabajo, en el que se vuelca sobre todo después de que cierran los bares, consiste en tatuar rosas, calaveras, motos Harley y dragones de kung fu a la gente. Vive al final de una carretera sinuosa en medio del monte, y es posible ver su obra expuesta casi todas las noches.

Russell parece una estatua, pero no como las que aparecen en los libros de historia, no me refiero a ésas, sino al tipo de obras que vemos en venta cuando conducimos por la autopista. Es un Paul Bunyan indígena, tallado con una sierra mecánica. Tiene un aspecto tosco, con bastos remates. Estrecho la mano de Russell Kashpaw, esperando percibir algún pulso, alguna información. La sujeto más tiempo, esperando sentir una corriente eléctrica, pero no sucede nada.

—A veces estas viejas heridas de guerra tienen mucha electricidad estática —explico en voz alta—. ¿Dónde nota usted el nudo?

Con voz grave y autoritaria, comienza a describir sus dolencias con todo lujo de detalles: dolores, espasmos, crujidos y chasquidos. Mis dos abuelas y su vecina, la cotilla señora Josette Bizhieu, también se hallan en la habitación conmigo. Las tres asienten y chasquean la lengua a cada uno de los síntomas de Russell Kashpaw, y le aseguran, con palabras elogiosas, que ha venido al lugar adecuado para curarse. Así que, inspirado, me froto las manos con fuerza y rapidez, y presiono los lados de sus hombros con mis manos candentes, ya que hoy la nuca y las cervicales son las que le causan más molestias. Pero, por mucho que le masajee de la misma manera que veo a la abuela amasar sus panecillos y bollos, por mucho que caliente otra vez mis manos como un relámpago en el cielo y por mucho que me retuerza los dedos como unas pretzel, no consigo establecer el contacto con él.

Fue herido con tal crueldad que tiene metal por todo su cuerpo, lo que cortocircuita mi energía. Tiene tantas cicatrices y tantos agujeros que no logro hacer que se relaje. Pero no tiro la toalla. Lo intento una y otra vez hasta que parece que le hago todavía más daño de tanto apretarle con todas mis fuerzas.

—¡Santo cielo! —grita el hombre.

—Vaya, señor Kashpaw. ¡Lo siento!

Estoy hecho un manojo de nervios, como una enredada madeja de impulsos. Soy un caos de informaciones contradictorias, un desgraciado montón de hilos chamuscados. Y lo peor de todo, tengo clavados sobre mí los ojos de mi abuela, cada vez más desilusionados y decepcionados, a medida que fracaso una y otra vez con mi paciente. Russell me paga pero no está contento, ni yo tampoco, pues comprendo que, desde ese mismo instante, la noticia correrá de boca en boca, comenzando por la residencia de ancianos y propagándose por todos los hogares a lo largo de las carreteras. Mi don me ha abandonado. Mis manos han perdido sus poderes y se han vuelto inútiles. Vuelvo a no ser más que el don nadie que siempre he sido.

Supongo que, desde aquel incidente, he comenzado a volcar toda mi desesperación en el bingo. Deseo la furgoneta de la misma manera en que empecé a desear a Shawnee. Y de pronto sucede algo que me lanza de nuevo en su búsqueda.

En lugar de concentrar todas mis fuerzas en la furgoneta y de ahorrar para poder comprar tantos cartones como puedo jugar cuando llegue la partida especial, opto por el corto plazo con tarjetas de libre elección, de esas en que uno mismo puede elegir los números.

Primero, apunto mi número de pie y mi talla de pantalones. Nada. Después, escojo mi fecha de nacimiento y su doble. Todavía nada. Anoto el número de la dirección de mi abuela y las fechas de sus aniversarios. Nada. Caigo entonces en la cuenta de que si mi cartón de libre elección ha de ganar, será gracias a una especie de revelación más que a un acto forzado. Así que cierro los ojos allí mismo, en medio de la alargada mesa de bingo, y dejo mi mente en blanco, borrosa como una pantalla de televisión con interferencias, hasta que se forma una imagen. La furgoneta, como siempre. Pero esta vez, tiene fijada una matrícula oficial en la parte trasera. Utilizo ese número y lo escribo en las casillas.

Y entonces grito: «¡Bingo!».

Gano doscientos dólares con esa matrícula imaginaria. Y me los llevo en el bolsillo cuando abandono el local esa noche. A la mañana siguiente, me quedan cincuenta centavos. Pero no es lo que os imagináis con Shawnee Ray y os lo explicaré. Ella no busca sacarme nada, nunca le importa que tenga o no dinero, ni me lo pide. Su sueño es montar un negocio. Para pagarse la universidad, quiere vender diseños de ropa original, de los que ya tiene seis cuadernos llenos.

He aprendido a conocer mejor a Shawnee con cada conversación telefónica, pero ha llegado el momento en que ya no se me ocurre ninguna excusa para marcar su número. Tiene las ideas tan claras respecto a su futuro que me intimida con su comportamiento de alumna de sobresalientes y con sus toneladas de talento y actividades. Aunque deseo invitarla a salir otra vez, el embarazoso recuerdo de nuestra primera cita no deja de atormentarme. Al final me digo: «Lipsha, eres un tipo atractivo. Eres un ganador. Sabes que la lavadora de Zelda siempre está estropeada. Finge un encuentro sorpresa con Shawnee en la lavandería».

Hago guardia en el local durante semanas hasta que por fin aparece y, entonces, me acerco a ella junto a la máquina de monedas y pongo cara de sorpresa, que, con mal criterio, se transforma enseguida en un gesto de alegría. Solo con verla me da vueltas la cabeza y mis manos se tensan sobre mi pecho. Por enésima vez me disculpo por haberle causado problemas. Después le digo:

—¿Te apetece bailar?

Lo digo en broma, porque no hay donde bailar en una lavandería. Sí, me doy cuenta de que le gusto al menos tanto como hace una semana. Comemos un sándwich y una galleta de la máquina y, después, mientras se seca su colada limpia, Shawnee dice que le apetece dar una vuelta en coche, así que

nos montamos en la parte trasera del coche de otra gente. Se dirigen hacia el sur, hacia Hoopdance, donde ocurren muchas cosas.

—Shawnee Ray —susurro mientras avanzamos—, no puedo dejar de pensar en ti.

—Lipsha —sonríe—, yo tampoco puedo dejar de pensar en ti.

No menciono a Lyman Lamartine ni ella tampoco, pero tengo la repentina sensación de que está sentado detrás de nosotros en la bandeja trasera, cabeceando de un lado para otro como un perrito de juguete de esos que se colocan en los coches. A pesar de ello, Shawnee Ray y yo nos acercamos el uno al otro en el asiento trasero. Tengo una mano en la rodilla y pienso en un par de maneras de moverla, dejándola caer como en un descuido sobre la suya o hablando a toda velocidad, de modo que tal vez ni se dé cuenta en el fragor del momento: su mano en la mía, los dos cogidos de la mano, nuestros labios cada vez más cerca. Pero de pronto decido olvidarme de eso para armarme de valor y acariciarle la mano a la vez que la miro a los ojos. Y me atrevo. Delante, los otros conversan alegremente. Nos quedamos sentados sin más. Su boca se vuelve ardiente y sensual bajo el peso de mi mirada y me inclino hacia ella, que se reclina hacia atrás.

—¿Quieres besarme? —pregunta.

Pero respondo, sin haber previsto cómo saldrán las palabras:

—Aquí no. Nuestro primer beso ha de ser un momento mágico que solo compartamos tú y yo.

Sus ojos brillan con más ternura de la que me habría imaginado y después se abren como los de una cervatilla y su cara se ilumina con una enorme sonrisa. Tiene la piel oscura y el pelo largo de un color castaño oscuro con reflejos tostados. No lleva joyas ni anillos esta noche, solo la ropa que ha hecho ella misma con sus propios diseños: una chaqueta y unos pantalones de tono cáscara de huevo, con símbolos bordados con hilo azul en los bordes, los puños y en el dobladillo. La contemplo embobado durante un momento, mientras avanzamos por la carretera, antes de caer en la cuenta de que el motivo por el que el bonito conjunto de Shawnee me llama la atención es porque hace juego con mi furgoneta del bingo. Difícilmente puedo confesarle esta sorprendente coincidencia, que me convence de que ha llegado el momento, el momento perfecto.

Nos dejan en algún lugar y nos bajamos, apenas sin apartar la vista el uno del otro. ¿Queréis saber de qué lugar se trata? Os lo diré. Está bien. Un motel, una larga y doble hilera de habitaciones bajas de paredes blancas y puertas de

madera marrón. Hay un precioso cartel colgando, que representa un lago con peces saltando en el agua. Nos quedamos junto al agua pintada.

—No he hecho esto desde lo de Redford —dice Shawnee con voz nerviosa—. Tengo que llamar a Zelda para decirle que llegaré tarde.

Hay un teléfono fuera de la recepción, dentro de un armazón de plástico. Se dirige hacia allí. Sin necesidad de escuchar, sé que cuando Shawnee Ray le pregunta a Zelda si no le importa que se quede hasta más tarde de lo habitual, no se mencionará ningún nombre pero seguramente el de Lyman será sobreentendido tácitamente.

—Está durmiendo —dice cuando vuelve.

Entro en la recepción y me acerco al mostrador metálico. Tengo un número que me flota por la mente.

—¿Está libre la habitación veintidós? —pregunto sin motivo.

Supongo que, al mirarme, no puedo ocultar mi aspecto de indio. La dueña, una mujer gruesa con una blusa negra y brillante, repara en ello. Uno aprende a ver cómo fruncen el gesto, al igual que el viento arruga la superficie del agua. Se produce un momento de observación y una lucha interior en la mente de esta mujer. A su espalda, el televisor ronronea. Abre la boca, pero yo le robo las palabras al aparato.

—Éste es Andrew Jackson —anuncio al tiempo que le extiendo un billete—. Famoso por echar a nuestros parientes del sur al sendero de las lágrimas. Y para hacerle compañía, tenemos dos señores Hamilton.

La mujer se vuelve astuta y coge los billetes.

—Nada de juergas.

Extiende una llave atada a una etiqueta de plástico naranja.

—Sólo sexo.

No puedo evitar tranquilizarla. Pero eso no son más que palabras, palabras mayores para alguien que apenas tiene experiencia y nada que se parezca a un método anticonceptivo. No soy uno de esos presuntos sementales que no pueden abrir la cartera sin que se les caiga un envoltorio cuadrado de papel de aluminio. No, Lipsha Morrissey es un romántico empedernido, un tipo con una mente inquieta, me digo, un tonto redomado. Me acerco a Shawnee Ray y le cojo la mano. Estoy temblando pero mantengo la voz firme y las manos frías.

—Entremos. —Le señalo la llave—. No pensemos en mañana.

—Así fue como tuve a Redford —observa Shawnee Ray.

Así que nos quedamos allí.

—Voy a entrar —dice al fin—. Dos manzanas más abajo hay una estación de servicio abierta toda la noche. Allí los venden.

De acuerdo. Es posible que en estos tiempos la vida sea menos romántica en cierto sentido. Eso parece bajo la fría luz de la tienda abierta veinticuatro horas, mientras intento elegir lo que necesito en un estante junto al mostrador. Hay un surtido impresionante con una gama desconcertante: de texturas, formas e incluso colores. Me doy cuenta de que me están mirando y cojo entonces lo que tengo más al alcance de la mano: dos cajas de tamaño económico.

—Una cita caliente, ¿eh? —pregunta el hombre que me estaba observando.

Me imagino que el tipo del turno de noche está aburrido y no puede reprimirse. Lleva una camiseta que pone «Big Sky Mountain»^[7]. Tiene una sonrisa desagradable. De modo que le contesto:

—No mucho. Es para una juerga de mis colegas blancos de Montana. Para controlar el número de la población ovina.

La sonrisa se le congela. Quizá haya oído muchas bromas sobre rubias de Montana o tal vez el tipo es de otra zona. Miro las cajas en mi mano y devuelvo una.

—Deja que te eche una mano —dice el tipo—. Lo que necesitas es una bolsa de esto.

Saca una bolsita de plástico llena de globos alargados de color rosa, naranja y azul fosforescentes.

—Demasiado llamativo —respondo—. Mi novia es diseñadora. Odia los colores chillones.

De pronto resoplo con fuerza y él también. Nuestras miradas se cruzan y se encienden.

—¿Qué es lo que diseña? —pregunta—. ¿Sábanas?

—¿Y la tuya? —replico—. ¿Jerséis de lana?

Dejo el dinero entre los dos.

—Para tu información —digo—, mi novia no solo es guapísima, sino que además ella y yo somos de la misma especie.

Tras un silencio, me pregunta qué clase de especie.

—Coge el dinero —le ordeno—. Dame el cambio y me largo. No me obligues a hacer algo de lo que me tenga que arrepentir.

—Pero si me estás amenazando. —El tipo se aparta y me cobra—. Estaría acojonadito, si no fuera porque sé que los indios sois todos unos gallinas de mierda.

Conforme me alejo con la compra, oigo que masculla algo y me detengo. Me pareció haberlo oído, pero no estoy seguro. «Negrata de las praderas».

—¿Qué? —Me doy la vuelta—. ¿Qué has dicho?

—Nada.

El tipo me mira fijamente, se encoge de hombros y me mira fijamente a los ojos. Tiene una mirada liviana, fría y vacía. La mía, a medida que doy media vuelta, está que arde.

Cojo el paquete y el cambio.

—Baah... —suelto y me largo de allí.

Es curioso que un tipo tímido como yo se vuelva locuaz en algunas de las situaciones más indeseables en nuestros pueblos fronterizos. Doy un rodeo para regresar a la habitación veintidós y llamo a la puerta. Hay una pequeña ventana pegada a la entrada. Shawnee Ray aparta la cortina, frunce el ceño y me deja pasar.

—Bueno —digo durante ese incómodo instante—. Supongo que ya está todo.

Me quita la bolsa de la mano sin mediar palabra; simplemente la deja en la mesilla junto a la cama. Hay dos sillas. Cada uno escoge una. Después, nos sentamos y nos ensimismamos en nuestros propios pensamientos. Por alguna razón, la atmósfera romántica nos ha abandonado, pero algo invisible me hace albergar esperanzas con la habitación.

Se trata de un pequeño establecimiento al otro lado de la frontera de la reserva, un lugar sencillo y limpio. Uno percibe el leve olor a insecticida nada más entrar. Se puede ver la televisión colgada en la pared o examinar el cuadro de una cascada con árboles dorados. Darse una larga ducha en el plato de cemento, sobre una alfombrilla antideslizante individual. Hay un pequeño escritorio metálico. Uno se puede sentar allí y escribir una carta en una hoja de papel blanco. Y se pueden leer las Sagradas Escrituras, que alguien ha dejado en el cajón. Saco el libro, el Nuevo Testamento, Salmos y Proverbios. Se trata de un pequeño volumen verde, no mayor que mi mano, con un pequeño círculo impreso en una esquina, un anillo dorado que contiene una vasija con una llama.

Mientras permanecemos sentados allí en un silencio tenso, abro el libro por la última página y me pongo a leer, como siempre hago, para ver cómo acaba. Apenas he asimilado las dos últimas páginas cuando Shawnee Ray siente curiosidad, me toca la mano y me pregunta qué estoy haciendo. Normalmente su voz suena atrevida, pero en ese instante me hace pensar en una paloma posada en un cable. Ocurra lo que ocurra, me pongo a pensar

mientras la contemplo, quiero recordarlo. Quiero un recuerdo. Quizá no vuelva a sentir durante el resto de mi vida una esperanza como la que estoy sintiendo ahora mismo. Supongo que dice algo de mi persona el hecho de que lo primero que me viene a la mente es preguntarme qué puedo robar. Pero qué le vamos a hacer, soy así, siempre lo he sido y siempre lo seré. Se me ocurre llevarme la pantalla de la lámpara, hecha de caña prensada y tejida. Es una posibilidad, pero no resulta muy romántica. La colcha de la cama de matrimonio es rojiza, de algodón roñoso. Demasiado grande y demasiado fácil de rastrear. Hay un aparato de aire acondicionado. Tal vez no reparen en ello hasta que acabe el invierno. Hay ceniceros y cajas de cerillas, un triste y pálido espejo y un par de tarjetas postales del motel con el cartel del pez. Pero de lo que se apoderan mis manos al final y lo que guardo en el bolsillo, es la pequeña Biblia, la pequeña Biblia de Gideon^[8] de plástico verde.

—No sé qué hacemos aquí —digo al fin—. Lo siento.

Shawnee Ray saca un pequeño cepillo de su bolso.

—¿Me cepillas el pelo?

Cojo el cepillo y me siento en la cama detrás de ella. Empiezo por las puntas, con mucho cuidado, pero apenas tiene nudos que desenredar. Su cabello es de un apacible tono negro, sin matices.

—Tu lámpara nunca se apaga por la noche —susurro, como en un sueño.

No me oye. Mi mano sigue la estela del cepillo para alisarle el pelo después de cada pasada, hasta que su melena se convierte en una textura sedosa e hipnótica. Aparto la mano de su cabeza y la siguen pequeños mechones, electrizados a mi contacto, como seda que queda suspendida hasta que vuelvo a cepillarlo. Ella no se mueve, salvo para apagar la luz y, después, la televisión. Vuelve a sentarse en la oscuridad y me pide por favor que continúe, así que la obedezco. El aire se torna espeso. Su pelo se vuelve ligero, cargado de electricidad estática azul, de modo que la atracción magnética me mantiene allí. Una chispa dorada salta a la alfombra. Shawnee Ray se vuelve hacia mí. En ese instante, su cabellera flota a su alrededor como una carpa de energía.

Bueno, el dinero no tiene nada que ver con esto. Es cierto que se lo doy todo a Shawnee Ray. Tiene intención de comprar telas y manufacturar las creaciones que dibuja en sus cuadernos. Se trata de moda con un toque de inspiración chippewa, tal como me lo explica ella, y por lo tanto, segura ganadora de algún premio en el concurso de economía doméstica del estado. Al día

siguiente, después de separarnos, después de que ella recoja su colada más que seca y después de que yo compruebe el bar que debía haber vigilado esa noche, me adentro en el bosque para sentarme a pensar. No en el dinero, que ahora pertenece a Shawnee —y le deseo mucha suerte—, ni siquiera en la Biblia que he hurtado y que sigo leyendo una y otra vez, en cuanto me siento solo. No quiero pensar en esas cosas, sino en otra cuestión mucho más importante: Shawnee y yo.

Tiene dos años menos que yo y, sin embargo, ella tiene un objetivo en la vida mientras yo ando sin rumbo fijo, perdido en el hiperespacio, malgastando mis dones, que ya empiezan a desvanecerse de mis manos. Me pregunto qué nos deparará el futuro, incluso si ella consigue romper con Lyman Lamartine. Una cosa es segura: me despedirán del trabajo si Shawnee y yo estamos juntos. No he conocido nunca a ningún hombre capaz de mantener a su familia jugando al bingo, y desde mi fracaso con Russell Kashpaw, las llamadas para Lipsha, el curandero, disminuyen de semana en semana, a medida que el poder de mis manos no consigue curar a la gente, huye de mí y se mantiene oculto.

Me siento en el mismo suelo que pisaron antaño los Pillager. Me rodean árboles, abedules y robles, frondosos y de madera añeja. El lago Matchimanito se eleva con olas grises y espuma blanca, formando un encaje ondulante. Unas delgadas gaviotas se alinean en el banco de arena. El cielo se oscurece. Cierro los ojos y, en ese preciso instante, se introduce a toda velocidad en mi mente la pequeña estrella negra. Surge de la oscuridad, aunque ella misma es negrura. La veo pasar y encogerse, y recuerdo la visita de mi madre.

Es la suerte. El momento de June, una señal para guiarme hacia donde debo dirigirme ahora.

«Es la última noche que voy a intentar ganar la furgoneta», me digo a mí mismo. Después de la visita de mi madre, la libreta con los cartones de bingo que me dio desapareció durante un tiempo y, de pronto, una mañana temprano, mientras limpiaba el bar, la encontré metida entre las costuras de un banco de plástico. Para mí, esos cartones están llenos de su magia, espectral y poderosa. Jamás me había atrevido a utilizarlos antes. Decido hacerlo. Ahora o nunca. Usaré estos cartones de la última oportunidad y, cuando se acaben, tomaré una verdadera decisión. Dejaré de trabajar para Lyman y me lanzaré a por todas con Shawnee, abriré las páginas amarillas al azar y, allí donde señale mi dedo, me dedicaré a ese tipo de trabajo.

Por supuesto, no cuento con que vaya a ganar de verdad la furgoneta.

Intento ir por el cartón lleno con el reverso tenebroso de esas tarjetas del más allá. Como de costumbre, me siento junto a Lulu. Su estado de alerta me es de gran ayuda. Me presta su marcador de repuesto y se fuma un cigarrillo con filtro, mientras observa, sentada, el contenido frenesí que la rodea. Aunque la furgoneta lleva en juego cinco meses, aunque nadie la ha ganado todavía y todo el mundo proclama que es otro timo de Lyman, cuando llega el momento de la verdad, la mayoría de la gente compra varios cartones. Esta noche, yo sólo tengo uno, pero es el de June.

Una muchacha canta los números del bombo. Su voz suena clara y alegre por el micrófono. Lulu me señala una casilla que se me ha pasado en la tarjeta ganadora. Ahora sólo me faltan dos huecos para gritar bingo y, de pronto, estoy sudando, me recorre un escalofrío, tengo frío y calor al mismo tiempo. Después de tantos esfuerzos y de urdir tantos planes, soy ahora N-36 y G-52. Me estrecho y me encojo hasta convertirme en los huecos del cartón. Cada vez que la chica canta los números y no son el 36 ni el 52, me mareo, me recompongo y me olvido de respirar.

Casi me desmayo con cada número que pronuncia antes del N-36. Y entonces, como un rayo, sale de sus labios el G-52.

Grito. Me avergüenza confesar lo mucho que grito. La chica se acerca y manda avisar a Lyman Lamartine a su despacho, que da al pasillo detrás de la sala grande. Su semblante se descompone cuando descubre que soy yo; comprueba lentamente y con suma atención mis números, mientras el público enmudece. Examina el cartón completo dos veces. Después, frunce los labios, deseando no tener que decirlo:

—Es un bingo —anuncia al final a la sala.

El murmullo de la gente retumba hasta el techo con las historias de todos aquellos que estuvieron a punto de ganar y con comentarios llenos de envidia. Todos los ojos se vuelven hacia mí, lo que me incomoda. Nunca antes había sido el centro de atención. Yo, Lipsha, al que todo el mundo está acostumbrado a ver por aquí. Tampoco son todas miradas benévolas; algunas son de pura envidia, dispuestas a creerse la primera maledicencia que me quiera atribuir alguna lengua viperina. Tiene sentido, de algún modo. De todos los que hemos perseguido la furgoneta del bingo en estos últimos e interminables meses, yo soy ahora el único que no ha perdido nada de dinero en esa esperanza.

Vale, entonces ¿en qué clase de hombre convierte a Lipsha Morrissey el hecho de que las llaves no le quemaran las manos ni una pizca y que se largara esa misma noche, a toda mecha, tras hacer el mínimo papeleo? Tengo la intención de ir corriendo a contárselo a Shawnee Ray, pero sin poder dar crédito a lo sucedido, doy vueltas sin ella, para acostumbrarme a mi nuevo yo. Al volante de aquella furgoneta, tengo la sensación de tener alas, y quizá sea cierto. Mirar a los demás desde arriba, aunque sólo sea desde el asiento de una furgoneta que uno no ha merecido de verdad, influye de algún modo en la mente humana. Es difícil de explicar. Yo he cambiado. Basta una sola noche recorriendo las carreteras de la reserva, adelantando coches y furgonetas y haciendo chirriar los neumáticos, para que comience a sonreír a los bólidos manipulados para ser más veloces y llamativos, a los viejos cacharros destartados, a los turismos de ancianas que avanzan, altivos, por los caminos de grava de las colinas.

En una ocasión, me parece divisar a lo lejos, en un cruce, atravesando la luz de mis faros como un hechizo, mi antiguo Firebird azul, el cual, es de suponer, pertenecerá ahora de pleno derecho a mi madre. Al fin y al cabo, me dijo que vendría a por él la misma noche en que me dio los cartones de bingo. Y al día siguiente había desaparecido. Informé del robo y rellené la denuncia ante la policía tribal, pero eso no era más que un trámite obligatorio para el seguro del coche. Yo sé quién se lo ha llevado. Mientras avanzo al volante de mi furgoneta, le deseo lo mejor. Soy feliz con lo que tengo; estoy exultante de satisfacción.

Comienzo por decirme que no debería ir a ver a Shawnee porque se ha hecho tarde, pero al final me dirijo hacia la casa de Zelda a pesar de todo. Enfilo el camino de entrada hacia la vivienda, sin poder evitar fanfarronear un poco. Cuando la furgoneta derrapa en un bache, hago rugir el motor. Durante un instante, espero en la oscuridad iluminando la puerta con las luces, hasta que se abre.

El hombre que me fulmina con la mirada es Lyman Lamartine.

—¡Apaga esos malditos faros! —grita—. Redford está enfermo.

Bajo la ventanilla y pregunto si puedo ayudar en algo. Aguardo en la oscuridad. Una tenue luz se enciende detrás de Lyman y vislumbro una sombra: Zelda, una pequeña silueta en un pijama con pies, y otra persona de mayor estatura que va y viene. Descubro a Shawnee, que discute y coge a su hijo en brazos.

—Pasa de una vez, si es que vas a entrar —grita Lyman.

Pero he aquí el meollo del asunto. Solo le digo que salude a Shawnee de mi parte y que espero que Redford se ponga bien, y después retrocedo por el mismo camino y la dejo arreglárselas sola. Podría haberme quedado. Podría haber recuperado mis poderes de donde sea que los haya dejado. Podría haber ofrecido la furgoneta para llevar a Redford al centro de salud indio. Podría haberme quedado allí en silencio del mismo modo que un perro protege a su fiel compañero, su propia sangre, por muy celoso que yo estuviera. Podría haber hecho algo más de lo que hice, que consistió en largarme a Hoopdance en busca de diversión.

Conduzco despacio hasta que descubro en qué local hay juerga esa noche. Me subo a la acera, entro en el patio y aparco el coche. Escruto la zona hasta que reconozco un par de vehículos y algunos rasgos indios y mestizos, para asegurarme de que no voy a verme implicado en lo que los periódicos llaman un «suceso». La puerta es blanca y está manchada y rayada por las garras de algún perro; hay un pequeño ventanuco con forma de abanico. Entro y me quedo cerca de la puerta. Se ve movimiento, una especie de discreto remolino de pelo brillante y cabello negro moviéndose juntos. Hay aproximadamente el mismo número de indios que de no indios. Es lo que llamamos por aquí una fiesta de cóctel *Hairy Buffalo*, y la mayoría del público se apiña con vasos de cartón alrededor de un gran cubo de basura de plástico marrón que sirve de ponchera para acoger todo tipo de brebajes, es decir que cualquier bebida que traiga la gente termina mezclada allí con el ponche hawaiano rosa. Me he criado con buena parte de estas personas y conozco sus apodos; otras me suenan, aunque no las conozca tanto, sólo de vista. Entre estas últimas se encuentra un joven pelirrojo.

Me llama la atención. Le reconozco, pero no le conozco. No he ido a la escuela con él ni he jugado contra él a ningún deporte. No tengo ni idea de dónde le he podido ver, hasta que, más tarde, cuando sube la temperatura, el tipo se quita la cazadora. Entonces deja al descubierto «Big Sky Country», en letras sencillas sobre un fondo azul.

Salgo de la habitación bordeando la pared hasta el vestíbulo y entablo, allí parado, una fuerte discusión conmigo mismo. ¿Me habrá reconocido o solo soy otro rostro más, un cliente olvidado? Seguramente no sea realmente de Montana, de modo que quizá no se haya sentido insultado por nuestra breve conversación o no la recuerde siquiera. Puestos a especular, me imagino que posiblemente comprara la camiseta durante unas vacaciones. Me digo que debo tranquilizarme, volver allí dentro y divertirme. Lo que me impide

hacerlo es ponerme a pensar repentinamente en Shawnee, en nuestra noche juntos, en lo que compré y utilicé.

Al recordarlo, el momento presente se desvanece. Una parte de mí alcanza la otra.

Me cuesta horrores emborracharme. Yo soy así. Me pongo a pensar y olvido rellenarme el vaso, o me acuerdo de algo que tengo que hacer y acabo marchándome de la fiesta. Ya me ha pasado dejar una lata de cerveza llena y salir para ir a desherbar la parcela de ruibarbo de mi abuela o arreglar el coche de mi primo. Pero esta noche, al pensar en la cara de Lyman, empiezo a beber y sigo haciéndolo sin recordar que debo dejarlo. Bebo mucho porque deseo huir de esos sentimientos.

«Yo tampoco puedo dejar de pensar en ti».

Oigo a Shawnee Ray pronunciando esas palabras en voz alta, justo detrás de mí, donde no hay más que una pared. Avanzo hasta una puerta y luego entro en una pequeña habitación repleta de abrigos, sin toparme hasta el momento con nadie follando o tumbado inconsciente en el suelo. En esta alcoba, me siento sobre una pila de parkas y cazadoras vaqueras, con el creciente rumor de la fiesta a mis espaldas. Veo un teléfono y marco el número de Shawnee Ray. Por supuesto, contesta Zelda.

—Cuelga el teléfono —dice—. Estamos esperando al médico.

—¿Qué le pasa a Redford? —pregunto. Tengo la cabeza llena de monedas que resuenan.

Se produce un silencio, hasta que se oye la voz de Shawnee al teléfono.

—¿Puedes colgar?

—Voy para allá —digo.

—No, no lo hagas.

Me cuelga el teléfono. Sujeto el inerte auricular que pita en mi mano e intento despejarme la cabeza. Lo único que veo con suficiente claridad y nitidez es la furgoneta. Decido que se trata de una señal para ponerme al volante y dirigirme directamente a la casa de Zelda. Así que dejo la copa que estoy tomando en el alféizar, me deslizo por la puerta y caigo por las escaleras, sólo para descubrir que me están esperando.

Supongo que me ha reconocido y supongo que finalmente es de Montana, después de todo. Está con unos amigos, además. Rodean la furgoneta y la cabeza les llega a la altura del techo, pues son todos tipos muy altos.

—Vamos a dar una vuelta —sugiere el tipo de la camiseta de la gasolinera abierta toda la noche.

Golpea la ventanilla de mi caravana con los nudillos. Cuando le digo que no, gracias, se sube encima del capó. Lleva una botas vaqueras negras, puntiagudas, con tacones afilados, que dejan pequeñas abolladuras cada vez que salta y aterriza sobre la carrocería.

—Gracias de todas maneras —repito—. Pero no se ha acabado la fiesta.

Intento volver dentro del local, pero como en una pesadilla, la puerta está atrancada o cerrada con llave. Grito y golpeo la puerta con los puños y los pies en las mismas marcas dejadas por un perro desesperado, pero la música está a tope y nadie me oye. De modo que termino sentado detrás del volante de la furgoneta. Se comportan con gran cortesía. Insisten en que sea yo quien conduzca. Se muestran tan educados, intento convencerme, que después de todo no son tan malos. Y en efecto, al cabo de un rato, estos tipos de Montana me anuncian que entre todos me han comprado un regalo.

—¿Qué es? —pregunto.

—Cállate —suelta el empleado de la gasolinera. Está sentado en el asiento del copiloto, justo a mi lado, como un guardia armado.

—No me van nada las sorpresas —comento—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Marty.

—Tengo un primo que se llama Marty.

—Que le jodan.

Los tipos de la parte trasera sueltan una ronca risotada llena de gruñidos cómplices. Marty sonrío y se gira hacia mí.

—Si de verdad quieres saber lo que te vamos a regalar, te lo diré. Es un mapa. Un mapa de Montana.

Sus risas suenan igual que la risa de una hiena y se alargan demasiado tiempo.

—Siempre me ha gustado ese estado —me atrevo a decir con voz seria.

—No jodas... —exclama Marty—. Entonces espero que te guste sentarte encima.

Me indica dónde debo girar y, de pronto, caigo en la cuenta de que la casa de Russell Kashpaw se encuentra un poco más adelante. Tiene su estudio de tatuajes en el sótano de su casa y mantiene todo el equipo listo y preparado para los fines de semana y, por supuesto, recuerdo cómo le fallé cuando padecía un inmenso sufrimiento.

—¡Basta! —Freno en seco—. No podéis tatuar a alguien contra su voluntad. Es ilegal.

—Avisa a tu abogado mañana.

Marty se acerca a mí para que compruebe en sus ojos que no bromea. Arranco la furgoneta de nuevo, pero despacio, mientras reflexiono con desesperación. Russell ha realizado muchas obras de reforma en la antigua cabaña de sudación y, por dinero o por amor al arte, se ha dedicado al oficio que aprendió en el extranjero y que puede desempeñar sentado. No espero que se apiade de mí, y mentalmente me imagino el chirrido de las agujas, las tintas y los pinchazos, y decido que le pediré a Marty, con buenos modales, que me dé una paliza en lugar del tatuaje. Si eso no funciona, le diré que existen muchos estados que no me importan tanto, como Minnesota con su forma de reloj de arena muy femenino, por ejemplo, o Rhode Island, que es pequeño, o incluso Hawái, un delicado conjunto de círculos. Pienso en Idaho. La sartén. Eso sí que tiene personalidad.

—¿Alguno de vosotros es de otro estado? —pregunto, ansioso por negociar un cambio de mapa.

—Kansas.

—Dakota del Sur.

No es que tenga nada en contra de esos lugares, entendedme, sino que los bordes rectilíneos nunca han sido una preferencia chippewa. Si miramos a nuestro alrededor, todo lo que vemos es curvo, todo lo que hay en la naturaleza. No hay líneas divisorias perfectas, no hay fronteras naturales salvo ríos serpenteantes. Sólo las cosas hechas por el hombre tienden hacia una forma cúbica o cuadrada: la furgoneta, por ejemplo. Es una buena muestra de ello. De pronto, caigo en la cuenta de que estoy conduciendo una versión sobre ruedas del estado de Dakota del Norte.

—Chicos, dadme una buena paliza y ya está. Acabemos con esto.

Pero se echan a reír todavía más fuerte, y entonces llegamos a la casa de Russell.

El cartel colgado de la puerta del sótano indica «Adelante». Me empujan por detrás, sujeto por cinco pares de manos endurecidas y fuertes de jugadores de fútbol, por lo que soy el primero en divisar a Russell, el primero en reparar que no es un trozo más de todos los trastos acumulados que cubren el suelo de cemento, sino un ser humano sentado, tan inmóvil como una estatua, en una esquina, en su silla de ruedas, que chirría cuando se impulsa hacia nosotros con sus largos y fuertes brazos de anciano.

—¡Por favor! —suplico con tono desesperado—. No quiero...

Marty me aprieta el cuello y me desgreña el pelo.

—Gallina. Y ahora no se olvide, señor Kashpaw, tal y como lo acordamos por teléfono. El mapa de Montana. Ya sabe dónde. Y póngale muchos detalles.

Intento chillar.

—Se me había ocurrido —continúa Marty— uno de esos mapas que hacíamos en primaria, que muestran productos de cada región. Con cabezas de vaca, pozos de petróleo, bases de misiles, pequeñas espigas de trigo, y esas cosas.

Russell Kashpaw nos mira a Marty y a mí varias veces, con escepticismo y paciencia, hasta que se acaricia su rocosa barbilla y analiza la situación.

—Atadle —ordena Kashpaw al final, con voz grave y firmeza militar— y luego marchaos.

Obedecen. Se llevan mis pantalones y las llaves de la caravana. Oigo el rugido del motor, que luego se aleja. Me contorsiono de un lado a otro para intentar soltarme de mis ataduras. Noto la mano de Russell en el hombro y, de pronto, de la nada, atrapadas en un pliegue del cerebro, las palabras brotan de mis labios como migas de pan.

Me pongo a farfullar.

—Por favor, Russell. Estoy aquí contra mi voluntad, me secuestraron esos tipos de Montana. ¡Tenga piedad de mí!

—No te muevas.

La voz de Russell Kashpaw ha cambiado, ahora que los otros se han marchado, y se ha convertido en un sonido menos duro, más acorde con su apariencia, y que no parece del todo exenta de bondad. Clavo en él una mirada suplicante. Desde el suelo donde me encuentro, tiene el aspecto de un dios roto. Sus ojos son de un negro glacial, lleva el pelo cortado al rape, medio oscuro, medio canoso, y sus mejillas, cubiertas de cicatrices, resplandecen bajo los tubos fluorescentes del techo. Nunca se sabe dónde va a encontrar uno a su hermano gemelo en el mundo, a su doble. No me refiero al físico, me refiero al alma. Nunca se sabe dónde va a encontrar uno sus mismos pensamientos en otro cerebro, pero cuando eso sucede, se sabe enseguida, como si estuvieran conectados por un diminuto cable eléctrico, que se torna incandescente y relumbra. Eso es exactamente lo que ocurre cuando levanto la vista hacia Russell Kashpaw, y el hombre de pronto sonrío.

Se lleva una mano enorme a la mandíbula.

—No tengo un dibujo de Montana —me dice.

Me desata con unos rápidos movimientos, con gesto desdeñoso al comprobar la tosquedad de los nudos. Después, vuelve a sentarse en la silla de

ruedas y me observa mientras vuelvo en mí.

—Nunca he querido llevar un tatuaje, señor Kashpaw, aunque no tenga nada en contra de los tatuajes —explico, para no herir sus sentimientos profesionales—. Era una especie de venganza.

El hombre aguarda en un silencio expectante, con las manos cruzadas y el gesto inescrutable. Ahora entiendo que estoy a salvo, pero no tengo adonde ir, de modo que me siento sobre una pila de revistas. Me pregunta qué venganza y le cuento toda la historia desde el principio. Le hablo de cómo mi madre se presentó ante mí, me remonto más atrás, antes del bingo, hasta el día en que llegué a la *powwow* de invierno. Evito los detalles personales sobre mi relación con Shawnee, pero comprende la situación. Le cuento todo lo de la furgoneta.

—Ésa es una suerte poco habitual.

—¿Le ha pasado a usted alguna vez? Tener un golpe de suerte.

—Constantemente. Esos tipos me pagaron bien. Tal vez quieran que les devuelva el dinero, pero por otra parte, podrías fingir estar dolorido. Ya sabes, te frotas el culo la próxima vez que los veas. Y mantenlos lejos de mí.

Abre un libro que hay sobre la mesa, un archivador con hojas plastificadas y sueltas, y me lo extiende.

—Elige un diseño —dice.

Finjo estar interesado —no quiero defraudarle— y hojeo dragones y corazones, mientras pienso en cómo negarme. Pero de pronto veo la estrella. Es la misma que sembró mi suerte en el cielo después de que mi madre me dejara sólo aquella noche, es la visión que penetró en mi mente cuando estuve sentado en el bosque. Y ahora está allí. La estrella fugaz cae, titilante, hacia el final de la página. Mi suerte es irregular, pero vuelve. Me embarga una extraña y loca esperanza. Un pensamiento me viene a la cabeza, nítido y vital: esa pequeña estrella me devolverá el poder de mis manos y convencerá a Shawnee de que voy en serio con ella.

—Ésta. Póngamela aquí en la mano.

Russell asiente, me da un trapo para que lo muerda y me clava la aguja.

Mi mano ahora no me deja descansar. Es un dolor hondo y lacerante, como si volviera a la vida tras una terrible helada. Sé que me dirijo a alguna parte, para llevar esta mano a Shawnee Ray. Incluso mientras camino por la carretera con unos pantalones verdes demasiado anchos, que pertenecen a Russell Kashpaw, en dirección al Bingo Palace donde guardo todo lo que

tengo en la vida, noto que avanzo. Mi mano es una bola de alfileres, pero cuando bajo la vista, descubro la pequeña estrella que atraviesa el cielo.

Estoy preparado para lo que ha de venir. Por eso no me caigo al suelo gritando cuando encuentro la furgoneta aparcada en un campo de trigo. Al principio, creo que se trata de la caravana de mis sueños, la que veo siempre en mis visiones. Después, me doy cuenta de que es la verdadera. Destrozada.

Mi furgoneta de bingo tiene los laterales abollados, rayados y golpeados, y el interior está destripado. Trozos de moqueta, de vidrio y cables del equipo de sonido yacen esparcidos por todas partes entre los brotes nuevos de trigo. Fuerzo una puerta hundida hacia dentro. Me deslizo detrás del volante, torcido en un ángulo extraño y miro hacia fuera. El parabrisas está hecho añicos y destella bajo el resplandor del sol, dibujando una telaraña a través de la cual el mundo resulta más complejo de lo que yo creía, y más sereno.

Llevo despierto toda la noche y el día se extiende ante mí, de modo que decido dormirme allí mismo. Una parte del asiento mantiene la tapicería intacta, gruesa y mullida, y ahora se reclina hacia atrás —de forma irreversible, pero ¿qué más da?—. Me relajo en el tejido suave, mi cuerpo entra en calor como un animal y mis pensamientos comienzan a vagar a la deriva. No tiene ningún sentido, pero en ese preciso instante me siento rico. Mientras me adormezco, tengo la sensación de que todo lo que merece la pena tener está al alcance de mi mano. No tengo más que extenderla en el vacío.

Capítulo ocho

La suerte de Lyman

Los dos hombres estaban sentados uno frente al otro, ante una ajada mesa de plástico en el bar del salón de bingo. Encorvado sobre los antebrazos, Lipsha Morrissey se sujetaba la mano mientras se balanceaba hacia delante en la silla. Lyman se repantigó levemente, con las palmas de las manos apoyadas en la mesa. Desde el día en que fue testigo de cómo las autoridades devolvían la pipa sagrada al muchacho, Lyman no había conseguido quitarse la idea de la cabeza. Deseaba esa pipa con una firme determinación, que nada tenía que ver con su valor como objeto histórico. Aunque no analizara todos los motivos, sabía que su deseo tenía que ver con su padre biológico, porque cuando se imaginaba fumando la pipa que había pertenecido antaño a Nector Kashpaw, se veía a sí mismo sacando el objeto sagrado de su funda con gran solemnidad y presentándolo a amigos y autoridades, siempre dando a entender que, de alguna manera, le había sido transmitido de pleno derecho.

El prestigio de poseer aquella pipa sagrada había dominado los pensamientos de Lyman con tal obsesión que intentó comprársela a Lipsha en varias ocasiones. Éste siempre se había negado educadamente, pero ahora Lyman pensó que podría presionarle con un razonamiento más agresivo. Entrelazó los dedos de sus manos fuertes y cuadradas y clavó los ojos en su anillo de graduación azul. La piedra atraía una luz profunda. Ladeó la cabeza y sus ojos separados se tornaron calculadores.

—No intento convencerte por mi propio interés —explicó a Lipsha—. Míralo de esta manera: así devolverías la pipa a tu pueblo.

Lipsha lamió el extremo de una pajita y negó con la cabeza con una sonrisa distraída.

—La tendría expuesta de manera permanente —prosiguió Lyman—. La pondría en un lugar donde el público pudiera verla, tal vez en una vitrina, a la

entrada del casino. Tal como la guardas tú, lo más probable es que la pierdas. Podría pasar cualquier cosa, como lo que sucedió en la frontera.

—Pero nos la devolvieron —le recordó Lipsha a Lyman—. Me la habían quitado de forma ilegal, lo admitieron.

—Yo no digo que la perdieras por tu culpa. —Lyman sacudió la cabeza, con el ceño fruncido y la mirada clavada en el campanario que formaba con los dedos—. Solo digo que pasan cosas.

—Pasan cosas, desde luego que sí —asintió Lipsha.

—Y a ti te pasan continuamente.

—Supongo que sí.

Lipsha dobló los dedos hasta formar una bola compacta y contempló la pequeña estrella que cruzaba el dorso de su mano. Titus, el camarero, dejó una hamburguesa delante de él. Titus vestía de negro: pantalones vaqueros negros, botas de ciclista negras, camiseta negra y reloj de submarinista de plástico negro. Su melena rizada, seca y eléctrica, le caía por los hombros. Miró a Lyman y luego de nuevo a Lipsha.

—No tendrás resaca, ¿verdad? —preguntó Titus a Lipsha—. Nunca hagas tratos con Lyman si no estás al cien por cien. Anda detrás de esa pipa.

—No me digas.

Lipsha siguió comiendo. Movía las mandíbulas más despacio hasta que solo fingió masticar una vez, luego otra. El pelo se salió de la cinta y engulló de golpe el resto de la hamburguesa. Tragó sin levantar los ojos de la mesa y un mechón de pelo le barrió la cara; después, echó la cabeza hacia atrás y ajustó esos pelos sueltos detrás de las orejas.

—No creo que me convenga vender.

—¿Por qué no? —El semblante de Lyman se ensombreció al tiempo que intentaba controlar su ira.

—¿Conoces la historia del desastre de las gachas?

—¿Qué?

—Un hermano le regala su primogenitura a otro por algo para desayunar. Está en la Biblia.

El gesto de Lyman se relajó levemente y estuvo tentado de echarse a reír.

—Invita la casa a la hamburguesa.

Después, frunció el ceño con un creciente recelo. Empezó a alisarse el dorso de una mano con la otra, como si acariciara un perro. Sus manos se movieron cada vez más veloces hasta que, por fin, habló con un tono seco y cortante:

—Nector Kashpaw era mi verdadero padre.

—¿Qué tiene eso que ver?

—¡Maldita sea, Lipsha! Piensa por una vez. Todo el mundo podría recibir inspiración de esa pipa. Es una verdadera obra de arte, algo espiritual. Pero tú prefieres guardarla en tu maletero lleno de agujeros o tenerla metida debajo de la cama en tu pequeño baúl. O en algún sitio así. ¡No te la mereces!

Lipsha miró fijamente a su tío a la cara, boquiabierto, estupefacto y extrañamente sereno en su contemplación.

Lyman bajó la voz hasta adoptar su inflexión más persuasiva.

—Nos pertenece a todos nosotros, Lipsha. Y sobre todo me pertenece a mí.

—¿Como Shawnee Ray?

Lyman se succionó la comisura de los labios a la vez que se echaba hacia atrás, sorprendido por la injusticia de la pregunta. Apretó las mandíbulas y habló con severidad, con el tono razonador y persuasivo de un pastor:

—Shawnee Ray no me «pertenece», Lipsha. Sale conmigo porque así ha elegido hacerlo, porque ve en mí algo que admira, porque tiene, me gusta pensar, buen gusto... Valora el trabajo duro y la inteligencia. Sale conmigo porque ella quiere, no porque la obligue.

Conforme iba escuchando, Lipsha abría los ojos más y más, con una mirada casi febril y penetrante.

—¡Te cambiaré la pipa! —exclamó de golpe.

—¿A cambio de qué?

—De Shawnee Ray. Éste es el trato: yo te doy la pipa y tú renuncias a ella y te apartas.

—¡Hijo de la gran puta!

Lipsha levantó las manos con la palma abierta, sonriendo locamente, cuando Lyman se incorporó de un salto, incapaz de contener su rabia. Se movió por todo el bar enderezando taburetes, limpiando mesas y levantando y colocando sillas. Sacó un refresco de uva de la vitrina frigorífica y volvió a sentarse con un cuenco de palomitas.

—¿Quieres que vaya a buscar la pipa? —preguntó Lipsha, con la sonrisa cada vez más ancha.

Lyman se detuvo con un puñado de palomitas a medio camino de su boca y el ojo echando chispas por encima del puño.

—Te extenderé el cheque —dijo.

—No está en venta. —Lipsha se había recompuesto y calmado de nuevo—. Sólo acepto un intercambio. Tú obtienes la pipa y yo consigo que Shawnee tome su propia decisión.

Lyman echó la cabeza hacia delante y hundió la barbilla en el pecho mientras reflexionaba. Miró la barra fijamente con los ojos en blanco, y luego los entrecerró.

—Le encantará saber lo que has intentado hacer —sentenció.

Lipsha apartó la mirada, desconcertado. Durante un largo rato, ninguno dijo nada. Los únicos sonidos en el local eran un murmullo de voces alrededor de la mesa de billar, el chocar de las bolas y Titus en la zona reservada hablando por teléfono. La máquina de palomitas volcó, desparramando el contenido, y un último grano de maíz explotó en el aire amarillo.

Mientras hacía la maleta para atender la Conferencia India de Juegos, Lyman sopesó la pipa un momento. Rápidamente y con delicadeza, guardó el objeto en el estuche, lo metió en el bolsillo interior de la pequeña maleta y cerró todas las cremalleras. Comprobó todos sus billetes: de Bismarck a Denver y de Denver a Reno. También la reserva: el Stand Regency. La tarjeta de confirmación estaba impresa con tinta morada y tenía unas pequeñas estrellas que volaban desde las letras del nombre del hotel. Comprobó todo dos veces, cogió la maleta y la llevó a la exigua sala de estar de su vivienda del Gobierno. Se enfundó su chaqueta de cuero, marrón y flexible, se cercioró de que todas las ventanas estuvieran cerradas y dio tres vueltas a la cerradura de la puerta de entrada.

Lyman nunca había estado en el desierto. Siguió las señales hasta la terminal de autobuses y esperó el transporte del hotel junto a la vía de servicio. El aire que le entraba y salía de los pulmones sabía al color de la tierra, levemente teñido, con un tono seco y melancólico. Todos los edificios que veía eran de un amarillo desvaído como el de la margarina. Dio un paseo para estirar las piernas. Las macetas de palmeras, colocadas aquí y allá, desprendían un olor a orina de gato. Ya estaba sudando bajo su chaqueta de cuero, sofocado de calor. Su cabello caía en mustios y húmedos mechones. Aunque había ayudado con la organización de la conferencia, se sentía nervioso e inseguro, a punto de dar media vuelta y regresar a casa. Pero entonces llegó el autobús y aparcó junto a la acera; Lyman guardó el equipaje dentro y echó la cabeza hacia atrás, convencido, de pronto, de que algo le iba a pasar. Empezó a salivar, se le humedecieron los ojos, sus pensamientos se tornaron ansiosos y el corazón empezó a latirle con fuerza, alerta. Intentó

serenarse, pero notó una inyección de adrenalina cuando entró en el vestíbulo del Sands y oyó el ruido agudo y frenético de las máquinas tragaperras, los gritos contenidos de los supervisores y el gemido y estrépito de una pésima mano de cartas que se abatía en algún lugar en la oscuridad.

Se forzó a coger la llave en la recepción y luego se obligó a subir a la habitación. La decoración era de color bronce y evocaba la selva con una cama amplia y atigrada. Unas manchas de leopardo, plateadas y negras, enmarcaban el espejo y dibujaban un ribete en el escritorio, la mesa y las sillas de plástico moldeado. Una alfombra verde cubría el suelo con largos y grasientos pelos. Sacó la cartera del bolsillo y la guardó en la maleta, que dejó en la habitación antes de salir y cerrar la puerta.

Cuando cruzó la gran sala del casino, la más grande en que había estado jamás, Lyman atravesó pantallas de ruido e intensidad cercadas por otras formas de humo y voces. El techo era bajo y estaba revestido de espejos; el mullido suelo se prolongaba con alfombras que no terminaban nunca, del color de una buena barbacoa. El lugar estaba iluminado de forma deslumbrante, dividido en avenidas de ensueño por pasillos y rotondas acotadas por cordones de terciopelo. El placer le impregnaba como una resina. Entró en oscuras cuevas donde se vendían helados de mil sabores, conservados en cubetas de color azul polar. El marco de una puerta estaba incrustado con falsas piedras preciosas. Una naranja gigante contenía refrescos Orange Julius. Un ascensor se abría sobre elegantes azafatas que olían a cloro, procedentes de la piscina de la planta de arriba, y que invitaban a perfumar al cliente con la fragancia Obsession. Fascinado e intimidado, Lyman observó a una pareja de ancianas, vestidas con traje pantalón de color verde lima, que jugaban en las máquinas de veinticinco centavos. Al igual que ellas, esperó a que sonara el alegre tintineo de las monedas cayendo. Se abrió camino entre las hileras de máquinas de videopóquer y salió al otro extremo con los puños apretados en los bolsillos. Un Camaro rojo. Un Mustang antiguo celeste. Lyman recorrió con los dedos el capó de los coches que la gente esperaba ganar jugando en la sala del fondo del casino. Pasó delante de las mesas de *blackjack* de cinco dólares, y luego de las de diez. Retrocedió para demostrarse a sí mismo que era capaz de hacerlo. Pasó delante de las mesas de cien dólares la apuesta, y luego de las de quinientos. Dio una nueva vuelta completa sin prisas, se detuvo y, sin mirar directamente, solo de reojo, y respirando despacio, sacó las manos de los bolsillos dibujando un arco mágico.

Fue en ese instante cuando dio media vuelta bruscamente, se apresuró casi corriendo hasta el ascensor, entró en él y subió hasta la planta de su habitación. Le superaban y sobrecogían la atracción y precisión de todo aquello, y le dolían los ojos de escudriñarlo todo. En cuanto entró en la habitación, se precipitó hacia el teléfono, llamó al servicio de habitaciones y pidió una gran macedonia con queso fresco. Llamó de nuevo y añadió un refresco bajo en calorías, y otra vez más para pedir un plato de «Nachos Súper Grandes». Después, se sentó delante de la ventana y se obligó a esperar. Se produjo un largo vacío, un espacio de tiempo que —era consciente— debería rellenar concentrándose en la presentación que habría de realizar al día siguiente. O podía hacer alguna llamada de teléfono: seguramente habría llegado alguien que conocía de otras conferencias tribales sobre juegos llevadas a cabo en su región. Sin duda él no sería el único en viajar en un vuelo tan temprano y llegar tan pronto. Miró el reloj. ¡Qué lentitud! Habría sido mejor dar un paseo por las calles, buscar un buen restaurante o simplemente caminar para engañar el hambre.

¿Y por qué no? ¿Qué más daba?

Se levantó de un salto, sacó la cartera y se palpó los bolsillos. Al otro lado de la puerta, pasó delante del camarero con el carrito, que se dirigía a su habitación con tediosa determinación, y a punto estuvo de detenerse. Pero entonces vio la macedonia: una enorme ración de piña todavía con las hojas en punta arriba, sandía, rajadas de melón y uvas tintas. El envoltorio de plástico transparente parecía moldeado sobre la fruta. Siguió caminando y bajó en el ascensor hasta el vestíbulo. Antes de salir a la calle, rodeó las columnas brillantes, pasó ante las parpadeantes máquinas tragaperras y las mesas de juego donde las mismas personas continuaban tamborileando con las cartas antes de mostrarlas.

La gente se alejaba y el aire se adensaba e iluminaba bajo las marquesinas chisporroteantes. Cinco horas más tarde, Lyman se levantó de la mesa de *blackjack*. Alargó los brazos y dio una propina al crupier. Estaba setecientos dólares más feliz que cuando se había sentado. «Ahora», se repetía. «Ahora». Se aconsejaba dejarlo ya, marcharse e ir en busca de ese restaurante italiano que le había recomendado el crupier, quien, obviamente, deseaba perderlo de vista.

—La Florentine —sentenció, y se levantó.

Saludó con la cabeza a los demás jugadores, todavía absortos en la siguiente partida, contando mentalmente fichas y cartas. Las ganancias de Lyman formaban un fajo fresco en sus manos y se dirigió a la caja, pero al

encontrar una pequeña cola, decidió no esperar. Daría una nueva vuelta por las máquinas tragaperras para estirar las piernas. Pasó delante del puesto de helados, pidió una copa de mantequilla de cacahuete, luego guardó el fajo debajo del brazo y se comió el helado, allí de pie, mientras observaba el vaivén de la gente, que agitaba sus pequeños cubos de plástico blanco, llenos de monedas de veinticinco centavos.

Su semblante era una máscara. Por fuera, su gesto parecía fijo y sereno, pero por dentro, en el verdadero rostro que permanecía oculto, podía reconocer el miedo y el desconcierto. Un violento escalofrío nervioso le recorrió al mismo tiempo que el helado. Sus sentidos se aletargaron. Su boca se entumeció, incapaz de saborear nada, de escuchar nada más allá del bullicio del casino, de sentir sus propias manos llevando la cuchara con salsa de cacahuete a sus labios. Una certeza se abatió sobre él como una mano mojada y su mente cedió. Concentrado en el tenue consuelo de su propia rendición, se relajó y se dejó llevar, desechó el resto del helado y llevó los setecientos dólares en fichas de vuelta a la mesa de las mayores apuestas.

Y los habría apostado además, si no hubiera sido por el incidente. Un hombre mayor con una impoluta camisa blanca y pantalones a cuadros chocó contra él en la mitad de la sala y las fichas cayeron al suelo a causa del impacto. Avergonzado, Lyman recogió las fichas y farfulló que se dirigía a la caja. Entonces, como si un programa muy diferente se hubiera apoderado de su mente, fue allí de verdad, cobró las fichas y regresó a través de la multitud. Era como si le rodeara ahora un campo de fuerza. Era inmune. Entró en el ascensor y volvió a su habitación. Sentado junto a la ventana mientras contemplaba otras ventanas y luces, quitó las capas del envoltorio de plástico de la bandeja, comió la fruta templada, los nachos que se desintegraban en la salsa y la crema agria. Se lo comió todo y se bebió el insípido refresco. Después, se quedó dormido, sin tener un solo sueño, con los setecientos dólares enrollados en un cenicero al lado de su cabeza.

Eran las dos de la madrugada cuando despertó sobresaltado, con la cabeza despejada y la mente encendida y humeante como una máquina enchufada al dinero. Se vistió rápidamente y se pasó los dedos por el pelo; bajó a sabiendas de que no podía fallar. Y no lo hizo. Durante la siguiente hora, jugó a la perfección, acumulando fichas sin parar y con facilidad, hasta superar con creces a los demás. Después, las ganancias se redujeron durante un rato, pero siguió sumando fichas. Mil, dos mil, y después más todavía. En ese momento más o menos, cuando rozaba los tres mil, experimentó un bajón, una verduzca sensación de mareo, y se dijo que debía marcharse. Pero para entonces era dos

personas, un ser dividido, y no lograba despegarse. Empezó a perder el rumbo, empantanado en un fango de jugadas chapuceras, y se desesperó. Su suerte cambió, de manera impredecible, pero se empeñó en seguir jugando; su momento había pasado. Atravesaba una mala racha. Poco a poco, irremediablemente, las cosas fueron poniéndose más y más feas. La nostalgia de sentir de nuevo la suerte, el deseo de que ésta volviese, así como el dinero, le empujaban a seguir jugando hasta que no le quedó nada.

A las cuatro de la mañana, se fue a un cajero automático y tecleó su clave secreta una y otra vez, sin poder dar crédito a lo que veía, pues había superado el límite permitido.

A las cuatro y cuarto, cobró el importe del crédito de la Oficina de Asuntos Indios que acababa de llegar para financiar el proyecto tribal de juegos. Convirtió la mitad en fichas y la otra mitad en un cheque de la caja. Comenzó ganando, pero luego las pérdidas le acorralaron y, de nuevo, volvió a perderlo todo.

A las cinco, cobró el cheque.

A las seis, llevó la pipa sagrada de Nector a la casa de empeños abierta toda la noche y consiguió cien dólares por ella.

—Volveré a las doce —prometió al empleado.

A las siete de la mañana no le quedaba nada que dejar en garantía, pero todavía se sentía bien, agotado pero eufórico, con la situación bajo control. Salió por la doble puerta acristalada y aguardó allí en silencio, con los brazos colgando en el amanecer fresco y seco de Nevada. En el aparcamiento del Sands, contempló el cielo, que cambiaba de plateado a azul, y los rayos del sol, que se intensificaban. Recordó que, más allá de las vías del tren, había un puente y, como si fuera capaz de oler el agua y saborearla, caminó hacia él. Los árboles y el parque frondoso que lo bordeaba sólo se hallaban a dos manzanas de distancia y enseguida se adentró en los sonidos de la mañana: el crujido de los álamos, un tenue susurro. Una suave brisa le azotaba el rostro y podía percibir el aroma a salvia entre las flores secas y el perfume de las ramillas de cedro rotas. Caminó hasta la barandilla junto a la ribera del río y, esperanzado, pensó en tirarse al agua, pero el río Truckee, que serpenteaba entre rocas grises, no tenía más de treinta centímetros de profundidad, demasiado débil para que le llevara la corriente y demasiado poco profundo para engullir su vida.

Capítulo nueve

Lipsha

Aislamiento

Lo que saco a puñados cuando hundo mis manos en ese vacío es aislamiento. Podríais llamarlo dinero, pero yo sé que es otra cosa. Si fuerais pobres y ganarais una fortuna al bingo, consideraríais el dinero del mismo modo que yo lo hice al principio. No tanto por lo que da, sino por lo que aleja: frío, calor, dolor de pies, ataques de nicotina y días de hambre, incluso a la gente. Reflexiono durante un tiempo sobre lo que debería hacer. Echo un vistazo a mi Biblia Gideon y me topo con un versículo de san Lucas. «Divide la herencia», reza. Ya lo he hecho, opino, al haber compartido la pipa sagrada de Nector con Lyman Lamartine. A cambio de no revelar a Shawnee Ray mi intento de comprar toda su atención, él coge prestada la pipa por un tiempo indeterminado.

El aislamiento compra aislamiento, así funcionan las cosas conmigo. Cada vez que juego al bingo por dinero con uno de los cartones que me quedan de June, gano una pequeña suma. La primera vez son cincuenta dólares alcanza sólo para la gasolina, pero la racha continúa. Pasa una semana y consigo un total de seiscientos dólares; a la semana siguiente, doscientos; luego, otra vez seiscientos; nada durante varios días y luego un continuo goteo, pero nunca dejo de adquirir aislamiento. Con los cartones de bingo de mi madre, la suerte está imantada. Ella me protege, al fin, en forma de billetes de cien y de veinte dólares. Los guardo en los bolsillos. Algunos salen volando a las manos de mis amigos, pero la mayor parte se amontona debajo de mi colchón.

Con dinero, tal y como compruebo con el paso del tiempo, la primavera resulta más suave e incluso lo son esas semanas abrasadoras que caen de golpe hasta temperaturas gélidas. Cuando hace calor, duermo de maravilla por la noche en mi habitación bajo una falsa brisa. Algunos dirían que es un nuevo y estupendo sistema de aire acondicionado. Yo lo llamo «aislamiento».

Mantengo la esperanza de que ese aislamiento impresione a Zelda de tal manera que deje de interponerse en mi camino, ya que, después de aquella mañana en que me durmiera en la furgoneta destrozada para despertarme ante los cristales rotos y el repiqueteo de los tallos negros de los girasoles del año anterior, no puedo pensar en nadie más que en Shawnee Ray. A veces, cuando me quedo dormido en la noche ventosa, recuerdo la forma en que se entrelazaban nuestros cuerpos. Era tan natural, como si formáramos una sola planta. Y ahora suspiro por ella, ahora mis brazos son tallos rotos. Intento mirar a otras mujeres con interés y calculada expectativa, pero no funciona. No consigo experimentar el sentimiento adecuado.

Reprendo a mi corazón por yacer sobre la mesa bocabajo como un vaso vacío. Aun así, no puedo aceptar a nadie que no sea Shawnee Ray. Por mucho que me repita que el amor no es más que una imagen, como la representación mental de nuestro hogar —que dista de ser perfecto y está repleto de exigencias y gente ansiosa, cuando uno regresa a él—, por mucho que me diga que he de seguir adelante desde el punto donde lo dejamos, mi corazón es terco.

Me hallo petrificado en la zona de sombra de los brazos de Shawnee Ray. Mi amor es tan fuerte que rompe barreras y principios morales. Pasa silbando como una bala a través de rellenos acolchados y blancos de acero, y golpea. Hace daño. Pero la única prueba real que tengo de las cosas hermosas que sucedieron es una referencia mental. Habitación veintidós. Dos dosis gemelos. En mi cabeza levanto postes de latón y ato gruesas cuerdas de terciopelo granate a la endeble puerta. Acordono la escena, el cuadro de amor, de todo contacto banal. Acudo allí como quien va a un museo. Cierro los ojos para refrescarme. Una fragancia se adhiere a mis dedos y a mi piel. Canela pura. Sal fresca. Un olor animal que es el sabor de la sensación misma, del dolor, de una dicha que me colma con cada roce, y cruzo los límites de mi propio cuerpo hasta volverme más corpulento, dulce y hábil.

No consigo quitármela de encima. Mi corazón no deja de latir su nombre.

Sin embargo, cuanto más me precipito hacia el amor, más me rehuye. Con cuanta más furia lanzo mi vida mental a su captura, más esquivo se torna, como un animal que sorteara una trampa. El amor es duro, y la soledad una apuesta segura. Todas las canciones que escucho y que me hacen suspirar reflejan esa verdad. ¿Cuándo se ha oído canción alguna sobre la plenitud del amor y el sueño hecho realidad? Por mucho que lo intente, el amor se encuentra al alcance de mis dedos, tan valioso como una mina de diamantes, pero huidizo, alejándose a toda velocidad. El mundo del Bing Bang es el

amor: hacemos el amor y todo explota y, después, los fragmentos giran libremente para siempre.

Gracias al dinero del aislamiento, arreglo la furgoneta y me lanzo al acecho de Shawnee Ray. Quiero hablar con ella, ver su rostro, poner mi mano en su rodilla. El dinero se traduce en gasolina, de modo que puedo holgazanear con la furgoneta por donde yo quiera. Espero delante de la tienda de ultramarinos o en la carretera que lleva a la casa de los Kashpaw, o delante del instituto de formación profesional del condado, o en cualquier lugar por donde pueda pasar mi Señorita Little Shell. No tardo mucho en verla en la puerta de entrada de la oficina de correos y le hago señas para que se acerque. Viene hacia mí con entusiasmo y a paso ligero, a la vez que balancea un bolso lleno de libros de texto. Se sube rápidamente al asiento del copiloto y, durante un minuto, aguantamos la respiración, mirándonos fijamente a los ojos, mientras disfrutamos la asombrosa intimidad del momento.

—He intentado llamarte.

—No deberías hacerlo. Zelda, Lyman, los dos están...

—¿Qué tengo que hacer? No puedo dejar de pensar en ti.

Aparta la mirada rápidamente.

—Pensé que me casaría con él. Quiero decir que él también lo pensaba.

—Entonces, ¿te sigues viendo con Lyman?

—Nunca he dejado de hacerlo. —Me dirige una mirada casi desafiante, como si tuviera derecho a estar celoso, un detalle que pongo a buen recaudo para saborearlo más tarde. Hace una pausa, se concentra y habla como si hubiera aprendido de memoria las palabras que ha de decir—: Siempre se ha dado por sentado. Desde que tuve a Redford. Lo mejor sería que me dejaras en paz durante un tiempo. Deja que intente aclararme.

—Pero ¿tú me quieres? —pregunto en voz baja, intentando acariciarla con mi voz.

Me dirige una mirada tan larga, tan tierna y con una expresión tan sombría y melancólica que no necesita responder a mi pregunta. Durante los días siguientes, atesoro esa mirada suya en mi mente como una fotografía que se lleva en la cartera, protegida en una funda de plástico transparente. Cada vez que mi corazón se encoge dolorosamente, cuando pienso en ella con añoranza y me siento desesperado por su retirada, evoco esa pequeña imagen de ella, abrumada por idénticos deseos, y me convengo de algún modo de que, a pesar de los tiempos difíciles que nos aguardan, a pesar de los problemas explosivos

que se interpongan en nuestro camino, no cabe la menor duda de que nos espera un futuro juntos lleno de amor.

Tampoco es que ésa sea mi única preocupación, porque nunca he conseguido averiguar lo que Lyman había hecho con la pipa sagrada. Aproximadamente una semana después de que Lyman regresara de aquella conferencia, le pedí que me la devolviera. Con el semblante pálido como las cenizas y la mirada extraviada, Lyman Lamartine me informó de que ahora mismo no la poseía pero que estaba haciendo lo posible para recuperarla.

—¿Recuperarla? —exclamo, casi gritando.

No quiere desvelarme de dónde, y lo primero que pienso es que tal vez haya contactado con él un coleccionista de algún museo, como suele suceder. No quiere decirme nada, sólo alcanza a controlarse y a mirarme fijamente. Por debajo de sus palabras, percibo un tono extraño, una cierta tensión, un miedo que jamás había notado en él, una dureza que nunca había aflorado en su carácter esquivo. Me arrepiento ahora de haberle prestado la pipa, pero a pesar de todo y debido a sus ojos enrojecidos y a su pelo desgredado que necesita un buen corte, muestra un aspecto más descuidado y humano, como de alguien en quien casi podría confiar.

Todos tenemos grietas en nuestra vida. Nadie muere con la ropa impoluta. Todos hemos de enfrentarnos a la nada que se extiende delante y detrás de nosotros. Llamadlo dormir. Todos comenzamos durmiendo y así hallamos nuestro final. Incluso entre ambos momentos, el sueño nos reclama constantemente. Permanecer despierto el máximo tiempo posible en la vida, puede que sea ésa la cuestión.

El dinero ayuda, aunque no tanto como uno cree cuando no lo tiene. Además, esto es sólo dinero temporal, procedente de la suerte en el bingo, no es dinero seguro. Por muy fuerte que sea la tentación de dimitir como vigilante nocturno, pienso en Shawnee Ray y no dimito de mi empleo. Pero la verdad es que las cosas no me molestan tanto como antes en el bar. He instalado un nuevo equipo de sonido estéreo, lo que me permite escuchar mis canciones favoritas a cualquier hora. Tengo cajas de camisetas nuevas, de modo que no tengo que lavar las viejas tan a menudo en la lavandería de la residencia de ancianos, lo que significa que no tengo que escuchar tan a menudo las críticas que recibo de los mayores. Aislamiento. La gente no se ríe de Lipsha, puesto que podrían necesitar un préstamo. En vez de ser yo quien imponga las manos en los demás, me manosean a mí, por mi dinero. La gente ya no viene sólo para verme y robarme mi tiempo —salvo Lyman

Lamartine, que siempre ha estado aislado, cómodo con el dinero y relajado respecto a la manera en que puede cambiar la vida de una persona—.

Con el paso de las semanas, parece reponerse hasta recobrar sus viejas y relajadas maneras, y termina situándose de nuevo al mando de la reserva. Me asegura que ya ha recuperado la pipa, pero me pregunta si no me importa que se la quede un par de semanas más y, aunque dudo, le contesto que está bien. Me explica que la deben exorcizar y bendecir de nuevo, pero a pesar de mi insistencia, no logro que me cuente lo que ha sucedido. Es extraño lo que siento por él, pues nuestra relación semeja una cuerda enmarañada, que yo sujeto firmemente incluso mientras sierro los nudos. Es mi rival, mi enemigo, y, sin embargo, ya le he derrotado al haberme acostado con Shawnee Ray y me siento culpable aunque nunca haya pisado una iglesia. Es algo más fuerte que yo. En su presencia, siempre me muestro amable, dispuesto a ayudar y siento pena por él y vergüenza, porque, realmente, él la quiere de verdad. Sólo que no tanto como yo. Estoy seguro de que nadie puede amar a otro ser humano tanto como yo empiezo a amar a la Señorita Little Shell.

No obstante, me quejo a Lyman.

—Dijiste que si tuvieras la pipa, no querrías volver a ver a Shawnee —le recuerdo.

—Ya sé que lo dije —admite Lyman, dirigiéndome una mirada inquietante—. Pero no puedo dejar de hacerlo. ¿Tú podrías?

El problema es que entiendo perfectamente cómo se siente y sé lo mucho que debe de necesitar a Shawnee Ray, y aunque me invade una oleada de odio incendiario que arde entre los dos, no puedo negar que sus sentimientos me parecen nobles. El estaba allí primero, pero, claro, ¿acaso es Shawnee Ray una concesión minera? ¿Una vivienda con derecho de ocupación? ¿Un tesoro en el fondo del mar o un botín descubierto? Por supuesto que no. Mis manos sienten una cierta desazón y ganas de estrangular a Lyman.

—¿Has abierto una cuenta en el banco para todo ese dinero que estás ganando? —me pregunta, y le agradezco que consiga desviar la conversación hacia cuestiones pecuniarias.

—Tengo el dinero escondido —respondo.

Sacude la cabeza y deja que su boca esboce una leve sonrisa.

—Necesitas asesoramiento financiero.

Me encojo de hombros.

—Saqué muy buena nota en las pruebas de acceso a la universidad, aunque no hable tan bien como tú, ni entienda gran cosa de dinero.

—Tienes aptitudes, pero te falta orientación —dice Lyman—. Yo puedo proporcionarte esto último.

—Gracias de todas maneras. Ya me has ayudado bastante dándome este trabajo para empezar.

No tiene más remedio que reconocer que eso es cierto.

—Eres una apuesta arriesgada, Lipsha. Pero me compensarás.

—Con creces.

—Con creces —suelta una risotada, pero me clava de nuevo sus calculadores ojos durante demasiado tiempo.

El tiempo muerto nos arrastra hasta la mitad de la tarde. Nos hallamos sentados a una mesa vacía otra vez, como solemos hacer antes de que llegue la marabunta. Las luces artificiales nos iluminan igual que a nuestros platos de hamburguesa, especialidad de la casa, que Lyman ha tenido la amabilidad de pedir, como de costumbre. No me hace pagar, aunque he tenido muy buena suerte en el bingo esta semana. Ni siquiera menciona el bingo, pero sé que mi racha de suerte le inquieta. Se muestra casi tan ansioso por proteger mi dinero como si fuera suyo, que lo es, de algún modo. Pronto descubro, para mi sorpresa, que mientras hablamos de dinero, estoy deseando discutir con él las cantidades que pasan por mis manos, porque nunca tuve la oportunidad de hablar de dinero hasta ahora. No resulta divertido hablar de ello con los pobres; en primer lugar porque no saben de lo que estás hablando, y en segundo lugar porque no pueden evitar pensar: «Dámelo a mí, gilipollas». Me resulta muy agradable poder hablar de dólares y centavos como si tal cosa, como si poseerlo no fuese nada fuera de lo normal.

—El dinero tiene vida propia —me dice Lyman—. No hay que meterlo de cualquier manera en el primer lugar que se te ocurra y dejarlo allí muerto de risa. Tienes que ponerlo en un sitio donde vaya a multiplicarse.

—El dinero es materia muerta, pero me gusta.

Doy un gran bocado a mi hamburguesa. Tiene todo lo que hace falta: pepinillos, mayonesa y demás ingredientes, igual que mi vida ahora que soy rico.

—¿Has oído hablar alguna vez del interés compuesto, Lipsha? —Lyman se ha puesto serio. Asiento para que continúe la conversación y él prosigue—: El interés es crecimiento. A ver cómo te lo explico. —Tamborilea con los dedos—. Dejas que el dinero trabaje para ti, como si cada dólar fuese un caballo, y prestas tu manada a la gente, que te paga un dinero adicional por el privilegio de tenerla. Crece, se multiplica.

—La verdad sobre la función reproductiva —bromeo.

A Lyman no le parece gracioso.

—La única verdad. El sexo del dinero. Cómo se reproduce si lo amontonas en una pila lo bastante alta y lo colocas en las condiciones adecuadas.

Dejo la insípida hamburguesa y de pronto yo también pierdo todo sentido del humor.

—Dime todo lo que sabes.

La sangre me late con fuerza en los oídos y me da vueltas por la cabeza. Me concentro lo más posible en las palabras de Lyman, pero no estoy seguro de poder asimilar todos sus conocimientos. No estoy acostumbrado a este grado de posesión, y cada tanto, mientras Lamartine habla, siento el deseo de sabotear la conversación y estallar en una loca y frenética carcajada.

—El éxito destroza la vida de tanta gente como el fracaso —asegura—. Sobre todo a los indios. No estamos programados para ello.

—Sin embargo yo he tenido suerte desde siempre —replico—. Soy un tipo con suerte.

Lyman sacude la cabeza.

—Nunca has tenido una suerte de la que puedas echar mano.

—No importa.

—¿Has oído hablar de los cubos de cangrejos de río, Lipsha? Verás. Había tres pescadores: un irlandés, un francés y un indio. Un día, están sacando cangrejos del lecho de un riachuelo, cada uno con un cubo. Todos pescan al mismo ritmo y consiguen el mismo número de cangrejos. El irlandés llena su cubo, pero se da la vuelta y todos sus cangrejos escapan. El francés llena el suyo, se da la vuelta y todos sus cangrejos escapan también. Pero cuando el indio se gira, su cubo sigue lleno. Los otros dos no pueden creérselo y le preguntan cómo lo ha conseguido. El indio contesta que muy fácil, ha pescado todos los cangrejos indios: en cuanto uno intenta escapar, los demás se lo impiden.

—¿Cuál es la moraleja?

—Piensa en ello.

Lo único que se me ocurre es cómo mi abuela permitió que le cogiera dinero para comprarme un billete de autobús que necesitaba, cómo Albertine me cedió su propia beca de estudios del gobierno de los Estados Unidos, cómo la abuela Lulu me apuntó para cobrar las subvenciones estatales, cómo la gente me ha ayudado, cómo se han esforzado para que yo haga algo con mi vida.

—No dejes que nadie te diga nunca que el dinero no vuelve a la gente más amable y la hace ser mejor persona —precisa Lyman para cerrarme el pico.

Quizá tenga razón; sin embargo sólo puedo pensar que las buenas personas que he conocido hasta ahora eran más que pobres. No obstante, esta conversación me lleva a valorarlas, porque su generosidad tuvo que suponerles el doble de esfuerzo. No me gusta decir esto, porque no me gusta juzgar a los demás, pero creo sinceramente que Lyman Lamartine se mueve por su propio interés desde que su fábrica de hachas de guerra de imitación explotó ante los ojos de todo el mundo. Y sin embargo, la sala de bingo que ha conseguido abrir recientemente es un negocio mucho más próspero y contribuye a la economía global de nuestra reserva, tal y como proclaman sus folletos. Entonces ¿cuál es el problema? El hombre debería sentirse orgulloso, pero veréis, ésa es la cuestión con Lyman Lamartine. He aquí el factor incriminatorio. Su rostro oculta un secreto, que sólo alguien que haya poseído el don anteriormente es capaz de ver. Un secreto.

Le observo mientras me habla y me da consejos sobre qué banco de la zona es el más estable y cómo me ayudará a abrir una cuenta. Le escruto cuando me pide a bocajarro que le eche una mano con su próximo proyecto: un salón de bingo mucho más amplio y rentable, con gran poder de seducción, que no sólo atraerá a los vecinos de la zona sino también a los habitantes de poblaciones más alejadas como Grand Forks y Winnipeg. Se ha producido cierto contratiempo en sus planes, lo reconoce, pero no está dispuesto a rendirse. Seguirá adelante. Nada lo detendrá.

El secreto, sin embargo, es que no cree que su empresa suponga realmente algo tan sencillo como ganar dinero.

—Es un batiburrillo de problemas, como tú. —Se echa a reír en un momento dado—. Hay muchas maneras de ganar dinero, y el juego no es la más simpática, ni la mejor, ni la más bonita. Es sólo la forma de la que disponemos ahora mismo.

—La más fácil.

—Eso también es cierto.

Estoy contento y confío en mi suerte. Por la sonrisa de desaprobación y la mirada pensativa de Lyman, no obstante, me doy cuenta de que me toma por imbécil, alguien demasiado tonto para entender sus elaborados consejos, que insiste en darme de todos modos.

—Debes perseguir un objetivo muy real —dice con tono grandilocuente.

Dejo que la frase cobre fuerza entre nosotros y que cada palabra se engarce con la siguiente como los músculos de los brazos entrelazados de dos

luchadores. Es todo un desafío, pero también muestra su ignorancia, porque no sabe lo que persigo de verdad.

Shawnee Ray, Shawnee Ray, mi amor, *n'gwunajiwí*. Pienso en ella cuando veo la silueta de los vasos de cerveza limpios, con su cintura ceñida. Pienso en ella cuando miro las servilletas, las mismas que utilizará con educación en casa de Zelda. Pienso en ella cuando repongo el pequeño estante de peines de bolsillo y frutos secos, e incluso pienso en ella cuando relleno los tarros de huevos encurtidos que descansan en la barra. Está en todas partes. El grupo toca todas las noches canciones de amor de música country y me da un vuelco el corazón, que se deshace y naufraga, acribillado de agujeros. El amor me sale por los poros. Sonrío como un lerdo cada vez que pienso en ella, froto las barras y las mesas con demasiado ímpetu al imaginarme lavando su cuerpo: suave y aseado después de las duchas en el motel, ardiente bajo mis caricias y mis besos. Tengo una fotografía suya tomada de un periódico, de uno de sus éxitos en un desfile de moda del instituto, y me llevo el recorte a los labios tan a menudo que la tinta me mancha, indeleble, destiñendo su idolatrada imagen a unos tonos plateados.

Una procesión de imágenes de Shawnee Ray desfila constantemente por mi cabeza. Le escribo cartas, poemas y canciones, que compongo en mi viejo cuaderno de espiral del instituto. La llamo por teléfono en mi imaginación, e intento contener el aliento y hablar con voz varonil mientras no dejo de pensar: «Por favor, corazón, mi amor, por favor». Intento cumplir mi promesa y dejarla tranquila para que se aclare, pero una mañana contesta a mi llamada desesperada al primer timbrado. Me dice que ha merecido la pena ese tiempo de reflexión, que se siente más equilibrada y que lo mejor será que siga dejándola en paz.

—¿Qué?

—Has sido maravilloso conmigo. Nunca te lo podré agradecer lo suficiente.

—¡Espera un momento!

Hay algo que no termina de encajar en lo que dice; su discurso está plagado de contradicciones. Al pensar de repente que Lyman haya podido retomar sus posiciones en primera línea de sus sentimientos, se me acelera el pulso y me invade una fuerza animal.

—Todavía estoy pensando —dice ahora con voz vacilante y poco convincente.

—¡Has pensado demasiado! No te muevas de allí. Voy enseguida.

Cuelgo el teléfono ante su rotundo rechazo y me precipito a la furgoneta. Pero no pierdo la cabeza completamente. Es domingo, de modo que lo primero que hago es comprobar que Zelda está en misa. Después, le compro a Shawnee un ramo de flores en la tienda del centro comercial. Elijo unas margaritas malvas y claveles rojos, que dan la impresión de durar mucho tiempo en un florero. Considero la posibilidad de comprar bombones, una pistola láser, un libro o un cogollo de lechuga, algo que regalar a Redford. No llevo estas cosas por miedo a que Shawnee Ray crea que quiero restregarle el dinero en la cara, pero tengo ganas de comprarle una casa nueva, un perrito o un coche del mismo color rojo que la sangre que hace brotar de mi corazón.

Me dirijo a la casa de Zelda y me bajo de la furgoneta con las flores. Llamo a la puerta. Hace calor y una brisa húmeda sacude las hojas de los álamos y las lilas en el jardín. Zelda vive en la vieja cabaña de troncos de antaño, levantada por Cielo Estrepitoso, y ampliada con los años con capas y capas de escayola y aislantes, por lo que los muros tan gruesos mantienen el aire caliente durante el invierno y el frescor de la noche durante el verano. El exterior de madera se ha pintado ahora de un vivo color turquesa y el interior resulta muy diferente, un ambiente exiguo que Zelda ha ido dividiendo en habitaciones y pasillos, por lo que el lugar me recuerda una ciénaga pantanosa, aunque no haya ninguna zona acuática cerca, salvo al pie de la colina. La casa permanece en penumbra, lo que produce la agradable sensación de estar bajo el agua.

Shawnee Ray abre la puerta. Le doy las flores, casi restregándoselas por la cara. Sus cálidos ojos se iluminan antes de recordar que debe mirarme con recelo.

—¿Qué quieres?

—Sólo hacerte una pequeña visita.

Inclino la cabeza. Me conoce como Lipsha, el embaucador y el hombre rico de pura chiripa. Tal vez, al igual que los demás, esté esperando a ver cómo voy a joderla, perder todo mi dinero, dejarla tirada y terminar otra vez en el lugar que me corresponde. Aun así, y mientras aguarda delante de la puerta, le doy las gracias con voz mansa por dejarme pasar. Sin abrir la boca, me mira como pensando qué-se-traerá-entre-manos y me invita a llevar las flores por un estrecho pasillo hasta la parte trasera de la casa.

A pesar de su actitud, me invade una sensación de paz cuando me detengo en la entrada de su dormitorio. Unos pensamientos rebosantes de esperanza me desgarran el corazón.

—Es un honor estar aquí —declaro.

Arquea una ceja.

—¿Qué es lo que quieres de verdad? —pregunta.

El silencio lastra sus palabras, y mis verdaderos sentimientos brotan a través de mis manos. Su habitación tiene demasiada luz. Un resplandor amarillo entra a raudales por la ventana que da a un pequeño y umbrío riachuelo. La cama está pegada a esa pared, rodeada pulcramente de calendarios, dibujos, frases escritas a máquina e hileras de plantas secas. Hay un tambor colgado en la pared por una correa junto a una batuta forrada de cuero, con el mango adornado con perlas de cristal tallado naranjas y azules. Su ventana está protegida no por uno sino por tres atrapasueños, y recuerdo cómo me contó una vez que Redford a veces tenía pesadillas. Ahora mismo se encuentra en misa con Zelda, pero me lo imagino durmiendo al lado de Shawnee, acurrucado como una pelota debajo de esa ventana en un pequeño camastro con un colchón. No puedo evitar verme a mí mismo allí también, con los dedos entrelazados sobre ellos para protegerlos a ambos de los espíritus mientras sueñan juntos, apacibles como osos en invierno.

También hay cajas de cartón en la habitación, medio llenas de ropa doblada y libros. Los cajones están abiertos, advierto ahora, y todo indica que he interrumpido algo que había empezado.

—No puedo entretenerme, estoy haciendo el equipaje.

—¿Te mudas?

—Tal vez. Muy pronto, al menos. De momento tengo que ir a recoger a Zelda y a Redford a la iglesia de las Hermanas y acabar todo esto.

Empaqueta un par de cosas y coge una labor de costura, evitando mi mirada. Una fuerte tensión aparece en la postura de su espalda, en la curva de su nuca inclinada y en su pelo revuelto. Después —esto me golpea como un mazazo—, se coloca unas gafas absolutamente deliciosas. Son cristales al aire sin la menor montura, del tipo que llevaría una abuela o una monja. Me cuesta horrores contenerme, me flaquean los muslos y me tiembla el brazo, nervioso, con las flores en la mano. En ese momento desearía arrancarle toda la ropa y hacerle el amor apasionadamente. No, toda la ropa no. Le dejaría esos diminutos anteojos, empañaría los cristales con mi aliento hasta nublarlos y los besaría. Tiene alfileres en la boca, y eso también me excita, me refiero al peligro. Se los quitaría de los dientes uno por uno y los clavaría en el pequeño acerico con forma de corazón, antes de posar mis labios en los suyos.

Pero ella misma retira los alfileres con cautela.

—Ya casi está —asegura cuando la boca queda vacía—. ¿Te importaría probarte esto?

Sujeta un chaleco de cuero con flecos, forrado de calicó y ribeteado con una cinta de raso.

—Está chulo —comento casi con veneración al tiempo que se lo quito de las manos e introduzco los brazos por las sisas, que tienen un corte muy generoso—. Me queda de maravilla, como si supieras la talla de antemano.

—Claro, es natural. —Me ayuda a quitármelo—. Le tomé las medidas a Lyman antes de cortarlo.

Despliego una pequeña silla de jardín de aluminio que estaba pegada a la pared y me siento. Evidentemente también está allí para Lyman.

Shawnee Ray me dirige una mirada perpleja e inquisitiva; después, coge el ramo de flores de mi regazo y le quita la goma, que guarda con cuidado en un cajón. Pone los tallos en un vaso de agua, del que estaba bebiendo antes de que yo llegara a su habitación. Después, arregla las flores de una en una, como una profesional. Pero ésta es la cuestión. Les sonrío con tanta dulzura, con demasiada dulzura. Ante esto, siento cómo van creciendo dentro de mi corazón unos celos tremendos por esas flores, por la sonrisa que despiertan en ella y que no me está destinada y por las miradas de admiración que dirige a esos hermosos colores.

Extiendo la mano entre ambos y le muestro el tatuaje de la pequeña estrella. Se hunde rápidamente entre mis nudillos. Aunque me da un poco de vergüenza, le cuento que me lo hice tatuar por ella. No parece entenderlo y arquea las cejas mirándome, desconcertada y confusa.

—¿No te gustan las estrellas?

—No mucho.

—Vaya.

—A ver, me parece muy bien si a ti te gustan —me asegura educadamente—. A mí los tatuajes me repugnan.

Hundo la mano en el bolsillo.

—¡Oye! —exclamo, intentando desviar su atención y buscar un nuevo tema de conversación que pueda impresionarla—. ¿Adivina con quién he estado hablando? Con Lyman.

Se mosquea e intento tranquilizarla.

—Me ha dado consejos financieros. Ahora él y yo somos así —junto dos dedos con fuerza y los levanto ante sus ojos.

No responde, así que alzo la voz.

—Quiere que me asocie con él en un negocio muy gordo. Un proyecto. Hasta hemos abierto una cuenta conjunta en el banco con su nombre y el mío.

Sacude la cabeza y pone los brazos en jarras.

—¿Ni siquiera quieres saber de qué se trata?

Sus ojos se iluminan como dos haces de luz. Por supuesto que quiere saberlo, así que me lanzo y le resumo lo más importante del negocio. Pero según hablo, conforme profundizo en las explicaciones y ahondo en los pormenores, con detalles que quizá no debería desvelar, su gesto se vuelve más interesado y a la vez más preocupado.

Me callo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?

—¿Dónde queda ese terreno del que hablas, esa gran zona de ocio que se halla a orillas de un lago sin explotar? ¿Dónde está ese lugar?

—No es más que un lago —explico—. Virgen. La propiedad acabó tan fragmentada que el terreno de la ribera ha revertido legalmente a la comunidad tribal, o lo hará cuando...

Su rostro adopta una expresión distante mientras se fija en los huecos dejados en blanco por mi reticencia a proporcionarle toda la información.

Intento cambiar de tema.

—¿Qué te parece salir conmigo mañana? ¿Y pasado mañana y pasado pasado mañana?

—¿A qué te refieres con «tribal», Lipsha? ¿Acaso vive alguien allí ahora?

No puedo mentir, pero tampoco puedo responder. Bajo la mirada hacia mis preciosas y nuevas botas camperas de piel de serpiente con lentejuelas, que me he comprado con las ganancias del bingo, y me empecino en contemplar la maravilla con la que camino. ¿Por qué habría de contestar?

Se vuelve mordaz.

—¿Por qué no me lo dices? ¿Qué es lo que ocultas?

—No quiero hablar de ello.

—Tú sacaste el tema.

—Ya, pero ahora lo dejo. Salgamos juntos, te echo de menos.

—No te escabullas. ¿Dónde queda esa tierra para la sala de bingo? ¿Qué lago es?

—¿A bailar? —insisto con más fuerza.

—Quiero una respuesta clara.

No sé qué se apodera de mí en ese instante ni qué mosca me pica parairme de la lengua. Estoy dolido, supongo, pero eso no es excusa suficiente. Suelto la frase con tal ímpetu que suena como si estuviera enfadado.

—Sabes que estoy loco por ti.

Shawnee no reacciona, sólo frunce el ceño y se lleva las manos a la cara.

—Para —me apremia.

—Ni hablar.

Ahora es como si las palabras que me han llenado durante tanto tiempo se desbordaran al fin.

—Si vas a marcharte de la casa de Zelda, vente a vivir conmigo. Volvamos a empezar, empecemos de cero, desde el punto donde lo dejamos.

Soy incapaz de seguir calculando. Sé que lo que estoy diciendo suena extraño, pero las palabras manan de mí con la fuerza de las olas en una tormenta.

—¡Justo donde lo dejamos, Shawnee Ray! Yo debajo y tú, con el pelo barriéndome la cara. No tengas miedo. No es más que Lipsha, una corta visita, unas pocas flores, nada de drogas. Es la verdad. —Hago una pausa ante su gesto sorprendido. Rectifico—. Es posible que ahora mismo me esté comportando de un modo un tanto inusual, pero éstos son tiempos inusuales y están ocurriendo en todo el mundo cosas que nadie se esperaba. ¡Shawnee!

Me callo de golpe. Me mira fijamente con total desconcierto.

—¿Tú escuchas las noticias? —prosigo—. La crisis extranjera, el hundimiento de las bolsas y la subida de los japoneses. No puedes culparme por lo que siento por ti. No puedes desprenderte de mi amor por ti como si fuera una manta. Ahora forma parte de mí.

Me llevo las manos a los vaqueros y comienzo a bajar la cremallera. Sus ojos pierden esa mirada vidriosa y afilada y se tornan penetrantes como los de una cierva atrapada en una trampa.

—No me mires así, no pretendo asustarte.

Se cruza de brazos, y luego se sacude y relaja las manos, antes de volverse hacia la máquina de coser.

—Eso es, date la vuelta, no mires. Podrías ver algo que desees. Estoy en tus manos. Te guste o no. Haría lo que fuese por ti. Ponme a prueba. Cualquier cosa y a cualquier hora. Con tan solo un minuto de preaviso. O qué te parece esto. No hace falta ni que me des un preaviso. Una botella de refresco de naranja, un motel barato y tú. Eso es todo lo que pido a cambio. La eternidad estaba en aquella habitación. Yo no creo en religiones. No creo en ningún dios. Yo sólo creo...

Me quedo callado, porque mis pantalones caen al suelo con tal estruendo que parecen estrellarse, y me tambaleo hasta que consigo agacharme y quitarme las botas. Me observa y se ruboriza. La miro para ver los efectos de

mis palabras, de mi ropa que cae al suelo, con la esperanza de que se encienda, ceda a la pasión y se entregue a mí. Pero no hace ninguna de esas cosas. Sus mejillas se sonrojan y unas lágrimas brillan en sus ojos, pero se recompone, echa hacia atrás su espesa melena y me sigue mirando fijamente haciendo conjeturas.

—Al menos llevas calcetines.

Noto cómo las palabras se elevan dentro de mí, tan numerosas que no puedo mantener la boca cerrada.

—¿Sabes en qué creo yo?

Dejo la pregunta suspendida en el aire y observo a Shawnee hasta que vuelve el brillo de sus emociones. No puedo evitarlo. Sé que estoy haciendo el ridículo, que esto es peligroso, una estupidez, pero ahora le hablo con voz suave mientras me desabrocho, uno a uno, los botones de la camisa.

—Shawnee, sé que pasaste aquella noche conmigo por un impulso y que defraudaste a Zelda, y por supuesto a Lyman. No me malinterpretes. Aprecio a Lyman. Es pariente mío por partida doble y comprendo lo que siente por ti. Eres un complemento perfecto para su futuro. Encajas a la perfección en su vida, su éxito y todas esas ramificaciones. Serías una estupenda esposa para un senador. No intentes ser otra cosa. Cumple con tu deber. Pasarán cinco años y cuando mires a Lyman a la cara, él esbozará esa sonrisa franca de hombre de negocios y tú desearás mi rostro canalla. Te dirá algo bonito y me desearás con desesperación. Tus sentimientos hacia mí se descongelarán en ti. Algo chirriará hasta cobrar vida, y ansiarás tener mis ojos clavados en los tuyos mientras hacemos...

Golpea la mesa de la máquina de coser con la palma de las manos.

—Lo siento, me estoy pasando de la raya y sé que no te gusta que te hable así, pero una vez te oí hablar así y sé que eras sincera. Lo sé. He cometido errores y parece que nada ha salido bien desde entonces. Pero Shawnee, con él, con Lyman... Por supuesto él potencia tu inteligencia. Pero el resultado es éste: todo lo que haces gira en torno a él. Qué buena elección ha hecho. Qué conveniente ha sido para él volver para reclamar a su hijo, y a la madre de su hijo, que por suerte resultó ser una mujer inteligente y hermosa. Conmigo, tendrías que ocuparte de ti. Conmigo, serías dueña de ti misma. De hecho, tendrías que ser más inteligente, más fuerte y mejor persona, porque mi vida no relumbrará con ningún resplandor. Mis actos no reverberarán en ti para dibujarte una aureola.

—Eso es seguro. —Shawnee enciende la máquina de coser con el pedal y desliza un trozo de tela debajo de la aguja con un gesto profesional, pero le

tiemblan los dedos.

—¡Quita el pie de ese pedal! —Pierdo terreno, pero procuro contenerme —. Tienes que escucharme, aunque no tenga sentido lo que diga. Deberías prestarme más atención. Llegaremos a la verdad mucho antes si no te preocupas tanto por la lógica. Tú sientes algo por mí, sentimientos que ocultas y que no dejas aflorar porque el mundo y sus enormes aflicciones te vencen y dominan y sientes que debes sacrificar tu vida por los demás. Tus propios sentimientos no significan una mierda. Intentas aplastarlos con una apisonadora y cubrirlos de hormigón. Tu amor por mí no es más que un bache en una carretera helada. Agujeritos, cariño, pero reventarán tus amortiguadores. Yo siempre estaré presente cuando creas que tu vida avanza sin problemas.

Está temblando de emoción, y yo también, además ya no me queda ropa que quitarme y me siento ridículo. Se levanta y me lanza media camisa de flores.

—¿Harías cualquier cosa por mí? ¿Lo que fuese, dices?

Se le ha encendido el rostro y aprieta los labios.

Asiento, clavando los ojos en los suyos, totalmente dispuesto y lleno de buena voluntad.

—Póntela —susurra con vehemencia—. Y luego, sal de aquí.

Recojo lo que me ha lanzado.

—Es media camisa —le digo con la misma vehemencia.

—¡Fuera de aquí! —grita.

Sin embargo, no doy un paso atrás. El filo del abismo está tan cerca. El lúgubre espejo de la habitación ya me invitó a pasar una vez y en este instante intento hacer lo mismo. Extiendo las manos y de mi pecho desgarrado manan ahora palabras de dolor.

—¿Acaso no te he dado lo que querías? Te lo he dado y te lo he dado como nunca se lo he dado a nadie. ¿No te acuerdas de cómo yacías entre mis brazos como un animal onírico, suspirando, y cómo acompasé mi respiración a la tuya, con esa mutua confianza perfecta, como si tú y yo hibernáramos juntos en una madriguera? ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué es lo que he hecho? ¡Me sentía tan orgulloso! ¡Tengo el filtro de amor!

Entonces habla, mirándome fijamente con tristeza:

—Tienes el filtro, Lipsha. Pero no tienes el amor.

Cuando lo dice, de ese modo, es como si me picara en ese instante el aguijón de la verdad. El aturdimiento me impide ver, pero sé de sobra que tiene razón. Retrocedo, tambaleante. Entonces se da cuenta de cómo me

siento y, con delicadeza, me quita la camisa de las manos y la coloca en la máquina de coser.

—Déjame intentarlo —le pido, con una voz que no reconozco. Me arranco las palabras del corazón—. Por favor, dame otra oportunidad.

Así que nos dejamos caer al suelo, allí mismo, en el umbral de la puerta, y esta vez es muy diferente. ¿Habéis visto alguna vez una pareja de mariposas negras y naranjas besarse, flotando sobre el suelo? Lo nuestro es todavía más delicado. Las sombras por debajo, eso somos ella y yo. Dos tiernas sombras que se acarician y se rozan. Dos deseos dibujados, proyectados en una tenue sombra.

Pero si sólo eran nuestras sombras las que se movían y se amaban en aquella habitación, ¿qué pasaba con nuestra otra mitad menos liviana y más sólida que se mantenía al margen dictando sentencia? ¿Qué pasaba con nosotros?

Capítulo diez

La suerte de Shawnee

Después de cerrar la puerta tras Lipsha Morrissey y oír cómo su furgoneta se alejaba por el patio, Shawnee dio media vuelta y regresó directamente a su habitación. Se quitó la camisa de golpe haciendo saltar un botón y eligió otra sacudiendo el tejido bruscamente. Blasfemó con impaciencia y voz monocorde, sorprendiéndose a sí misma. Se enfundó unos pantalones vaqueros limpios y luego los arrojó a una esquina de una patada. Arrancó un vestido violeta de una percha y se sentó en el borde de la cama mientras arrugaba la tela contra su estómago. Torció el gesto y extendió las manos entre las piernas, con las palmas contra los muslos. Con la respiración entrecortada, apoyó las manos en el regazo para recomponerse. De pronto, estiró los brazos, golpeó el colchón, abrió y cerró los puños delante de los ojos y se abofeteó las mejillas con tanta fuerza que rompió a reír.

Se tiró al suelo deliberada y ansiosamente, y se puso a hacer flexiones; después, se tumbó boca arriba con los pies enganchados bajo la estructura de la cama. Con los ojos encendidos y clavados en las costuras del edredón azul de algodón con estampado de estrellas, continuó haciendo ejercicios abdominales. Hizo cien, con las manos cruzadas sobre el pecho, y luego se dejó caer lentamente sobre la pequeña alfombra oval hecha de retazos y se llevó las manos a la cara.

Se figuraba que era pura chiripa que una se enamorara de la persona que le convenía. O que esa persona te amara de un modo idóneo para hacerte feliz, de la mejor manera para encajar en el mundo. ¿Dónde estaba ese Don Perfecto del que hablaban todas las revistas? Ella siempre se lo había imaginado como uno de esos personajes que aparecían ilustrando su libro de Historia del instituto, o en una fotografía al final del capítulo acompañado de una breve biografía en su libro de Lengua. Iluminado a contraluz, sonriente y con cada pelo en su sitio, con la fecha y el lugar de nacimiento impresos con esmero al pie del retrato de estudio, ésa era la imagen del hombre con quien se casaría.

Lyman encajaba en ese estudiado espacio como si ya hubiera revelado el negativo. «Lyman Lamartine, jefe del bingo», rezaba el pie de foto. En estricta oposición a la sonrisa satinada, sin embargo, le obsesionaba ahora una fotografía de Don Nefasto. Cuando fue a visitar a Marie Kashpaw al apartamento de Lulu Lamartine, Shawnee no pudo apartar la mirada de la franqueza sin sombras del enmarcado cartel de «Se busca» del padre de Lipsha Morrissey, en el que se había corrido la tinta. Sus ojos quedaron atrapados en la estantería y su cerebro no pudo evitar buscar parecidos.

Veía a Lipsha cada vez que cerraba los ojos. Aparecía todo desastrado y zarrapastroso, con la camisa por fuera, despeinado, la boca dulce en una sonrisa que cambiaba de forma imprevisible y por razones que a ella le parecían interesantes. Nunca sabía lo que iba a decir. Había algo misterioso en Lipsha, una indolencia, una quietud con la que movía las manos y los labios. Ahora, al recordar cómo acababan de hacer el amor, Shawnee se estremeció y una alarma de pánico sonó en su cabeza como el zumbido de una cigarra. Era insoportable. Estaba furiosa, todos sus planes tirados por la borda de un plumazo. Amaba a Lipsha.

Shawnee se levantó, se acercó a la mesa y se sentó. Alisó el trozo de piel de ante que le había regalado el tío Xavier y cortó un par de suelas para unos mocasines. Como lo habría hecho su tío, a la manera chippewa y no sioux, colocó los diminutos fruncidos en la parte de arriba y cosió en el interior trozos de una vieja manta de franela. Esa noche, decidió, bordaría un pajarito azul en cada dedo de los pies para recordar todos los que había visto, tan fieros alrededor de sus nidos en los postes de las cercas.

A medida que cosía juntas dos medialunas de piel de rata almizclera para cada tobillo, se fue serenando, pero todavía deseaba ser capaz de renunciar a todos los hombres sin distinción. Salvo Redford, todos suponían demasiados problemas. ¿Quién no preferiría, al fin y al cabo, vivir en un mundo de mujeres? Necesitar a los hombres y amarlos era un enorme fastidio y una desgracia. Sentarse a coser con sus hermanas en la misma habitación era como entrar en un país al que siempre había pertenecido. Shawnee echaba de menos a Tammy, Mary Fred y a su madre con tanta virulencia que no pudo reprimir una mueca de dolor ante la punzada provocada por dicha añoranza. Se le aceleró el pulso, dejó la labor y, nerviosa, cogió la aguja de coser perlas.

Las mujeres eran más razonables, sabían perfectamente cuáles eran sus prioridades y parecían saber quiénes eran y de dónde venían, salvo cuando se mezclaban con los hombres. Es decir, la mayoría de las mujeres, pero no Zelda Kashpaw, cuya mano firme incomodaba a todos aquellos que ella

amara. Desde el día en que Zelda insistió en cuidar de Redford a tiempo completo, si Shawnee Ray decidía ir a bailar a las *powwows* donde se podía ganar mucho dinero, desde el día en que Zelda comenzó a controlarla en demasía, Shawnee Ray había empezado a empaquetar poco a poco sus cosas para marcharse, pero tenía que hacerlo en secreto sin despertar sospechas en Zelda ni herir sus sentimientos. Tampoco podía confiar en su propia madre — y esto confirmaba la idoneidad de su punto de vista— porque ésta siempre anteponía las necesidades, actitudes y opiniones de su nuevo padrastro. Shawnee sólo podía contar consigo misma. Desde la semana anterior, se había estado informando acerca de una importante *powwow* muy especial, con un baile conmemorativo en Montana. Tres mil dólares de premio para la ganadora en un repertorio femenino: tradicional, danza del chal y danza del vestido de cascabeles.

Shawnee sabía que podía llevarse ese premio.

Zelda era un hombre-mujer, decidió Shawnee. Aliada con Lyman Lamartine, ambos la mantenían confinada en sus propias quimeras. Sus hermanas no albergaban ninguna esperanza, ninguna razón para manipularla. El problema era que cada vez que se decidía a ir a visitar a Tammy y Mary Fred, le decían que una de las dos estaba en plena borrachera, o detenida, incluso algo peor, convertida y vomitando versículos de la Biblia. Iría a verlas de todas formas, decidió, y se quedaría en el monte una temporada, donde no tendría que preocuparse por complacer a tanta gente. Donde Lyman no iría a verla. Donde sí podría ir Lipsha. Donde podría aclararse las ideas y hacer planes.

Shawnee dejó la aguja y la mariposa que bordaba con perlas en un broche a juego con el dibujo del chal. Cogió los pequeños mocasines y hundió la cabeza entre sus brazos cruzados, en el aroma ahumado de las pieles curtidas en casa. Unas lágrimas cayeron sobre el costado de la máquina de coser con la fuerza de la lluvia, pero enseguida las contuvo apretándose fuertemente el rostro con ambas manos.

Los ojos de Zelda titilaban como dos estrellas. Estaba de pie en el umbral de la misma puerta donde Lipsha Morrissey había discutido, suplicado y rogado antes de desnudarse. Tras entrar en la habitación de Shawnee, Zelda cruzó la alfombra oval de retales. Shawnee agachó la cabeza y apartó la mirada cuando la anciana dio media vuelta con total seguridad. Con las manos fuertemente apoyadas en las caderas, Zelda parecía tan sólida como un

camión. Se oponía rotundamente a que Shawnee Ray volviese a casa de Tammy y Mary Fred.

—¿Quién cuidó de ti cuando lo necesitabas? ¿A quién llama Redford abuela incluso ahora?

—Tú —respondió Shawnee.

—Es por tu bien —suavizó Zelda—. Sólo quiero impedir que malgastes el tiempo en una empresa inútil. Ese concurso... Yo conozco a esa mujer... Jamás pagará ese dinero.

—Ha perdido a su hija.

—Porque se marchó a Minneapolis y a Saint Paul. Nunca volvió a casa de verdad. Como otras.

—¿Tienes miedo de que yo haga lo mismo que Albertine? —Shawnee miró detenidamente a la anciana y luego le habló con cariño—. Ella vuelve a casa, va a ser médico. Tienes mucha suerte con ella y tú lo sabes.

—Yo no llamo a eso volver a casa —replicó Zelda—. Nunca se queda.

—¿Por qué habría de hacerlo? —Shawnee perdió la paciencia—. ¡Sacas de quicio a todo el que te rodea!

—¿Ah sí? ¿Ah sí? —Zelda alzó la voz de forma extraña y exultante—. ¿También los saco de quicio cuando los acojo en mi casa, pago sus facturas, les doy de comer y los ayudo a criar a sus hijos?

Shawnee apartó la mirada con el rostro ruborizado, sintiéndose culpable.

—No —respondió en un susurro. Pero luego su voz se volvió más contundente—: No harás que Albertine regrese aferrándote a mí. Voy a quedarme con mis hermanas una temporada.

El gesto de Zelda se endureció, tensó los hombros y juntó las manos despacio para disimular su miedo y su angustia. Recordó a Shawnee Ray que la gente pensaría que Zelda la había echado a la calle, que Lyman se opondría a ello, que no tenía de dónde sacar el dinero para comprar un billete de autobús para poder asistir a esa *powwow* de Montana, que le debía cariño a Zelda y que, aunque sus hermanas habían sido vistas a finales del verano pasado arrodilladas en el pisoteado césped bajo el toldo de una carpa recibiendo a Jesús, no habían asistido a una sola reunión de Alcohólicos Anónimos o de Asamblea de Dios desde entonces, y la gente rumoreaba que habían vuelto a caer en la bebida por completo y que habían perdido sus mal pagados empleos.

—No puedes ir allí —insistió de nuevo Zelda.

Tenía el pelo recogido con una especie de chapa adornada de perlas, sujeta con un afilado palo de madera; sus pómulos llevaban polvos de color

magenta y su boca dibujaba un firme gesto de rotunda oposición. Miró fijamente a Shawnee Ray, que nunca le había causado el menor disgusto hasta la presente conversación. Zelda esperaba que la joven se encogiera de hombros, sacara sus libros con esmero y, tras ese reflexivo sermón, se olvidara de todo el asunto. Sin embargo, Shawnee sostuvo la mirada de Zelda con una expresión de obstinación y asustado desconcierto, y, durante un largo tiempo, ninguna de las dos apartó los ojos. Al final, Zelda respiró hondo, se encogió levemente de hombros y salió de la habitación.

Shawnee oyó a Zelda en la cocina tranquilizando a Redford mientras vertía cereales en un tazón. Oyó el sonido de la goma de la puerta del frigorífico al abrirse, del café goteando en la pequeña cafetera de plástico blanco sobre la encimera. Con las manos apoyadas en las rodillas, Shawnee pensó con serenidad en lo que haría ahora. Miró la mesilla de noche, tras la que guardaba escondido el sobre con el dinero de Lipsha Morrissey. Suponía su libertad, su billete de tren, el dinero para acampar, y Zelda no sabía que lo tenía. Shawnee se acercó al armario y con cuidado descolgó el vestido en el que había estado trabajando hasta altas horas de la noche. Era de terciopelo, adornado con perlas al estilo ancestral, que formaban un diseño de rosas y flores fuertemente entrelazadas, repletas de espinas y hojas veteadas. Ése era el primer traje; casi había terminado el vestido que estaba adornando y cosiendo para ir a juego con el chal de la mariposa. Ya eran dos. Y tres con el vestido de cascabeles de un rojo intenso, que arrojaba luz en una esquina. Shawnee Ray se levantó de la silla y se dirigió a la cocina.

Redford abrió los brazos de par en par al ver a su madre. La mujer cogió el rostro del niño entre sus manos y le dio dos besos, y cuando éste volvió a centrar su atención en el plato, Shawnee se dirigió a Zelda:

—Me voy a llevar a Redford.

—¡Shawnee Ray! —Zelda alzó la voz con miedo y habló demasiado rápido—: No quiero que te vayas, es por tu bien. Son una mala influencia para ti.

—Volveré si las cosas se me van de las manos —respondió Shawnee con su voz más adulta y tranquilizadora—. Sólo voy a estar de visita y, además, llevan sobrias más de un año.

—¡Eso no es cierto!

—Sólo porque no se las vea mucho por la ciudad últimamente no significa que hayan vuelto a beber. Mary Fred ha empezado a ir a la cabaña de sudación con el tío Xavier. El ha estado estudiando con un anciano allá en el

norte. Sabe mucho de medicina ancestral y las está ayudando, incluso puede que las esté curando.

—Lo suyo no tiene cura —sentenció Zelda.

El rostro de Shawnee se ensombreció con un gesto de acrecentada determinación. Aupó a Redford de su silla y caminó pesadamente hasta su habitación. El niño soltó un grito de sorpresa y, después, feliz de estar a solas con su madre, empezó a reír y a balbucear palabras entrecortadas.

Zelda se cruzó de brazos y se quedó bajo la cegadora lámpara del techo con la mirada clavada en la puerta cerrada. Mientras esperaba allí, inmóvil, su gesto se tornó grave y su pensamiento se transformó en una firme determinación. Su rostro arrugado permanecía inflexible, concentrado y decidido, pura bondad, de la que no había escapatoria posible.

Capítulo once

Lipsha

Mindemoya

Abandono el dormitorio de Shawnee Ray y, mientras recorro la penumbra de ese espacio de hibernación abriéndome camino hasta el acogedor interior de mi ya reparada furgoneta del bingo, retumban en mí las palabras sobre el filtro de amor. Sé que nunca me abandonarán, como tampoco lo harán la conmoción y la extrañeza de su significado. Enciendo el motor, piso el acelerador, salgo lentamente del camino de entrada y me doy cuenta de que ahora soy diferente, he cambiado. Nuestro encuentro carnal en el suelo no se debió al filtro, no esta vez: era amor. Amor verdadero. Ella no puede negarlo, y yo no dejaré que me confunda con las maneras galantes de Lyman Lamartine.

Es cierto, recibí el filtro, pero no como ella imagina. Nunca he hecho el amor entregándome a fondo con alguien que no sea ella. Sé cómo ahuyentar el dolor con mis manos, pero no despertar el placer. Fue Lyman quien aprendió esa habilidad, y me consta que en su juventud lo hizo con mujeres y muchachas desde que tuvo los catorce años. Siempre le han gustado las chicas, por lo que su hermano Henry y él deseaban estar con ellas a todas horas, seducirlas hasta que se entregaban por completo entre sus brazos, volverlas locas como perras para morderles los tobillos, convertir sus manos en peines, garras o guantes de plumas. Lo que fuese. Admito que poseo un filtro que me fue derramado en las manos, pero la verdad es que, hasta que llegó Shawnee Ray, nunca lo había empleado para hacer el amor, nunca me había enamorado. Siempre dije que me gustaría tener el mismo tesón que mi abuela Kashpaw me había demostrado poseer. Siempre me jacté de que deseaba encontrar a una mujer que me amase hasta que uno de los dos muriera o enloqueciera. La verdad es que la he buscado.

Ahora me temo que he perdido el rumbo, que me he apartado tanto de ese camino que, en este momento, cuando sé que he conocido a la elegida, Shawnee Ray, ella no me cree.

«La has jodido pero bien», me digo. «Lipsha, te has vuelto tan hábil con las manos que has limado todos los ángulos. ¡Eres increíble! Y en cuanto a Lyman, ¡ha endurecido su estilo lo suficiente como para parecer inocente!».

Incluso eso no me parece apropiado, o no lo suficiente, y me preocupa que mi comprensión sea tan frágil. El destino nos asigna una pequeña parcela de paraíso a cada uno de nosotros.

Ésa era la mía, pienso mientras avanzo dando tumbos por el camino de grava. Segurísimo de que me olvidará en cuanto Lyman la hechice con sus palabras resplandecientes.

Vuelvo al bar y me siento para intentar prepararme para el momento de perderla incluso después de este último acontecimiento. No puedo. Me pongo calzado deportivo y decido hacer algo que no es nada habitual en mí, como salir a correr por la nueva pista de tierra batida del instituto. Conduzco hasta allí. Salgo de la furgoneta bajo la fuerte brisa de la tarde, luminosa y vigorizante, y comienzo a activar las piernas. Los vaqueros me aprietan demasiado, pero aun así continúo, diciéndome que las marcas rojas que me dejen en la piel me recordarán el consejo que me he dado a mí mismo y que espero seguir. Doy vueltas por la pista roja, al principio desesperado y rígido; después, más libre y suelto, más yo mismo, a medida que empiezo a sudar y a quemar mi ansiedad en puro agotamiento. Tengo fundidos los pulmones y, muy pronto, aminoro el paso hasta trotar con dificultad y luego camino. Recuerdo los días en que intenté curar a mi abuelo con el filtro de amor adquirido en una tienda y que terminó de esa forma tan trágica y confusa. Recuerdo mi primer deseo original de querer ir a la casa de la mujer Pillager, y cómo mi corazón se echó atrás, ya que era demasiado cobarde, demasiado Morrissey, para dar el paso. Quizá todo mi filtro de amor procediera de una tienda; quizá fuera todo de imitación; quizá yo confiara demasiado en el producto comercial y solo ahora comienzo a comprender lo que cuesta conseguir el de verdad.

—¡Un coraje enloquecido! —grito a la tribuna vacía—. ¡Fíjense bien!

Me pongo de puntillas, levanto las rodillas y salgo disparado tan veloz como aquella estrella fugaz; pero al cabo de unos cincuenta metros, tengo que tirarme al suelo. Estoy medio muerto, mi aliento no es más que una pluma abrasada en mi pecho, mi corazón débil y agotado late con furia. Percibo el olor a productos químicos en el césped y a fertilizantes en la tierra debajo. Hundir el rostro en el suelo me hace pensar en yacer bajo tierra. No quiero morir sin el amor de Shawnee Ray, y para conseguirlo, necesitaré hacerme con un filtro de amor mejor que el de Lyman Lamartine.

Regreso a la furgoneta cruzando las gradas. La verdad es que ya no puedo permitirme mis propios miedos. El cielo se extiende sobre mí, inmenso y despejado, y unas nubes se arraciman más al este, bancos de aguanieve o lluvia. No cederé en mi empeño. En el primer respiro que nos dé la época de lluvias, es bien sabido que la vieja señora Pillager bajará al pueblo. Ella es de pleno derecho mi bisabuela, la que lo desencadenó todo. La encontraré, la seguiré y le plantearé mi petición amorosa. Y espero no morir a causa de sus hechizos más oscuros como resultado de ello.

Cuando por fin diviso a la anciana a la que todo el mundo teme, avanza por el amplio camino de tierra que conduce al pueblo desde lo más hondo del monte. Es una mañana primaveral de un día laborable. El calor recién llegado sorprende, y la gente coge los caminos más largos y transitados para ir a trabajar, al menos hasta que la ven. En cuanto la vieja Pillager pasa junto a ellos, hombres y mujeres se precipitan a sus lugares de trabajo para fichar rápidamente o se apresuran a dejar los coches en los aparcamientos. Algunos se resguardan discretamente entre los barrotes y las sombras de la oficina de correos, aquellos que no pueden santiguarse ni tocar el metal sagrado de algún santo. Yo no hago ninguna de esas cosas. Paso inadvertido. Mientras espero a la vieja Pillager, me convierto en una especie de mobiliario urbano, una verja o un bloque de cemento esculpido en las escaleras de la agencia. Sea lo que sea, levanto los ojos de los impresos que estoy rellenando y allí está ella.

Fleur.

Se cuenta que suceden cosas extrañas cuando la vieja dama merodea. Un perro se derrumba muerto y se le cae todo el pelo de golpe. Bocas con querencia al chismorreo se tuercen hacia un lado y se quedan así. Un viento gélido se levanta de la nada y sopla en lugares en los que ni siquiera hay un ventilador. Las avispas construyen un nido en una hogaza de pan en plena cocción. Y luego están los ahogamientos: hasta en tres ocasiones fue arrojada al lago, y unos hombres eran arrastrados por los espíritus cada vez que ella regresaba a la vida, como si anotara sus nombres en la lista del sendero de la muerte para reemplazar al suyo. Estas cosas ocurrían, sucesos estremecedores, pero también pasaban cosas buenas.

La gente se olvida de lo bueno, porque lo malo tiene más fuerza. La vieja dama cura fiebres, huesos rotos y ha traído de vuelta a este mundo a la mitad de los ancianos de la residencia. Así es. Es más vieja que cualquiera de ellos, tan vieja que nadie recuerda los años que tiene. Es una Pillager, la hija

adoptiva del viejo Nanapush, el hechicero. Debe de tener cien años. Es tan mayor que la gente ya no la llama por su nombre. Es simplemente la vieja dama Mindemoya. Por lo que yo sé, sólo le queda una hija viva en el pueblo: mi abuela Lulu. Y ahora la observo para cerciorarme de que se dispone a ir a su apartamento.

Por supuesto, como pasa por delante de Lipsha Morrissey sin reparar lo más mínimo en él, ya que siempre fue un don nadie hasta que ganó al bingo, puedo observarla de cerca. Fleur no se acerca ni remotamente a los edificios administrativos, no deja que su mirada se extravíe hacia ningún lado ni se percata de que el camino se vacía ante ella. Es una mujer alta con los hombros encorvados y el rostro plúmbeo y afilado como una herramienta punzante. A cada paso golpea el suelo con un bastón que parece quemado, fabricado con un retorcido trozo de sauce veteadado, una especie de árbol de las ciénagas más resistente que una viga de acero. Lleva un pañuelo blanco anudado a la cabeza y unos llamativos pendientes, que destellan como dos pequeños fuegos verdes a cada lado de sus pómulos. Sus pies son grandes y calzan unas botas masculinas y pasadas de moda. Lleva un vestido largo de un curioso corte teniendo en cuenta su aterradora reputación, ya que se trata de un vestido juvenil con volantes, un estampado de flores rosas con una chorrera que le cuelga del pecho. Camina a paso ligero, tan rápido que antes de que pueda pensar en levantarme y sopesar ir a hablar con ella, ya se halla en la mitad de la colina. En apenas unos minutos no es más que otra mota rosa y blanca de aspecto inofensivo alejándose, hasta que de pronto desaparece entre los tupidos arbustos verdes que enmarcan la entrada de la iglesia.

Una prima mía, una joven Morrissey llamada Layla, que trabaja en las oficinas, sale afuera y se asoma por encima de las barandillas de acero.

—Dicen que anda por ahí Mindemoya.

—¿Dónde? —pregunto.

No sé por qué, pero en ese instante algo se cierra dentro de mí, como si tuviera que proteger a la vieja dama, aunque en el fondo ella no me necesite y mi prima Layla me caiga bien y no pretenda hacer daño a nadie; sólo siente curiosidad.

—No la he visto —respondo—. Y he estado sentado aquí todo el rato.

Layla escruta a su alrededor: los altos álamos que se inclinan sobre la clínica, los autobuses escolares aparcados en el enorme patio más allá en la colina, los ladrillos pardos y moteados y las gruesas ventanas grises de los apartamentos de la residencia de ancianos y el camino por el que acaba de

pasar Fleur. Todo parece normal. Los coches van y vienen, unos veloces otros despacio.

—Dicen que va allí todos los años para su santo —susurra Layla.

Layla mira la colina con el ceño fruncido.

—¿Por qué no te acercas y así compruebas si está allí? —sugiero.

Pero, decepcionada, Layla se limita a raspar un poco un pie antes de regresar a la oficina, donde lleva el registro de cada miembro de la tribu en unos archivos para su jefa, es decir Zelda, que dispone así de toda la información sobre la vida y el paradero de los antepasados y parientes secretos de todo el mundo. Vuelvo a sentarme. Estoy esperando el documento de identidad personal y concluyente, un asunto complicado en territorio indio. Estoy esperando una tarjeta identificativa que pruebe quién soy —el hijo inútil de un padre delincuente y una madre que murió con las manos llenas de nieve—, pero no tengo suerte a la hora de intentar probar a las autoridades quién soy, ya que Zelda resulta ser una pétrea fuerza que se debe tener en cuenta. Mi filiación y mis acreditaciones no están establecidas, todavía no, como tampoco está decidido mi futuro. Sin embargo, el motivo por el que aguardo en este lugar acaba de pasar calle abajo.

Me quedo parado en los escalones. Los duplicados de los impresos y los documentos de identidad me pesan en las manos.

—Toma. —Se los doy bruscamente a Layla, que los coge—. Archívalos en la «A» como Hijo del Amor —añado mientras me alejo.

La manera en que las cosas suceden y terminan es tan extraña como la música. Como ya he apuntado, la vieja dama es en realidad mi bisabuela, aunque nunca he hablado con ella personalmente. Decido que la seguiré hasta la iglesia y, al entrar, me santiguare con agua bendita. Después, es posible que me encuentre lo bastante a salvo para acercarme a ella, presentarme como Lipsha, un descendiente suyo, y contarle lo que necesito que haga por mí. Por supuesto, es posible que el agua bendita no funcione. Puede que ella tenga algún filtro que lo contrarreste, puede que diga algo como sucedió con Bondadoso Volador y entonces yo tendré que ocupar su lugar en el sendero de la muerte la próxima vez que sea convocada allí. La gente dice que es así como ha llegado a vivir tantos años. Se rumorea que su vida no tiene límites. Arrebata el futuro a los demás y se lo apropia, lo absorbe a través de un junco hueco, una caña o un hueso.

Me pongo nervioso, por lo que en lugar de seguir a la vieja dama directamente dentro de la iglesia, me dirijo a la residencia de ancianos, donde viven mis dos abuelas. La abuela Kashpaw es una mujer ordenada, que

siempre controla la situación; ocupa un apartamento decorado con platos de recuerdo de sus nietos lejanos; las paredes están recubiertas de armarios en los que guarda con celo bolsas de papel, ropa usada y mantas térmicas nuevas. La abuela Lulu no es tan meticulosa y en su casa todo está patas arriba: periódicos, actas del Congreso y revistas yacen esparcidos por todas partes. Las dos mujeres viven a la vuelta de la esquina la una de la otra, al final del pasillo, pero primero me detengo para ver a la abuela Lulu, por el lado de los Pillager. La vieja dama es su madre, después de todo.

—Mindemoya está en el pueblo —le anuncio sin rodeos.

Lulu se levanta de la silla, se sacude la ropa en las caderas y va hacia la cocina para remover unos cazos y una sartén que están en el fuego. El aroma a patatas doradas, carne a la plancha y cebolla mana de ese rincón cuando levanta la tapa. Lulu fue antaño una joven atractiva y tierna, que olía a perfume, pero con los años se ha vuelto maciza y correosa. Tiene los brazos firmes y morenos, como si hiciera flexiones, y ahora su olor es más fuerte: a tinta, materiales de oficina, líquido borrador blanco. Salvo por el tiempo que pasa en el bingo, su momento de placer, se dedica en cuerpo y alma a la política, y cada uno de los frascos de colonia de su cómoda guarda una aureola de resecado dulzor sin utilizar. Se ha propuesto reclamar las tierras de la reserva original, nada menos. Antaño era seis veces mayor.

—Viene el día de su santo para hacer acopio de provisiones —explico, cuando Lulu no responde.

—El día de su santo no, el de mi padre.

Habla con pocas palabras mientras da la vuelta a la carne y remueve algo con un cucharón metálico. Me llega un aroma morado. Está preparando una olla de gelatina de cerezas silvestres.

—¿Quién era él?

Se vuelve, arquea sus delgadas cejas negras y da al cazo una repentina y contrariada sacudida.

Es la señal para que abandone, lo sé, pero esta vez quiero saber más. Los ojos de mi padre, velados y llenos de la luz de los Nanapush, me observan desde la estantería llena de cachivaches de todo tipo de mi abuela. Mi familia está llena de secretos, cosas que se ocultan unos a otros y a sí mismos. Los inicios se pierden en la noche de los tiempos y los finales son impronunciados. Yo era uno de esos oscuros secretos, según Zelda, un muchacho cuya madre intentó ahogarlo en una ciénaga pero que sobrevivió y cuyo padre, héroe convicto, fue silenciado por las más altas autoridades de este país. La abuela Kashpaw me crió y la abuela Lulu desencadenó todo lo

que lleva a explicar mi vida. De modo que cuento con ella para averiguar algo más.

—No te gusta hablar de la vieja dama —comento—. Pero es tu madre.

—Tienes una mente inquieta.

Lulu deposita ante mí un plato de carne de venado con aros de cebolla mustios y marrones y un puré de patatas aplastadas con un tenedor, con mantequilla y pimienta. Se acomoda en una silla frente a mí. En su plato hay una rebanada de pan blanco y tierno cubierta de gelatina caliente. Sus ojos desprenden diminutos destellos de luz negra. Está vigilante. La peluca de última moda que luce hoy presenta el pelo cardado con suaves ondulaciones rosas, que sobresalen como claras de huevo a punto de nieve. Cojo los cubiertos y comienzo a cortar la carne y a masticarla al tiempo que procuro pensar en otro enfoque, del mismo modo que un luchador podría andar en círculo con los brazos extendidos para agarrar al adversario. Pero pierdo mi oportunidad. Ella se abalanza primero y me tumba.

—Aunque te contara lo que quieres saber, no serviría de nada.

—¿Por qué no?

—Eres demasiado simple. Crees que entiendes las cosas. Pero vosotros, los indios jóvenes de hoy, vivís en otro planeta.

—Puede que sea un ignorante —respondo, mientras dejo el tenedor, furioso y razonable a la vez—. Pero si yo tuviera aquí a una madre, que estuviera viva, al menos yo no la odiaría.

—Yo no odio a la vieja dama —repite Lulu, y hace una leve pausa para serenar la voz—. La comprendo.

Lo que me da qué pensar.

En el exterior de la residencia de ancianos, el aire es seco y hace un calor inusual para ser primavera. Ruedas de un fino polvo gris cuelgan, indolentes, por encima de la carretera. Los brotes recién nacidos crujen y la iglesia parece bostezar ante mí, un edificio de tablas blancas con largos ventanales de colores y un campanario cuadrado, coronado por un pequeño tejado de tablillas pintado de verde oscuro, enorme y vacío. La reserva se extiende colina abajo, y tengo una buena vista de todo el pueblo, la gasolinera, el bar en medio de la arboleda, y de las pequeñas casas cuadradas construidas por los servicios sociales del Gobierno. Algunas se vienen abajo, grises y sin pintar, mientras otras parecen estar alertas, de vivos tonos rosa, lima y azul, erizadas con conductos de estufas, antenas, pequeños molinillos, ya que

últimamente se ha puesto de moda fabricar adornos para el césped con largos palos y *tetrabricks* de leche, recortados con distintas y sorprendentes formas, que giran con el viento. Las puertas mosquiteras se cierran de golpe. Los niños mueven sus camiones de juguete por el suelo de tierra. Las mujeres se agachan en las escaleras para observar con disgusto la hierba marchita de sus pequeñas parcelas. Todas las casas se levantaron abigarradamente y luego se añadieron las calles, que se extienden al sur con un incesante goteo hasta la llanura, mientras los árboles les toman el revelo al norte abrazándolas en la espesura que crece a toda velocidad.

Hacia ese lado, surgiendo del tosco follaje, un camino de grava tostada flota en el calor matutino. Lo sigo hasta los primeros escalones de la iglesia. Una vez arriba, me inclino hacia delante, abro la pesada puerta marrón y entro. En el interior reina una penumbra cargada de un olor a incienso. Los bancos semejan oscuros surcos de vacío silencio. Cuando me adentro en el templo, oigo el susurro del viento que se levanta de pronto en el exterior, entre los árboles, y se me acelera el corazón. En el centro de la nave se encuentra Fleur Pillager, sentada muy erguida, como si estuviera en suspensión. Me arrodillo a su lado. Me ignora. Toso.

—*Booshoo* —le dedico un saludo.

—¿Qué quieres?

Lanza la pregunta con voz retumbante, en la vieja lengua chippewa que a duras penas comprendo y en la que mucho menos soy capaz de responder. Apenas conozco la mezcolanza de francés, de modo que hablo en inglés y le explico que soy su bisnieto, así, de buenas a primeras. Ella simplemente asiente con la cabeza, por lo que me pregunto si me sitúa. Al cabo de un tiempo, dice:

—*Geget na?*

«¿De verdad?», como una pregunta, dejando caer la comisura de los labios. Yo no sé cómo seguir desde ese punto, así que nos quedamos sentados el uno junto al otro.

No hace nada que yo pueda ver de reojo. Su mano no se mueve para esparcir una pizca de algún polvo mágico ni para hacer una señal que se ciña sobre mí. No lleva ningún bolso donde podría guardar, digamos, sus artes hechiceras, el dedo de un niño envuelto en una tira de piel de cierva, como cuenta la gente. Ya he examinado el suelo para comprobar que ha dejado las huellas de sus gruesas botas masculinas y no pisadas de oso. Con tan solo pensar en esas cosas, se me hielan las cuerdas vocales y soy incapaz de responder cuando por fin habla.

—Tengo que ir a la tienda.

Articula las palabras en un perfecto inglés de monja. Nos ponemos en pie. No es del tipo de persona que se incline al pasar ante el altar. Solo da media vuelta y se encamina hacia la salida. Abro la puerta y salgo. Ha dejado el bastón apoyado contra el edificio y se lo tiendo.

—¿Puedo llevarle la compra? —pregunto.

Cuando me sonrío, sin pestañear, mostrando sus afilados y fuertes dientes, trago aire y siento en el corazón un aleteo de alas negras. Se trata de su sonrisa que es capaz de matar, según he oído decir, el feroz placer que se expande poco a poco por su rostro. Pero no me sucede nada.

—Es una larga caminata, hijo.

Es lo único que dice, y tiene razón.

Quizá haya contaminado mis pulmones demasiado a estas alturas de la vida, o tal vez me haya debilitado con el azúcar, no lo sé, pero soy incapaz de seguirle el paso. No puede tener cien años, serán noventa a lo sumo, a juzgar por lo rápido que camina. Yo llevo la bolsa, con unos pocos productos: harina, copos de avena, una lata de café y unas cuantas patatas. Me alegro de llevar puestas mis zapatillas deportivas, con las que he recobrado fuerzas, y sin embargo esta mujer de tiempos remotos, tal vez una *djessikid*, me deja en evidencia y avergonzado.

A mitad del camino, le digo mi nombre, aunque no me lo haya preguntado. Arruga el ceño cuando oye la referencia a Morrissey y sostiene que no está de acuerdo en que se la emparenté con nadie de ese clan. Dudo en recordarle que mi abuela es Lulu, su hija, pero me doy cuenta de que Fleur Pillager se está mostrando educada al no decirme claramente que los Morrissey son unos inútiles, una familia que compite con los Lazarre en la lista negra de descarriados.

—Aunque no soy un Morrissey de sangre —me defiendo—, o apenas.

Le explico cómo mi madre me abandonó con la abuela Kashpaw, porque era hijo de un Nanapush emparentado a través de los Pillager. En ese momento, la mujer asiente con la cabeza, al ritmo de sus pasos. El nombre de Kashpaw significa algo para ella.

—Si eres un Pillager, entonces reivindicálo. No digas Morrissey.

—¿Me reivindicarían los Pillager?

Me observa detenidamente y tuerce la boca.

—¿Por qué no? No queda ni uno solo de los nuestros.

Seguimos caminando en silencio mientras el sol desciende cada vez más hasta hundirse entre los árboles inmóviles. Tengo la imaginación encendida y a pleno volumen en aquel momento, pero creo de verdad que el bosque se vuelve silencioso a su paso, los pájaros ahogan sus propios cantos, los conejos dejan de brincar, los árboles se detienen y los ciervos se paralizan, agazapados entre los arbustos. Al principio, pasan coches —ninguno se detiene para ofrecerse a llevarnos— pero después lo hacen apenas, a medida que recorremos carreteras y caminos de gravilla que nos acercan a la tierra y que se estrechan hasta no ser más que tierra polvorienta, hasta desaparecer en surcos intransitados y cubiertos de maleza, y continuamos más allá entre matorrales donde no se distingue el menor sendero hasta detenernos al final en la hierba y la salvia rodeada de maleza. Tuvo que levantarse en plena noche para caminar hasta el pueblo desde tan lejos. Yo conocía la reserva como la palma de mi mano, o eso pensaba, pero en realidad la conocía en coche, no a pie. Ahora parece que estamos perdidos, fuera del radar, y ante ese pensamiento me flaquean las piernas.

Hemos rodeado el lago Matchimanito hasta el otro extremo, hasta el lugar preciso donde Lyman Lamartine pretende levantar su paraíso de juego.

Ahora mismo no me interesa visitar el lugar, ni me ha interesado nunca. Es un sitio espiritual, bueno si eres bueno y malo si has hecho cosas malas, como yo. Compruebo con gran alivio que todavía no se ven señales de agua, ni la menor apertura en la maleza, ningún destello de olas oscuras que atrapen el cielo. Tampoco distingo ningún sendero que se adentre más en el bosque y, sin embargo, la vieja dama señala hacia delante con el bastón negro y, antes de que me dé cuenta, entra en una mata de zumaques y desaparece.

La sigo lo mejor que puedo. Los densos y retorcidos troncos me obstaculizan el paso y las hojas parecen envolverme de modo que soy incapaz de mantener en mi campo de visión el fulgor primaveral de su vestido. Sigo avanzando lentamente, me deslizo bajo árboles muertos y caídos y me introduzco con dificultad entre la maraña de maleza. El aire se vuelve espeso y efervescente, y huele a ajada madera verde y a pleno sol. En una ocasión, intento retroceder, pero las ramas y las hojas se han cerrado a mi paso formando estrechos nudos. Es un bosque de dirección única. Ella me tiene atrapado. Tira de mí hacia delante con una cuerda invisible extraída de sus entrañas. Es una lechuza que me espera al otro extremo, con las garras afiladas y la lengua viperina. Me agacho temblando mientras intento recomponerme, pero entonces me parece sentir garrapatas deslizándose ávidamente por mis calcetines y doy un salto, atravieso a toda velocidad un

claro carbonizado que han invadido las matas de frambuesas hasta emerger ante una pequeña elevación cubierta de césped. Su casa se encuentra en lo alto, triste pero corriente, a la sombra de una espesura más densa y antigua, detrás de la que espejea el lago, liso y azul: todo tan perfecto y falso como en una postal. La mujer también aguarda allí, encorvada y moviendo el codo como una sierra mientras zarandea la curva palanca de hierro de una bomba de agua.

—Lo has conseguido —dice sin girarse.

Recoge el cubo y entra en la casa. Es una cabaña antigua, una construcción alargada y baja de troncos de madera unidos entre sí por una masa de arcilla amarilla que se obtiene bajo la primera capa de tierra. El techo posee una pequeña chimenea de hojalata y espero allí el tiempo suficiente como para ver manar las primeras volutas de humo. Las ventanas son pequeñas e impolutas, sin cortinas a los lados. Me trago el miedo que siento al recordar que Fleur Pillager ha curado enfermedades y traído niños al mundo. Soy de su misma sangre. Aun así desearía tener algún filtro que me protegiera.

—Tienes sed —dice cuando por fin entro por la puerta.

Su casa me recuerda el apartamento de Lulu, por las pilas de papeles, carpetas, paquetes de sobres y cajas de cartón rotas, que parecen contener más carpetas, periódicos y recortes varios, que se amontonan hasta el techo bajo. El lugar huele a papel, cubierto de moho, reseco o mojado, pero rescatado a conciencia. Se percibe un escrupuloso cuidado en la forma en que se apilan los paquetes contra los muros encalados de la casa, que recorren unas finas grietas dibujando enmarañados diseños.

—Estoy haciendo té.

Me siento y bajo la mirada automáticamente sobre el descolorido y desgastado diseño del hule de la mesa. Está cubierto de trazos de bolígrafo rectos, curvos y que vuelven hacia atrás.

—Alguien ha estado escribiendo en el mantel —digo, y cierro enseguida la boca, pues seguramente no sea una buena idea mostrarme tan observador. Pero no parece molestarla.

—Tienes sed —repite.

—No, no —contesto, algo débil y mareado—. Tal vez un poco.

Se levanta, me tiende un cazo de agua sacado del cubo metálico; después, quita el hervidor del fuego y echa un puñado de hojas secas y machacadas en un recipiente con agua hirviendo. Después de unos minutos, sirve dos tazas y deja una delante de mí. Llena una cuchara de miel que parece haber sido

arañada de un árbol. Tiene la mano morena y huesuda, con dedos largos y secos, marchitos por el sol. Tomo un sorbo caliente, dulce y perfumado, y se me despeja la mirada; sin embargo todo lo demás en mí sigue siendo turbio, espeso y demasiado pesado como para moverse. Examino los extraños trazos en las paredes, entre los ordenados paquetes de cartas, y descubro un diseño que me suena.

—Allí también han escrito algo —señalo tontamente, mientras me inclino hacia delante y descubro enseguida que estoy leyendo un conjunto de palabras, una frase, algo que serpentea hacia la ventana, que no tiene ningún sentido para mí y que soy incapaz de comprender. Abro la boca, pero no se me ocurre nada que añadir, así que la cierro y observo mis manos dobladas mientras Fleur se levanta de nuevo para remover algo que cuece en el fuego en una olla de hierro fundido. Tiene una vieja cocina de leña, tal vez de los años treinta, un aparato enorme con asas de níquel en forma de alas en las puertas. Su lecho se hunde bajo una piel de oso que no parece muerta sino que reluce como si estuviera viva. Una manta roja de vendedor ambulante está doblada al pie de la cama. El camastro no se apoya sobre patas sino en más carpetas y libros. Encima cuelga una estantería en la que descansa un estrecho tambor redondo. Pieles de castor, armiño y nutria cuelgan allí, junto a una bolsa de tabaco de bandolera, totalmente bordada de perlas, trenzas de hierbas aromáticas, manojos de salvia y más cosas en pequeñas bolsas, cosas que procuro con todas mis fuerzas no mirar demasiado cerca. En el suelo, hay un cuenco que contiene piedras, totalmente redondas, pulidas por las aguas del lago. Al verlas, se me seca la boca otra vez, porque sé que no se trata de simples guijarros sino de piedras espirituales, llenas de existencia, y que seguramente habla con ellas por la noche y les dice lo que tienen que hacer por ella, a quién visitar, a quién molestar.

Está oscureciendo y la mujer deja ante mí un plato de sopa de alubias en el que hundo la cuchara para no ofenderla, pero al tomarla, el sabor a humo y grasa me serena y reconforta hasta devolverme a un estado de ánimo casi normal. Un plato, luego otro, y ahora me noto la lengua espesa e hinchada. Bebo más agua del cazo. Cae la noche oscura. La anciana enciende un quinqué de queroseno y de cristal y sale fuera. Me levanto, me mojo la cara en la palangana de agua que ha dejado, temiendo haber caído bajo algún tipo de maleficio, tras beber unos polvos somníferos en el té caliente o comer unas hierbas ocultas por la sal en el potaje de alubias. Pero en cuanto el agua me roza la cara, me siento bien. Me lavo un poco mejor con un trozo de jabón de sosa cáustica amarillo, del tipo que recuerdo de mis primeros años de vida.

Aquí no hay jabón rosa Camay como en casa de Lulu, ni toallas tampoco. Me seco las manos y la cara en la camisa y después me dirijo a la puerta para estar listo cuando ella regrese.

Afuera hace fresco ahora, y la mujer lleva un largo jersey verde que le queda muy holgado. Se desliza delante de mí, vierte agua caliente del hervidor en una palangana y se pone a fregar los cuencos y la cuchara. Me da la espalda. Mueve los codos con ritmo, sus manos trabajan, el quinqué proyecta una luz dorada y yo me tranquilizo, sabiendo que ésta es mi oportunidad.

—Necesito un filtro de amor.

Mis palabras caen en un pozo. No responde, sino que sigue con su tarea y, entonces, inesperadamente, demasiado rápido para una anciana, da media vuelta y me agarra bajo la luz tenue, me mira fijamente a los ojos hasta que pestañeo una y dos veces. Cuando abro de nuevo los ojos, ella se ensancha, se difumina fuera de mi alcance, de manera increíble. Su rostro se extiende por los huesos y se oscurece progresivamente. Su nariz se alza hasta convertirse en un hocico negro y sus ojos se hunden. Lucho por marcharme de allí, pero mis piernas no responden, ni mis brazos o mi rostro, y entonces se apaga la luz. Oscuridad. Permanezco allí, inmóvil, y mi cabeza se llena de su voz áspera e incandescente.

Capítulo doce

La suerte de Fleur

La cuarta y última vez que volvió a la reserva, Fleur Pillager apareció vestida con ropa blanca almidonada. Su traje ceñido y con hombreras refulgía bajo el sol primaveral. Se movía en un resplandor, una armadura de luz renovada. Llevaba guantes y también impolutos zapatos de tacón. Un sombrero de ala corta con un pequeño velo moteado le cubría el rostro. Aquellos de nosotros que nos atrevimos a observarla, advertimos que sus trenzas se habían vuelto tan espesas como dos colas y le caían por la espalda, unidas por una cinta de tela roja. Los mayores fruncían el ceño al oír ese detalle, porque recordaban cómo antaño los guerreros se arreglaban la cabellera, anudándola atrás, cuando se disponían a enfrentarse al enemigo.

El coche de Fleur también era blanco y grande: un Pierce-Arrow con matrícula de Minnesota. En el interior, enfurruñado en el asiento del copiloto, un niño se llevaba la mano a la boca una y otra vez, sin dejar de masticar, sacando metódicamente un regaliz detrás de otro de una bolsa de rayas rojiblancas con golosinas, que había insistido en comprar en la tienda.

Todo el mundo la conocía sin conocerla en realidad. No hubo saludos de bienvenida, ni manos levantadas con admiración ni sonrisas. Nadie acarició el cabello de Fleur a un lado y a otro de la frente mientras le susurraba «hija, hija, te hemos echado de menos». *Peendigaen*. «Siéntate y toma un poco de esta rica sopa». Nadie le ofreció un poco de pan y una taza de té. Solo los chismosos de mirada afilada se lanzaban ya a fabular una y mil historias y se apresuraban a asombrarse ante el traje blanco de corte extranjero, el coche lujoso y el muchacho.

Se decía que en la tienda el niño había apretado los regalices en el puño y se los había comido mirando fijamente a las chicas Migwans a la cara, mientras seguían con la mirada cada rica golosina negra que pasaba ante sus ojos. Hipnotizadas por los dulces y con la boca hecha agua, tragaron saliva y bajaron la vista mientras él seguía masticando, observándolas con indiferencia.

Al igual que la ropa, el sombrero, el bolso y el coche de la mujer, el niño también iba de blanco. No había en él rasgo alguno las ancianas concentradas en la cuestión estaban de acuerdo —ni la menor señal física de Fleur Pillager. Quizá solo estuviera cuidando del muchacho, hijo de algún pudiente *zhaginash*; quizá ella fuera —no existía palabra para describirlo y pronto inventaron una— leche de alquiler.

Sin embargo, el coche y la ropa resultaban desconcertantes. Tal vez robados, aunque la Pillager se comportaba como si fueran suyos. Pero claro, siempre se comportaba como si todo y nada le perteneciera: el cielo, la tierra, aquellos que se cruzaban en su camino, por la carretera, y pisaban la tierra de los Pillager. Porque era dueña de sí misma, decían, porque era una mujer de cuatro almas. Al igual que su abuela, Fleur Pillager poseía más almas de las que le correspondían. Eso no estaba bien. Incluso ahora, ¿quién sabía cuántas le quedaban en la recámara? Era imposible matarla, ese hecho quedaba demostrado una vez más. Pues allí estaba de nuevo, una presencia totalmente ilógica. Debería estar muerta, pero tal vez, sabiendo que la muerte rondaba cerca, había arrojado una de sus almas al mundo, a modo de señuelo, y seguía viviendo sana y salva.

Esto planteaba a su vez otro asunto inquietante y polémico, pues ¿adonde iban esas almas? ¿Quiénes habitaban y a quiénes atormentaban? ¿Por qué, después de que ella sobreviviera a la enfermedad, ladró el zorro bajo la ventana de Dos Sombreros? ¿Y por qué, después de que se librara de ahogarse por segunda vez, se sentó ese búho en la entrada de la iglesia, en una rama del pino sobre el umbral de la puerta, pestañeando con ojos claros a los feligreses del domingo, al que tan solo Josette Bizhieu tuvo el valor suficiente para ofrecerle tabaco y dirigirle estas palabras: «Abuelo, veo que nos estás observando, pero márchate. No nos molestes. Fuimos buenos contigo. No nos eches en falta allá donde estés»?

Y después de aquello, ¿por qué, aunque Josette Bizhieu se había mostrado educada y el abuelo había levantado el vuelo en silencio, no ocurrió nada bueno? La madre de Josette y la hija pequeña de su hermana murieron el mismo día y a la misma hora. Algún tiempo después, el perro negro husmeaba el aire en la carretera. ¿Por qué sucedieron estas cosas cuando Fleur Pillager rondaba cerca? ¿O acaso ocurrían todo el tiempo, y su presencia era una forma de poner orden en los aleatorios zarpazos de la muerte?

En cualquier caso, muy pronto emergieron los rumores más siniestros.

El niño y Fleur se dirigieron a la casa de Nanapush. El coche permaneció aparcado en el patio toda la noche y todo el día siguiente, y al día siguiente

tampoco lo condujo nadie, lo que supuso un fastidio, porque significaba que todos los curiosos debían buscar una excusa para pasar delante de la casa del anciano si deseaban ver con sus propios ojos el vehículo que conducía Fleur, o vislumbrar fugazmente al muchacho.

El chico tenía una pelota de goma azul, que lanzaba en el patio pero nunca muy alto y que atrapaba con las manos. Tenía una naranja, que pelaba, tirando al suelo la brillante cáscara. Tenía un paraguas negro, que sujetaba en alto, y bajo el que se resguardaba cuando el cielo se cubría y rompía a llover. Era un paraguas pequeño, de niño. Aquello despertó enorme interés. Incluso más que el coche, azuzaba de lleno a los envidiosos. ¿Desde cuándo los niños llevaban paraguas? ¿Se trataba, entonces, de un hecho consumado que los niños ya no se mojaran con la lluvia? Y en tal caso, ¿cómo se impregnarían de sabiduría? Pues era bien sabido que la lluvia debe caer de vez en cuando sobre el punto blando del cráneo del niño para que pueda entender la lengua de los adultos. De esa manera, aprendían después los hábitos de los animales y, en los tiempos que corren, a complacer a los profesores en las escuelas de monjas y del Gobierno de los Estados Unidos.

Si los niños habían de resguardarse bajo un paraguas, ¿qué sería lo siguiente? Además, ¿qué otro niño que no fuera ese muchacho blanco de Fleur aceptaría permanecer tan quieto?

Pues apenas se movía, ésa era la verdad. Se quedaba en el patio bajo la lluvia, devolviendo cada mirada, observando a todo aquel que se atreviera a acercarse hasta que se sentía incómodo y perdía toda curiosidad. ¡Aquellos ojos claros! ¡Ese pelo tan rubio! Entonces salió el sol y alguien advirtió además que no proyectaba la menor sombra, lo que al fin respondía a muchas preguntas.

Debía de ser un alma arrojada por Fleur al rostro de la muerte. Una discusión. Un anzuelo. Una esquirola de su propio destino empleada para distraer la atención de su verdadero propósito, algo que quedaba ahora abierto a cualquier especulación.

Puesto que el viejo Nanapush la había salvado de la muerte, puesto que era su único amigo en la reserva, tenía sentido que ella fuera a visitarle. Sin embargo, ¿quedarse encerrados en su casa tanto tiempo? ¿Conversar sin parar en el patio? ¿Permitir que el fango primaveral les cubriera los pies y echara a perder aquel traje blanco cuando salían juntos cada día para comprobar las trampas de Nanapush en el bosque? ¿O acaso tramaban otra cosa? ¿Definían algunos límites? ¿Viejas fronteras, viejos lugares, viejas tierras de los Pillager muertos desde tiempos remotos?

Y allí seguía ese coche blanco. Seguía el muchacho blanco en el patio. Y pronto, muy pronto, tal y como era de esperar, apareció el agente.

Después de que las tierras de los Pillager que bordeaban el lago fueran arrasadas por la empresa maderera y quedaran totalmente baldías, a medida que las compañías madereras se mudaban al oeste, éstas se pusieron en venta y fueron adquiridas por Jewett Parker Tatro, un antiguo agente indio, que se hizo rico en tierras pero en poco más. Todavía vivía en una vivienda del gobierno, de las que se concentraban a las afueras del pueblo. Anhelaba los grandes establos amarillos y la casa de ladrillo de su infancia en Nueva Inglaterra, una granja lechera repartida entre sus hermanos, expropiada y vendida a pedazos; y deseaba volver a ella. Pero nadie estaba interesado en comprar la tierra por la que había engañado con gran esmero y persistencia. Y se impacientaba. Desde su jubilación, se presentaba allá donde se juntaran dos personas. Ahora esperaba a un lado con sigilo, enjuto y delgado, con una barba cana e hirsuta y los ojos tan negros como los de cualquier indio de pura sangre. Vigilantes.

El Pierce-Arrow blanco. Su mirada refulgió y se intensificó cuando Fleur salió de la casa de Nanapush. Sus ojos se convirtieron en los faros de sus deseos. Pasó junto al vehículo con el profundo y ansioso respeto de un dueño potencial. Acarició un par de veces el capó con la mano, tanteó los neumáticos con el pie, agitó la rejilla del radiador y tiró de los parachoques cromados. Apoyó la mano en la ventanilla para proyectar suficiente sombra a fin de ver en el interior, donde, aquella mañana, estaba sentado el niño, esta vez sin comer nada pero vestido con un elegante traje bcis, antes de emerger del vehículo. A lo largo de su vida, Jewett Parker Tatro había conseguido con suma facilidad cualquier cosa que deseara —mocasines bordados con perlas, bolsas de tabaco, ropa, tambores, cestas singulares y terrenos, por supuesto—, por lo que en cuanto divisó el coche, sacó sus propias conclusiones. Podría quitarle el coche a Fleur, al igual que se había apropiado de sus tierras, y lo conseguiría. Todavía no había decidido el modo de hacerlo, pero no le cabía la menor duda de que lo lograría. Solo le separaba el tiempo del cumplimiento de su deseo.

Ni siquiera el niño le distrajo, aunque si Tatro no hubiera estado tan ansioso, habría planteado las suficientes preguntas como para esbozar una explicación. El automóvil y la voracidad de su propia codicia centraban toda su atención. Miró el coche y observó a Fleur, y entonces caímos en la cuenta de que el señuelo no era el muchacho, como habíamos creído, sino el coche. Grandes parcelas y pertenencias pronto cambiarían de manos. Desde

dondequiera que hubiera estado, Fleur había examinado la situación, mantenido la noción del tiempo, calculado la justicia y sopesado todas las posibilidades. No eran polvos de una mujer blanca lo que llevaba en el bolso. Los jugadores de antaño guardaban polvos de huesos humanos —secos, machacados y molidos— con los que se frotaban las manos. Y ella también. Por lo tanto, no nos sorprendió que, con indiferencia y sin darle mucha importancia, sin relación con nada ni nadie, aunque se habían arracimado allí muchas personas con tiempo para observarlos, Fleur y Nanapush se sentaran delante de la casa y, sin la menor ceremonia, sacaran una flamante baraja.

Ambos comenzaron a jugar. Jewett Parker Tatro estaba fascinado. Aguantó la respiración. Unos destellos más profundos brillaron en sus ojos, pero incluso él sabía que no había que jugar a las cartas con Fleur Pillager, por lo que no se acercó. Sin embargo, como si lo hiciera en su lugar, el niño se sumó a la partida y hubo personas dispuestas a contabilizar el inestable equilibrio, que se convirtió en un vértigo oscilante que culminó con la perdición del agente en cuanto vio sentarse al niño para jugar, y al mismo tiempo, no lo vio realmente.

El muchacho se inclinó hacia la rústica mesita en el patio pisoteado, torció su cara de niño mimado ante el grupo de curiosos y se acomodó junto a Nanapush y Fleur. Jewett Tatro se acercó y golpeó el suelo con el bastón tallado a mano. Se aproximó lo suficiente como para poder verlo todo y, sin embargo, no lo hizo, aunque entrecerrara los ojos. Entonces, según los testimonios de los allí presentes, al fijarse solamente en Fleur, el agente se centró en la persona equivocada, ya que aquellos que sabían de verdad cómo observar no le quitaban ojo al muchacho mientras se sentaba entre los mayores. Advirtieron sus rasgos suaves, su silenciosa inocencia y su mirada vacía que lo absorbía todo sin asomo de interés. Vieron resplandecer su sonrisa en una ocasión y supieron que su aire desvaído no era más que una pose. Repararon en su corta estatura, en la gordura infantil fruto de las golosinas y en la estrechez de su traje de niño rico. Y después, desplegándose al final de los puños y las muñecas, vieron sus manos. Asomaban las muñecas, las palmas y luego los dedos: largos y blancos, fuertes, y ásperos, de arácnido. El niño barajó los naipes con el virtuosismo de un organista y la pequeña concurrencia aguantó la respiración. Repartió las cartas. Algunos buscaban algo de sombra para seguir observando, otros sacaban la bolsa de tabaco para liarse un cigarrillo, algunos más se acariciaban suavemente la barbilla o sonreían, pictóricos de emoción, y otros daban media vuelta y se

alejaban en silencio carretera abajo. En cuanto el agente se sentó, no importó quién se quedara o marchara. Para todos, el resultado estaba cantado.

Fleur no era mujer que se vengara sin tenerlo todo calculado. No respondía a una injusticia con una justa compensación. Devolvía siempre el doble. Cuando el agente se levantara de su asiento, ella sería la dueña de todos sus bienes, o lo sería el niño, pues ambos formaban un solo ser. En cuanto al agente y al coche, no se malgasta un cebo en un pez boquiabierto. ¿Para qué? Basta con extraer el anzuelo.

Capítulo trece

El sueño de Lyman

Visto desde fuera, con la mirada clavada en la cara iluminada de la máquina recreativa, podía parecerse a cualquier persona. Mantenía la mandíbula ligeramente abierta, accionaba los mandos y las teclas con las manos mientras observaba cómo las barras giraban ante sus ojos hasta formar unos dibujos regulares. Jugaba al juego del Oro del Caribe y buscaba el cofre del tesoro. Los cuchillos volaban. Piratas con la piel curtida y damas. Calaveras, banderas y monedas de oro. El misterio se intensificaba. El silencio del aire estancado le envolvía. Lentamente, en una explosión interminable, la tensión le iba engullendo, pero Lyman hundía la mano en un cubo que se iba llenando automáticamente de monedas de veinticinco centavos y seguía, más y más, hasta que sus manos se quedaron en carne viva, tan rígidas como la cera a fuerza de introducir monedas por la gruesa rendija.

En el interior de la máquina, los microprocesadores comenzaban a interrogarse, canturrear y gemir bajo el peso de su propia importancia. Lyman se mantenía, después ganaba, hasta que de pronto el rostro de Shawnee apareció con un fogonazo en la pequeña pantalla cuadrada. Una vez. Dos. Tres veces. Después, Redford surgió a su lado. Lyman introdujo una moneda de veinticinco centavos, luego otra y después un puñado entero, pero su propio rostro seguía sin aparecer junto a los de ellos en el alineamiento mágico. A veces, aparecía el de Zelda, a veces el de Lipsha. A veces la cara de la vieja Pillager surgía de ninguna parte, deslumbrante. Pero nunca irrumpía la suya.

Su propio reflejo permanecía en el fondo del río donde su hermano Henry se había arrojado y ahogado. Su rostro estaba esculpido por los rasgos de los Kashpaw. Los deseos de Shawnee le conmovían y sus sentimientos religiosos le impelían al bosque. Hacía suyas sus esperanzas. Las manos de Lyman poseían los hábiles nervios de su madre, y sus pies adoptaban la forma de las huellas de su padre: ambición, oportunidad, progreso y esperanza. Era la suma de todas las criaturas, salvo él mismo. Y sin embargo, a medida que las

monedas abandonaban sus dedos, comenzó a percibir un atisbo de sí mismo, una fotografía de carné compuesta por sus tribulaciones y éxitos financieros, una imagen íntima y fugaz vislumbrada desde fuera. Era férrea voluntad. Era necesidad. Si no fuera por él, no habría nadie capaz de diseñar sus planes, alzar la voz, desarrollar sus proyectos y dar vida a todas esas posibilidades.

El semblante de Fleur Pillager apareció ante él y las paredes se fundieron en hojas y álamos erguidos, luego en maleza y después en una oscuridad tan intensa que hubo de forzar la vista antes de cerrar los ojos. Sentado cara a cara con la vieja dama, escuchaba, tal y como la había descrito Lipsha, su áspera e incandescente voz de oso.

«La tierra es lo único que perdura de vida en vida. El dinero arde como la yesca, se escurre como el agua, y en cuanto a las promesas del Gobierno, el viento es menos volátil».

Hablaba con él y el tono no mostraba el tranquilo beneplácito de los demás ancianos que conocía, sino que era una voz hambrienta, todavía feroz, impaciente y altiva.

«Esta vez, no lo vendas todo por una barrica de harina infestada de gorgojos y un mugriento pedazo de tocino».

Lyman pestañeó y volvió en sí, en una parte del mundo; se apartó el pelo sucio de la cara y se recostó sobre las mantas en el patio trasero de su casa. El aire soplaba liviano y fresco. Sobre él, formando un arco serpenteante y musculoso, la madera veteada de un viejo roble se aferraba al cielo liberando pequeños jirones celestes. El aire vibrante estaba teñido de un color azul tan suave que no lograba apartar la vista. Quizá lo había soñado o quizá ella había ido a verle de verdad. Tal vez, mientras dormía, ella se había sentado a su lado y le había susurrado esas palabras al oído. «Deposita tus ganancias y tus ahorros en una cuenta para comprar terrenos. Embolsa ese dinero nuevo ganado con facilidad. Utilízalo para comprar sin demora las viejas tierras». Casi se echó a reír ante tal certeza y posibilidad. Utilizar una parcela de tierra administrada por las autoridades federales, donde fuera, en cualquier lugar cercano a la base de sus empleados. Ampliarla, diversificarla y reciclar inmediatamente todo el dinero recaudado en operaciones inmobiliarias.

Se veía acumulando campos trigales, abriendo una fábrica de pasta y cultivando girasoles. Hectáreas de girasoles que giraran a lo largo del día. Se imaginó un complejo turístico posiblemente monumental. Un puerto deportivo. Barcos y veraneantes. Vio a Shawnee Ray diseñando, cosiendo y

elaborando prendas maravillosas en un pequeño estudio con un gran ventanal que daba a la inmensidad tranquila y profunda y a la belleza virgen de los bosques y los lagos. Entrevio a Redford, de vez en cuando, acompañándole a la oficina y tecleando en el ordenador para solicitar información sobre las cuentas bancarias. Pasara lo que pasara, sería un buen padre, es decir, sería él mismo: en vez de jugar con camiones, jugarían a las tiendas. Le enseñaría el valor de las cosas, el peso de las cosas. Redford ya poseía un ojo de inversor, de eso estaba seguro.

El secreto de Lyman en la vida era que nunca, jamás, ni en un mínimo recoveco de sí mismo, se había rendido. Sus botas también se habían llenado de agua la tarde en que se tiró a las heladas profundidades tras su hermano. Lyman no era un gran nadador, no sabía cómo mover los brazos y las piernas, y en un momento dado, mientras se debatía en el río, se sintió exhausto. Su cuerpo se debilitó de forma aterradora, de tal manera que cualquier movimiento parecía imposible. Y entonces, desde algún lugar, no sabría decir dónde, porque no estaba dentro de él sino fuera, una fuerza tiró de él, un centímetro, luego otro más: un diminuto acto de fe.

Capítulo catorce

Lipsha

Guerras de religión

El amor no se deja manipular, el amor no quiere marcharse. Apártalo a un lado y reaparecerá sigilosamente al otro lado. Tíralo a la basura y se alzaré impoluto. Intenta arrancarlo de cuajo y florecerá con más fuerza. El amor es una mala hierba, un diente de león que envenenas con el corazón. La raíz principal aguarda. Las semillas salen volando, como si tuvieran cosquillas, hacia una zona del patio que no has fumigado. Y un buen día, a pesar de todo tu trabajo, aunque hayas arrancado el menor brote que asomara, levantas la mirada y docenas de gruesas flores doradas se balancean entre la hierba.

Después de alejarme de la casa de la vieja dama, ya no estoy muy seguro de todo lo que me ha dicho, puesto que tengo la impresión de que las cosas importantes han penetrado en mí desde el interior. Escenas silentes aparecieron ante mí esa noche. Sueños. Vi a Fleur Pillager de joven, la oí hablar en voz baja, revelándome sus pensamientos de osa y riéndose en lenguas desconocidas. Pues aunque se apiadara de mí aceptándome como pariente suyo, no me dio nada que yo pudiera utilizar así, sin más: ninguna hierba de amor, ningún corazón de rana disecado, ningún consejo o encantamiento particular. «Reconoce tu amor», creo que me dijo, «asúmelo, aunque te destroce por dentro». No tengo elección; de todas formas estoy perdido. Todo lo que asimilo acerca de Shawnee Ray me confunde terriblemente, pero dejo que ocurra. Ella hace que mi corazón se gripe como un motor que se recalentara. Pienso en ella y siento que me derrito como el acero fundido. A partir de ese metal en fusión, todavía mantengo la esperanza de que ella moldee mi corazón de acuerdo con sus deseos, como hace con sus diseños originales. Pero un día me llega el rumor de que tiene otra idea en mente.

«Esa chica tiene ambición», decían todos, porque Shawnee Ray había acudido a la *powwow* de All Red Road en Montana para bailar la danza del vestido de cascabeles y vender sus propios diseños. El dinero para ir a la universidad, anuncia a todo el mundo. Se va a matricular en Bellas Artes. Por teléfono, me anunció que pronto me devolvería el dinero que le presté para las telas. Ahora sé de dónde lo sacará. Lo más seguro es que gane a sus contrincantes y vuelva a casa en una semana con la ingente cantidad del primer premio. Conociendo a Shawnee Ray, no se jugará ese dinero al bingo tampoco. Lo invertirá en un apartamento, contratará a una niñera, se apuntará a unas clases, elegirá una asignatura, conseguirá un título que podrá añadir al final de su nombre, luego otro y otro más, lo que hará que la contrate una galería de arte, a no ser que se dedique a la política, se incorpore a un bufete de abogados, forme un grupo de presión, una agencia india del juego en Washington, donde se dejará atrapar por el resplandor de una vida repleta de éxitos, en la que yo jamás podré seguirla.

Apenas puedo levantar la fregona. La lanzo hacia el otro lado del bar como si fuera una jabalina sucia, y vuelvo a mi habitación para tumbarme en las oscilantes olas de plástico de mi lecho mientras me parece que el corazón me va a explotar con espirales de amor, confusión y miedo por lo que va a suceder ahora. Creo sinceramente que Shawnee me quiere. Confío en mi visión, pero por respeto a la paternidad de Lyman, ella aparta una vez más sus ojos de mí. Yo hago lo que puedo e intento resultar irresistible mostrándome responsable. Me recomiendo a mí mismo mantenerme alejado de Shawnee Ray y no intentar cambiar su decisión; pero en mi cabeza veo una y otra vez su pie en el pedal de la máquina de coser. Veo sus pequeños anteojos que se empañan. Vuelvo más atrás, antes de esa escena, y me quedo atrapado en el tiempo. De nuevo la veo emergiendo de la ducha en la habitación del hotel.

Se tumba a mi lado, me coge la mano, se desliza sobre mí con los pechos firmes y turgentes y la cintura flexible temblando de emoción; entre sus muslos habita un dulzor áspero y turbador. Con Shawnee Ray, siempre me adentro en un bosque inexplorado. No dormí nada durante toda esa lejana noche de hotel. Mientras amanecía, observaba el resplandor azul glacial que se filtraba por las delgadas cortinas de color hueso y mi corazón se estremeció. Sabía que no faltaba mucho tiempo para que tuviéramos que dejar la habitación. Fue en ese momento cuando el pequeño espejo de aquella diminuta habitación me habló, imperceptible, y me llamó directamente desde su puerta entre sombras. Shawnee Ray había pasado toda la noche agitándose junto a mí, gruñendo, dando patadas y vueltas, y tocándome la mano. Yo

sabía que las parejas no suelen acoplarse bien la primera vez que están juntas, y solo ansiaba cambiar eso y crear nuestro hábito amoroso.

En vano, como ya he dicho. Jadeante, mientras oigo a Titus que abre el bar, me acurruco contra mi almohada solitaria y recuerdo las palabras fatales que pronunció: «Tienes el filtro, pero no tienes el amor».

¿Lo cree todavía hoy? ¿Se disuadió hasta expulsarme de su corazón? Me siento tan alicaído al cabo de un momento que comienzo a abrir el libro con demasiada frecuencia; aquella Biblia plastificada sigue siendo mi único recuerdo de aquella noche lejana. En las primeras páginas, hay un apartado dedicado a los desesperados. Todos los grandes males, que yo padezco personalmente, aparecen claramente catalogados con nombres precisos: Adulación, Adulterio, Adversidad, Ansiedad, Autoexaltación, Avaricia, Blasfemia, Carne, Codicia, Confianza (falsa), Crimen, Depravación, Divorcio, Duda, Embriaguez, Enemigos, Engaño, Excusas, Extravagancia, Falsedad, Intemperancia, Juzgamiento, Lujuria, Maledicencia, Materialismo, Miedo, Muerte, Odio, Orgullo, Pecado, Sumisión, Tentación, Tribulación, Vanidad y Venganza. También están Amargura, Depresión, Derrota, Desánimo, Problemas (en), Recaída y Soledad (superar la).

«Desánimo» parece ajustarse perfectamente a mi estado así que busco en San Mateo el capítulo sobre el yugo fácil y la carga ligera, y me concentro en las palabras «manso y humilde de corazón». Humilde de corazón me define a la perfección así como describe lo que puedo ser también: humilde y satisfecho con lo que tengo. Un trabajo. Dinero. Gente que no me odia. Empiezo a preguntarme si el Hijo del Hombre habrá tenido apasionadas historias de amor. A no ser que las hubiera tenido, jamás podría entender a los humanos, de eso estoy seguro.

Hojeo el libro mientras me pregunto: ¿de dónde viene esta maravillosa enfermedad del corazón? ¿Por qué elegiría yo padecerla antes que no hacerlo? ¿Por qué, aunque ella no me corresponda de la misma manera, siento gratitud hacia Shawnee Ray? Con el tiempo se me ocurre que una parte de lo que yo siento por ella se confunde con el amor que ella siente por su hijo. Cuanto más se me resiste a favor del padre de su hijo, más la quiero. De algún modo, estoy orgulloso de que quiera a su hijo lo suficiente como para mantenerse alejada de un temible riesgo como Lipsha Morrissey.

Cada día me muestro más osado, además, como si algo en mi cerebro se hubiera hundido fuera del alcance de la vista. Me habitan pensamientos oscuros. Pienso en Stan Mahng, un tipo que conocí y que se había enamorado de una chica de fuera de la reserva con la que escapó a Colorado. Tuvimos

noticias de ellos un par de veces y, después, ella regresó sola para casarse al poco tiempo con una persona totalmente diferente. Solo que dio a luz al hijo de Stan al mes de ese repentino matrimonio, y cuando Stan regresó de las montañas y se enteró, se presentó en su casa con la esperanza de ver a su hijo. Dejaron entrar a Stan; fue una visita muy educada y pudo sostener al bebé entre sus brazos. Luego, se marchó sin apenas decir nada, pues era un tipo callado, y se fue a pescar al helado lago Matchimanito, donde se hallaba la casa de su primo.

Bueno, vieron entrar a Stan en la cabaña sobre el hielo, pero nunca le vieron salir. Llevaba consigo un taladro para hielo y utilizó una sierra de podar para ampliar el agujero previsto para pescar con el fin de poder deslizarse por él con piedras atadas a los pies. Descansó allí, en el fondo del lago, hasta que, con la primavera, llegó el deshielo.

Me pongo a pensar en los demás. En Stacy Cuthbert, que mató a su rival con una pala. En Martha May Davis, que atracó un supermercado Stalmart y se gastó todo el dinero al día siguiente en comprarse un vestido de novia de encaje blanco de mil dólares. Pienso en mi propia abuela Lulu con su desmesurado amor por los hombres, o en cómo Nector Kashpaw le prendió fuego a su casa llevado por la incandescencia de su pasión. Por supuesto, pienso en la mano congelada de Xavier Toose, y en las persistentes habladurías que persiguieron a Fleur Pillager hasta su avanzada edad, en su manera de amar a los hombres al aire libre, contra los árboles, en el agua, entre las mesas peligrosamente adornadas con cristalería de la alta sociedad de Saint Paul en Minnesota. Pienso en el otro Pillager llamado Moses, cuyos aullidos de amor *windigo* todavía retumban por todo el lago desde la isla de piedra, donde murió de deseo. Me pregunto cómo consiguió mi abuela Marie mantener la serenidad en el amor, o por qué Zelda dejó de tener suerte en ello después de Xavier y nunca se casó con un chippewa.

Y, después de todo esto, vuelvo a pensar en Stan Mahng. Es como si le viera allí durante todo el invierno, en el fondo del lago. Por fin se encontraba en un lugar tan profundo como sus propios sentimientos. Casi me alegraba de que por fin hallara ese sitio. El frío quizá resultara desagradable, pero apagaba la quemazón de la zozobra. A veces un rayo de luz hendería el hielo, como un largo trazo de plata resplandeciente, pero la mayor parte del tiempo, creo, solo habría una oscuridad reparadora.

Una madrugada, antes de levantarme para atender mi trabajo cotidiano, decido que tengo un problema que el pequeño y bondadoso libro ha de ayudarme a resolver, así que hojeo el índice del principio en busca de alguna

referencia al suicidio. Pero no encuentro nada. Repaso la lista dos veces. Incluso una tercera, por si estuviera bajo otro epígrafe como Consideración (del suicidio) o Pensar (en el suicidio) o Quitarse (la vida), pero no hay alusión alguna a esta cuestión. Solo siento curiosidad, no es que tenga en las manos una soga, una pistola, una bolsa de plástico o unas pastillas. Simplemente me digo que estaría bien tener a mano un versículo por si acaso las Escrituras se me quedaran cortas.

Ese vacío me enfurece, hasta el punto de arrojar el libro al otro lado de la habitación con todas mis fuerzas. Golpea mi equipo de música, lo enciende y, por los altavoces, por el sistema, por la cacofonía electrónica, me llega en ese momento la respuesta de vida o muerte, a todo volumen.

... *Life is but a joke...* La vida no es más que una broma...

Un escalofrío me recorre la espalda hasta la raíz del pelo cuando Jimi Hendrix en persona me habla, me susurra más allá de la muerte, me arranca de mi cueva para arrastrarme hasta enormes llanuras turquesas, donde los gatos salvajes se proclaman a sí mismos, las torres se disuelven en arena y las montañas se aplanan bajo golpes de kárate, y donde no tengo nada de qué preocuparme. Si la vida es tan solo una broma, entonces me sumergiré en ella. Dejaré atrás toda esta mierda solemne. Viviré como lo hizo él, con una enorme sonrisa de enloquecido sufrimiento y genialidad en los labios. Me volveré místico, a falta de algo más ridículo.

Porque he de admitir que el libro ha encendido el aparato. Si la vida es una broma, supongo que el suicidio es un final de chiste sin ninguna gracia. Recojo la Biblia de la esquina de la habitación, aliso las páginas arrugadas y me acomodo de nuevo en la cama despacio para reflexionar.

Para empezar, no pedimos ese calor y ese silencio, eso es verdad. Ese paquete de todo incluido. Es como una carta sin valor de un millón de dólares en el correo. Te han elegido de la nada, pero no sabes para qué. Abres el desconcertante folleto y te preguntas si enviarlo o simplemente dejar que maduren las opciones. ¡No tienes ni puñetera idea! Te han abandonado delante de tu propia puerta. Estás allí en una cesta hasta que un día oyes un golpe, abres la puerta, te agachas y allí está tu vida.

Me relajo en la cama y, mientras permanezco allí tumbado, sucede algo extraño. Siento el paso del tiempo. O más bien, ya que no deja de sonar su sempiterno tictac, voy tomando conciencia de su paso. Noto cómo fluye entre mis manos, siento cómo mis dedos rozan su filo, mi boca alcanza a saborearlo, un efímero cambio en mis labios. La música sigue sonando; la guitarra me lame como un fuego sagrado, quemando el tiempo como si fuera

papel, como una cerilla bañada en alcohol. Mis pensamientos se ensanchan. Fuera, los árboles tamizan el aire, sembrando semillas y dando latigazos a través de las oscuras puertas del reloj. A nuestro alrededor, hay tiempo. Sobre nosotros, hay tiempo. El cielo nunca dos veces, el río una. Jamás lo mismo. El tiempo percibido como un libro poderoso, cuyas veloces páginas pasan rápidamente por nosotros y lentamente por la piedra. El tiempo se contrae como un músculo de espacio en una acompasada flexión de oscuridad, que se encorva como un gato, y yo, Lipsha Morrissey, soy tan solo vello en su culo.

¿Para qué luchar contra la broma? ¿Apresurar el momento? ¿Quién demonios sabe cómo acabará todo?

Después de aquello, mi día prosigue como de costumbre. Nada parece especialmente diferente y, sin embargo, esos espacios enormes, que chocan unos con otros en mi habitación, me llevan a una nueva cadena de consideraciones. Los pensamientos sobre Dios me mortifican y no me dejan en paz. Me pregunto si debería recitar versículos de la Biblia a Shawnee Ray y si haciéndome testigo de algo, un mártir cristiano, conseguiría encender unas pavesas en su corazón.

Lo cierto es que por mucho que uno piense a lo grande, las verdaderas preocupaciones que nos inquietan son pequeñas. Ardides y esperanzas. Yo estaría dispuesto a caer muy bajo y a hacer lo que fuese necesario con tal de tener a Shawnee Ray. Se me ocurre de pronto que ella también estará involucrada en algunas de nuestras tradiciones religiosas y que quizá pueda llegar hasta ella a través de su tío, Xavier Toose. Sé que Lyman también se ha comprometido con estas creencias, y ahora me pregunto si no ayudaría a mi causa iniciarme en nuestra antigua religión.

Con la religión, siempre tengo ese bloqueo personal, una barrera que me detiene y me impide creer en un dios para empezar. ¿Dónde y quién? Jamás se me ha revelado ningún espíritu, nunca recibí mensaje alguno mediante una zarza ardiendo. Nunca he oído palabras en mi cabeza, a no ser que me hubiera tragado una tapa de basura llena de drogas. Comienzo por pensar en los católicos, quizá pueda apuntarme con ellos de una manera u otra. Me atraen sus rituales, aunque cuando la monja te dice directamente a la cara que te estás comiendo y bebiendo los auténticos y valiosos cuerpo y sangre de Cristo, no puedes evitar hacerte algunas preguntas. ¿Cómo es posible que los católicos den tanta importancia a convertir caníbales? Beber sangre, comer carne humana, es lo que sucede en cada misa. La confesión es otra cosa más

con la que no puedo estar de acuerdo. A mí me parece demasiado fácil. Te arrodillas en ese habitáculo y cuentas lo que has hecho. Y después, básicamente, sales de rositas, solo tienes que recitar un par de avemarías y de padrenuestros. No se exige ninguna restitución, ningún servicio social para la comunidad.

Supongo que es natural, después de tanta reflexión y de mi experiencia con la vieja dama Pillager, que me interese también por la religión chippewa. No es que tenga la intención de arrastrarme detrás de ilusiones. No, mi motivo principal para volver a las tradiciones es la esperanza de que Shawnee Ray se fije en mi empeño.

Por lo tanto, parto en busca de un lugar en el corazón de Shawnee Ray. Deseo hallar un sitio al que pueda pertenecer, pero acabo formando parte de una sorprendente configuración. Parto en busca de un dios al que no pueda resistirme e intento alcanzar el cielo a través del agujero en la capa de ozono para aterrizar en cualquiera vieja estrella. Busco la paz, busco el amor. Acabo envuelto en una guerra de religión.

Voy a ver a Lyman para examinar las posibilidades, hallar el ángulo y analizar su técnica religiosa así como sus estrategias amorosas. Es un agradable día laborable de verano en su vivienda construida por el gobierno y lo encuentro en casa con el teléfono en la mano, volutas de humo alrededor de su cabeza, las risas enlatadas de la televisión tronando a todo volumen y una radio sonando en la habitación de al lado. Tiene un gesto de preocupación y la manera en que articula las palabras denota cierta excitación. Con señas me indica una silla situada en medio de sus aparatos de gimnasia: poleas, pesas y discos. Me pongo cómodo y escucho la conversación de negocios que mantiene al teléfono. Sobre casinos, acuerdos con el Estado, equipos de *blackjack*, una conversación que se eterniza hasta que me sirvo un café, me siento y le observo tan detenidamente que nuestras miradas acaban por cruzarse una y dos veces, y Lyman termina por colgar.

—Tu madre es mi abuela, eres medio tío mío, mi hermanastro y mi jefe —suelto rápidamente, antes de que el teléfono vuelva a sonar—. Así que tengo que pedirte un favor.

—Adelante.

—Se trata de un favor religioso —continúo—. Nunca he emprendido en serio ninguna búsqueda espiritual, solo algún trompicón obligado y forzoso,

ya sabes de qué tipo. Así que estoy en el mercado en busca de una visión más elevada, y no sé adonde dirigirme para encontrarla, ni a quién preguntar.

Tras oír aquello, Lyman descuelga el teléfono, un gesto que nunca le he visto hacer antes. Se dirige a la pequeña sala de estar y apaga el televisor. Los personajes de la serie se esfuman, aspirados por el vacío, y Lyman se sienta frente a mí en una silla baja de cuadros. Reparo en su traje de la danza de la hierba con todos los accesorios —flecós, plumones y plumas, campanillas tobilleras y mocasines—, que ocupan toda la habitación y descansan sobre la mesa de centro y las mesas auxiliares de plástico. Observo que ha estado masticando cuero para fabricar los mocasines, para ablandar las pieles según el método ancestral y tradicional. Me resulta conmovedor y espantoso al mismo tiempo. Lyman arreglando el traje de la danza de la hierba de su hermano, un gesto absolutamente inusual para un tipo importante como él. Sé que lo hace para impresionar a Shawnee Ray. Siento celos al constatar que ambos tienen en común el uso del hilo y la aguja. Esta nueva prueba de profundidad de las intenciones amorosas de Lyman me incomoda.

—Da la casualidad de que voy a ver a Xavier Toose. Para llevarle un poco de tabaco. ¿Sabes por qué?

Por supuesto que no.

Lyman coge una muñequera, entrecierra los ojos con gran concentración para enhebrar la aguja con un poco de hilo encerado. Me explica que necesita discutir un par de cosas con él y pedirle consejo. Intenta decidir si incluirme o no en algún plan que está urdiendo. Me doy cuenta de que está viviendo una lucha interior. Al final, gana lo mejor de sí mismo.

—Me diste la pipa. No puedo negarme —suspira—. Le pediré a Toose que te organice un ayuno y un retiro al mismo tiempo que a mí.

—¿Contigo?

—No estaremos juntos ni nada, simplemente estaremos esperando una visión al mismo tiempo.

Las cosas van más rápido de lo esperado, quizá incluso de lo que yo deseaba. Tenía en mente algo menos radical que cuatro o incluso seis días aislado en medio del monte sin nada que comer.

—¿Seguro que nunca has tenido una visión? —me pregunta Lyman.

Hago memoria. Un viejo veterinario me golpeó en la cabeza con una botella de vino. Fue un accidente, pero en ese momento tomé la decisión de no alistarme en el ejército. Recibí la visita de la silueta de mi madre bajo los efectos del cannabis. Hablé con ella, sentado en un bar, tan cerca que podríamos habernos entrelazado los dedos. Me he visto a mí mismo cogiendo

dientes de león a puñados entre la hierba, apilando el polen amarillo en una zanja y llevándome a la cara esas flores chillonas cuando pensaba en Shawnee Ray. Tenía ese tipo de visiones. Veía páginas en blanco de mi propio pasado, como cuando Zelda juró que me había encontrado en la ciénaga o cuando me habló Jimi. Veía cosas por aquí y por allá, por todas partes, pero el poder de mis manos había desaparecido a pesar de todo.

—Por supuesto que sí —respondo—. He tenido un montón de visiones, pero no me satisface ninguna.

Admiro sinceramente la facilidad y seguridad con que Lyman se maneja en el ancho mundo, y agradezco que se haga cargo de mí con el dinero, y ahora con la religión, debido a su buen fondo. Por supuesto, no conoce toda la verdad, no sabe que, por mucho que yo refute los rumores, tengo toda la intención de dirigir mi atención hacia Shawnee Ray. No sabe que soy un espía, un ladrón al acecho de sus filtros de amor. Sigo procurando convencerme a mí mismo de que siente un amor sincero por Shawnee Ray y que éste está tan anclado en lo más hondo de su corazón que la punta ha desaparecido de la vista como una aguja muy afilada. Pero al verle tan entregado en la labor de su traje para la danza de la hierba, me detengo antes de imaginarme los flecos y las cintas en movimiento, ante lo cual me estremezco y tiemblo de deseo al recordar el vaivén del cabello de Shawnee.

Ahí están, unos principios morales laxos, pero ¿cómo reprochar nada? Lyman intenta cumplir con su deber. Shawnee Ray rebosa nobleza. Yo soy una criatura adepta a las viejas artimañas de siempre. No solo eso, sino que además me rebelo contra el mismísimo cielo. El mundo sobrenatural. Si de verdad existe en el funcionamiento del Universo un creador original, un dios que se interese personalmente por todos nuestros actos, mi plan para conseguir un poco de poder espiritual con el mero fin de impresionar a una mujer podría considerarse como algo ruin, al contrario de las grandes obras de otros, como Lyman Lamartine.

Pero hasta ese extremo amo yo a Shawnee Ray. El cielo es un lugar peligroso; lo sé por haber yacido en sus brazos. ¿Resultaría mucho peor vivir en el infierno que vivir sin ella? Por algún motivo, como si Dios estuviera allí arriba, miro por la ventana de Lyman. Es uno de esos días infinitos e invariables en que el cielo semeja el interior de una gran concha de un blanco opalino. Vetas de tenues y pálidos reflejos cuelgan suspendidas e inmóviles

en un lado del horizonte. En el otro extremo, unas tonalidades más oscuras proyectan amenazantes sombras.

No, no odio a Lyman Lamartine como quizá debiera hacerlo, ya que es mi rival por la mujer a la que adoro sin remisión. No consigo inventarle defectos, es solo un tipo más. Ni siquiera me cae mal, y de hecho, disfruto con la compañía de mi tío, cuando le gano al billar, tomo unas cervezas con él o hablamos de negocios. Aquella mañana, le informo de mis ganancias en el bingo y le muestro el extracto de mi cuenta bancaria, que va creciendo con una estimulante regularidad. Las cifras ponen a Lyman de tan excelente humor que prepara café y añade unas cucharadas de leche en mi taza, una pequeña ambrosía que compró en su propia tienda de ultramarinos. Solo le falta invitarme a instalarme en su casa. Por ello decido echarle una mano, ya que me está ayudando, para coser perlas o lo que sea. Me ofrece un trozo de cuero para masticar, pero lo rechazo educadamente. El sabor ahumado le ayuda a fumar menos, explica, y entonces se pone a mordisquear el cuero, masticándolo de un modo triste, hambriento, hasta que comienzo a notar una especie de bostezo en mi interior.

Comenzamos a hablar. Ya que ese tema es totalmente inevitable, y dado que somos familia al fin y al cabo, me muestro nervioso y no puedo evitar preguntarle acerca de su hermano Henry, el que murió, un pariente al que nunca conocí. Lyman se recuesta en el sofá durante un minuto, tan relajado como jamás le había visto, hasta que de pronto esboza una sonrisa. Ni siquiera es una sonrisa triste. Tiene los ojos puestos en el tejido oscuro de la camisa con flecos que llevó Henry antaño.

—Le veo todavía —dice—, la vez en que recorrimos la senda de las *powwows*. Llevábamos nuestras cosas en una maleta y, de vez en cuando, nos sentábamos bajo una pérgola con aquel calor seco y escuchábamos el susurro de las hojas de los álamos que se mecían, cuando el tambor callaba. Entre canción y canción, se producía un silencio, cuando toda palabrería parecía lejana, cuando el presentador comenzaba a llamar a los bailarines para que volviesen a la pista; como si el corazón dejase de latir. Respirábamos hondo una y otra vez y, de pronto, algo nos hacía reír o teníamos hambre de nuevo, estábamos listos para ir a por todas y pasar junto a ese campamento repleto de chicas guapas.

»De vez en cuando los dos bailábamos, cuando teníamos ganas, y en aquellas ocasiones, vaya, mi hermano Henry era el mejor; todo el mundo lo

decía. El que más prometía con la danza de la hierba, aunque no siempre ganaba porque ése no era el objetivo de Henry: él bailaba para fluir dentro de sus propios pensamientos. Éramos diferentes. Yo lo hacía por el dinero del premio.

Lyman se inclina hacia delante y se ríe de sí mismo con voz baja y grave; después, se relaja, bebe un sorbo de café y, al cabo de un momento, prosigue sin mirarme siquiera:

—Una vez, estábamos sentados en la ladera de una colina en agosto, cuando la hierba estaba muy alta, toda borlas y plumas, en un verano lluvioso y exuberante. Contemplábamos la ladera opuesta de una colina sin pastoreo, donde la hierba se mecía y avanzaba estremeciéndose, como si una mano la moviera por debajo. Ya sabes cómo es eso, cómo te obliga a intentar entenderlo: esa hierba cambiaba constantemente. A veces, parecía que una mano diferente la presionara desde lo alto, con los dedos abiertos, dejando al descubierto la piel tupida de un animal. Aquella hierba ondeaba y fluía como un río esquivo. Y entonces cambiaba de sentido. Y cuando la corriente amainaba, se alzaba como una humareda verde.

»Entonces me dice Henry, en absoluto ebrio, sino hablando desde el fondo del corazón: “Hermanito, siento la respiración de la tierra dirigiéndose hacia mí, como si casi estuviera jugando conmigo”.

»A punto estuve de contestarle con una broma. Pero entonces advertí que tenía razón en lo que decía y abrí la boca. Ambos estábamos bajo el dominio de algo. Una fuerza modesta, aunque implacable. La hierba le cubrirá, pensé. Pues la hierba llenaba las ciénagas resacas y las zanjas. El viento, la tierra y el agua, todo fluía junto como un inmenso fuego de llamas verdes, como la hierba.

»Y repuse: “Henry, no vayas”.

»Fue lo único que le dije. Se había alistado en los Marines. Aun así, creo que no me oyó. Para entonces ya estaba lejos en sus pensamientos, ya se había marchado.

»Igual que tú, hermanito —añade Lyman, mirándome detenidamente—. Como lo has estado siempre. Como siempre lo estarás.

Tengo que apartar los ojos; casi me da miedo pensar, sentir la forma en que me ha llamado «hermanito». Ya que estoy enamorado de su chica, soy incapaz de sostenerle la mirada. Podríamos haber sintonizado mejor, quizá, en ese momento, en la paz de su casa, pero la imagen de Shawnee Ray en nuestras mentes nos aboca al fracaso. Shawnee Ray en el poste central, detrás

del asta coronada con el águila, delante de los altavoces, bailando bajo la pérgola, puro fogonazo de perlas y conchas.

Respiro hondo. Otra vez. Me lacera y colma de dolor. Estamos tan emparentados que apenas encuentro el nudo. Estas emociones perdidas me azoran y me impiden abrir el corazón, salvo para acabar haciendo un comentario patético y sugerir que vayamos a comer algo a algún sitio.

—Comer —repite Lyman.

Baja la mirada hacia la camisa para la danza de la hierba que ha escogido y que sujeta en las manos. Me doy cuenta, mientras observamos juntos la prenda, cómo la traspasa la luz en las zonas desgastadas donde la tela es más fina y raída. La camisa parece vieja y frágil, delicada como un pañuelo de papel, y descolorida; por todas partes los hilos parecen a punto de romperse.

Casi inmediatamente, mientras enfilamos la carretera, no puedo evitar cambiar de tema. Y con voz despreocupada, pregunto cómo están las cosas entre Lyman y Shawnee.

—Bien —responde, distraído.

Seguimos avanzando un poco más y, de nuevo, no puedo contenerme.

—¿Cómo que «bien»? —pregunto.

—Más o menos bien —añade—. Bueno, no tan bien.

El corazón me sube por la garganta, pero se niega a entrar en detalles sobre sus problemas.

—Es que Shawnee Ray es tan lista —exclamo con un suspiro, con la esperanza de tirarle un poco más de la lengua.

—Tiene la cabeza bien amueblada —contesta, casi receloso, cuando abandonamos el polvoriento camino de grava para coger la carretera principal hasta el pueblo—. Podría llegar lejos, pero tiene dos talones de Aquiles, que se llaman Mary Fred y Tammy.

—Sus hermanas.

—Una es el lastre y la otra la cadena. No sería tan malo si no fuera porque dejó a Redford con ellas.

—¿Por qué no se quedó contigo? —pregunto.

Lyman se encoge de hombros.

—No está pensando con la cabeza, o yo la he llevado a ello. Dice que estoy demasiado de acuerdo con Zelda, que intento cerrarle el paso y mantenerla encerrada en la granja, de algún modo. Dice que no tiene

intención de pasarse toda la vida cantando números de bingo; pero, vamos a ver, ¿quién ha dicho eso? Yo solo la estoy formando.

—Ah.

Lyman vuelve a ser el hombre de negocios, se acabaron los recuerdos y el lado espiritual de la vida; y yo intento seguirle sin demora.

—Ella va a ser mi relaciones públicas —prosigue—. A Shawnee se le da muy bien tratar con el público.

—Eso es cierto.

—Salvo por ese asunto con Redford. ¡Vaya despropósito! Por supuesto, estoy pendiente de una orden judicial y debería poder recuperarle mañana mismo.

Aquello me resulta extraño, que de repente acuda a la justicia, y me consume una ardiente desazón.

—No puedes llevarte a Redford. Quiero decir, que ni siquiera apareces en el registro como su padre.

—¿Y tú qué sabes? —Lyman sacude la cabeza—. Eres increíble. Zelda trabaja en esa oficina, ¿te acuerdas?, y tengo ciertos derechos, aunque Shawnee Ray no quiera casarse conmigo.

—Lyman, es una buena madre —insisto ahora.

—¿Buena? Sí, desde luego, una madre demasiado buena, hasta ahora.

Por la forma en que lo dice, con la boca torcida hacia abajo, con ironía, me parece que está encantado de que por fin haya cometido un error, si es que lo es. Habla como si no diera un valor especial a sus edificantes maneras o las convirtiera en algo negativo, como si quisiera vencerla. No digo nada durante un minuto, porque caigo en la cuenta de que ser una mujer lista y una buena madre son dos virtudes que no he sabido valorar lo suficiente en Shawnee Ray. Yo pienso en el sexo más que en cualquier otra cosa: día tras día, esos pensamientos ocupan mi mente. Pero ahora, me centro en sus otras cualidades: visualizo la manera en que estrecha a Redford entre sus fuertes brazos, cómo le acompaña por el bosque para enseñarle una hoja o un pájaro. La he observado a escondidas, la he visto, abrazada con fuerza a su hijo, mientras recorrían el pasillo del supermercado para comprar una botella de leche. Se pone hecha una fiera cuando su hijo se ve amenazado, así que ahora comprendo lo desconcertada que debió de quedarse con nuestros escauceos amorosos por el suelo, ansiosa por huir y medio enloquecida por dejarle con sus hermanas.

Siento una lacerante punzada de dolor en el hueco de mi corazón. La veo acunando a Redford, dándole besos, acariciándole el rostro con el dedo, y me

invade una estremecedora angustia. Primero, me resulta totalmente imposible imaginar a June Morrissey haciendo algo así conmigo, y mis pensamientos cambian de rumbo con nostalgia. El mero asunto me hace un nudo en la garganta de envidia. Intento tragar saliva. Aunque me dejaran una semana con Tammy y Mary Fred, desearía ser Redford.

Hago un esfuerzo por recomponerme, porque ahora me doy cuenta de que Lyman se ve a sí mismo como el padre de Redford y yo me percibo a mí mismo como el rival de Redford. Eso no está bien. Yo quiero todo de Shawnee Ray, incluida su maternidad. Solo que yo quiero que me arrulle y me cure. Me he interpuesto en su camino tanto como Lyman. Entre los tres, incluido Redford, la hemos desgarrado a partes iguales. Me arranco estos pensamientos, nuevos para mí, de cosas que no puedo contar a Lyman. No me fío de él y estoy furioso por la forma en que la ha obligado a someterse a su voluntad. Estamos llegando al Dairy Queen. Intento sacudirme para liberarme los hombros, pero me aplasta la pesada carga del resentimiento. No me gusta conocer al Lyman más profundo, a la parte suya que adoró a su hermano. Resulta muchísimo más difícil hacerle una jugarreta. Nos bajamos del coche y caminamos despacio hasta la zona con aire acondicionado donde los clientes comen una papilla pringosa a grandes cucharadas.

—¿Qué quieres? —pregunto a Lyman. Saco la cartera, repleta de dinero ganado al bingo que estoy decidido a gastar.

—Un perrito caliente. Una Pepsi *light* grande. Yo pago.

—No —contesto—. Tengo el dinero en la mano. Pago yo.

Acostumbrado a pagar siempre la cuenta, Lyman se queda casi atónito.

Recogemos nuestro pedido y nos sentamos a una pequeña mesa de plástico. Quitamos el envoltorio de nuestros perritos calientes e intento dar un mordisco al mío, para llenarme la boca antes de hablar, pero es como si ya no pudiera poner freno a mi ira.

—¡No la conoces! —Tiro el perrito caliente de repente sobre la mesa—. No la comprendes. ¡No sabes quién es! ¡Y aquí estás, intentando desacreditarla!

—¿A quién?

Lyman no entiende nada de lo que digo, solo me mira con perplejidad y, después, tras observarme un tiempo, al ver que no respondo y que solo le miro enfurecido, reflexiona. Ladea la cabeza, abre la boca, la cierra, se recuesta con el refresco e introduce la pajita entre los dientes.

—Shawnee Ray —murmura, para asegurarse.

Por poco derramo mi refresco encima de la mesa, al inclinarme bruscamente hacia él.

—Yo la conozco —digo—. La conozco mejor que tú.

—¿De veras?

Ni siquiera se siente amenazado aún. Resulta frustrante, porque no quiero excederme. Me descorazona tanto ver los robustos brazos y la estructura ósea de ganador de Lyman Lamartine que mis dientes se enfurecen con la pajita de plástico. Levanto la paja y soplo un poco de refresco al mayor pez gordo de toda la reserva. Su rostro se transforma. Baja la vista a su camisa.

—Imbécil mocoso.

—¡Cabrón!

Eso ya le saca de quicio y, como si se tirara desde lo alto de un trampolín, se abalanza por encima de la pequeña mesa sobre mí, que estoy esperando con toda la ira contenida en mi corazón. Nuestra pelea es la mayor bronca que he desencadenado jamás, pues suele suceder cuando dos amigos emparentados se convierten de pronto en enemigos: se odian con más virulencia que si fueran desconocidos. Hay que extirpar el antiguo cariño a la vez que toda la nueva rabia. Pero, por desgracia, intervienen más personas. Al saltar rápidamente con las dos piernas extendidas propinándole una patada voladora, golpeo a una familia numerosa al completo, que se acercaba despacio desde el mostrador de los helados sujetando en equilibrio grandes copas cubiertas de nata montada, cinco tipos de salsas e ingredientes y guindas. Estas últimas salen volando por los aires, los trozos de nueces pasan silbando por los lados y las bolas de helado chocan entre sí a gran velocidad.

El padre pone perdido de piña y chocolate la pechera de una señora y comienza enseguida una discusión a muerte para saber quién pagará la factura de la tintorería. Mientras tanto, el brazo de Lyman se mueve sin control a medida que se tambalea hacia atrás buscando a tientas algo a lo que agarrarse. Acabo de propinarle un puñetazo que casi le tumba. Su mano cae en un plato enorme de nachos. Enfadado, el cliente anónimo me lanza el resto de la comida a la cara, pero lo veo venir y me agacho, de manera que impacta en otro cliente que acaba de llegar procedente de una obra de construcción y se está quitando el casco. Desde ese momento y hasta que arranco a Lyman de las manos de un tipo corpulento que le restriega un helado con plátano en su corte de pelo tradicional, soy incapaz de describir o explicar lo sucedido. No es más que una enorme explosión.

A continuación, nos encontramos otra vez en el coche. Avanzamos por la carretera. Nos lamemos todos los sabores imaginables de helados de los

brazos y las manos.

—Nunca me había peleado contigo —declara Lyman, emocionado y casi alegre.

—Yo tampoco me había peleado contigo antes —admito, pero no me siento feliz.

—Venga —dice, extendiéndome la mano que chorrea sirope de fresa.

—Venga —le estrecho la mano—. Sin resentimiento.

Pero la verdad es que mantengo un perfil bajo durante los dos días posteriores al incidente. Tengo que reconocer que estoy mucho más resentido con él de lo que yo creía. Porque entonces mantenemos una conversación en la que Lyman dice cosas que complican mi odio por lo que está haciendo.

—Lipsha, tengo que confesarte algo —anuncia Lyman—. Es probable que estos días ande hecho un lío por culpa de Shawnee. Algo le pasa, y no sé lo que es. No se trata solo de este viaje, es algo mucho más profundo.

Mi corazón canta tan alto de repente que me cuesta acallarlo. Respiro hondo.

—Tienes que saberlo —suelta con un grito contenido—. Estoy tan loco por ella que moriría, en serio, y además Redford es mi hijo. ¿Tú lo dejarías con esas dos hermanas tuyas tan desequilibradas, dime? Piensa en ello. Shawnee Ray... Pienso en ella cada minuto de mi vida, y sé que ella no siente lo mismo por mí. Nunca me perdonó después de todo lo que hice... Una vez, corté con ella cuando estaba embarazada, pero eso es agua pasada. La quiero tanto que creo que acabará por ceder y dejar que afloren sus sentimientos, ¿sabes? Pero no sé cómo seguir avanzando y pensé... Verás, me preguntaba si tú podrías darme algún consejo. Me estoy tragando mi orgullo. Tú eres un chico joven, puede que tengas algún truco con las chicas, Lipsha. Cosas que puedas contarme. Tal vez puedas compartir tus secretos conmigo.

Tras esas palabras, se ruboriza, avergonzado, como si estuviera a punto de venirse abajo y romper a llorar. Me siento despreciable. ¿Qué se supone que le tengo que decir? Me devano los sesos y no encuentro más que un sentimiento de culpa. Y yo que creía que se le daba bien el amor y que poseía los trucos adecuados para poder imitarle; pero resulta que se encuentra tan perdido y angustiado por el amor como yo. Lyman es un tipo tan complicado que hay algo misterioso e inquietante en él, como una enfermedad del espíritu, una especie de santidad fuera de control.

Estoy tentado de confesarle todo. Pero debo ser cauto. Por alguna razón, me viene a la cabeza un refrán que no conocía: «Quien con perros se acuesta, con pulgas se levanta. Quien con santos se acuesta, con agujeros en manos y

pies se levanta». Farfallo algunas palabras impotentes sobre mi torpeza y mis miedos, que ojalá le tranquilicen, y después pongo la mano en su hombro robusto, apenas un instante, para que sepa que comprendo la profundidad del asunto.

Curiosamente, mi desencuentro con Lyman no empaña mi amistad hacia él ni altera mi amor por Shawnee Ray, que se intensifica más que nunca, tanto que me despierto por la mañana, desazonado y lloroso, hasta que logro levantarme de la cama con torpeza. Sé que debería renunciar a pensar en ella, pero realmente no tengo elección, porque ella está *allí* donde mire, en cuanto bajo la guardia, cuando la deseo y cuando no la deseo. Cada día que pasa, intento sacármela de la cabeza. Lucho durante un par de horas, hablo y discuto, peleo durante un rato, resistiéndome a tener cualquier pensamiento acerca de Shawnee Ray Toose. Pero enseguida me agoto. Me aburre mi propia resistencia. Pienso en su mano acariciándome justo ahí, donde me gustaría, o en su sonrisa resplandeciente, tan tierna, por encima de su hombro izquierdo. No puedo vencerme a mí mismo. Termino por tirar la toalla diciéndome: «Soy malo, tengo inclinaciones perversas». Lo acepto, me acepto a mí mismo, y saboreo su pezón en mi boca. Por supuesto, no es que considere mi amor por Shawnee Ray como algo malo. Lo que me cuesta defender ante mi conciencia es el deseo de robársela a mi tío Lyman para alejarla de él.

Trabajo hasta tarde y me acuesto todavía más tarde; finjo que tengo motivos para dormir. Intento apartarme, conociendo la naturaleza de los sentimientos de Lyman. Pero Shawnee se interpone en el camino de mi resolución con tal facilidad que mi corazón no es más que puertas destrozadas y ventanas reventadas cuando se trata de ella. No dejo de recordar nuestro primer beso tan explosivo. Como algo, pero solo cosas extrañas, los tentempiés que Shawnee Ray y yo compartimos durante nuestra única comida juntos en la máquina expendedora: un bocadillo de salchicha polaca y una galleta de chocolate. Comienzo a lamentar que no incluyéramos una o dos piezas de fruta, o al menos algo fresco. Bebo té, que le gusta, en lugar de mi habitual café cargado, y me imagino su contacto suave y terso cada vez que mi mente se encuentra temporalmente ociosa. Es como si mis encuentros sexuales estratosféricos con Shawnee en aquellas dos únicas ocasiones hubieran aumentado mi deseo hasta un nivel insoportable. No puedo calmarlo. No puedo vivir con ello. Este deseo crudo e inútil, que vive dentro de mí sin la menor esperanza, parece una especie de maldición. Una red de

hilos ardientes. Una soga flácida que me comprime el cuello, a la espera de que su mano me sacuda hasta la muerte.

Por ello supone un alivio que Lyman entre en el bar un par de noches más tarde. Pide su habitual refresco bajo en calorías y sugiere que vayamos mañana a visitar a Xavier Toose. Me cuenta que Redford y Shawnee han vuelto con Zelda, al lugar donde pertenecen. Dice que está arreglando las cosas y que todo está bajo control. Que debería tomarme una semana libre. Estoy más que preparado. Le abrazo tan fraternalmente contra mi pecho que se sobresalta, sorprendido. Mi gesto sincero y puro resplandece como el sol, y estoy listo para tener una visión que me eleve la mente más alto, por encima del cinturón.

Capítulo quince

La suerte de Redford

Redford permanecía despierto, atento al regreso de su madre. Pronto vendría a buscarle con el dinero ganado con la danza del vestido de cascabeles en la gran *powwow*. Primer premio, no se conformaría con nada menos que eso, le había dicho. El sabía que debía esperarla y portarse lo mejor posible, pero era muy difícil dormir con Mary Fred. Sus pies, inertes y pardos como dos truchas, colgaban al final de la cama en la cabaña. Extendía sus robustos brazos para abofetear cosas que veía en sueños. A Redford le había despertado el sobresalto de su propio sueño en el que se escondía en una lavadora.

—Shh... —farfulló la tía, medio despierta—. No ha sido nada.

Pero Redford se incorporó en cuanto la respiración de Mary Fred volvió a ser profunda, muy alerta.

Algo se acercaba y lo sabía.

Llegaba desde muy lejos, pero en su cabeza se dibujaba una imagen bastante nítida de ello. Era un objeto enorme, hecho de metal con numerosos ganchos y puntas de alambre, con cadenas, algo similar al pelador de patatas de la abuela Zelda, solo que gigante y que descendía del cielo, rasgando nubes, taladrando y aplastando todo lo que encontraba a su paso.

Redford observó detenidamente a Mary Fred, mientras cavilaba. Si la despertaba, quizá ella supiera qué hacer con esa cosa, pero pensó que sería mejor esperar a verlo de verdad antes de sacudir a su tía. Le gustaba la idea de poder contemplar a una mujer adulta de cerca todo el tiempo que quisiera, pero había algo en el rostro de Mary Fred que le daba miedo. Cogió un mechón de su pelo quebradizo y rizado y lo sujetó entre las manos como si fueran las riendas de un caballo. La mujer desprendía un olor salado, un tanto agrio, casi a cachorro, que no le suponía ningún consuelo. Quería tocar las rosas de raso cosidas en su jersey rosa, pero sabía que no debía hacerlo ni siquiera mientras ella estaba durmiendo. Si se despertaba y le descubría tocando las rosas, le mandaría estarse quieto.

Se sentía somnoliento y decaído, así que metió las piernas debajo de la sábana. Cerró los ojos y soñó que la cama se elevaba bajo su cuerpo, arqueando el lomo de lona, y después salía disparado en la dirección equivocada ya que, cuando levantó los ojos, se dio cuenta de que se acercaban a toda velocidad hacia el enorme objeto metálico repleto de ganchos, púas y todo tipo de artefactos cortantes para enganchar sus cuerpos y sangrarles hasta la última gota. Oyó el ruido que provocaban las entrañas del objeto conforme se precipitaba hacia ellos, un suave ronquido como el de un motor, y de pronto se hallaron bajo su sombra. Tiró de las riendas con todas sus fuerzas y el caballo relinchó, alzándole en el aire. Su tía le tapó la boca con la mano.

—Está bien —dijo—. No te muevas. Están ahí fuera y se van a poner a cazar.

Habló con un hilo de voz aguda y débil, infantil. Le tocó el hombro y Redford se inclinó junto a ella para mirar por una rendija entre las tablas de madera.

Sí, estaban allí fuera. Mary Fred los veía. Un agente de la policía tribal, una trabajadora social y Zelda Kashpaw. No había habido ningún silbido, ningún sueño, ninguna voz que le avisara de su llegada. Solo el crujido de la tierra en el patio, el rugido del motor y el polvo que levantaba el coche formando una fina neblina ocre que los envolvía.

—Vamos a esperar, a ver qué hacen. —Copió a Redford en su regazo y lo abrazó con sus mullidos brazos—. No te preocupes —le susurró al oído— Mary Fred sabe cómo hay que hablar con ellos.

Redford no quería mirar al coche ni a la policía. Si veía a la abuela Zelda, le entrarían ganas de llamarla, por mucho que Mary Fred le hubiera explicado que la mujer pretendía llevárselo. Había oído a las dos hermanas discutir con preocupación a altas horas de la noche acerca del asunto de Lyman. Todo el pescado estaba vendido. Él pensaba que se referían a comida. El corazón de su tía latía desbocado en su oído, tanto que las rosas de satén parecían entrar y salir de su oreja. Apoyó la cara despacio en ellas y respiró el profundo y polvoriento aroma de su tía, así como los soterrados efluvios a levadura y fermentos, a cerveza. Fragancias florales llenaban sus pequeños tarros de cremas faciales, sus cepillos y el lavabo después de que lo usara. Los pétalos eran tan suaves contra su mejilla que Redford se arrimó más. La mujer lo

abrazó con más fuerza todavía. En medio de los perfumes de la piel suave y las rosas, el chico cerró los ojos y acompañó su respiración y los latidos de su corazón con los de su tía.

Ninguno de los tres se atrevía a bajar del coche todavía por culpa de los enormes y sucios perros de Mary Fred, que avanzaban a grandes zancadas por el camino de entrada. Delgados y con patas largas, los canes saltaban, alertas, sobre sus mullidas garras, como lobos, como si bailaran sobre el asfalto ardiente. No malgastaban su energía en ladridos, sino que, pausadamente, tomaron posiciones a cada lado del vehículo y delante de la abombada puerta mosquitera de la casa de las Toose. Eran las seis de la mañana, pero el viento ya se había levantado, arrastrando el polvo y alborotando su grueso pelaje de coyote. El imponente perro pardo que estaba al lado de Zelda poseía unas manchas blancas y negras poco habituales, casi eran rayas, como si fuera una hiena, y torció las fauces, sacando la lengua y enseñando los dientes.

—¡Fuera! —Zelda abrió la puerta con un movimiento brusco.

El perro pardo se apartó de la puerta y de un salto se puso ante ella, de puntillas. Frunció el sucio y blanco hocico y sus ojos se encendieron de pronto como si apuntara con su mirada peluda hacia el lugar exacto donde la iba a morder. La mujer retrocedió en el asiento y cerró la puerta de golpe.

—Es malo —comentó al agente Leo Pukwan, un hombre un tanto parsimonioso. Hijo de un hijo de un policía tribal, continuaba con el oficio familiar. Estaba sentado firmemente y, sin inmutarse, bajó la ventanilla, abrió la pistolera, sacó el arma y apuntó a la cabeza del perro. El animal se tiró al suelo, se metió debajo del coche y desapareció detrás de la casa antes de que Pukwan tuviera tiempo de enfundar de nuevo la pistola. Los demás perros se dispersaron y, desde el lugar al que se habían esfumado, se pusieron a aullar; la puerta de la pequeña casa con forma de caja de zapatos se abrió de golpe.

—Aquí no pintáis nada. —Tammy estaba lista, despeinada pero tranquila, una mujer corpulenta y bajita con un corte de pelo masculino, una sudadera de hombre y unos pantalones vaqueros raídos—. No tenéis una orden judicial.

—Traemos una orden judicial —repuso Pukwan sin alzar la voz.

—¿Y los papeles del tribunal?

—También los tenemos —contestó Zelda.

Los rasgos rudos y toscos de Tammy desprendían amargura y beligerancia. Sus ojos hinchados escrutaron a Zelda y dio la impresión de

estar a punto de escupir de asco. De pie junto al coche, el agente Pukwan aguardaba impertérrito, si bien la observaba con cierto recelo.

—*Booshoo*, Tammy.

—¡Largo de aquí!

—Tenemos los papeles —insistió Zelda.

—Lo estamos haciendo para proteger a su sobrino —apuntó Vicki Koob, la trabajadora social, mientras blandía en alto un sobre manila.

—¿Protegerle de quién? ¿Dónde está Lyman? ¿Tiene miedo de dar la cara gorda esa que tiene?

—Deja que nos llevemos a Redford y nos marcharemos. —Zelda se mantenía firme, autoritaria.

—Redford me quiere, nos quiere —dijo Tammy—. Su madre es nuestra hermana, joder.

Con un solo vistazo, Vicki Koob se dio cuenta de que Redford y Mary Fred no estaban en casa; aun así apartó a Tammy y sacó la libreta para describir de todas maneras la vivienda, para el expediente, para respaldar esta dudosa operación. La casa constaba tan solo de una única habitación rectangular de paredes encaladas con una pequeña cocina de gas en el centro. Ya había pasado por delante de la encimera así como de la otra estufa, el fregadero y el oxidado frigorífico. La nevera no contenía nada salvo un par de viejas patatas arrugadas y un paquete de cuellos de pavo. Vicki Koob anotó ese detalle en la libreta encuadrada. Las camas, dispuestas a lo largo de las paredes de la amplia estancia, estaban cubiertas con colchas andrajosas y mantas de mala calidad, llenas de pelotillas, que mostraban desgastados dibujos geométricos indios. No había nadie escondido debajo de las camas. Palpó las sillas de madera, marrones y ajadas. Tocó la encimera de la diminuta mesa de aluminio cubierta con un hule amarillo. Una pared estaba repleta de cajas apiladas ordenadamente —viejas herramientas, muelles y aparatos eléctricos a medio desmontar—. Cinco o seis televisores se amontonaban formando una especie de pirámide. Los paneles de mandos arrojaban cables multicolores y al menos una de las pantallas se hallaba rajada de un lado a otro. Solamente el aparato de arriba del todo, con una antena en forma de percha inclinada para poder sintonizar las señales intermitentes a través de la reserva, daba la impresión de poder funcionar con un poco de suerte.

Ni un solo detalle escapó a la mirada competente y profesional de Vicki Koob. Reparó en el armario, que solo contenía harina corriente y café. El

viejo e insalubre bidón de aceite de hojalata bajo la ventana de la cocina, a rebosar de latas vacías de carne de cerdo y botellines de cerveza, llamó su atención, así como el grave deterioro físico y mental de Tammy. Enseguida anotó estas «marcas de dependencia alcohólica en la familia de Redford Toose» en la descripción que hizo del lugar.

«El doble del espacio máximo permitido entre la puerta y el umbral», escribió. «Seguramente carezca de aislamiento. Grietas de cinco a ocho centímetros en las paredes mal selladas con barro y adobe». Tomó nota mentalmente, sin tener la necesidad de describirlos, del sillón reclinable roto y de la lámpara sin pantalla con una orquídea de plástico en el pie de cristal con forma de bola y la imagen en tres dimensiones de Jesucristo. Cuando se enchufaba la lámpara, unas luces oscilaban detrás del agua bajo el Señor que de este modo parecía caminar, aunque en realidad no avanzaba, por supuesto, sino que proyectaba las olas luminosas detrás de Él eternamente, como un ratoncito domesticado en una rueda.

Cuando Mary Fred divisó a Pukwan, cruzando el patio con sus gruesos y morenos dedos pulgares metidos en el cinturón, su plácida sonrisa y sus diminutos y fisgones ojos negros, empujó a Redford debajo de la cama. Pukwan se detuvo delante de la cabaña y aguardó tranquilamente. Abrió los brazos de par en par para mostrarle que no había sacado la pistola.

—*Mon petite* sobrina —empezó en la lengua mestiza del viajero, con el tono suave que emplea la gente con sus parientes o cuando necesita gasolina o un par de dólares—. ¿Por qué no sales de allí y te dejas de tonterías?

—¡No soy tu maldita sobrina! —vociferó Mary Fred.

Se mordió el labio, se apartó de la cara el cabello quemado por tantas permanentes y le observó a través de las rendijas, mientras éste daba vueltas, como un muñeco de entrenamiento con las botas llenas de arena, de modo que nunca permanecía en el suelo cuando se caía. Su interior estaba vacío, solo aire rancio. Pero el hombre sabía cómo manejarla. Ahora se movía en círculos porque no estaba muy seguro de si la mujer llevaba encima algún arma, quizá un cuchillo. Pukwan sabía que Mary Fred era corpulenta y fuerte, y que sería difícil doblegarla si la hacía enfurecer. La mujer tenía una espalda ancha y conocía numerosos ardides, y era recia como su padre, el viejo Toose, al que mataron mientras trillaba el trigo en Belle Prairie.

—No me gusta tener que hacer esto —espetó Pukwan a Mary Fred—. Pero, por el amor de Dios, que nadie salga malherido de aquí. Sal con el

muchacho, ¿quieres? Sé que está contigo.

Mary Fred no se delató esta vez, sino que le dejó dubitativo. Despacio y sin hacer ruido, deslizó el cinturón por las presillas y lo envolvió alrededor de la mano hasta que solo la enorme hebilla oval con los falsos trozos de turquesa en forma de mariposa sobresalía de sus nudillos. Pukwan seguía hablando, pero ella no prestaba atención a sus palabras. Escuchaba el tono de su voz, que se tensaría o temblaría en un momento dado, cuando decidiera atacar la cabaña. El agente seguía hablando despacio en un tono razonable, empleando a veces el dialecto y mencionando incluso al padre de Mary Fred.

—Era un jodido buen hombre. Me da igual lo que diga la gente, Mary Fred. Yo le conocía.

Mary Fred miró la mariposa de piedra que desplegaba sus alas a lo ancho de su puño. Las alas eran livianas y delgadas, en absoluto pesadas. Listas para salir volando. Pukwan quería llegar hasta Mary Fred a través de su padre, pero la mujer se negaba a pensar en él. En cambio, se concentró en la piedra celeste.

—Era un jodido buen hombre —dijo Pukwan otra vez.

Mary Fred oyó el frufú de su uniforme almidonado antes siquiera de que sus botas tocaran el suelo. Una, dos y tres veces. Necesitó cuatro grandes saltos para situarse justo donde ella deseaba. De una patada, la mujer abrió la puerta de madera justo cuando él alargaba la mano hacia el picaporte, de modo que la esquina de la puerta le golpeó la mandíbula. Se tambaleó y Mary Fred le propinó un puñetazo en la barbilla con la hebilla de mariposa. Le pegó con tanta fuerza que notó cómo el impacto le recorría el brazo, como una cuerda tensada de un tirón. Abrió el puño entumecido y dejó que el cinturón se desenrollara antes de cerrar la mano en el otro extremo y hacer girar sobre ella la mariposa de piedra, veloz, como si estuviera al final de una correa. Pukwan retrocedió, tambaleante, a medida que ella avanzaba hacia él con el oscilante cinturón en la mano. Mary Fred esperaba que el agente cayera al suelo, pero solo dio un traspié. Y entonces, desfundó el arma de la cartuchera.

Mary Fred relajó la mano con el cinturón. Pukwan y ella se encontraban a un paso el uno del otro, jadeantes. Cada uno percibía el sonido humano del aire que entraba y salía del pecho del otro. Cada uno escrutaba el rostro del otro. Mary Fred vio las marcas de los minúsculos capilares que los años, el alcohol y una vida dura habían reventado en el perfil de sus ojos. Observó las ruedas dentadas del iris y las arterias, como una maraña de hilos.

Mary Fred inspiró brevemente y se quedó inmóvil. Vislumbró senderos negros, carreteras en un mapa, como si les hubieran prendido fuego, y después se encontró en algún lugar en la red de venas y nervios que conformaba la complejidad de su mundo, por lo que no vio a Zelda, Vicki Koob y su hermana Tammy que corrían hacia ella, sino que, en cambio, las sintió como moscas atrapadas en la misma telaraña, agitándola.

—¡Mary Fred! —Zelda se había detenido en el césped. Su voz sonaba tensa como una cuerda—. Es mejor así, Mary Fred. Vamos a ayudarte.

Mary Fred se enderezó, echó los hombros hacia atrás, y luego se lanzó por el aire y voló hacia ellos. Le embargó un sentimiento de ligereza y poder. Se elevó más alto, divisando la hierba bajo su cuerpo. Abrió los brazos para recibir las balas, pero no le alcanzó ninguna. Pukwan no disparó. En cambio, levantó el puño y la golpeó con fuerza en la cabeza con la pistola.

Mary Fred no cayó inmediatamente, sino que permaneció en los brazos de Pukwan un instante. Tal vez estuviera mirando más allá aun de lo que le cubría la cabeza. Quizá estuviera totalmente aturdida y no pensara en nada mientras se desplomaba en el suelo. La cabeza giró hacia delante y el pelo le cubrió el rostro, de modo que Pukwan no pudo ver con qué gesto la mujer recibía el punzante chorro de luz, o de oscuridad, que la engulló.

Pukwan dio media vuelta con el coche por el camino de grava que conducía al pueblo. Redford se hallaba sentado entre Zelda y la trabajadora social. Vicki Koob se acordó de la chocolatina para emergencias que guardaba en el bolso, la sacó y se la ofreció a Redford. El muchacho no reaccionó, por lo que la mujer le cerró los dedos sobre la barrita y abrió un extremo del envoltorio.

El coche aceleró. Redford sentía las ruedas aporreando la calzada y oía el ruido del motor rugiendo a toda velocidad. Sabía que lo que había visto en su mente esa mañana, aquella máquina emergiendo del cielo con púas y cadenas, le había enganchado. De algún modo se encontraba atrapado y retenido en el olor sombrío y metálico de las axilas de aquella pálida mujer. De alguna manera se hallaba inmovilizado entre los kilos de sus carnes desprovistos de aliento. Miró la chocolatina en su mano. Apretaba la barrita con tal fuerza que un fino hilo marrón se había derretido y se derramaba por su brazo. Automáticamente, introdujo la golosina en la boca.

Al mordisquearla, vio a su tía con gran nitidez, tal y como estaba cuando le sacaron a él de la cabaña. Tirada boca abajo en el suelo con los brazos doblados en la cabeza, como si estuviera durmiendo. Con una pierna

flexionada, daba verdaderamente la impresión de estar corriendo a toda velocidad para precipitarse en las entrañas de la tierra y enterrarse.

No había rastro de sangre en el cuerpo de Mary Fred, pero Redford percibía ahora un sabor a sangre al verla, porque se había mordido la lengua al dar un bocado demasiado fuerte. Comió la chocolatina, hasta la última onza, saboreando la sangre de su tía. Y cuando ya había engullido todo el chocolate y se había lamido los dedos, abrió la boca para dar las gracias a la mujer, como le había enseñado su madre. Pero en lugar de palabras de agradecimiento, se quedó estupefacto al oír un enorme bramido saliendo de su boca, y luego otro, surgiendo como fragmentos de su propio cuerpo y abalanzándose sobre todas las cosas puntiagudas que había a su alrededor.

Capítulo dieciséis

La danza de Shawnee

Una lluvia temprana había refrescado la hierba y una fuerte brisa había despejado las nubes; sin embargo, a lo largo de todo ese día el polvo se espesaba, una indolente bruma que ahogaba a los bailarines. Un camión cisterna recorría lentamente la pista dando botes y un muchacho repantigado en la parte de atrás regaba el suelo con laxitud. Un arcoíris se formaba de un lado a otro a medida que el chico rociaba el agua, y Shawnee se concentró en los cambiantes colores, apaciguó los latidos de su corazón e intentó serenar sus pensamientos durante el interminable concurso conmemorativo.

¡Tantas ramas de álamos envueltas en dinero! Tantas mantas, tantos chales, tantas almohadas y pañuelos, turbantes y toallitas pasaron ante ella que comenzó a cansarse de tantos objetos y cosas. Tantos *chismes* en el mundo. Empezó a tener hambre, contó mentalmente las monedas que tenía y esperanzada, se mantuvo atenta por si anunciaban una nueva fiesta. Hasta el momento, había estado en todas las filas de invitados obsequiados en honor a los parientes fallecidos durante el año.

Sopa de maíz, pan frito, tarta de guillomo y salchichas con mermelada. Sopa de callos, carne hervida, fuentes de rajadas de melón y sandía. Shawnee Ray recordó un pesado bollo blanco que había guardado en la bolsa de lona. Hundió la mano en ella y sacó el pan, agradecida, y lo comió de pie para no aplastar los cascabeles de ese tipo de vestido, que su padre llamaba «vestido del *snus*^[9]», porque los adornos brillantes estaban confeccionados con las tapas de latas de cerveza Copenhague. Se limpió suavemente las migas de las caderas, alisó los flecos de las mangas y pensó en la espesa mata de pelo de Redford. El vestido de cascabeles era característico de los chippewas, entregado a un hombre de Miles Lacs por mujeres que se le habían aparecido en un sueño bailando al son de su propia música. A Shawnee le gustaba bailar la danza del vestido de cascabeles más que ninguna otra porque su padre le

había ayudado a menudo con los pasos —difíciles de ejecutar porque la falda era estrecha y ceñida—, pero cuando bailaba bien, era como si descendiera sobre un mullido cojín de aire.

Había bailado con todas sus fuerzas en cada Gran Entrada^[10], ganándose a pulso hasta el último punto, y había sido llevada de la mano por los jueces hasta formar parte de las cuatro finalistas en la danza tradicional femenina y la danza del chal. Tenía muchas posibilidades de obtener la victoria en la última danza, la del vestido de cascabeles, y la noche anterior había dormido con un sueño sereno y profundo en el saco de dormir. Tenía los pies prácticamente desollados en algunas zonas, pero había traído consigo un rollo de esparadrapo y unas pequeñas tijeras. De vuelta a su tienda, cortó pequeños trozos que pegó allí donde había pisado guijarros con demasiada fuerza o donde tenía ampollas. Ya nada le dolía ni le hacía sufrir.

En cuanto acabó el último pan de maíz, observó a la mujer que patrocinaba esta danza conmemorativa especial dedicada a su hija. El retrato de esa joven, cabizbaja, con una bonita y soñadora sonrisa, dio una vuelta por la pista junto con una fotografía de su hermano con uniforme militar, también fallecido. La mujer, que llevaba ambas fotografías, era robusta y musculosa; sin embargo sus pies se movían bajo su vigoroso cuerpo con la delicada gracia de una cierva. Shawnee la contempló —como miembro del jurado de estas danzas, la mujer había puesto una mano pesada como una garra en el hombro de Shawnee, eligiéndola y conduciéndola hasta la fila, y Shawnee había sonreído—. Pero Ida, la mujer, no reparó en ello y se alejó lentamente, contoneándose, casi con grosería, implacable en su largo duelo.

Shawnee se avergonzó al darse cuenta de que casi le reprochaba tal parsimonia, cuando en realidad le estaba agradecida de patrocinar el premio y se hallaba ansiosa por ganarlo. La anciana poseía sus propios tiempos, como todo el mundo: a veces, cuando el sol apretaba, abría una sombrilla blanca con la efigie del Pato Lucas. Otras, se cubría la cabeza con una toallita promocional. Solo hablaba con unos pocos parientes y parecía satisfecha de presidir todo lo que veía como un monumento o un elemento más del paisaje.

Soplaba un viento fresco, procedente de las sombras del bajo cinturón que formaban al norte las montañas de un verde oliva. El crepúsculo descendía durante horas, en franjas violetas. Sobre el campamento se extendía una enorme nube nocturna y azul, desplegándose como una capa, y después,

desde abajo, cuando el presentador llamaba a las participantes, una barca de fuego rojizo comenzó a moverse.

Una luz negra atravesó la quietud. El aire cobró vida con fuerza. Las bailarinas del vestido de cascabeles avanzaron hasta el centro de la pista de hierba mientras sus trajes se mecían suavemente. Las mujeres formaron un círculo y permanecieron quietas, con los codos pegados al cuerpo, la barbilla firme, los abanicos adornados con águilas, las plumas de guacamayo, los bolsos bordados de perlas y los atrapasueños inmóviles. Shawnee Ray se hallaba cerca de la puerta este, mirando al oeste, tierra de los espíritus. Al alzar la mirada hacia la franja de luz rojiza y la nube, mientras aguardaba el primer redoble de tambor, la señal de partida, que el verborreico presentador acabara, a su última oportunidad, su mirada se centró de pronto en un suceso de su infancia, con la nitidez de una fotografía: vio a su padre en su imaginación, inclinado sobre la calandra curva de su viejo coche gris.

Unas alas de sudor, de color azul marino, se desplegaban por la espalda de su camisa; siempre llevaba camisas de un azul desvaído, el color de la sombra de las nubes. Su cabello azabache había crecido y le cubría la frente. Cuando el hombre se levantó y se apartó del coche, Shawnee Ray descubrió que llevaba una mariposa en la mano.

Debía de tener unos ocho o nueve años y llevaba puesta una de esas camisetas de los chicos que su madre lavaba con lejía Hilex. Su padre sujetaba la mariposa en sus curtidas manos, muerta y reseca desde hacía mucho tiempo, aunque en perfecto estado todavía. Era negra y anaranjada, toda líneas carbonizadas y fuego. Su padre extendió las manos, le dijo a Shawnee Ray que no se moviera y, hundiendo la mirada en los ojos serios de su hija, sonrió y le frotó las alas de la mariposa en la clavícula y por los hombros y los brazos, hasta que el color y el polvo del insecto impregnaron su piel.

—Pídele a la mariposa —susurró— ayuda y bendición.

Shawnee había notado una extraña sensación de liviandad en los brazos y en el pecho cuando hizo aquello. Por el modo en que su padre pronunció esas palabras, ella lo había comprendido todo acerca de la mariposa. Las afiladas y delicadas alas, la forma de volar sobre la hierba, la manera en que parecía respirar aleteando bajo el sol, la sabiduría con la que se fundía con las flores o se transformaba en una hoja. En su fuero interno, Shawnee reconocía el mismo tipo de posibilidades y cerró los ojos, casi conmocionada, al sentirse tan ligera y poderosa en ese instante. Después, su padre la aupó y la lanzó muy alto en el aire. No recordaba haber caído en sus brazos ni haber

aterrizado siquiera. Solo se acordaba de los últimos rayos de sol que le inundaban los ojos y el mundo que basculaba hasta desaparecer frenéticamente a sus espaldas.

Capítulo diecisiete

El fulminante ayuno a ninguna parte

Yo creo en el hijo errante, en el padre desaparecido y en el espíritu desnudo de Dios. Creo en el descenso de la noche, en los agujeros desgarrados en los pies del Jesús de yeso, a través de los que se ven los alambres que se entrecruzan. Creo en el whisky de malta si eres rico y en la botella de oporto blanco si eres pobre. Creo en la paz de los gusanos, en la escalera extensible y en el ángel con la boca torcida hacia abajo, aguardando la pelea. Creo en el mareaje uno a uno, en las manos y la voz de Jimi Hendrix, y que siempre amaré a Shawnee Ray, aunque acabo de descubrir un aspecto suyo muy alarmante.

Antes de emprender con Lyman el ayuno para conseguir una visión, me parece importante tener unas palabras, una conversación normal, con Shawnee Ray Toose. Al fin y al cabo, con ella espero encontrarme a mi regreso para la comida de celebración.

Ella es la razón por la que me marché a lo que parece ser, cuanto más pienso en ello, una misión desesperada y ridícula. Y también estoy preocupado por la manera en que Zelda Kashpaw y Lyman han logrado controlar a Shawnee Ray, aunque ella cumplió con lo que dijo, ganó algo de dinero y se buscó una universidad.

Zelda se llevó a Redford de la casa de las Toose valiéndose del sistema, y ahora que Shawnee Ray está de vuelta, después de haber estado a punto de ganar y de acabar segunda en la final de la danza del vestido de cascabeles, no se sabe nada de ella. Vive de nuevo con Zelda. Pero nadie la ha visto, nadie ha oído hablar de lo que hace, nadie comenta nada sobre ella como solía pasar antes. Ha desaparecido de mi campo visual, o tal vez esté prisionera en la casa de Zelda, alimentada con sobras de comida. En compañía de Lyman, sin embargo, se me consentirá una visita.

Cogemos el desvío hasta la casa de Zelda, bajamos del coche y, acto seguido, con un gesto ansioso y tenso que me encoge el corazón, Shawnee Ray baja las escaleras lentamente con Redford en brazos, la cara manchada de galletas. Vacila un momento. Hay cierta tristeza en su forma de mirarnos y sus movimientos resultan apagados, como si estuviera conmovida. Con gesto aturdido, entrega a Redford a su padre, que lo abraza con una especie de distinguida autoridad y se pone a mimarle y a limpiarlo. Se me antoja que tienen un aspecto muy natural juntos, Lyman y su hijo, y me conmueve el corazón.

—Hola —saludo a Shawnee Ray.

Asiente con la cabeza. Me muestro muy serio y escruto las incógnitas de su rostro con detenimiento.

De pronto, Redford lanza un gran alarido sin motivo concreto. Para demostrar sus aptitudes como padre, Lyman se ve obligado entonces a resistirse a las ganas de devolverle a los brazos de su madre y se dedica a hacer todo tipo de maniobras para distraer al niño. Se contorsiona, se contonea, da saltitos, habla con voz aguda y extraña y se pone incluso a arrullar, pero nada funciona. Termina por darnos la espalda a Shawnee Ray y a mí para dirigirse detrás de la casa, donde hay un pequeño arenero y un par de camiones de plástico.

Aprovecho la oportunidad y me vuelvo otra vez hacia Shawnee Ray con gran apremio. Leo en su mirada el deseo que le inspiro, estoy seguro de ello. Me parece que está a punto de abrirse hacia mí como las flores de mis sueños. Por mucho que sepa que Lyman se encuentra a la vuelta de la esquina, mis labios se separan y todo mi rostro suspira por el suyo, y tengo que sujetarme las manos a la espalda para impedir que le estrechen la cintura, se deslicen por los manantiales de su espeso y sedoso cabello, le sujeten la delicada barbilla con forma de concha, las mejillas, y le acaricien los párpados y las finas y suaves cejas. Me quedó así, boquiabierto, esperando la inspiración.

—¿Quieres casarte conmigo?

Shawnee Ray retrocede como si mi pregunta la ofendiera, como si le pareciera tal vez una broma de mal gusto. Las comisuras de sus labios se hundían y se da la vuelta despacio, y entonces, lanzando una fugaz mirada, descubre algo en mi rostro. Algo devastado. La dieta a base de salchichas polacas y galletas rancias, los sueños, la angustia y el té, el sacrificio de la mitad de mi salud mental y la religión. Me escruta con dureza, y yo me abro camino cariñosamente hacia el mismo deseo ardiente que anticipo en su

mirada. Extiendo los brazos, pero ella golpea el aire con la mano y da un paso atrás, el semblante demudado, alterado.

—Sé realista —habla con voz aguda y tensa, y sus ojos brillan con demasiada luz.

—Lo soy.

Pronuncio estas palabras con tanta desesperación que me flaquean las piernas. Me arrodillo ante ella, y entonces extiendo los brazos y me abrazo dulcemente a las raídas manchas azules en las rodillas de su pantalón vaquero. Como si jamás hubiera visto nada tan bello como esas dos piezas de tela desgastada. Intenta apartarse, pero sin pretenderlo mis brazos se aferran aún más a ella y la obstaculizan. Casi pierde el equilibrio. Se queda quieta un momento y, después, se inclina y me empuja, presa del pánico.

Sorprendido, suelto los brazos de sus rodillas y, entonces, ella me coloca el pie debajo de la barbilla con tal fuerza que me caigo de espaldas.

—Apártate de mi camino...

Su voz suena demasiado monocorde, demasiado baja, trémula, como una especie de amenaza en un tono que no le había oído nunca. Retrocedo a cuatro patas como un cangrejo, fuera del alcance de esos crueles zapatos de cuero y de esa voz hiriente.

—¿Qué he hecho?

—¿Qué ha hecho?

Es Lyman, que aparece por la esquina con Redford, cuya cara ahora está embadurnada de arena y galletas. Ambos se acercan despacio hacia nosotros, pero Shawnee se abalanza bruscamente hacia Lyman y le arranca a Redford de los brazos. Demasiado desconcertado para llorar, Redford nos observa uno a uno con los ojos como platos.

—¿Que qué ha hecho?

La voz de Shawnee es una pantalla rajada. No es mi dulce Shawnee, mi tierna imagen pintada. De pronto, muestra el trasfondo y los rasgos que la configuran. Su cabello ondea como serpientes sinuosas y, en su ira contenida, sacude a Redford con tal virulencia que se le mueven los mofletes.

—¡Me ha pedido que me case con él! —articula estas hermosas palabras con una vehemente y espantosa voz llena de desprecio.

—Y hablo en serio —puntualizo humildemente, cayendo de rodillas, atónito y confundido como una oveja.

—Anda, cállate —replica Shawnee Ray—. Y tú —se dirige a Lyman, que se abalanza hacia mí—, déjale en paz. No pienso casarme contigo tampoco. Sácate esa idea de tu cabecita llena de bolas de bingo.

Estupefacto, Lyman se queda paralizado, como si le hubieran inmovilizado con una pistola láser.

—Shawnee Ray —comienza dulcemente—. No sabes lo que dices.

Se produce un silencio y, después, tras una honda respiración, lanza un fuerte chillido —un extraño e incoherente grito, semejante al de un babuino en el desierto—. El aire vibra. Me tapo las orejas con las manos. Suelta de nuevo ese alarido desnudo y despojado, un sonido que me produce un escalofrío en la nuca.

Su rostro se contrae, como una bruja, tan estremecedor que Redford esconde la cabeza en la camisa de su madre, agarrándose a ella como un pequeño mono mientras ella da media vuelta. La mujer parece ensancharse, su camisa se hincha y su pelo semeja la sombría hojarasca en una tormenta.

—¡Fuera de aquí! No me casaré con ninguno de los dos. Y sanseacabó. Tú... —Me fulmina con la mirada y la boca torcida—. Se te llena la boca con tus sentimientos pero ni siquiera eres capaz de volver a la escuela.

Lyman da un paso hacia ella.

—No te me acerques, ni se te ocurra intentarlo siquiera. Como vuelvas a acudir a los tribunales, como te interpongas en mi camino...

—Soy el padre de Redford —dice Lyman suavemente.

Shawnee da media vuelta. Vuelve a la casa con Redford, hablándole con voz serena y cariñosa. Abre la puerta, entran y oímos el portazo de un armario. Un breve llanto y más palabras tranquilizadoras. Lyman da vueltas arrastrando los pies y yo retrocedo hasta el coche, ambos inseguros, esperando que la escena haya terminado. Pero no, justo cuando comenzamos a pensar que nos podemos marchar, Shawnee Ray baja de nuevo las escaleras y se detiene ante Lyman. Se lleva las manos a las caderas. Se parece a esa mujer de armas tomar en Valle de pasiones, sacando cadera y enfundada en un pantalón ceñido, con zapatos de tacón y una mueca de sarcástico desdén.

—¿Que tú eres el padre de Redford? ¿Quién lo dice? Tú no estabas allí cuando más falta hacías. Llegas demasiado tarde. Yo soy la madre de Redford. —Su voz se torna melódica y terrible, ya que resulta falsamente encantadora, con una corriente maliciosa por debajo—. Acuérdate, Lyman —masculla—. Tú no eras mi único novio, ¿lo recuerdas? Había otros tres y solo cometí un fallo anticonceptivo con uno de ellos. —Se inclina hacia Lyman, con la barbilla prominente, y acerca su rostro al de él—. ¿Quieres hacer un análisis de sangre?

Lyman sonrío ahora como un lerdo, con un gesto de asombro maravillado. Le cojo por los hombros y lo acompaño caminando hacia atrás, abro la puerta

del coche y lo empujo dentro, todavía con esa expresión de divertida y socarrona indulgencia. Parece un gesto de porcelana, que podría romperse con facilidad, y comprendo que es hora de que nos larguemos de allí.

Lo más curioso es que, mientras avanzamos con el coche, no dejamos que se instale el silencio entre nosotros y no mostramos la menor reacción ante lo que acaba de suceder. No hemos recorrido ni tres kilómetros cuando nos ponemos a hablar de trivialidades. Discutimos sobre el cielo, de si lloverá o si el tiempo aguantará. Decidimos la carretera que vamos a tomar y la siguiente. Tenemos mucho en qué pensar, pero no podemos hablar. Somos incapaces de asumir la realidad de esta última media hora. Es como si ninguno de los dos pudiéramos asimilar el talante de Shawnee Ray que ambos acabamos de presenciar. Somos incapaces de entenderlo, asumirlo, aceptarlo, y nos negamos a que esa mujer sea ella en realidad.

Recorremos pequeñas carreteras secundarias, que conducen lenta e inexorablemente hasta la casa que pertenece a Xavier Toose. Vive en el límite de una parcela que se funde con la tierra que bordea el Matchimanito, el terreno que pertenece a Fleur Pillager. No me imagino a Lyman aquí. Nos estamos acercando a las mismas colinas preciosas, suaves y boscosas donde tiene previsto montar su gran casino, el palacio de la fortuna, el lucrativo proyecto que permitirá construir guarderías, conceder becas y curar los males de la adicción de los que él será una de las causas. Sé que Lyman ha pensado en las consecuencias y en los ingentes beneficios, pero ahora creo que no se ha detenido a analizar los aspectos personales. Quizá trate de eso su búsqueda: lograr una perspectiva más amplia de un genio en marcha. O tal vez, en lo más hondo de su ser, Lyman Lamartine sea una persona religiosa. Pero por otra parte, teniendo en cuenta lo que acabamos de vivir, es posible que tengamos mucho en qué pensar respecto a Shawnee Ray.

Tomamos un desvío y la vegetación se vuelve más espesa. Todavía sigo aturdido por la cercanía de las rodillas de Shawnee y de sus tobillos tan perfectos que invitan a acariciarlos. Por suerte, Lyman está concentrado ahora en el mundo que se encuentra más allá de éste, y ha abandonado aquella escena final. Mientras avanzamos dando tumbos por el último y largo tramo hasta la casa de Xavier, un camino de tierra lleno de baches, intenta darme instrucciones acerca de la cabaña de sudación: la forma correcta de entrar y moverse a gatas en el interior; pero yo me siento mareado. Hubo un momento, allá atrás, en que tuve la sensación de que Shawnee Ray no estaba realmente

furiosa y que gritaba tan fuerte para disimular los verdaderos sentimientos que alberga hacia mí. Intento repasar de nuevo toda la escena en mi cabeza. Me pregunto si no habrá fingido su ataque de ira a causa de Lyman, con la intención de guiñarme un ojo cuando nos marcháramos. ¡Y yo ni siquiera me he dado la vuelta! ¡Ni miré por el retrovisor! De haberlo hecho, ¿qué habría visto? Ojalá me hubiese quedado, pienso ahora, ojalá hubiese dejado tirado a Lyman y permitido que ella desahogara su furia entre mis brazos; entonces quizá se habría plegado a mi vida. Me temo que lo he echado todo a perder y que he perdido mi minúscula oportunidad. Sigo sin poder aceptar que quizá estuviese furiosa de verdad. Para empezar, no había ninguna razón para ello, ¿no? ¿Cómo podría estarlo? No he hecho más que adorarla.

Nos detenemos en el patio de la casa de Xavier Toose y bajamos del coche. Xavier se acerca hacia nosotros con paso liviano y ágil, como si acabara de engrasarse las articulaciones. Lleva una camisa verde claro y unos pantalones vaqueros. Es un hombre de aspecto corriente. Jamás lo elegirías entre la multitud como hombre santo, eso está claro. No tiene en absoluto un aire sagrado, no se parece a un sacerdote, ni tampoco resulta espeluznante como Fleur. No tiene nada del tipo «Tócame y caerás muerto». Más bien es rechoncho, de estatura escasa, con una cara ni gorda ni flaca, y jovial. No se parece a Russell Kashpaw, que trabaja con él y que tiene auténtica pinta de indio del monte Rushmore. No, Xavier posee una prominente nariz aguileña, unos ojos extremadamente negros y brillantes, unas finas cejas con aspecto de estar siempre sorprendido y una boca guasona. Lo único diferente, además de su mano sin dedos, es que lleva un pendiente, una diminuta concha. Le tocamos los brazos y, enseguida, al percibir la cálida corriente de su presencia, me quedo más tranquilo. No es un hombre que fuera a dejarme consumir ni morir ni ser devorado por animales salvajes, tanto en el reino de los espíritus como en el mundo terrenal. Me siento animado por la mirada amable y llena de divertida indulgencia que me dirige.

—He estado a punto de rajarme —confieso.

—Algunos lo hacen.

Nos hace señas para que nos dirijamos a la parte trasera de su pequeña casa marrón y sigamos después por un sendero. Respiro hondo varias veces, porque espero ver, en cualquier momento, algún rayo, alguna fuerza eléctrica que me sacuda repentinamente, algún mensaje que me penetre en los pies a través de esta tierra sagrada que se extiende desde el patio trasero de Xavier hasta la orilla en la que prefiero no pensar y las aguas del lago Matchimanito. Cuento con que retumbe a cada paso alguna voz sobrenatural y me angustia

pensar que quizás yo esté sufriendo algún castigo desde tiempos remotos. Lo que sucede, no obstante, es que Xavier nos pone a trabajar.

—El trabajo duro es bueno para modelar el cuerpo —manifiesta Lyman, al cabo de una hora de actividad.

—Yo creía que habíamos venido aquí para ver la luz —me quejo.

El día se ha vuelto caluroso, pesado y desagradable, y nos encontramos en medio de unos tupidos matorrales, sin que corra nada de aire, en busca de unas ramas de sauce de buen tamaño y flexibles, caminando con dificultad entre las altas hierbas, húmedas y esponjosas, cerca de un cenagal. Provisto de una pequeña hacha, en absoluto suficientemente afilada, voy cortando la base de un árbol joven, que se me resiste. Con su suerte habitual, Lyman tiene una cortante sierra sueca con forma de arco con la que consigue talar el triple de árboles.

Una vez que tenemos bastantes troncos pelados, los arrastramos de vuelta y, allí, debemos entretejerlos con esmero, con fuertes nudos de cabaña de sudación, cavar agujeros para los postes y recoger piedras que superen la inspección. Y por último, a orillas del lago en el que no quiero pensar, debatimos largo y tendido sobre qué piedras calientan mejor. No es que yo sea lo bastante entendido como para discutir nada; es solo que para entonces estoy hasta las narices, en todos los aspectos, de Lyman.

—¿Qué más da? —Cojo una piedra que ojalá Fleur haya maldecido—. A ver, coge esta piedra negra y pulida. Caliente es caliente.

—Caliente no significa simplemente caliente —responde—. Hay distintas cualidades de calor. Coge esa moteada.

—Parece un huevo, como si estuviera a punto de explotar.

—Las piedras no explotan.

—Si se calientan mucho y no tienen agua en las grietas, sí —improviso sobre la marcha.

Lyman se muerde los labios e intenta dominarse.

—Me preocupa esa idea de calentar las piedras de más —prosigo, molesto de que no se crea mis teorías científicas—. Desde el punto de vista de la física, me parece peligroso.

—Estoy harto de cuidarte como a un niño pequeño.

—¿Quién te lo ha pedido?

Lyman suspira y levanta otra piedra maciza con sus brazos de levantador de pesas. Para él, cuanto más pesen, más calentarán.

—¿A que nos sabría de miedo ahora mismo un helado con plátano?

Lyman se ríe a medias.

—¿Hasta cómo de caliente puede llegar a estar? —pregunto al cabo de unos minutos.

—Muy caliente —contesta Lyman con voz eufórica.

Más tarde, lo compruebo. La cabaña parece demasiado pequeña para que quepamos todos en ella, y desearía haber construido una tres veces mayor. Hay un sujeto que cuida la hoguera, un hombre musculoso con aspecto de presidiario, tipo Terminator, cubierto de tatuajes —seguramente gratis, por cortesía de Russell Kashpaw—. El blanco de sus ojos destaca mucho y sonrío demasiado. Lleva atado en la cabeza un pañuelo rojo y él también recibe las instrucciones, incluso mientras prepara la hoguera para nosotros y calienta las piedras hasta que están incandescentes. Estas forman un pequeño medio círculo junto a un altar de tierra al que se le ha espolvoreado una línea de cedro. A un lado, se ha colocado un cuenco con tabaco, un pequeño recipiente de madera. Cuando Xavier anuncia que está preparado, el tipo, Joe, echa las piedras en el hogar con una pala. Xavier entra en la cabaña de sudación. Lyman y yo nos desnudamos y entramos también. El tipo fornido cierra la portezuela. Xavier vierte un cazo lleno de agua sobre las piedras, y entonces empieza a hacer calor de verdad.

Xavier reza, nos habla y nos da instrucciones. De buenas a primeras, Lyman se lanza a una larguísima oración, muy profunda y trascendental, del tipo que podría emplearse en la apertura de un congreso. Me agobio pensando en lo que puedo decir yo, dado que no creo realmente en el ser o lo que sea a quien me estoy dirigiendo, pero cuando llega mi turno, descubro que el calor aumenta mi talento para la oración. Me fluyen las palabras, como si las sílabas se volviesen miel líquida. Hace un calor asombroso, sorprendente. Tanto calor que no lo aguanto. Pero lo soporto después de todo y comienzo a tener todavía más calor. Intento refrescarme hablando cada vez más rápido, rezando cada vez más alto, como si mi lengua fuese un pequeño abanico, pero acabo por rendirme y callarme. Xavier nos ha enseñado que la cabaña de sudación es hembra, como una matriz, como nuestra madre, donde solo podemos volver a entrar reptando por la tierra. Nos ha animado a que nos dejemos llevar para sentir esa conexión que debemos de haber olvidado, y me parece que la noto sin siquiera intentarlo, porque a medida que voy teniendo más y más calor y según voy rezando, me descubro deslizándome lejos del presente en un sueño oscuro que no tiene ni antes ni después. Dejo de hablar, o de pensar, o incluso de sentir el calor abrasador que mana de las piedras con un chisporroteo cada vez que Xavier las rocía con agua. Solo existo, floto, con los oídos cerrados y la mente apagada. Al cabo de un rato, el calor se

vuelve soportable y, después, parece el abrazo más perfecto que haya existido jamás. Entonces Lyman dice que desea tener más calor y vierte más agua en las piedras.

Podría matar a Lyman. Soy un filete muy hecho. Mi aliento parece frío en mis manos y sé que no saldré de aquí con vida. Me invade el pánico. Me pongo a rezar con voz obsesiva, pura y desesperada, hasta que abandono el presente, donde la voz de Xavier Toose resuena amplia y tranquilizadora como el cielo. No entiendo lo esencial de sus instrucciones, pero siento el consuelo. De nuevo, quiero quedarme allí para siempre, pero todo ha terminado. Emergemos a la luz normal del sol, al día que antes había sido sofocante y húmedo y ahora resulta frágil, fresco y suave. Yo debería ser un niño recién nacido, pero en cambio me siento raro, sin brazos que me acunen. Un rugido de desilusión va creciendo en mi cabeza.

Busco a June con la mirada, entre los árboles, hacia la carretera, como si hubiera vislumbrado un fogonazo del coche azul atravesando este día perfumado de menta. Pero no hay la menor señal de ella, no ha vuelto.

Estoy desanimado y presto atención a medias a Xavier, que nos explica lo que debemos hacer; solo estoy presente en cuerpo. Caminamos hasta el lago, nos zambullimos para purificarnos completamente. El agua no me entusiasma, no me quiere. Cierro los ojos para huir de la oscuridad y salgo lo más rápido que puedo sin mirar la exasperante perfección muscular del cuerpo de campeón de lucha de Lyman, ni la recia maraña de cicatrices y tatuajes de serpientes y mujeres en memorables posturas que rodean los muslos de tan servicial presidiario. Xavier también se moja y le toma el pelo a Joe con las serpientes y las mujeres. Pero no consigo integrarme en el ambiente de ese día, pues me habita la tristeza.

—¿Qué te pasa? —me susurra Lyman en un momento dado, con impaciencia, sin duda convencido de que estoy dolido por Shawnee Ray.

Reflexiono. ¿Qué me ocurre? ¿Cuál es el problema?

—Echo de menos a mi madre —respondo.

Lyman suelta una risotada, se lleva la mano a la cara, y en ese instante comprendo que se arrepiente de haberme invitado a acompañarle en este viaje espiritual. Intento recobrar mi estado mental. A duras penas consigo hacer lo mínimo imprescindible, es decir seguir los acontecimientos y adentrarme en el bosque detrás de la casa de Xavier. Me encuentro deambulando solo en medio de las alargadas sombras de aquella tarde, en busca de un lugar donde poder esperar el tiempo que sea necesario hasta que me llegue una visión. Las

opciones son innumerables, pero he de elegir un sitio personal para poder acumular la energía.

Lo intento, pero no hago más que dar tumbos durante horas, hasta que dejo de saber dónde estoy, pero ya nada importa. Para entonces, estar perdido no es más que una trivialidad.

Me siento en una roca dura y fría y me hundo todavía más en la miseria cuando levanto la mirada y descubro que me encuentro en el punto de mira del maldito y viejo lago, donde suceden cosas malas, donde fui a ver a la vieja dama y donde, muerto de miedo, escuché sus palabras de osa. En el Matchimanito, Fleur Pillager se ahogó y volvió a la vida, y el fantasma de su primo Moses ronda la isla con aullidos de gato. Pero no me importa. Si esa cosa cornuda, esa cosa negra con garfios que vive allá abajo, se hincha y me persigue, no echaré a correr. ¿Para qué? No hay ningún libro sagrado que pueda ayudarme y, de nuevo, no tengo motivos ni razón alguna para seguir vivo.

—Esto es genial —vocifero, mientras me fabrico un pequeño nido con agujas de pino, musgo y hojas—. Si me sintiera yo mismo, estaría tan acojonado que no pegaría ojo.

Solo tengo tres pertenencias por todo equipaje: el saco de dormir con el dibujo de alces azules en celo en el forro de franela, una botella de agua de plástico y una bolsa de basura, que supuestamente ha de servirme de lona para protegerme de la lluvia. La relleno de hojas para formar un jergón. Eso probablemente sea hacer trampas. Ah, sí, también tengo algo de tabaco y un poco de cedro, que Xavier me puso en la mano. Salvo eso, nada de nada. Aunque todavía es de día y la luz se filtra moteada por las hojas y las ramas, me meto en el saco de dormir.

No sé la hora que es cuando me despierto. Tras el sueño, la sensación de abatimiento ha desaparecido y ha sido remplazada por el instinto normal de supervivencia, pero enardecido más allá de la cordura. No me puedo creer que me haya metido en esta situación. El viento se levanta, hay una oscuridad absoluta e intensa, y oigo terribles crujidos de animales a mi alrededor, e incluso el ulular de *Ko ko ko*, el búho, que retumba en mis oídos.

El miedo se apodera de mí por todas partes y me estremezco. Hundo la cabeza en las manos, me balanceo hacia atrás y hacia delante y desearía haber construido al menos un pequeño refugio en los árboles. Algún ciervo podría aplastarme aquí en el suelo. Pienso en sus pezuñas puntiagudas. A

continuación, en dientes. En colmillos, astas, incisivos de conejos. Fauces diseñadas para desgarrar. Tiburones. Olvida los tiburones. Osos. Mapaches. En esta oscuridad inquietante, no lo veré venir. Moriré degollado. Por supuesto, sé que no se han producido ataques de osos, ni se han abalanzado jaurías de lobos contra campistas solitarios, ni se han denunciado casos de bandadas de búhos o de ardillas descuartizando a algún ser humano, pero siempre tiene que haber una primera vez para cualquier suceso anormal. Eso es lo que lo convierte en noticia.

Suelto un sonoro gruñido y me acurruco, y durante el resto de la noche, cada vez que un ruido me sobresalta, me levanto de golpe, grito y, después, vuelvo a tumbarme a la espera del siguiente embate de la naturaleza. De este modo, con frecuentes alaridos, ahuyento a los invisibles intrusos. No dejo de escrutar fijamente la oscuridad sin rostro, que ni siquiera está iluminada por el brillo de unos ojos salvajes.

Mañana. Mañana. Noche. Noche. Mañana. Atravieso dos ciclos y luego pierdo la cuenta. El primer día, tengo hambre y todas mis visiones consisten en hamburguesas Big Mac. Al día siguiente, ya nada importa. Bebo agua del lago y aguardo la muerte por alguna antigua maldición paralizante, pero no sucede nada. Al despertar algún tiempo más tarde, comienzo a prestar atención a lo que me rodea. Observo una hormiga que mata algún tipo de bicho y lo despedaza para llevárselo. Un pequeño pájaro marrón salta de una rama a otra. Después, vuelve a la primera otra vez. Una comadreja pasa delante de mí a toda velocidad, mirándome fijamente, con curiosidad, antes de esfumarse. Un arrendajo azul se posa, grazna y desaparece. Intento interpretar todo esto como señales de algo más grande, pero no logro descifrar el sentido.

Duermo, me debilito y, cuando despierto, tengo la cabeza liviana e hinchada como un globo. Caigo en un estado de ensoñación desagradable y, de pronto, siento rabia por haber nacido indio. Si fuera otra cosa, quizá francés, quizá nada, o digamos noruego, estaría sentado cómodamente comiendo crêpes. O chino. Con nostalgia, cierro los ojos y me imagino el bocado de un crujiente *wan tun* frito en el restaurante Ho Wun. El sabor a buñuelos agridulces. Fideos curruscantes y muy calientes. No es justo. Abomino los extremos a los que me obliga la sangre. Me vengo mentalmente, entonces, imaginándome lo que pasaría si todos los indios del país desaparecieran de golpe y regresaran al lugar de donde han salido.

En mi cabeza, nos veo a los chippewas volviendo de un salto a la gran concha que nos ha engendrado, a los mandans deslizándose por su calabacera

trepadora, a los navajos metiéndose bajo tierra y borrando sus huellas, al Creador de la Tierra aceptando la vuelta de los winnebagos a la arcilla primigenia, a los sénecas alzándose en el cielo y a los hopis siguiendo su flauta hasta el inframundo.

Y ¿después qué? Reflexiono sobre ello solo un instante antes de saber la respuesta. Lyman Lamartine conseguiría arreglárselas de algún modo para escapar del apocalipsis indio. Lyman acabaría, al final, al mando de todo. Las políticas y los programas saldrían de su despacho, analizando este problema. Emitiría directrices con una calma surgida del desastre y reuniría todas sus fuerzas. Aunque no regresara ni un solo indio a este mundo, el papeleo de Lyman Lamartine perduraría, incluso crecería, porque los tipos como él están tan imbricados en el sistema que resulta imposible expulsarlos sin descuartizar huesos y entrañas. Los armarios repletos de expedientes cambiarían las prioridades hasta regenerarse en informes el doble de gruesos.

Sin embargo, en esa misma ensoñación, también me desquito con Lyman. Queda despojado de sus anillos turquesas con incrustaciones, de sus zapatos Hush Puppies, de su traje de doscientos dólares para sus citas en Washington y de su corbata de bolos; al final se mezcla con todos los demás. Hago que Lyman eche a correr hacia la concha junto a los demás chippewas, pero es demasiado tarde. La concha se cierra sobre Shawnee Ray, Redford y yo, y se aleja por las aguas, dejando a Lyman en tierra. Se queda ahí observándola hasta no ser más que una perla en el horizonte que bascula al final del mundo.

Por supuesto, no es más que un sueño. No será tan fácil deshacerse de él.

Al vincular mi sino al de Lyman, tengo que formar parte de algo muy grande, muy fangoso y muy lento. Un megalito de mediocridad, dijo alguien, pero era un renegado de la Oficina de Asuntos Indios, al que habían despedido, y Lyman y yo tenemos nuestros destinos entrelazados, enmarañados como las raíces de dos plantas. No dejo de aferrarme mentalmente a esa gratificante sensación que compartimos una vez, cuando Lyman me contó que recordaba el día en que su hermano Henry y él dormitaban apaciblemente a la sombra de los árboles en una *powwow*, en medio de un bosque de pinos, mientras oían los pesados pasos de quienes danzaban en el suelo de tierra.

Hoy día, extienden una alfombra de césped artificial en la pista y no se levanta polvo ni arenilla por los que preocuparse. Aun así, me quedo dormido imaginándome esos días felices, donde no faltaba comida, y más días así, aguardándonos con el dinero que he ganado al bingo. Me despierto, deseando tener algún libro que leer, o mi *walkman*. Escucho todo Hendrix de memoria,

después *heavy metal* y, para cuando el sol comienza a ponerse, hago el sorprendente descubrimiento de que no necesito ningún equipo estéreo. Estoy enganchado a mi propio cerebro. No se trata de una visión de gran calado, pero me ayuda a matar el tiempo. Me vuelven a la memoria películas. Libros. Veo de nuevo la serie de *El Padrino*; después, releo la trilogía *Dune* y *Moby Dick*, el libro favorito de mi padre Kashpaw. Continúo y avanzo bajo la superficie de mi mente. Por supuesto, Shawnee Ray aparece en cada esquina. Pensar en ella resulta tan turbador que, sobre todo cada vez que miro hacia el lago, tengo que intentar apartarla de mi mente. Visualizo una pequeña caja de cartón y entonces la envuelvo con cariño, aunque forcejea conmigo, y la guardo en el interior. Me la envío a mí mismo por correo. La abriré cuando llegue. Me siento mejor una vez que Shawnee está a buen recaudo temporalmente.

Para entonces, me he acostumbrado a los susurros, crujidos y demás gritos. He renunciado a asustarme. Solo estoy aburrido, y ahora me doy cuenta de que nunca me he sentido así antes. Siempre sucedía algo en mi vida real, a cada minuto, si lo comparo con lo que pasa aquí en el bosque. ¿Qué tiene el bosque de estupendo, maravilloso e increíblemente fantástico? Me hago esa pregunta mientras permanezco sentado. No se puede hacer otra puñetera cosa que pensar. De vez en cuando, me indigno. Me pongo a hablar solo y maldigo entre dientes todo lo que veo.

—Deja que Lyman construya aquí su viejo casino, ¿qué más da? ¿Que importa dónde lo haga? Al menos habría otras voces humanas. No me disgustaría una pequeña máquina tragaperras aquí mismo, al lado de esta roca, con un sustancioso desayuno por un dólar y Pepsi gratis. Por mí, perfecto.

Para su proyecto, el lugar es inmejorable: con vistas al lago, perfecto para un complejo de ocio a gran escala. Y mientras permanezco aquí sentado, con la mente en blanco durante interminables horas, tengo que reconocerlo.

Mañana. Noche. Noche. Mañana. No tengo ni idea de lo que pasa, ni del tiempo o el espacio. Todavía me sumerjo y emerjo de brotes de profunda desesperación, y encima sigo sin tener lo que yo llamo una visión. ¿Dónde está? Creo que, en cuanto haya superado el hambre, que a veces se torna tan feroz que me lleno la boca de hojas que mastico hasta escupirlas, me surgirá alguna imagen luminosa. Caigo en ese estado de ánimo en que nada me asusta ni me sorprende, y en que agradecería la visita de un oso a mi pequeño campamento para poder charlar con él.

Ése es otro tema: cada vez me siento más solo. Al cabo de un tiempo, hay empate entre el hambre y la soledad. Shawnee llega en uno de mis periodos

de vigilia, y no puedo evitar abrir el paquete y liberar su recuerdo. A partir de ese momento, su rostro justo antes de estallar en cólera se halla en el mismo plano que la imagen del perrito caliente que me arrepiento tantísimo de no haber comido en el Dairy Queen. Percibo el sabor a mostaza, salsa sweet relish^[11], y lo más doloroso de todo, al sudor salado en el cuello de Shawnee. Cómo me arrepiento del desperdicio de todos esos helados que acabaron tirados en el suelo y sobre la gente. Unas creaciones altísimas se alzan en mi cabeza. Coronadas con nueces. Shawnee vierte en mi boca abierta enormes cucharadas de crema helada, o deja caer en ella nachos, de uno en uno. Intento enfocar esa imagen, para convertirla en algo parecido a una visión que me ilumine el camino, pero sé que no es la cosa de verdad. Me obstino. Estoy convencido de que Lyman está teniendo visiones ejemplares a montones y de que yo quedaré totalmente fuera de juego si no consigo algo profundo y asombroso con qué contrarrestarle. Pero no sucede nada, nada de nada, y todavía nada, hasta que comienzo a llamar a esto mi «ayuno a ninguna parte».

Después, por la mañana temprano, algo sucede. No lo esperado, por supuesto. Una luz grisácea se filtra entre los árboles cuando me despierto, como plata vieja, y el saco de dormir parece más mullido y cálido que de costumbre. Doy dos cabezadas más antes de despabilarme y comprender que hay algo más que me da calor. De pronto, percibo el peso, la otra presencia, y, cuando asomo la cabeza para echar un vistazo fuera del saco, me golpea el olor antes que la vista de la peluda bola que anida junto a mis caderas. Un pelaje negro con rayas blancas. La madre de todas las mofetas. No sé por qué, pero se me ocurre que es una hembra. Tal vez sea por la seguridad en sí misma que desprende, la forma en que sigue profundamente dormida en la parte más incómoda de mi cuerpo. Poco a poco me aparto de ella, con mucho cuidado para no dejarla caer o hacerle daño e incluso despertarla con mis movimientos, pero, por supuesto, eso es algo altamente improbable. De repente, abre los ojos negros con un destello y bostezo, con una boca repleta de dientes puntiagudos.

Esto no es un bien inmueble.

Oigo una voz somnolienta y malhumorada en mi cabeza. Ahora bien, ¿ha dicho eso la mofeta o se trata de mi mente que ha terminado por tener fugas? Siento pánico al pensar que estoy perdiendo el juicio y retrocedo de espaldas, tirándola al suelo bruscamente y de mala manera. La mofeta se incorpora y se pone de puntillas. Se pone tensa. Y después, juro que, petrificado como estoy, el animal da pequeños golpes en el suelo con las patas delanteras, componiendo una pequeña melodía. A continuación, justo antes de levantar

su tupida cola, me mira de reojo por encima del hombro y me dedica una sonrisa de satisfacción.

No es un bien inmueble, me repito, y entonces me veo rodeado y habitado por algo tan potente que ni siquiera lo identifico como un olor.

No hay un antes ni un después; me resulta imposible respirar o sortear el drástico momento que prácticamente me hace despegar del suelo. Me levanto, empapado, pero no estoy solo, ya que el olor de la mofeta es una especie de presencia en sí mismo.

Es una nube viva en la que me muevo. Es algo que puedo sentir y tocar; y entonces llega Xavier Toose. Aparece tan repentinamente y resulta tan real que me quedo anonadado. En un principio, creo que le han disparado, ha sufrido un infarto o ha terminado por comprarlo, ya que se desploma en el suelo y empieza a girar hacia mí y a dar vueltas con frenesí, como si se estuviera retorciendo de dolor. Pero ahora, mientras me precipito hacia él e intento ayudarle, agita los brazos con desenfreno y tiene el rostro contraído, pero no de dolor. Se está riendo y lo hace a carcajadas, de modo que es inútil hablar con él, totalmente inútil.

Camino en silencio, sin mi guía espiritual. Llego a la zona destinada a nosotros bajo una lona cerca de la casa de Xavier. A cierta distancia delante de mí, Joe el reo se abalanza bajo el abrigo. Observo que hay comida debajo de unos paños de cocina limpios, blancos y azules, dispuestos en el centro de una mesa de picnic. Pero la mofeta ha apagado todos mis sentidos y tengo que imaginármelo desde lejos. Arroz salvaje con setas, mermelada de guillomo untada en panecillos *bannock* recién horneados y salchichas. Tengo que imaginarme el sabor del refresco Kool Aid y del té helado y visualizar el vapor que mana de los termos cerrados de café. Rajas de melón y tarta. Bizcocho. Hinco el diente y nadie me detiene. El olor a mofeta retumba en mi cabeza con tanta fuerza que no puedo oírlos ni hacerles frente. Solo sé que están en otra parte, a mi alrededor, riéndose a carcajadas. Engullo un plato caliente lleno de hamburguesa y tomates. Mastico con gesto entrecortado carne de ternera y de búfalo.

Nadie se atreve a acercarse a mí. Forman un círculo y me reclaman desde la linde del patio de Xavier. Pero están demasiado lejos y no contesto; solo sigo comiendo, aunque me sacio antes de lo que pensaba. Diviso el humo que se eleva de la pequeña hoguera, pero no voy a sentarme allí. Ahora todos lloran de risa, embriagados con mi historia.

Quedo totalmente humillado por Lyman.

Al final, me acerco sigilosamente al círculo alrededor de las llamas bajas.

—Estaba rezando para tener una visión —comienza Lyman despacio, con voz baja, pero muy complacido con lo que sigue—. Estaba rezando para tener una visión —repite su introducción. ¡Cuánto teatro! Miro a un lado y a otro con disgusto y compruebo que todos los ojos están clavados en Lyman con solemne satisfacción, aunque se tapan la nariz por mí discretamente. Solo existe Lyman, y siempre será así. Nunca Lipsha. Me instalo en las ruinas de mi derrota y me quedo sentado en silencio con las manos sobre el regazo. En lo más hondo de mi corazón, odio a Lyman, pero en mi rostro dibujo un gesto de anhelante amor.

Capítulo dieciocho

La danza de Lyman

Al tercer día se levantó y, en el claro del bosque, allí donde el sol alumbraba, en la orilla del cenagal seco, en medio de las altas matas de hierba verde amarillenta, Lyman comenzó a bailar. Era la primera vez desde la muerte de Henry que no bailaba con el traje de su hermano. Era la primera vez en su vida que no bailaba por dinero. El aire estaba fresco y el sol irradiaba unos rayos suaves. En algunas zonas, el barro reseco parecía cocido y se había convertido en una superficie nivelada con grietas esquistosas, y si bien sus pies descalzos no dejaban ninguna huella, la tierra fangosa era polvorienta y suave. Se movía con el viento, codo con codo, entre las matas de hierba, balanceándose al antiguo estilo norteño. Temblaba con la hierba, mientras realizaba la danza de la sacudida, relajando los hombros como si fueran harapos. No sintió hambre ni sed, y no estaba cansado, aunque apenas había dormido. Así que se levantó el viento, sin dejar de moverse y girar, comenzó a oír el canto que había empezado al alba como un simple murmullo, un lamento en su cabeza, y que ahora cobraba cuerpo y forma.

La canción avanzaba, más redonda, más y más cerca, siempre a cuatro voces, decayendo antes de retomar hasta que, justo al otro lado de la pantalla de matorrales, supo que alguien —no le reconoció— había dejado un tambor. A esa persona se unieron las demás voces: una grave como el croar de un sapo, otra hueca, la súplica de una lechuza, una mujer con graznido de águila, una especie de antiguo trino de la victoria, agudo y vibrante; y después ya no pudo distinguir una de otra: cantando allí fuera había toda una muchedumbre.

Todo el mundo pensaba que, cuando Lyman bailaba, bailaba para Shawnee. Pero no era así: siempre bailaba para Henry. En su juventud, hubo veces en que le molestaba bailar a la sombra de su hermano, escuchando las mismas palabras del presentador: «Tenemos aquí al más prometedor bailarín de la danza de la hierba, Henry Lamartine Júnior. Y a su hermano Lyman,

allí, que también es muy bueno». En alguna ocasión pensó en negarle la mano a su hermano, cuando hacía cola para felicitar a los ganadores, solo que nunca lo lograba porque Henry siempre se lanzaba con entusiasmo para abrazarle con fuerza.

A medida que el sol se elevaba en el cielo, calentando el suelo, y conforme siguió bailando, Lyman empezó a anhelar esa sombra. Y es que Henry no solo bailaba delante de él y le tapaba la luz del sol, sino que también le protegía del resplandor. Lo absorbía y cubría a su hermano con su sombra amistosa.

Cuando bailas, Lyman Júnior, bailas con mi fantasma.

Ese día, mientras la luz declinaba entre las colinas y se levantaba una suave brisa, Lyman notó cómo de nuevo descendía la sombra de su hermano. Continuó bailando mientras la sombra se alargaba y se extendía hasta el crepúsculo. El sol desapareció y entonces, con gran nitidez, justo al otro lado de los árboles, oyó a Henry que le decía que debía jubilar esos viejos trajes de danza.

Están hechos polvo, tío, y tú también.

Después, ambos se echaron a reír, porque cuando Lyman bailaba con esa ropa, lo hacía para mantener vivo a Henry, para darle corazón, ya que su fantasma ahogado no hallaba la paz ni la serenidad. La canción surgía ahora con las palabras fortalecidas, y Lyman se inclinó con los juncos de adelante hacia atrás y de un lado a otro. La danza evocaba aquel ocaso cuando Henry se había tirado al río, hundiéndose con las botas llenas de agua fría primaveral, y se había ahogado. Lyman bailó el agua que se cerraba sobre él, que corría y corría y corría, y bailó a su hermano perdiendo fuerzas, desplomándose, y a su cuerpo arrastrado por la corriente. Después, Lyman bailó su propia y dura pugna contra el abrazo helado y musculoso del río, al que había saltado en vano para intentar salvar a Henry. Al salir del agua, Lyman se limpió los pies en el lecho del cenagal y en la hierba, y se quitó el barro del fondo del río una y otra vez, sin descanso, despacio, con delicadeza, completamente, hora tras hora, hasta que al final, desde el tambor y las voces al otro lado del claro, oyó la voz de Henry volando en el cielo:

*Está todo tranquilo, tan tranquilo,
en este lugar en que me hallo,
hermanito mío*

Capítulo diecinueve

La suerte de Albertine

Albertine se despertó algo embotada en la pequeña habitación que su madre siempre tenía preparada para las visitas y se dio media vuelta de nuevo, hundiendo el rostro como un animal en las cálidas almohadas. El aroma a pan tostado, café, mantequilla chisporroteando y mermelada de bayas hirviendo en el fogón hasta espesarse la sacudió de su sueño. Se llevó las manos a la cara, apartó de una patada el edredón de su madre hasta las rodillas, dio unos pasos titubeantes sobre el frío linóleo y se enfundó torpemente calcetines, vaqueros y una sudadera. Disfrutaba de unos pocos días de vacaciones y su coche la había dejado tirada dos veces de camino a casa. Mucho más tarde de lo esperado, casi a mitad de la noche, aparcó el coche delante de la casa de su madre. Ahora, le invadía el zumbido del agotamiento y de la adrenalina derrochada. Le ardían los oídos del viento gélido y las sienes le latían con fuerza como si fueran a estallar.

—¿Quieres?

Era Shawnee, con una taza en las manos, en la que se leía en letras rojas «¡Sí, el Kalamazoo existe!». Albertine cogió la taza con las dos manos y sorbió lentamente el café humeante. El líquido amargo cayó por su garganta, dibujándole una línea ardiente en el pecho.

—¿Dónde está mamá?

—Ha ido a la iglesia.

—¿Dónde está Redford?

—Con ella.

Las dos jóvenes podrían haber sido hermanas, aunque Albertine era mayor y mostraba un aspecto cansado, con oscuras ojeras. Su larga cabellera, de un tono más claro, caía con majestuosidad y el sol que se filtraba por la ventana hacía resaltar mechones de un rubio rojizo. Miró a Shawnee y bajó los ojos, preguntándose qué le diría y si tendría el valor suficiente para decirle nada. Su propia relación con su madre era de estudiada y medida distancia por parte de

ambas. Se habían enfrentado hacía muchos años y, posteriormente, habían llegado a un acuerdo.

Albertine no desvelaría nada que pudiera alterar o dañar la imagen que su madre deseaba hacerse de ella y, por su parte, Zelda no se entrometería en la vida de Albertine. Este tácito acuerdo había facilitado mucho las cosas entre ambas, por lo que ahora resultaba muy difícil, sino imposible, que tocaran una fibra más sensible en sus conversaciones.

A Zelda le bastaba con saber que Albertine estudiaba Medicina. Aquello liberaba a Albertine de dar más explicaciones. A Albertine le bastaba con saber que su madre tenía un empleo. Sus respectivos trabajos les proporcionaban temas de conversación y motivos de queja seguros. Incluso la presencia de Shawnee había ayudado al principio, quitándole a Albertine la presión que Zelda solía ejercer sobre ella en el pasado respecto al matrimonio, los nietos, a la imagen más amplia que Zelda deseaba conformar a su alrededor y en el que ella era el centro.

—¿Están mejor las cosas? —Albertine estaba un poco más espabilada, a sabiendas de que, en cuanto regresara Zelda, no tendrían oportunidad para hablar con sinceridad—. ¿Tienes planes?

Shawnee metió un mechón de pelo detrás de la oreja. Bajó la mirada hacia sus rodillas y se frotó las manos en el desgastado tejido de sus vaqueros. Llevaba un cinturón con una hebilla que lucía una turquesa con forma de mariposa.

—Me marchó de aquí —anunció, ante el silencio de Albertine—. Me marchó de verdad —aclaró.

Albertine se sintió resbalar y caer otra vez en las frágiles emociones de su infancia. Solía esconderse bajo el edredón, en la cama, allí donde su madre dormía boca arriba —rígida, solitaria, intocable, como una labrada estatua de piedra— y respiraba el calor de su madre, la proximidad humana que olía a humo, el aroma a café y el perfume rancio a los clavos que mascaba y a cigarrillos.

Antaño, Zelda entraba y salía de las habitaciones entre nubes movedizas, y el vaho un tanto mentolado formaba parte inherente del amor de Albertine. No importaba que ahora conociera los efectos secundarios de la nicotina, ni que no fumara y ayudara a sus pacientes a dejar de fumar; aquel olor le inspiraba seguridad. Jamás se había atrevido a acurrucarse junto a su madre, ni a abrazarla con fuerza, solo se había animado a rozar con sus labios la piel

fina y porosa de sus mejillas y a acariciar sus dedos curtidos por el trabajo. Incluso eso hacía daño, y, una vez, tras acostarse con un hombre al que odiaba, petrificada por lo que acababa de hacer, Albertine comprendió que la desesperación con la que se había entregado a sus caricias no era más que su deseo infantil de arrebujarse junto a su madre. Y poco importaba su padre, una simple fotografía enmarcada.

La lista de lo que necesitaba de un marido, o un amante, no tendría fin. Albertine fue consciente de ello entonces, y comprendió que la única respuesta a sus necesidades la hallaría curando a los demás, del mismo modo que ella también necesitaba que la ayudaran. Era lo que observaba en tantos médicos, incluidos los mejores y más obsesivos: una carencia en lo más hondo, un vacío que compensaban, de una forma misteriosa, entregándose totalmente.

Ahora, en la pequeña y soleada habitación, con Shawnee Ray sentada delante de ella, Albertine se recostó e intentó atar todos los cabos. En un primer momento, parecía que no había manera alguna de cortar el cordón umbilical con su madre. Cuanto más lo tensaba, más fuerte aguantaba.

Había un hueco en el interior de Albertine donde cabía un niño, y cuando Redford entró corriendo en casa, la mujer abrió los brazos de par en par con pesadumbre, aunque era probable que el chico no la saludara como ella deseaba. Era verdad, tal y como había apuntado Shawnee, que Redford se había vuelto más receloso y precavido desde el incidente con la policía tribal. Zelda lo aupó y lo soltó, y el niño tocó el suelo con grávida rapidez. Miró brevemente de reojo a Albertine y corrió hasta su madre pegándose a ella; escaló con sus piernas, agarrándose a los bolsillos, a las trabillas del cinturón, hasta que Shawnee le estrujó contra su pecho. El niño envolvió las piernas en la cintura de su madre y se quedó así colgando durante un tiempo; después se dio la vuelta y solo entonces, con gran sensación de alivio, gritó hola a Albertine. Estaba dispuesto a pasar de los brazos de Shawnee a los de ella, pero antes necesitaba asegurarse de que su madre permanecería en la misma habitación. Cuando Shawnee se dirigió al vestíbulo para colgar su pequeña cazadora roja, Redford se abrió camino y forcejeó para liberarse de las manos de Zelda, que intentaba agarrarle rápidamente, para asegurarse de que su madre iba a volver.

Durante todo ese día, mientras observaba al niño y a las dos mujeres, Albertine advirtió que se estaban dibujando esquemas en el ambiente. Un

juego de hilos entrelazados, que adoptaban formas reveladoras según se fueran tensando o aflojando. Más tarde, esa misma noche, mientras se quedaba dormida, recordó las manos de su tío Eli cuando estiraba y soltaba los delicados diseños. Un rayo. Una rana. Un murciélago. Estrellas gemelas. Una tortuga. El pie de una gallina. Una flecha. Un cinturón de mujer y una mariposa. Los dibujos se recortaban en la oscuridad como estelas de luz.

Zelda lo cosía todo demasiado fuerte, tensaba demasiado el hilo hasta que se rompía, y se impacientaba enseguida con el resultado de su labor antes de llegar siquiera a la mitad; pero cuando las tres mujeres trabajaron juntas en el traje de danza de Redford, Albertine se dio cuenta de que Shawnee Ray doblegaba su ímpetu como un arco para satisfacer las necesidades de la anciana y que había fuerza en la manera tranquila en que le quitaba la aguja a Zelda para deshacer puntadas mientras ésta echaba humo, levantaba los brazos en alto y se dirigía al fogón. La comida que a Zelda le encantaba preparar se encontraba reunida en una sola olla: arroz tostado, mantequilla, salsa de pollo y un paquete de guisantes congelados. Shawnee Ray se volvió para ver qué estaba removiendo Zelda y se encontró con la mirada de Albertine.

—Os parece muy gracioso a las dos —observó Zelda—. ¿Qué más da que no sepa coser? Puedo escribir a máquina durante días. Yo soy así.

—¿Plato único?

Zelda se volvió de lado, abrió la boca y movió las caderas. Estaba de buen humor, dispuesta a que le tomaran el pelo y feliz de concentrar toda la atención en su persona.

—¿Te estás quejando? ¿Después de la comida de hospital de esa cafetería?

—Solías ser tan maniática y tenías que tenerlo todo perfecto, como la abuela. Solo estoy acostumbrada a tus manías, nada más.

—Ya no hago esas cosas, desde que está nuestro niño en casa.

Los labios de Shawnee se tensaron y, aunque se agachó sobre la aguja para morder el extremo de un hilo que tenía un nudo, Albertine advirtió el gesto de la mujer.

—¿Qué quieres decir con «nuestro niño», mamá? ¿Qué pasará cuando Shawnee decida que ya está lista para retomar los estudios?

—Yo estaré aquí para cuidar de Redford. —La voz de Zelda sonó con excesiva firmeza, abrió los ojos demasiado, clavándolos, y golpeó el cucharón

en la olla con demasiada fuerza—. Se merece que se ocupen de él a tiempo completo.

Albertine miró a Shawnee, cediéndole la palabra y el silencio. Pero la joven no conseguía reunir las palabras en la boca. Seguía mordiendo el hilo sin apartar los ojos de sus manos y sacudió un dedo para liberarlo de una puntada.

—Que Redford se marche con ella o no es decisión de Shawnee, ¿no crees?

Albertine se esforzaba por emplear un tono jovial y mostrar una normalidad persuasiva, una ligereza que dejaba abiertas todas las posibilidades.

—No si se va a echar a perder con el inútil de Morrissey.

Shawnee dejó la labor, se enderezó con virulencia, y a punto estuvo de derramar los pequeños tubos de cuentas, y guardó el traje en el que habían estado trabajando. Albertine se frotó los ojos con los dedos, agotada de pronto, como si se hubiera pasado toda la noche y toda la mañana leyendo informes y debiera tomar decisiones ahora basándose en detalles que todavía no había llegado a asimilar del todo. Por lo visto, la experiencia había mejorado su capacidad para calibrar rápidamente futuros indefinidos, porque en ese instante, cortando entre la maraña de emociones y datos desconocidos, era capaz de plantear lo imposible con gran nitidez.

—A ver si lo entiendo bien: ¿te refieres a Lipsha?

—Debería de ser Lyman —sentenció Zelda lacónica, al tiempo que hundía el cucharón en el guiso—. Él siempre está por aquí, preguntando por ella y hablándome de ella. Siempre me está preguntando por qué Shawnee está tan furiosa con él, qué es lo que ha hecho mal y por qué ella ha cambiado. Al fin y al cabo, es el verdadero padre de Redford.

Shawnee volcó un tubo amarillo de perlas, lo que desvió la atención de las mujeres. Albertine se agachó para recoger las cuentas, lo mismo que Redford y Shawnee. Mientras las perseguían por todo el suelo, capturar los diminutos y brillantes abalorios y quitárselos de los dedos se convirtió en un juego. Zelda permaneció de pie ante el fogón y, por fin, cuando Shawnee hubo abandonado la habitación para asear a Redford, habló con su hija:

—¿Crees que me interpongo en su camino?

—Quizás esté enamorada de Lipsha.

—Ya se le pasará.

Albertine calló, reflexionó un momento y luego habló de algo que nunca habían abordado hasta entonces:

—¿Y a ti? ¿Se te pasó alguna vez?

Zelda se detuvo sujetando la cuchara en el aire; después, se volvió lentamente para mirar a Albertine.

—¿Si se me ha pasado el qué? ¿Lo de tu padre?

—No. Lo de *él*. El anterior.

Zelda soltó una pequeña risotada ronca y estridente, casi histérica, antes de girarse de nuevo hacia el fogón y ocuparse de añadir al guiso sal, pimienta y otros ingredientes mientras lo iba probando. Hizo como si no hubiera oído la pregunta y no habló de nada relacionado con esa conversación durante el resto de la noche; en cambio derramó un torrente de palabras que caían entre ambas, una fina lluvia de cosas intrascendentes, que excluía cualquier asunto mínimamente comprometedor al tiempo que indicaba a Albertine el alcance del golpe que había asestado a su madre, la conmoción tras el reconocimiento.

Capítulo veinte

Lipsha

Una pequeña visión

Mi prima Albertine, de regreso de la facultad de Medicina, hace gala de unos sutiles miramientos para apartarme de la multitud que se arremolina alrededor de Lyman y me conduce hasta su coche. Cada hoja brota ante mí con nitidez mientras abandono la casa de Xavier, cada brizna de hierba medicinal y cada espinosa ramita. ¿Habéis visto alguna vez un coyote abrirse camino campo a través? No solo camina, sino que dirige sus pasos con cautela entre amenazas invisibles y pequeñas tentaciones, que somos incapaces de sentir en nuestro mundo más difuso. Así avanzan mis pensamientos mientras recorremos el camino de grava, que una breve llovizna ha refrescado. Nos subimos al coche, enfilamos la carretera llena de baches e intento no invocar mucho mis cuitas. En cambio, le pregunto a Albertine por las suyas. No es que tenga muchas. Albertine hace lo que quiere, y me doy cuenta de que, aunque está cansada, también está segura de su camino.

La ventanilla está bajada y el aire entra a borbotones, seguramente con un perfume a heno y polen, aunque no puedo olerlo; es la última brisa que trae algo de calor veraniego. De ahora en adelante, solo habrá noches plomizas y cubiertas de nubes, pasadas por agua, y después llegará la nieve, que caerá pronto para eternizarse hasta que todos acabemos agotados y grisáceos como fantasmas vencidos.

—No puedo pensar a largo plazo —explico a Albertine—. No quiero vivir.

—Date un baño de zumo de tomate —sugiere Albertine.

—Esto no tiene nada que ver con la mofeta —le digo—. Es algo emocional.

—¿Y tiene que ver con Shawnee Ray?

—Eso es.

Se produce un largo y denso silencio, mientras desfilan árboles y cenagales.

—Deja que se vaya a estudiar —me insta Albertine—. Déjala en paz hasta que te hayas repuesto y pongas orden en tu vida, Lipsha.

Habla con voz grave, que se proyecta con claridad por el viento que inunda los asientos delanteros del coche.

—Eres dura de pelar, como tu madre —le digo, pero mi voz no se impone como la suya y se esfuma por la ventanilla en la brisa que retumba y susurra a nuestro alrededor.

Tengo la intención de dar las gracias a Albertine por llevarme y por toda la ayuda que me ha proporcionado, y también de decirle que no pienso renunciar a Shawnee Ray, nunca, aunque sea una batalla perdida. Quiero expresarle lo mucho que lamento haber defraudado a todos aquellos que se han preocupado por mí al no conseguir una visión de verdad, y muchas más cosas, pero en cuanto me dispongo a soltar ese discurso, descubro que tengo la lengua oxidada por falta de uso. Lo único que consigo hacer es un aspaviento con mi mano debilitada, un gesto difuso.

Es un día tranquilo y me deslizo hasta mi habitación por la parte trasera sin ver a nadie; abro la puerta a hurtadillas y entro. Dejo mis cosas y, sin encender la luz, sin hacer otra cosa que ducharme detenidamente, en vano, y beber tan solo un vaso de agua, me hundo en mi reconfortante cama de agua y me sumo en un sueño bochornoso. Es tumbarme y, pum, estar fuera de servicio.

En medio de la noche, me despierto.

Al despertar así, me sucede algo a lo que trato de resistirme. Intento dormirme de nuevo y dejar que me venza la nebulosa verde; sin embargo, mis pensamientos van conectándose unos con otros y comienzo a recordar cosas en las que no quería pensar. Me remonto a los días de mi juventud y, luego, de mi infancia, hasta alcanzar la época en que era un bebé. Los sentimientos que experimenté entonces se me revelan con total claridad. Por primera vez, soy consciente de lo que ocurrió nada más colocarme en mi primera cuna de agua, después de hundirme. Surge una oscuridad semejante a la que me cubre ahora y me hundo más al fondo. Noto la mano de la que me he caído. Percibo la gélida conmoción. Descanso en el fondo fangoso con las piedras en el saco. Abro la boca para llorar y se me llenan los pulmones de agua.

¡Se ha ido! ¡Se ha ido! Estoy solo, igual que muerto, y después estoy muerto. El agua apaga mi vida.

Me quedo allí, en el fondo de la ciénaga, durante el resto de la noche y todo el día siguiente también, llorando. Es como si todo mi cuerpo hubiera estado inundándose todos estos años pasados con un acuífero secreto, una tristeza de siglos. Recuerdo la sensación que llevo toda la vida intentando olvidar. El tirón seco, las piedras moviéndose, la absoluta oscuridad. Oigo la voz de mi madre, siento su piel, y entonces descubro la verdad. Comprendo que hizo conmigo lo mismo que le hicieron a ella: una niña abandonada a su suerte en el bosque y que logró sobrevivir a base de savia de pino, hojas y raíces soterradas.

El dolor nos llega desde muy lejos, desde el lugar en que ha crecido en el cuerpo humano. El dolor aspira más sufrimiento en su seno, no sabemos por qué. Vive, y nosotros cargamos con su peso. Cuando surja lo peor, no haremos lo contrario. Haremos lo que se nos ha enseñado, a nosotros que hemos aprendido nuestras lecciones en la luz muerta. Nos lo vamos transmitiendo de unos a otros. Sufrimos y hacemos daño a los demás, en un movimiento circular.

Soy débil y pequeño, encerrado en mi diminuta habitación, pero estoy a salvo. No hay nadie que me estorbe, nadie que me busque, nadie que se acuerde de mí, ni siquiera mi amigo Titus, que cree que sigo en la casa de Xavier. Nadie llama a Lipsha, nadie llama a la puerta. Es como si permaneciera aún en el fondo de esa ciénaga.

Y me hundo en ella, más y más, pues no tengo fuerzas para salir de allí.

Ya habéis oído lo que me dijo Zelda sentada en el taburete del bar. «¿Cómo es que no te ahogaste?». Nunca me había parado a pensar en ello desde entonces, pero en lo más hondo de la noche, me doy cuenta de una cosa: jamás lo habría conseguido solo. Me salvaron. Y no fue Zelda, no al principio, sino otra fuerza, algo que estaba allí abajo conmigo. Ignoro quién o cómo, pero en algún momento de la noche, alzo la mirada hacia la oscuridad y veo su rostro.

Oscuro y empapado, viene hacia mí desde la otra orilla de la muerte, apoya su boca en la mía, me sujeta con sus aletas y cuernos y me mece con sus largos y refulgentes brazos de planta. Su cara posee las fauces de un león, algo hecho de espuma de mar con forma de jota de tréboles. Expresa la conmoción de la bondad insepulta y los sonidos de la salvación. Su rostro es la niebla del destino que me rodeará algún día cuando esté listo para morir. Qué es, no lo sé, soy incapaz de definirlo. Jamás podré. Pero sí sé que me mecen, me acunan y me salvan.

No es de extrañar, como cuenta Zelda, que haya sonreído.

Ahora que he rememorado todo mi pasado a mi pesar, me digo a mí mismo que he de levantarme para vivir mi vida como un hombre nuevo y normal, pero, como ya he señalado, estoy tan débil que me quedo tumbado en la cama de agua. Las imágenes, las historias y las visiones no amainan. Avanzo más allá, veo más cosas. Rememoro toda mi infancia y prosigo hasta el presente, hasta que me adelanto a mí mismo y llego al futuro. Es tan banal y tan exigente a la vez que, al principio, no entiendo nada. No hay momentos intensos, ni grandes dramas decisivos, y todo ello me deja muy afligido; resulta tan insignificante.

Esto es lo esencial de lo que veo y oigo. Hay una voz, es cierto, pero procede de esa maldita mofeta. ¡Ese bicho es una peste!

Ni siquiera aquí, en mi habitación, estoy a salvo de ese animal.

Avanza despacio hacia mí, artero y decidido, y regresa a mi pecho de un salto. Lo veo en la oscuridad.

Esto no es un bien inmueble, se mofa ante mí.

Cansado de esperar una visión y de no conseguir más que ese desagradable estribillo, exploto con violencia.

—¡Vuelve al sitio de donde has venido! —le ordeno—. Cállate y deja de molestarme. Ya tengo bastantes cosas en qué pensar.

El animal pestañea ante mí con sus refulgentes ojos de mármol negro, con curiosidad.

—No estoy de broma —le amenazo.

Aprendes muy despacio, tenían razón, a pesar de tus notas en el examen de acceso a la universidad.

—Seguro que te has colado por la parte de atrás —prosigo—. ¿O has llegado hasta aquí escondido en mi saco de dormir?

No hay respuesta.

—Vale —termino por rendirme—. Dime algo que no sepa.

Y entonces me llega la visión.

El nuevo casino tiene un comienzo muy prometedor. Veo la edificación, las excavadoras arrancan maleza de la tierra como si fuera una piel y levantan montículos de tierra mezclada con raíces enmarañadas. Se construyen carreteras, se talan árboles y se asfaltan nuevas y serpenteantes calzadas. Se arrastran rocas, bloques de cemento y madera hasta el bosque, que ya no es un bosque, a medida que se va levantando el edificio. Comienza como ingresos caídos del cielo. Veo nubes chorreando dinero en las boquiabiertas cuentas bancarias de la tribu. Dinero fácil, que fluye con facilidad. Sin sudor. Sin

problemas. Veo el dinero que brilla como un sol resplandeciente en la vida de Lyman Lamartine. Mana a raudales, rápido y con furia.

Esto no es un bien inmueble, dice de nuevo la mofeta.

Por supuesto, la mofeta tiene razón, ya que se suponía que el complejo desarrollaría las tierras de los Pillager, que pertenecen en parte a Fleur y en parte son antiguas asignaciones compartidas por toda la tribu, que se fueron fraccionando entre los muertos y aislados insumisos que se negaron a firmar los tratados en que cedíamos buena parte de lo que considerábamos nuestro.

En el lugar donde hoy se encuentra la cabaña de Fleur, habrá un aparcamiento asfaltado. Sobre las lápidas de los Pillager, desgastadas y pulidas por el viento, mesas de *blackjack*. Allí donde crecen los árboles que albergan pájaros pardos, rutilantes hileras de máquinas tragaperras. Sobre el lago donde habita el hombre-león, donde se ahogaron y revivieron los Pillager y donde todavía emergen rodando a la superficie piedras negras y redondas, se abrirá la gran sala de bingo, con enormes ventanales. Bingo las veinticuatro horas del día. Veo la belleza a gran escala de todo ello, las pantallas de diez metros de largo en las que una joven con voz agradable cantará los números, día tras día. Butacas de auditorio, servicio de café y almuerzo gratis. Marcadores de vanguardia y cartones electrónicos. Veo los interiores de melocotón y lima, las largas y obedientes colas de seres humanos, concentrados en las letras y los números que parpadean en las pantallas gemelas y les anuncian lo cerca o lejos que están de la perfecta consecución de sus sueños.

Intento mostrarme educado, e incluso amable.

—Perdona —digo—, tengo la visión equivocada. ¿Podrías cambiar de canal?

¿Cuál quieres?

—No lo sé. Tal vez unos caballos hendiendo el cielo con sus cascos. O un oso, un águila con la cabeza calva y largas alas marrones que me traiga un dicho que confunda la mente de Lyman.

Hay más.

Y protesto a voz en cuello.

—¡Lo veo de otra manera! —vocifero—. Veo la bóveda del casino, la forma redonda, tal vez una gran tortuga de piedra. ¡Veo cómo pestañea y destella bajo esas luces! Los ancianos solían decir que quien comiera el corazón de una tortuga ganaría a las cartas. Oigo el tañido apagado y continuo de las campanas, un susurro de dinero, agudo y tintineante y el astuto suspiro de billetes cambiando de mano. Siento las monedas entre mis dedos. Billetes

de veinte dólares tan nuevos que se pegan unos a otros. Oigo el constante repiqueteo plateado de las monedas que se deslizan por las rendijas, de veinticinco centavos, fichas y preciosas monedas de un dólar. Y ahora viene lo mejor. Veo al crupier que me reparte cartas boca arriba y gano cada mano, sí, gano una y otra vez, y los demás jugadores me dicen «bien jugado, Lipsha», apostando su dinero al lado del mío, más y más, a espuestas. Porque tengo suerte, ¿no lo entiendes? ¿No lo ves?

Y entonces llegan estas últimas palabras: *La suerte no perdura cuando se vende.*

—La mía, sí —insisto, pero en lo más hondo de mí sé que esa maldita mofeta tiene razón.

Después, me quedo dormido durante mucho tiempo y cuando despierto, hay mucha luz, es de día, y me siento como nuevo y dispuesto a empezar el nuevo día que amanece. Hay un pequeño terreno entre el aparcamiento cubierto de basura del bar, que debo limpiar, y la zona de viviendas formada por pequeñas caravanas azotadas por el viento y casas prefabricadas, donde vive Lyman Lamartine. Me dirijo hacia allí y, con la mente rebosante de malos pensamientos, me detengo junto a susurrantes matorrales y altas hierbas, marchitas y ásperas, verdes y secas. Desde mi pequeña atalaya, observo el humilde conjunto de urbanización humana. La verdad es que ya conozco el desenlace, y es una zona grisácea de tensas negociaciones. No es del todo un bando contra el otro, lo tradicional frente al bingo. Hay que seguir vivo para mantener las tradiciones vivas y funcionando. Todo el mundo sabe que el dinero del bingo no se fundamenta en nada sólido. Sin embargo, el de Mindemoya le cogió cariño a Lyman, incluso se le apareció de alguna manera en un sueño, o al menos eso nos contó él. La gente solía decir que ella esperaba a que yo fuera a verla para transmitirme su sabiduría, pero eso no es cierto. Fleur Pillager es una experta jugadora de póquer, además de tener todas sus otras dotes medicinales. Quiere pescar un pez más gordo, uno que sepa cómo robar el cebo; es una manipuladora nata, astuta, capaz de utilizar la suerte que los agujeros temporales en las leyes proporcionan a los indios para causas más elevadas y progresos constantes.

Y sin embargo, no puedo evitar preguntarme, ahora que conozco los altibajos del bingo, si no vamos en la dirección equivocada, con los brazos abiertos y demasiado entusiasmo. La vida del dinero no tiene sustancia, no queda nada al final del día salvo un montón de recibos. El dinero genera dinero, pero poco más, nada interesante que mirar o tocar o sentir en lo más hondo hasta la médula. No puedo evitar pensar que Fleur Pillager ha sacado el

mejor partido de lo que funciona aquí, explotando a Lyman para el largo plazo. En cuanto al corto plazo, la mofeta ha dicho la verdad. Nuestra reserva no es un bien inmueble, la suerte se esfuma cuando se vende. La atracción no tiene poder duradero, no tiene peso, no tiene corazón.

Capítulo veintiuno

La suerte de Gerry

Los meses pasaban y él solo vivía gracias a los sueños: sueños luminosos, monótonos y recurrentes, en los que llevaba una vida cotidiana perfectamente aburrida. Dormir en una cama más ancha que él, defecar tras una puerta cerrada, caminar por una carretera sinuosa y por otra recta, por una zanja, hacer el amor, hacer el amor —nunca dejaría de hacer el amor—, comer filetes de carne, patatas salteadas, patatas fritas, salchichas, pan frito. Observar a Dot, su última mujer, mientras calcetaba grave y ferozmente, con los ojos clavados en cada punto. Contemplar a sus hijos. Quedarse inmóvil, como un ciervo recortado sobre una pantalla de maleza, dejar la escopeta, olvidarse del venado con mostaza, observar al animal moviendo sus inteligentes orejas, aguzando el oído, divisar a los patos cuando aterrizan, admirar la luz que se concentra y se torna azul oscuro en los ojos de una mujer, de su hija y de su hijo, entrar en una casa, salir de ella y volver a entrar, abrir una puerta con las propias manos.

En soledad, se miraba fijamente los pies hasta que se convertían en zarpas. Se mordisqueaba las patas, lloraba y se dejaba el pelo largo, que se caía por la espalda. Pronunciaba el nombre de su mujer mil veces cada mañana. Dot, Dot, Dot. Un mantra. En código morse. Ella le llamaba todas las semanas, incluso después del divorcio. Tras volver a casarse, continuó llamándole por teléfono, aunque, al cabo de un tiempo, otra mujer empezó a obsesionar a Gerry. Dibujó el rostro de June en las páginas de una libreta, una mujer de hojas, lluvia, nieve o nubes. Ella era una tempestad en sus sueños y sus dientes, relámpagos. Era un pequeño visón pardo que le robaba el cebo del anzuelo, una curva en el aire, una coma, parpadeando y dejando de parpadear. Durante todo el día, se quedó mirando fijamente la grieta junto a la puerta mientras pensaba *windigo*, *windigo*, porque estaba con gripe y tenía

una fiebre que hacía que la celda floreciera y se viniera abajo, y recordó las historias del viejo Nanapush.

Con una voz que evocaba juncos rasgados por el viento, Nanapush habló desde su lecho, donde, ese invierno, permanecía sentado a lo largo de todo el día y donde, llegada la noche, se tumbaba para dormir. Habló del gigante de hielo que cargaba palas de témpanos agrietados entre las corrientes de sus labios, masticaba huesos helados con dientes de hielo y surgía, congelado, de las nubes heladas. Durante dos días, la celda de Gerry respiró vida, los muros desaparecieron y, entonces, el mundo se contrajo de nuevo hasta su estado primigenio y su mente se ocultó bajo un trapo negro. Su mente semejaba el cielo más profundo, sin sueños y puro, y sus pensamientos eran tierra negra. Olfateó el aroma a tierra mojada y lluvia fresca. La cárcel desprendía un olor a química, o a sudor, a desinfectante lechoso, orina, orina rancia, aliento metálico y a las lociones para después del afeitado de los guardias. Su propio olor era el de un perro. El perro que tenía su madre: cubierto de picaduras de garrapatas, larguirucho y medio salvaje.

Su intuición le decía que se produciría un leve silbido cuando sucediese, como un aviso, pero no sucedió nada. Solo papeles. Papeles del consejo tribal con el nombre de su madre, ilegible. La tribu se interesaba por él, y bajo la ley de libertad religiosa india, le acercaban a sus curanderos. El nombre de Lulu Lamartine aparecía junto a los otros apellidos sin más, pero sabía que detrás de cada una de las rúbricas estaba su enérgica y convincente argumentación. Las prisiones de Minnesota alquilaban celdas. Había una disponible en el nuevo centro de máxima seguridad y allí iban a trasladarle. ¡Bien! ¡Estupendo! ¡Mierda! Algo extraño como un amor verdadero le invadió ante la idea de encontrarse en alguna parte, en cualquier otra parte, y esperaba ese viaje con ansia, como un niño pequeño, impaciente por contemplar la fuerza de otras nubes diferentes y sentir la caricia de otro viento distinto.

Le entregaron una cazadora, botas, gorra y guantes del ejército. La gorra tenía unas orejeras que se ataban en lo alto de la cabeza como la de un leñador. No solo tendría que esperar al avión bajo un intenso frío, sino que además, una vez allí, tendría tiempo para caminar al aire libre. ¡Minnesota, tierra de las estaciones cambiantes! Tierra de los diez mil lagos y de los felices Vikings. Tierra de los chippewas. Tierra de los sioux, tierra del café aguado y de luciopercas de fibra de vidrio. Amable y virtuosa Minnesota, tierra de los bancos de musculación, los huevos de verdad, las roquillas fritas, los buñuelos glaseados y, por algún motivo, de las tartas de cumpleaños a tutiplén. ¿Por qué visualizó, durante toda la noche, enormes y cuadradas

bandejas repletas de tartas de cumpleaños con un glaseado rosa, mucho azúcar y letras escritas en blanco con grandes florituras? Tierra de las diez mil tartas de cumpleaños. Tierra de las ciénagas fangosas, de los automovilistas aficionados al claxon, de los lobos en libertad, de las mujeres amables, de las suecas fervientes y del apoyo político inquebrantable.

Cuando despertó bajo la violenta luz blanquecina a las cuatro y media, se encargaron de todo: empaquetaron sus pertenencias en un petate, le esposaron las manos por delante y le condujeron ante los agentes federales, que le pidieron educadamente que no se moviera mientras le ponían grilletes en las piernas y un cinturón de traslado. Los grilletes y la cadena que le trababan los tobillos le daban el aspecto de un hombre que caminaba con los pantalones caídos. Sus brazos encajaban cómodamente, atados a la cintura. Se abrazaba a sí mismo. La cosa mejoró cuando el coche arrancó y el paisaje comenzó a cambiar —tantos paisajes y tantos árboles—, mucho mejor que cualquier jodido sueño.

¡Jodido sueño! Sus febriles pensamientos revoloteaban con luminosa profusión. Ver los árboles en hileras cambiantes, los campos, los curiosos ranchos blancos de los suburbios, las granjas, las caravanas apiñadas unas con otras... Sucedió demasiadas cosas al mismo tiempo. ¡Era demasiado! Y procedente del hangar, como el rugido de un radiador roto, le llegaron las risas y las voces de una discusión entre los agentes federales y el piloto, cuyo sentido no alcanzaba a discernir.

Cuando despegaron y la gravedad le empujó contra el asiento de vinilo, percibió que regresaba su suerte, cayendo sobre él como una red de nailon para llevarle hasta la cima. Cerró los ojos. Podía notar el peso de su cuerpo y sentir el olor a plástico quemado y a café amargo. Le envolvió una sensación de bienestar tan repentina que le pareció que sus huesos iban a reventar. Después, el empinado ascenso concluyó, la avioneta enderezó el vuelo y Gerry contempló la luz rosácea y blanquecina del amanecer, que emergía con fuerza.

Por haber estado sentado en el ojo inmóvil de la suerte, sabía que el destino no era fruto del azar. La suerte venía por rachas y con poco ruido, estaba plagada de perdones y traiciones, y consistía a veces en volver sobre sus pasos. La suerte seguía un diseño de una complejidad más extraña de la que podríamos nombrar, pero predecible. No existía una falta absoluta de orden, sino que se trataba de un esquema tan amplio que, visto de cerca, parecía no repetirse nunca, hasta que uno se quedaba sentado sin hacer nada

durante tanto tiempo que le llegaba a doler la cabeza y un día, tal vez, se podía atisbar una visión un poco más global.

Algunas personas eran alcanzadas por un rayo dos veces. Otras atraían los accidentes. El destino se arruga y forma un ovillo como una manta. Algunas personas han nacido en la parte lisa y otras se han visto abocadas a sucumbir entre los pliegues. Cuando el motor se puso a traquetear y castañetear antes de volver a ronronear, Gerry abrió los ojos, alerta, y preguntó si no habría alguna manera de que le quitaran la barra de sus piernas durante el vuelo.

—Imposible.

Los agentes federales se mostraron firmes y profesionales; ambos eran altos y delgados, aunque con un color de piel opuesto y unos veinte años de diferencia. Uno poseía todas las tonalidades de la arena, pelo rubio y tupidas pestañas, mientras el otro tenía el pelo negro con ojos verdes claros y una barbilla prominente. El hombre de color arena se reclinó en su asiento para dormir y el moreno, por previo acuerdo, mantuvo los ojos clavados en el reo. Estaban bien entrenados, seguros de sí mismos, sin tener que demostrarle nada a nadie, y Gerry se sintió tranquilo en sus manos.

El cielo se oscureció de nuevo.

—Estamos atravesando una tormenta —anunció el piloto desde la cabina.

Después, ya no oyeron más que sus esfuerzos mientras intentaban guiar la avioneta en medio del viento. Durante un largo tiempo, se sucedieron las turbulencias y, varias veces, dio la impresión de que les arrancaban el aire de debajo como si fuera una alfombra mágica, por lo que perdían altura bruscamente.

Era el piloto. Su voz delataba una estremecida inquietud. Gerry miró por la ventanilla y vio cómo la tierra blanca y las ramas de los árboles desnudos se abalanzaban hacia él a toda velocidad desde abajo por lo que, desprevenido, apenas tuvo tiempo de hacerse un ovillo. Posición de aterrizaje de emergencia. Pero más que un brutal impacto, el aterrizaje fue una extraña distorsión del tiempo y el espacio, en que todo se movía sin sonido alguno, y después, el recuerdo que le quedó del accidente fue una conmoción casi líquida de discontinuidad, seguida de silencio. La nieve silenciosa. Uno de sus ojos se había cerrado de golpe, como la puerta de un armario. El sol lucía alto en el cielo y le envolvía por completo, y el mundo niveo refulgía como el interior de una gigantesca taza de café.

El agente federal de pelo color arena se quedó colgado e inmóvil. El otro... No podía ver al otro, ni al piloto. Salían nubes de humo de la cola despedazada y Gerry se acurrucó con más fuerza, salió rodando del asiento

destrozado y se coló por un agujero del fuselaje. Una vez fuera de los amasijos de la avioneta siniestrada y bajo la nevada, se arrodilló para recobrar el equilibrio, se incorporó lentamente y comenzó a arrastrar los pies, con el lento caminar de los presidiarios, pasito a pasito. Atravesó una maraña de maleza, bordeó matas de enneas y juncos, y siguió avanzando a pequeños saltos. Durante todo ese tiempo, mientras andaba, sin notar siquiera el frío debido a los esfuerzos que le suponía avanzar, la vida resurgía de entre sus pies, sus muñecas maniatadas, brotando como el agua oscura cuando se pisa una fina capa de hielo, extendiéndose por sus brazos, ahogándole hasta casi matarle con tanta alegría acumulada.

Capítulo veintidós

Lipsha

La huida

Me encierro en lo más hondo de mí mismo después de recibir el consejo de Albertine de que deje marchar a Shawnee, me recomponga y mejore mi situación en la vida. A la vista de los acontecimientos, no tengo elección. Shawnee ha abandonado la reserva tras recuperar la custodia de Redford y, durante un tiempo, no tengo noticias suyas, hasta que me entero de que se ha matriculado en la universidad. «En Bellas Artes, en Bellas Artes», repite la gente, con una entonación que significa que su futuro al menos tiene nombre, si bien continúa siendo incierto. Pongo la mano sobre el teléfono, la retiro, y finalmente llamo a información. Llevo encima el número de teléfono de Shawnee en el bolsillo de la camisa, como un billete de lotería de la suerte, y, de vez en cuando, lo leo en voz alta con amor. A veces, llego hasta a marcarlo, dejo que suene una sola vez y cuelgo. En ese gesto, me veo como su ángel de la guarda, anunciándole a distancia mi presencia y mis sentimientos, pero sin demandar nada tan complicado como un hola amistoso.

Pues mi amor es mucho mayor que antes de que lo hiciera explotar con fuego. Era una sola planta, un precioso pino, pero ahora las semillas, liberadas a altas temperaturas de las piñas, se dispersan por todas partes y echan raíces en cada pedacito de tierra descarnada. Antes de su ataque de ira, mi amor por ella solo giraba en torno a lo que era mejor para Lipsha Morrissey. Desde aquellos interminables momentos de verdad y furia en el patio de Zelda, he reconsiderado la cuestión. Si mi amor ha de tener algún valor, deberá ser más grande que yo. Lo cual no significa que haya dejado de fantasear con su cuerpo sinuoso en una habitación de hotel, ni que deje de leer libros sobre sexo, novela negra y mi Biblia Gedeon en busca de inspiración.

Una noche, en medio de un pasaje especialmente cruento y sanguinario, donde se relatan las distintas maneras en que el rey David golpea a diestro y

sinistro, intento determinar qué lección puedo sacar de todo ello. Lo único que consigo ver es a un *ninja* vestido con traje ancestral. Leed a Samuel y ya me diréis si no veis lo mismo que yo. Paso las páginas hasta el capítulo diecisiete de los Reyes, donde Elias se tumba tres veces sobre un niño mientras reza para que el alma del crío vuelva a su cuerpo. Termina por devolverle la vida al niño y entrega entonces de nuevo el cuerpo resucitado a la madre. Este tipo de escena me va más y me imagino a mí mismo como Elias, salvando al hijo de Shawnee Ray por ella. La idea resulta tan gratificante que apago la luz y me acuesto en la cama, en la oscuridad, mientras comienzo a proyectar una carrera en la que me convierto en todo un salvador, por lo que Shawnee Ray me está tan agradecida que no solo me pide perdón sino que me unge la cabeza con óleo y me lava los pies con su cabello, como hacían aquellas mujeres bíblicas para mostrar su agradecimiento ante un gesto de bondad.

Puedo sentir cómo su pelo envuelve mis pies y mis tobillos. Notó en mis piernas sus lágrimas de arrepentimiento y gratitud, y su suave rostro que me roza la rodilla; después, bajo el peso de la pena, se apoya en mis muslos y, entonces, sin querer, por pura casualidad al principio, pierde levemente el equilibrio y se sujeta a mi cinturón, y mientras intenta enderezarse, resbala por esa agua y esos aceites y deja caer su cálido rostro sobre mí. Y entonces, como por arte de magia, mi albornoz se abre y ¡cómo quema el mar Rojo! Rebobino la cinta para revivirlo todo de nuevo desde el principio, desde el momento en que saco del agua al hijo de Shawnee Ray, pongamos, y pongo en práctica las técnicas de reanimación que he aprendido en el instituto, cuando me incorporo de golpe en la cama, eufórico.

Estoy seguro de que ella me ve a mí y yo a ella, y tengo la certeza de que estaremos juntos y será la leche. No podemos visualizar lo que el futuro nos depara y estamos ciegos ante el destino que se avecina. Tengo la esperanza de que mi largo, perseverante y doloroso camino hacia el cielo no sea ignorado. Debo creer que sin duda estaremos juntos en alguna subdivisión de las tierras superiores.

Pletórico y con vistas al futuro, me dirijo al bingo. Aunque proliferan sombríos rumores, mis ganancias se dan por hecho. Me consideran un tipo con suerte, así de sencillo. La gente me envidia o se queja, pero nadie cuestiona ese supuesto. Yo soy el único que ve cómo se acumula el dinero en su cuenta compartida.

Noche tras noche, dejo que las cantidades se incrementen hasta que decido ir al banco. Allí descubro por casualidad que mi cuenta está a cero y

que no ha sido esquilhada por ningún desconocido sino por Lyman Lamartine, cotitular de la misma. No le digo nada, aunque el dibujo de su ardid se perfila de pronto con nitidez: gracias a mis ganancias, mi tío ha pagado unos créditos y algunas dudosas y necesarias transacciones. Ha equilibrado sus cuentas. Yo he sido el intermediario, una presa fácil y un testaferro temporal. He sido el agua de un pozo de los deseos interiores. Lyman ha hecho circular su dinero y ha reciclado sus dólares a través de mí. Y sin embargo, no me cabreo, ni me vuelvo arrogante, ni siquiera protesto. Simplemente dejo de ir al bingo.

Porque mi suerte se ha vuelto incierta. Mi suerte está compuesta de polen y paja. Esparcida sobre mí por las artimañas de Lyman, era tan solo la fortuna de un imbécil.

Nubes de coloridas hojas revolotean a mi alrededor y luego me azota una fuerte nevada. Durante todo el otoño y hasta el corazón del invierno, no hago otra cosa sino trabajar con infinita parsimonia. Llega la Navidad, cuyos alegres festejos ignoro, y también Nochevieja, con sus excesos de alcohol y ruido. No quiero hacer vaticinios y no tengo motivos para hacer votos para mejorar mi conducta. Emprendo una de mis hibernaciones mentales para reflexionar y comprender. Estoy acostado solo, en enero, con los ojos clavados en el techo cuando oigo la noticia. Ni siquiera tengo una radio o una televisión encendidas en la habitación. Ni siquiera he colgado el teléfono después de arrancarlo del enchufe una noche que pasé esperando a que sonara, con los ojos enrojecidos.

No pienso en nada especial cuando la pantalla que hay en mi cabeza se vuelve irracional y se pone a zumbiar llena de interferencias, antes de apagarse.

¿Qué ocurre?, me pregunto.

Y antes de darme cuenta, me quedo dormido, y no solo eso, sino que tengo una pesadilla, en la que me encuentro en una cárcel, en una noche que no es nunca una noche sino algo plagado de suspiros, ruidos y gritos, repleto de sonidos metálicos y nunca del todo oscuro, de modo que la confusión de los sentidos se impone a la razón. Me molestan estas interferencias grisáceas, esa noche de mentira, y sé que despertaré sintiéndome más miserable que cuando me dormí.

Es la noche de mi padre y, de pronto, me encuentro a su lado, allí en la lavandería abierta toda la noche, donde lava y dobla la colada. Le veo

trabajando en medio de una marca de tejidos, fundas de almohadas y ropa blanca, sencillos monos de trabajo, ropa interior y calcetines. Se halla rodeado de maquinaria pesada y sigue doblando, secando y arrastrando la arrugada y mojada colada de los grandes tambores. Me despierto con ese cuadrado de luz carcelaria brillando en la cabeza. He soñado con mi padre muchas veces, pero nunca con una imagen como ésta, tan real y plena de convicción de que se trata de él, tan perfecta en su certidumbre.

Espero para averiguar lo que eso significa, y al mediodía del día siguiente, las palabras llegan al bar. La gente que acude para comer algo rápido me cuenta el increíble suceso. Primero lo escucho de la boca de Titus, que conoce mi parentesco con el preso huido. En otras fugas anteriores, Gerry Nanapush engañó a los guardias, se deslizó por una apertura del tamaño de una caja de tarta y logró ocultarse no se sabe cómo en la carrocería de un camión, que franqueó las verjas de la cárcel con él agarrado a los bajos. Se escondió en el maletero del coche de June cuando yo me encontraba al volante. Escaló tubos de desagüe y surgió en espacios públicos. Esta vez, por lo visto, voló. Se encontraba en tránsito —nadie sabe exactamente hacia dónde, pero los rumores apuntan a los esfuerzos de la abuela Lulu para que lo trasladaran—. Sí, ése es Gerry Ninguna-puta-cárcel-puede-retener-a-un-chippewa Nanapush. El mismo de siempre, libre como el viento.

Vuelvo corriendo a mi habitación, donde el teléfono sigue desconectado, y me sumo de nuevo al mundo exterior. Espero que una longitud de onda me convoque ahora. Mi número aparece en la guía, el hueso marcado está en la mano izquierda, la del pecador, la del jugador. Sé que recibiré una llamada.

Medianoche.

—Hola.

—Eres tú.

—Sí.

—¿Cabina?

—Fargo.

Quiero preguntarle en qué lugar de Fargo y, durante un largo momento, discurro cómo hacerlo por si la línea estuviese pinchada. Pero él se encarga de ello por mí y, en el bostezo espacial que nos separa, pronuncia unas palabras en la antigua lengua. Las sílabas se agolpan con rapidez, pero las cojo al vuelo antes de que suene de nuevo el tono continuo. Memorizo lo que acabo de oír, pero mientras sopeso lo que tiene previsto hacer durante la hora siguiente, me siento desconcertado. O bien mi padre está jugando a la Guerra de las Galaxias en la sala de juegos Art's Arcadec, o bien está atrapado en la

biblioteca de Fargo, o bien está escondido hecho un ovillo en el contenedor de basura en la portería de Sons of Norway.

Éste es el asunto. Salvo por aquella velada en casa de Fleur Pillager, cuando el terror me llevó a entender con total claridad cada una de sus palabras, no conozco tan bien nuestra lengua tradicional. Ahora mis lagunas me pasan factura. Para mi desgracia, no estoy seguro de lo que mi padre me ha revelado por teléfono. Descifro cada palabra con lápiz y luego las borro. Me concentro en cada sílaba, escurridiza como un pececillo de agua dulce. Al final, sin embargo, lo único que consigo sacar en claro son esas tres insólitas posibilidades. Se me ocurre, no obstante, que debería llegar a Fargo antes de que la biblioteca cierre mañana, o antes de que mi padre se quede sin monedas o antes del día de recogida de la basura.

Y por ello, me enfundo mi ropa de más abrigo y cojo de la barra unos paquetes de frutos secos y cecina antes de subirme a la furgoneta.

Cuando se recorren las encantadoras y desiertas carreteras hasta Fargo, surgen ante nosotros por todas partes infinitas y vanas posibilidades. Ése es el paisaje que me gusta, sin nada de particular. El cielo, los campos y las señales de los intentos del hombre por alterarlos, tan diminutas e insignificantes, cuando pasas delante a toda velocidad. Me gusta fundirme con el horizonte. Al pasar delante de hileras e hileras de cobertizos y extensiones de tierra que dividen el mundo en cuadrados, siempre pienso en el caos que yace debajo. Las señales, los límites y los indicadores en la superficie siempre aparecen dispuestos con rigor, tan recientes que me hacen recordar el poco tiempo transcurrido desde que todo este paisaje no era sino altas hierbas, más altas que nosotros, densas e interminables. Poblado por animales salvajes. Aves por millones. Búfalos. Si te quedabas quieto en un mismo lugar, desfilaban ante ti durante tres días, cabeza con cabeza. Las bandadas de gansos ocultaban el sol y sus graznidos semejaban grandes tormentas. Osos. No había zanjas. Ciénagas y ríos, y por encima de todo ello los vientos; vientos fuertes que azotaban con violentos ramalazos sin que nada los detuviera en el camino: ningún edificio, ninguna alambrada que rasgare, ninguna pantalla de cine al aire libre que golpear, ni siquiera árboles.

Aparco delante de Art's Arcade, una sala de juegos abierta las veinticuatro horas. No hay señal de Gerry, de momento. Entro y, después de inspeccionar

detenidamente los aseos de hombres, los alrededores y a los otros jugadores, acabo jugando para no levantar sospechas. Durante aproximadamente una hora, juego, hasta que de pronto entran todos los fracasados escolares y los que hacen novillos. Los pitidos se aceleran, se producen destrucciones masivas y los futuros se tambalean. Destellos luminosos esquivan momias enloquecidas y explosiones catastróficas, y combatientes callejeros se enfrentan entre gruñidos. De vez en cuando tengo la certeza de percibir la mirada de Gerry que me penetra la cazadora y de oír su voz cerca de mi manga. Pero los minutos se alargan hasta convertirse en horas, mientras las monedas se desprenden de mis dedos a toda velocidad. Sigo jugando porque quiero que él me vea ganar cuando entre. Y por ello gasto moneda tras moneda, salvando mundos sin nombre, solo para descubrir al girarme que todavía no ha llegado.

La mañana pasa volando, exhausta, y llega la tarde.

Intento comprender lo que ha pasado. Fuera, en el frío creciente, puede que él haya robado un coche y que al final le haya dejado tirado sin batería. Quizá las bujías estuviesen oxidadas, las ruedas pinchadas o la gasolinera helada. En mi cabeza se perfila la imagen de mi padre con unos cables de arranque en los brazos. Le veo conectar con paciencia las pinzas a los bornes y dar un paso atrás mientras yo piso el acelerador. La vida ruge en el motor. Aun así, él sigue sin aparecer. La tarde se eterniza y con el tiempo se forma una nueva imagen. En ésta, mi padre aparece atado y esposado, sentado en el asiento de atrás entre dos polis, que anotan algo en sus pequeñas libretas.

Gerry Nanapush es buscado por todas las fuerzas de seguridad de Norteamérica, pero apenas es detenido, consigue disolver las cadenas. No está hecho de carne y hueso. La lluvia lo derrite. La nieve lo convierte en arcilla. El sol lo resucita. Es un chippewa. Sin embargo, a pesar de sus habilidades, siempre acaban atrapándole, y ése es el miedo que tengo y por ello sigo jugando hora tras hora, hasta que no me queda más que una moneda.

Me doy la vuelta sigilosamente, pero Art en persona me pilla y me señala el cartel: «Una partida por media hora o largo de aquí». Vigila detrás de la caja, partiendo cacahuetes rusos con los dientes y escupiendo las cáscaras. Saco mi moneda y la sujeto en alto para que se quede satisfecho. Está húmeda y resbaladiza de tanto manosearla; no es solo un poco de dinero sino la friolera de un pequeño círculo de esperanza. La lanzo al aire una vez antes de jugar a un viejo clásico.

Me recorre una corriente especial cuando torbellinos de asteroides me atacan por todas partes. Las preocupaciones desesperadas han agudizado mis

reflejos. Los mandos se calientan entre mis manos y la mecha prende mis nervios de modo que no puedo fallar. Mi mente se separa de mi cuerpo, se desprende de la pantalla y planea sobre mí, impenetrable, dominando la situación con sangre fría. Los curiosos se amontonan a mi alrededor, chasqueando los labios, dando puñetazos al aire y animándome a seguir adelante. No los necesito. El marcador sigue subiendo, más y más. Llego al nivel donde ya no hay lucha y la máquina juega para mí. Alcanzo el límite. Y voy más allá. Me abro paso a golpes, venciendo toda resistencia, hasta el núcleo blanco de mi mente.

Donde sé que no estará esperando.

En ese momento se quiebra el nervio. Mis manos sueltan los mandos. Doy media vuelta, me abro paso entre el gentío y otro chaval ocupa mi lugar y se pone a disparar. Pero no lo consigue. Las rocas siguen cayendo, fragmentándose, antes de estrellar la nave con un destello de acompasados ruidos.

Fuera, el termómetro marca tantos grados bajo cero que el viento me petrifica el rostro hasta convertirlo en una máscara de papel. Anochece y subo directamente a la furgoneta del bingo para encender la calefacción. Pongo la llave en el contacto. La giro. Algo hace clic. Durante un instante me siento totalmente vacío hasta que vuelvo a la vida. Piso el acelerador y lo suelto. Giro de nuevo la llave, confiado. Esta vez suena un tañido gangoso. El peor sonido en pleno invierno. Aguardo, congelado, y giro la llave otra vez. Estoy frenético, pero por mucho que sude y rece, no sucede nada nuevo. He dejado las luces encendidas todo el santo día y me he quedado sin batería. En la calle no se ve un alma, ni arriba ni abajo. Ni siquiera tengo una moneda para llamar a la grúa.

Me subo la cremallera de la cazadora militar, me bajo el pasamontañas de los Vikings, hundo las manos en los bolsillos y me dirijo hacia la biblioteca, la segunda posibilidad que entendí, bien o mal, durante nuestra conversación telefónica. Lo único que puedo esperar es que cuando encuentre a papá, él sepa cómo manejar los cables y arrancar el motor. Al menos se le ocurrirá alguna idea para conseguir un poco de dinero.

El viento me empuja con fuerza y hundo las manos en las mangas. El aire está peligroso, cortante como el filo de una navaja. Mis pasos crujen. No hay nadie en las calles. Sigo caminando, buscando con la mirada a través de la rendija de mi pasamontañas algún bar, vestíbulo de hotel, garaje o cualquier sitio donde resguardarme del viento. Pero el espacio entre los edificios va en aumento. Las calles se alargan y se ensanchan, y atravieso el centro

comercial. Hace demasiado frío como para hallar la menor forma de vida en el centro de Fargo, hace demasiado frío incluso para mí. Se me ocurre que podría acabar convertido en mobiliario urbano del jardín municipal, o en parquímetro, con la boca abierta para recibir la calderilla de la noche, cuando de pronto, entre los restos de belenes navideños y bocas de incendios, un castillo iluminado atrae mi atención al otro lado de la calle nevada. Y allí está.

Se alzan unos enormes ventanales cuadrados, rectángulos de calor dorado que se extienden sobre la nieve como una estimulante y completa invitación. Subo los peldaños de piedra, empujo las puertas con los codos, aguardo allí, como un animal asustado. Un aire caliente propulsado pasa sobre mi cabeza, suave y remoto. El pasamontañas se ha movido de tal manera que apenas veo nada, y todavía llevo los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho.

Mientras me pasee entre las estanterías fingiendo buscar algo para leer, lo más seguro es que nadie me diga que debo marcharme. Tras el pasamontañas, no soy nadie en particular, ni siquiera un indio, tan solo otro tipo congelado más e hinchado de los Vikings. Hundo las manos en las mangas, entre cilindros de aire gélido y atrapado, y aguanto la respiración. Después, subo las escaleras y avanzo por la alfombra, recorriendo las estrechas hileras de libros.

En mi oficio de vigilante nocturno, dependo de los libros. Leo historias de terror para mantenerme despierto, ando al acecho de misteriosos asesinos y me asusto de tal modo que cada crujido solo puede significar morir a manos de los zombis o de un psicópata, y solo los rayos del amanecer proporcionan la seguridad de estar a salvo. Aquí, en la biblioteca, busco títulos de terror, novelas policíacas, guerras espaciales o acontecimientos extraños para mantener viva la motivación. Mientras deambulo por las estanterías en busca de Gerry, entro en calor demasiado rápido y de pronto me noto cansado. Siento los brazos y las piernas cada vez más pesados. Mi cerebro se llena de ruidos espaciales. Quiero tumbarme en el suelo entre las estanterías y sumirme en un sueño bendito. Pero debo seguir moviéndome, arriba y abajo, sacar libros y fingir leer la primera página. No puedo evitar dar algún que otro traspié y temo que las autoridades me pongan de patitas en la calle pensando que estoy borracho. La nieve cae en mi mente.

¿Puedo ayudarle?

Es una voz masculina. Fingo que no le he oído y me pongo a cubierto rápidamente entre las hileras de libros.

Coincidencia del destino. Suceden cosas que no se pueden negar. Los buenos consejos hablan desde las tumbas y el amor surge del corazón de los árboles. Bolsas de luz se filtran por las ventanas abiertas en una noche de

verano. Los caballos cuentan dando golpes con los cascos. Nacen niños capaces de sumar números increíbles. Todas estas cosas son posibles.

Diviso el libro con ojo de artillero por los agujeros de mi pasamontañas y mis manos lo alcanzan sin ninguna orden consciente de mi cerebro. Por suerte, sé lo suficiente como para acorazarme antes de leer el título.

Miedo, estremecimiento y náuseas hasta la muerte.

Cierro los ojos y, durante un minuto, me dejo arrastrar por el misterio. Por encima de la barandilla de un puente, mantengo los ojos clavados en un río traicionero, repleto de torbellinos y profundas corrientes. Ya he escrutado ese río en una ocasión y creía haberlo cruzado de una vez por todas en el camino de vuelta a mi reserva natal. El título de ese libro vuelve a mí como la corriente de ese río, fluyendo hacia el norte y seguro de su curso, sin meandros, sin perdón posible. Siento que he debilitado mi propio corazón al tejerlo sobre ese río, como una telaraña.

Abro los ojos. Se trata de un volumen oscuro y pequeño con una cubierta que parece piel quemada. El título me hostiga de nuevo, sin descanso. Aguanto la mirada. Sujeto el libro en las manos, con cuidado, y entonces lo abro, al azar, para descubrir mi destino o extraer un nombre. Dejo caer el dedo sobre las palabras: «Si en los cimientos de las cosas no existiese más que un poder salvaje y furioso...». Reflexiono. Pienso en el río y su curso traicionero, sus corrientes veleidosas y sus riadas que barren los puentes y los porches de las casas. Quiero creer en el espíritu, el orden, la voluntad y la culpa. Quiero creer en el libro sagrado donde ninguna piedra puede pulverizarse y ninguna flecha caerse. Pero Dios no estará mirando cuando se lleven a mi padre colina arriba.

El local de Sons of Norway^[12] es grande, como lo son los hijos de Noruega que pertenecen a él, recios y audaces. En la parte trasera del edificio, encuentro los cubos de basura, cubiertos con una enorme capa de nieve, que se ha ido acumulando y que intento excavar con las manos. Es como pretender abrir una roca, y no lo consigo porque la nieve está demasiado apelmazada. Papá tiene que estar ahí dentro, pienso aterrorizado. Papá enterrado vivo.

Me alejo del contenedor cubierto de nieve detrás del local y voy en busca de una pala; pero en todo el vecindario no encuentro nada que pueda servir, ni siquiera algo que se le parezca: solo edificios cerrados. Las farolas iluminan desde lo alto de sus postes y me pongo a contar los difusos halos para orientarme y saber cómo volver; sin embargo, por mucho que recorro con detenimiento una manzana tras otra, ampliando el perímetro, no encuentro lo

que busco. Solo paso delante de portales vacíos, ventanas con barrotes, sin luces, lugares desiertos, como si Fargo no fuera más que cajas precintadas y la gente en su interior estuviera petrificada e inmóvil como zapatos.

Y entonces, mientras cruzo un oscuro callejón de regreso a los Sons of Norway, una violenta ráfaga de viento me arroja al pecho el disco gigante de una tapa de basura de aluminio, dejándome sin aliento pero poniendo en mis manos la herramienta que me hace falta. Vuelvo a toda prisa, sujetando la tapa con fuerza y pegada al cuerpo para protegerme del viento. Cuando llego, cavo entre la masa de nieve con la parte superior de la tapa, y voy retirando la nieve, rascando y despejando. Y por fin llego al contenedor. Lo destapo y espero a que mi padre surja de un salto como si saliera de una caja de sorpresas.

A mi alrededor, el viento revolotea, azota y ulula por las farolas y los tejados de la ciudad como una bandada de cisnes enloquecidos. Nada. Me aúpo y echo un vistazo en el interior. No solo no hay nadie cobijado dentro del contenedor sino que tampoco hay la menor basura, ni siquiera una cajita de cartón o un trocito de papel. Enseguida se disparan en mi cabeza todo tipo de suposiciones e imágenes. Veo a mi padre dormido, cayéndose en un camión de basura escandinavo, enorme y blanco, y oigo el chirrido de la maquinaria y el estrépito de las fuertes fauces trituradoras. Mis pensamientos se cierran sobre estas posibilidades y mi mente termina agotada. Bordeo el muro del local dando tumbos hasta que me topo con sus brazos abiertos.

Allí, en medio del recio vendaval, Gerry Nanapush. De tamaño natural, alto, vivito y coleando.

O tal vez no tan alto, porque tengo la sensación de que, a pesar de las capas de lana, la capucha de su parka y la manta que lo envuelven, mi padre se ha vuelto más pequeño, que ha encogido. Su rostro se ha contraído sobre los huesos y le han salido arrugas en los ojos, tan profundas que puedo verlas bajo la tenue luz de los focos del aparcamiento. Nos pegamos contra la pared, resoplando. Ninguno de los dos habla, y durante un tiempo, sólo se oye el silbido y el embate del viento. Al fin, se inclina y pregunta dónde está nuestro vehículo, y entonces tengo que confesarle que han robado el coche de June y que mi furgoneta no arranca.

En cuanto lo asimila, parece perder el control. Se gira con violencia y da un puñetazo en el muro. Después, se vuelve otra vez y da pequeños saltitos para activar la circulación de la sangre de sus pies. Me arrastra hacia un pequeño sótano lateral junto a la puerta, donde una rejilla de ventilación desprende aire caliente directamente hacia nosotros, derritiendo al menos mis

labios helados de modo que puedo hablar. Nos saltamos los saludos, los «dónde-coño-te-habías-metido» para centrarnos directamente en el asunto crucial de «qué-coño-hacemos-ahora».

Capítulo veintitrés

La suerte de Zelda

Una tarde, en los primeros meses que siguieron a la marcha de Shawnee y Redford, Zelda Kashpaw entró por la puerta principal de su casa y descubrió, sobre la estrellada encimera de la cocina, el estuche de piel suavemente curtida y adornada que contenía la pipa sagrada de su padre, un objeto que no había vuelto a ver desde mucho antes de que él muriera. Sabía que la pipa le llegaba de las manos de Marie por mediación de Lipsha, que la había recibido a su vez de Lyman Lamartine. Sabía que era la manera de Marie de ponerse en contacto con ella y reconocer el fracaso inconfesado de su tregua. Se pasó todo ese día dando vueltas alrededor de la pipa, sin tocar o mover el estuche, se preparó la cena y puso a hervir café a la vieja usanza, en una cafetera de esmalte azul en el fuego.

Su corazón latía con desenfreno y la arrancó de un oscuro sueño esa misma noche. Los latidos en el pecho eran tan repentinos que no se dio cuenta de que el ruido procedía de su propio cuerpo. Una especie de dolorosa liviandad se extendía bajo sus costillas, y su corazón se desbocaba, cada vez más veloz, galopando hasta que tuvo que incorporarse, jadeante y asustada. Veía cómo su corazón le estallaba en el pecho y seguía bailando, ardiente y feroz, solitario, entre campos nevados, cenagales helados y alambradas petrificadas. Salía de su cuerpo formando un torbellino y se quebraba en el crepúsculo hierático. Un pájaro gris partido en dos, una paloma blanca en tres, desgarraban almohadones de terciopelo.

Zelda sacudió la cabeza, se inclinó y encendió la pequeña lámpara con forma de bulldog. Bajo la suave luz, cogió aire con cautela, procurando relajar las válvulas y las bombas, pero solo conseguía respirar con dificultad. Le dolían los músculos en el pecho y jadeaba penosamente, hasta que entendió al fin con lucidez que estaba sufriendo un infarto. Una vez que asimiló el hecho, se tranquilizó enseguida. La muerte, pensó. Mostró un enorme celo consigo

misma y ahuecó numerosas almohadas para sujetarse la espalda, antes de recostarse en ellas y acomodarse en la posición en que la encontrarían. Se alisó el cabello por los hombros y arregló las arrugas del edredón correctamente. No pidió ayuda porque no quería ser salvada. Nada de reanimación. Adoptando una pose serena, esbozó una sonrisa, entrelazó el rosario entre sus dedos y musitó una plegaria de perfecta contrición.

No se le ocurría nada de qué arrepentirse, al principio, hasta que la visión del rostro aturdido de Redford, manchado de chocolate, y los gritos de sus repentinos terrores nocturnos, le hicieron apretar las cuentas con más fuerza. Le vinieron a la cabeza menudencias, pequeños enfados y ataques de ira contra su padre y su madre que no había podido controlar. Se impuso una penitencia y entonces, cuando estaba en medio del avemaría, le sacudió la imagen con un ruido sordo. Zelda se vio a sí misma enredada en unas sábanas, desnuda, tumbada, abrazada a un hombre de cabello negro y largo, y se le cortó la respiración tan bruscamente que soltó un grito de dolor. Las imágenes seguían fluyendo. Las escenas que Zelda se había perdido no querían cesar ni desdibujarse, y fue en ese momento cuando comprendió que se arrepentía más de lo que no había hecho en su vida que de lo que había hecho.

¡Las cosas erróneas! ¡Se arrepentía de las cosas erróneas!

La luz disminuyó, enmarcando las ventanas grises de su dormitorio, y se levantó una leve brisa. A lo lejos, en un campo vecino, oyó el mugido de una vaca y, aunque conocía el origen de ese sonido, visualizó otra cosa. Le temblaron las manos y se quedó de nuevo sin aliento. El ruido se aproximaba y todo su cuerpo se estremeció.

Ella era una casa cayéndose a pedazos: los clavos, uno por uno, se desgarraban de la madera con un sollozo. Las tablas saltaban por los aires como en una explosión, rodando sin fin en el viento lóbrego, lacerando los campos; la casa derruida se precipitaba por la nieve oscura mientras las vigas interiores chillaban «uhú, uhú, uhú», con el jadeo de una mujer pariendo.

Cerró los ojos. La inundó un sorprendente y doloroso resplandor. El hielo se resquebrajó. Su corazón se derretía intolerablemente, como un puño que se fuera descongelando.

¡Había algo más! Sus ojos titilaron y dio varios manotazos al aire. En su mente, alguien estaba allí delante de ella. ¡Otra cosa más! Había oído que ese viejo remedio todavía podría funcionar.

Alguien intentaba matarla. Alguien había dibujado en la corteza un retrato suyo, meticuloso y con todo lujo de detalles, con todas sus entrañas expuestas

en pequeñas cuerdas vacías. Esa persona había frotado sobre esos trazos arcilla roja, ocre, colorete y la espesa sangre de un búho, hasta que los colores llegaron al núcleo de su corazón. ¡Que reviente entonces! Su corazón era una vieja plancha de hierro que colgaba entre sus costillas, caliente y susurrante. No le importaría dejar de cargar con un peso tan grande.

Abandona, ordenó. *¡Abandona!*

Pero su vida se aferraba a ella con tal fuerza que le sorprendió y disgustó. Sacó fuerzas de flaqueza, se levantó en busca de un vaso de agua y su melena, profunda como la lluvia, le cayó por los hombros acartonados. Tenía miedo de mirarse al espejo y descubrir a una anciana con el rostro severo de su padre, así que prefirió escudriñar el alba por la ventana. Pero su padre se encontraba allí, observándola con sus propios ojos, con las llamaradas del amanecer enmarcando su perfil.

Se trataba del mismo fuego que se había retorcido detrás de él treinta años atrás, extraño y repentino, como un muro de dardos explosivos. Las llamas ardieron de nuevo en sus ojos, vergüenza marcada con hierro candente de la casa de Lulu Lamartine, devorada por el fuego. Y allí estaba ella, para verlo y encontrarse con su padre, ella que hubo de llevarle a rastras hasta la casa de su madre, mientras dejaba que ardiera la bruja. Solo que era incombustible.

Tal era el efecto de la pasión en una vida. Zelda asintió, arrastrada por el espectáculo de presenciarlo todo otra vez. Recorrió la silueta de Nector Kashpaw con las manos y la empujó al friso de furiosas llamas. Él había prendido el fuego, que se propagó como un gato saltando por papeles viejos y trapos, antes de ascender por una tubería de gas y destruir la casa de su amante. Para desquitarse, Zelda le iba a destruir dentro de ella. Nunca se mostraría dispuesta al amor, nunca se sometería. Capaz de elegir, de utilizar la cabeza y dejar hambriento su corazón, así era Zelda. Era capaz de arrebujarse toda la noche bajo una manta en una habitación donde su propia respiración subía y bajaba, como una columna de añoranza. Podía existir en la oscura celda de su cuerpo. Era capaz de negarse a sí misma cualquier muestra de ternura, de dulzura no expresada, generosa y desesperada. Podía conseguirlo porque así lo deseaba. Podía vivir en el caparazón de su edredón según se alargaba la gélida noche, también podía dejar que las llamas de un hombre refulgieran y ardieran, refulgieran y ardieran, hasta desaparecer por completo. Observó de nuevo a Xavier, cuyos dedos se consumían como velas, uno tras otro.

Sentía en el corazón punzadas cada vez más dolorosas y volvió a la cama, tambaleante. Estaba segura de que sería capaz de contener esas emociones.

¡Lo había hecho toda su vida! En su lugar, soltó un fuerte grito, como no se lo había permitido al nacer, un alarido que no era sino el viejo deseo, un gañido profundo como el de un árbol arrancado de cuajo en una tormenta. Las raíces brotaban del suelo. Unos brazos curvos arrastraban las rocas hacia la luz. Cuando emergió la raíz principal, con violencia, la mujer se inclinó sobre la cama, convencida de que iba a morir; sin embargo sucedió otra cosa.

Respiró hondo una vez, luego otra, y entonces su corazón se serenó. Oscilaba, como una campana silenciosa. En ese tañido apagado, se le impusieron unas imágenes turbadoras: fotografías borrosas, retratos. Vio a Xavier Toose y sus brazos vendados como palos durante todo un año mientras cicatrizaban dibujando una forma que jamás la abrazaría. Vio su rostro, la rigidez atormentada de aquella sonrisa congelada. Demacrado, exhausto, alcanzó a oírle cuando cantaban con el tambor durante los años posteriores. El se había soltado el pelo, como si estuviera de luto, y la espesa melena le caía por la espalda con un olor animal. Ella se encontraba detrás de él, respirando la oscuridad de su nuca, de su cuello, el aroma a humo, a sudor fresco y viril y a los taninos de sus zapatos de piel. Oyó su voz —libre, grave y ronca—, la voz del espíritu que descendía sobre él cuando cantaba, como la voz en la tienda trémula, invisible, un aullido de gozo. La mujer tenía el pecho incandescente, desgarrado. Le invadió un sentimiento de pudor al recordar aquella vez en que ella se sentó un poco apartada, sin escucharle mucho, mientras él conversaba con unos jóvenes. Le preguntaron cómo había conquistado a tantas mujeres, cuál era su secreto, y él se limitó a levantar su mano tullida.

—Es cierto —explicó—. Yo no tengo todo lo que tenéis vosotros Y sin embargo...

Bajó la mirada, pensativo, hasta concentrarla más abajo de la hebilla del cinturón, de forma que todos los demás ojos siguieron su mirada y fueron testigos de la repentina y dócil tensión que había tenido lugar.

Ella se había apartado de las carcajadas, furiosa. Ahora luchaba contra la verdad al darse cuenta de que lo había amado durante toda su vida adulta con un sentimiento secreto, que no había muerto y que era más fuerte que los ácidos, un fuego no extinguido que había prendido en ella y se había propagado por cada una de sus venas con un ardor constante. Amaba a Xavier Toose.

—Y siempre lo amaré, siempre lo amaré —dijo en voz alta, mientras se golpeaba el pecho con el puño.

Le dio la impresión de ser una persona que suplicaba para ser admitida en su propia e indigna casa. *Mea culpa, mea máxima culpa*. Se golpeaba el pecho sin descanso, repetidamente, con monotonía, hasta que, extenuada, dejó caer el brazo, hasta que se hizo totalmente de día y se quedó dormida.

Despertó lentamente, y la imagen de la pipa sagrada de su padre le vino de pronto a la cabeza. No necesitaba verla ni cogerla, pero la visualizaba nítidamente sobre la encimera. Tierra y cielo, unidos, y el fuego entre ambos ardiendo en todas las criaturas vivas. Permaneció acostada mientras aguzaba el oído en busca de los familiares sonidos cotidianos, los pequeños y gratos ruidos de una mujer cuidando a su hijo, y entonces recordó que estaba sola. Existe un fuego sagrado en todo lo que tocamos, pensó, incluso en las llamas que alimentaban el corazón de mi padre. Atrapada por la angustia, sintió cómo su propio rostro adoptaba la misma profundidad del de su padre.

Era demasiado tarde para que ambos pudieran hacer otra cosa que no fuera fumar juntos la pipa, él y Xavier. Pero esa diminuta acción era posible. Se levantó y se duchó en el pequeño aseo junto a su dormitorio, con la mente más serena a medida que el agua corría por su cuerpo dejándole la piel más suave conforme se enjabonaba y frotaba. Se envolvió la cintura y el pecho con una toalla desgastada. Se secó la densa cabellera, donde aún no se veían excesivas canas, y se cepilló los dientes dos veces. No tenía hambre ni estaba nerviosa. Su corazón era de nuevo manso en su pecho, salvo cuando pensaba directamente en Xavier. Entonces, se abría de par en par como el pico de un pajarillo voraz, listo para ser alimentado.

Cuando su coche entró en el patio del hombre junto al Matchimanito y se detuvo, Zelda fue de pronto consciente de lo extraña y anómala que resultaba su visita. Habían pasado treinta años. No habían intercambiado una sola palabra, y al pensar en lo que ella podría decirle, se llevó la mano a la mejilla, incómoda y asustada. Sus actos serían inexplicables, el comportamiento de una loca. Aun así, no dio media vuelta con el coche sino que permaneció sentada en él durante largo tiempo mientras escrutaba la casa en busca de alguna señal. Era una vivienda pequeña, construida artesanalmente, no una caja prefabricada del Gobierno sino una vieja cabaña como la suya, apuntalada a lo largo de los años. Estaba minuciosamente pintada y despejada de nieve, que se amontonaba a ambos lados del camino. Zelda sabía que Xavier tenía herramientas especiales, diseñadas para sus brazos, que podía hacer cualquier cosa, que nunca creía ni consentía que se le tratara como a un

hombre a quien le faltaba algo, sino que, al contrario, siempre parecía que tenía más que los demás. Los jóvenes acudían a él y le buscaban, de la misma manera que ella le buscaba ahora. El se había simplificado el corazón.

Divisó un movimiento en la cortina de la ventana y, a continuación, apareció Xavier. Aunque no habían vuelto a mirarse a los ojos desde que ella le rechazara bajo el aliento de los caballos y aunque ambos eran más extraños el uno para el otro que dos desconocidos, Xavier no mostraba la menor incomodidad cuando se acercó a ella. Llevaba una gruesa chaqueta de caza roja y negra, botas de cuero y una vieja gorra. Se inclinó hacia la ventanilla y el rostro de Zelda se encendió en el suyo, como si los rasgos del hombre desprendieran calor. Unas profundas arrugas fruto de los años surcaban su rostro, desde la comisura de los ojos hasta la barbilla, donde se replegaban como un abanico labrado, dibujando simétricos pliegues. Se sostuvieron la mirada durante mucho tiempo y, mientras permanecían totalmente inmóviles, una paz misteriosa descendió sobre ellos. Una intensa luz refulgió sobre Zelda, pero la mujer no se estremeció. Sus manos se alzaron del volante, livianas, para esbozar un gesto, pero no se sentía desvalida. Salió del coche y permaneció delante de Xavier, sintiéndose nueva como si estuviera desnuda, pero no estaba avergonzada. Se encaminaron hacia la casa y dejaron la pipa en su funda de cuero en el asiento delantero, bien sujeta como un niño.

Capítulo veinticuatro

Lipsha

Soy un perro enloquecido que se muerde a sí mismo para despertar un poco de compasión

Nos encontramos en Metro Drug en el centro de Fargo, matando el tiempo mientras esperamos el momento propicio. Cuando el siguiente tren se detiene en la estación Amtrak, dos manzanas más al norte, se nos ocurre que tal vez haya un coche aparcado allí fuera con las llaves puestas. Ésa es nuestra esperanza, pero no nos atrevemos a acercarnos demasiado a las vías. Nunca he robado algo tan grande como un coche y tengo que reprimir mis pensamientos constantemente. Deambulo por los pasillos del gran establecimiento comercial sólo para escuchar los ecos de villancicos grabados por los altavoces mientras Gerry hojea una revista con el ceño fruncido.

—Quizás exista Santa Claus —comenta Gerry—. Quizás tengamos suerte. Me alejo de él y, entonces, en vez de la suerte, veo el pájaro.

Crees que lo sabes todo de ti mismo, como por ejemplo, cuánto dinero sería necesario para inducirte a robarlo. Cómo reaccionarías si te pillaran. Pero entonces te descubres planeando el robo de un coche al tiempo que sales por la puerta con un tucán de peluche. Soy incapaz de explicar por qué, pero lo asumo. Tal vez sea para calentar motores con vistas a un hurto mayor o para ver si me pillan, lo cual sucede. O quizá solo sea para distraernos a ambos, cosa que también ocurre.

Y también está Shawnee Ray. Pienso en la Navidad y en lo bonito que habría quedado este pájaro debajo de su árbol. En cuanto veo el tucán, desearía haberlo ganado para ella en una feria, aunque no hayamos ido nunca a ninguna. Me veo lanzando media docena de pelotitas blandas y derribando cada una de las jarras de leche de madera, o si no, lanzando anillas. Pero, claro, no se gana nunca porque esas cosas llevan un lastre o están mal

calibradas, y eso no es más que otra excusa. Yo jamás habría conseguido ese tucán para Shawnee Ray porque, en general, la vida es una estafa.

Cojo el ave.

Fuera, en la calle, llega a su fin este deprimente, gris y desapacible día. Comienza a caer una fina nevada que esparce un polvo blanquecino sobre unas matas de hierba dura, pero sin cubrir nada. La hierba amarillenta del año pasado todavía permanece visible en los bulevares. La temperatura ha subido en las últimas horas. Me gusta el olor del aire, la tierra reseca, e incluso la amenaza de una nueva nevada, en la penumbra de la noche que comienza.

El inevitable transeúnte engreído se gira para mirarme y luego a Gerry, que camina delante hacia la estación de tren y no se ha percatado de mi pequeño robo de poca monta. El pájaro es realmente enorme y peludo, con un llamativo color verde bajo las enormes y blandas alas y unas gruesas y rellenas patas de color naranja. No sé por qué venden algo tan extraño como esto en Metro. Puede que se trate de una gran promoción, puede que sea una liquidación de lo que ha sobrado después de las fiestas. Y entonces el gerente se pone a gritarme desde la puerta. Ya he recorrido la mitad de la calle cuando le oigo:

—¡Vuelve aquí!

Es posible que además me señale con el dedo, aunque no es necesario porque destaco completamente, y más aún cuando empiezo a correr.

Adelanto a Gerry mientras echo un vistazo por encima del hombro, y él da un respingo como si le hubiesen pegado un tiro y se pone a correr a toda velocidad, totalmente despabilado, hasta alcanzarme.

Al principio, sujeto el pájaro debajo del brazo, pero me desequilibra, de modo que lo aprieto contra el pecho. No es mejor idea. En retrospectiva, debería haberlo tirado, haberme escabullido y esfumado. Por supuesto, no hago nada de eso —si no, nada de lo que sucedió habría acabado mal. Coloco el pájaro en los hombros y lo sujeto por los hinchados pies debajo de la barbilla; después, me lanzo, como si fuera a por la medalla de oro. Mis piernas se aceleran. Salto los bordillos de las aceras, esquivo a ancianos enfundados en largos abrigos grises y a bebés en sus cochecitos, salgo disparado y paso por encima de varios capós hasta que llego a la estación de tren, un galpón Quonset de aluminio, nuevo, justo al lado del antiguo edificio de ladrillos. Es nuestra meta, después de todo, así que me deslizo por la puerta y miro por la ventana, en el momento en que un tren se aproxima por las vías, resollando y susurrante.

Una creciente muchedumbre nos sigue junto al gerente. Hay un agente de policía, un par de vagabundos y varios transeúntes. Discuten ruidosamente todos a la vez mientras hacen grandes aspavientos con los brazos, para ilustrar el tamaño del tucán, y nos pisan los talones.

Y entonces se produce nuestra racha de buena o mala suerte —no hay forma de saberlo—. Gerry se detiene a mi lado, jadeando, dispuesto a todo. En ese momento, un coche blanco entra en el aparcamiento con una sólida baca de plástico anclada al techo. Un hombre se baja rápidamente, tal vez con prisas por recoger a algún familiar, y deja el coche abierto con el motor encendido. Nos deslizamos fuera de la estación y nos detenemos junto al coche. En ese momento parecen arrastrarnos los acontecimientos. Levanto los goznes de la baca de plástico y afianzo bien el pájaro. Nadie repara en nosotros. Envalentonados, Gerry y yo subimos al coche con aire despreocupado, y Gerry se pone al volante. Mete una marcha y empezamos a movernos y a salir marcha atrás del aparcamiento. Gerry cambia de marcha y se detiene en el cruce para mirar a ambos lados.

Allí estamos, en un coche. No es nuestro, pero eso, de momento, no importa. Llegamos a la esquina y miramos calle arriba. Está despejada. Miramos hacia el otro lado, donde un grupo de personas siguen discutiendo mientras intentan describirnos con las manos. Tanto de un lado como del otro, la carretera nos conducirá fuera de la ciudad.

Gerry deja el coche en punto muerto y me mira, preguntándome con el gesto hacia dónde girar.

Ya sé que no deberíamos presentarnos en la reserva, no con Gerry ni con el tucán, y menos aún con el coche, pero la verdad es que no tenemos otro sitio adonde ir. Pienso en el pájaro. De algún modo, Shawnee Ray nos ha metido en este lío, me digo a mí mismo, aunque sé perfectamente que se trata más de un deseo mío que de un pensamiento sensato. Quizá sus descarriadas hermanas accedan a acoger a mi padre, a esconderle y a ayudarnos a cruzar la frontera. Le indico, por lo tanto, el norte con la cabeza y Gerry toma el desvío; pero entonces surge una nueva complicación, aunque en su momento no me doy cuenta de ello, cuando el hombre de la estación, el que ha dejado el coche abierto, aparece de repente en el retrovisor.

Acabamos de arrancar cuando oigo un golpe seco detrás. Menuda sorpresa. Imaginaos. Allí está, pegado al maletero, como por unos imanes. El hombre extiende los brazos y se agarra a los raíles de la baca, se afianza y se tumba a lo largo de la luneta trasera. Es un hombre bajito y joven. Por la ventana lateral, diviso sus botas, unas Dr. Martens azules, que dan patadas al

aire, y el borde de su abrigo negro. Le oigo chillar con una desesperación inhumana que horroriza tanto a Gerry que pisa a fondo el acelerador.

Debemos de pasar muy veloces delante de todo el mundo, pero parece como en un sueño, como a cámara lenta. Veo la cara de la gente, que se queda boquiabierta al vernos mientras extiende los brazos para intentar detenernos. Cuando doblamos una esquina, el hombre se cae rodando, como una foca en el agua. Sale disparado del maletero y tira a los transeúntes que le siguen hasta formar una pila debajo de él. El hombre se encuentra en sus regazos, que lo retienen. Lo recuestan como si se tratara de un torpedo vivo y se lanzan corriendo detrás de nosotros.

—Escandinavos —explico a Gerry, porque la tía Zelda estuvo casada con uno—. No sueltan prenda.

Tengo ganas de gritarles: «Vale, lo he robado. ¡Se ha esfumado! Además solo es un pájaro de peluche barato y aparcaré el coche. Lo juro».

—Comprobaremos la gasolina en Devils Lake. No te agobies, papá.

Hablo como si todo estuviera bajo control. Señalo la ruta pintoresca y la enfilamos a toda velocidad, pero ya conozco el paisaje de todos modos. Nos encontramos cerca del río cuando sucede lo peor que podía pasar, cuando de pronto comprendo la angustia del hombre con los ojos desorbitados que daba fuertes golpes con los talones. Entiendo el gesto demudado de las personas congregadas allí y sus voces clamando: «... bebé».

En el asiento trasero suena un berrido.

Tengo una primera reacción: no sé lo que estoy oyendo. Creo que es un animal, un problema mecánico, cualquier cosa menos lo evidente. Gerry detiene el coche en el arcén y yo me vuelvo histérico. Sigo sin percatarme de que se trata de un bebé, porque no estoy nada puesto en los equipamientos modernos. Está sentado en algo redondo y sólido, con forma de un gran balón de fútbol americano, al que va atado con correas en el pecho y la cintura, firmemente sujeto con un cojín acolchado. Me figuro que es un varón porque va vestido de azul. Su mantita muestra dibujos de bates de béisbol y palos de jockey volando. Sobre su cabeza cuelga una anilla romboide de plástico donde se balancean, fuera de su alcance, unas cuantas llaves y pelotas brillantes.

El niño tiene una cara pequeña y morena, casi cobriza, y sus dedos, abiertos y pegados a las mejillas, son diminutos como las patitas de un gorrión. Hay un biberón de zumo en una bolsa a su lado. Extiendo el brazo e introduzco la tetina en la boca del bebé, y el chiquillo se pone a succionar, pero no puede sujetar el biberón solo.

—¡Que no se te caiga! —le advierto mientras el coche arranca y da un bandazo.

Gerry enfila la carretera con la respiración entrecortada.

—Larguémonos de aquí.

—Deberíamos dejar al crío —sugiero.

—No, nos lo quedamos.

Gerry sale de allí a toda mecha. El niño vuelve a llorar y ojalá supiera cómo apaciguar su sufrimiento. Sé que percibe la confusión que reina en el ambiente, la extrañeza de la situación y la amenaza que planea sobre él. Siento que debería convencer al crío de que todo irá bien, pero no sé cómo, ni tampoco estoy muy seguro de ello. Mentiría si dijese que lo estoy. Gerry tiene que aminorar la velocidad para sortear el tráfico. Las sirenas nos adelantan a toda prisa de camino a la autopista interestatal, con un estruendo que me deja patidifuso. Este coche, con el bulto en el techo, resulta demasiado llamativo. Le digo a Gerry que tal vez deberíamos abandonarlo en el viejo Kings Leos y salir corriendo. Pero después, dejamos el lugar atrás. El cielo se oscurece poco a poco sobre nosotros, amenazante, y se me ocurre ahora que es muy posible que caiga una nevada de verdad. Una Navidad blanca como la música en mi cabeza. Sé que Gerry se acordará sin duda de cómo conducir sobre la nieve y este coche tiene buenos neumáticos, puedo notarlo. Se adhieren a la carretera y no patinan. Sencillamente avanzan, canturreando, los cuatro juntos en esta dirección común, tan monótona que, al cabo de un tiempo, todo parece de nuevo normal.

El bebé deja de berrear y se queda dormido. No debería estar aquí. Tengo que hacerme cargo de la situación. De nada sirve querer dar marcha atrás en el tiempo y repetirme: «Para empezar, no deberías haber robado ese maldito pajarraco», porque lo hice y punto, y después, veréis, es como si me dejara llevar por los acontecimientos conforme van presentándose.

Por supuesto, unos cuantos kilómetros más adelante, nos está esperando un coche de policía, algo que sabíamos que sucedería, pero no si lo tendríamos delante o detrás de nosotros. Pero ahora ya conocemos la respuesta. El coche patrulla sale de un camino de tierra, comienza a darnos las luces y a perseguirnos. Nos ponemos a ciento treinta, luego a ciento sesenta, y avanzamos, más y más, hasta el punto de que la nieve helada, acumulada en los campos, desfila ante nosotros como largas bufandas, y los copos plateados, surgidos de ninguna parte, se arremolinan a nuestro alrededor, y lo que se abalanza hacia nosotros es una hornada de polvorienta carretera.

No tengo tanto miedo, pero ahora comprendo por qué estoy seguro de que no emplearán las armas contra nosotros: el bebé. Me cuesta creer, sin embargo, que Gerry decidiera que nos lo quedáramos con ese fin y aparto esa idea de la cabeza, pero no deja de atosigarme una y otra vez. Seguimos avanzando hasta que, tras tomar un desvío y cruzar un paso a nivel, oigo cómo las correas de la baca se sueltan con un chasquido. Me giro y observo el pájaro, precipitándose de cabeza, como si cayera del cielo, enorme y mullido, una mancha violeta que hunde su pico amarillo en el parabrisas del coche de policía, obligándole a salirse de la carretera, derrapar, dar una vuelta de campana y caer de nuevo con tanta fuerza que el vehículo se queda ahí, totalmente varado.

Reducimos la velocidad hasta ciento treinta. La jauría también nos suelta los talones y se me ocurre que el coche ya no resulta tan fácil de identificar. Debería de haber caído en ello en un primer momento, pero entonces el pájaro no se habría desprendido para atacar. Más o menos a estas alturas, y ya que el tucán se ha esfumado, comienzo a pensar que tal vez no merezca la pena alejarse más. Quizá debiéramos detenernos en la próxima granja, abandonar el coche, dejar al crío con alguien y largarnos campo a través. Empiezo a creer sin titubeos que si me presento ante Shawnee Ray, incluso con las manos vacías, incluso con un delincuente convicto, no me pondrá de patitas en la calle. Tendrá que dejarme pasar y dormir en el sofá. Doy un salto en el tiempo. Ella vivirá con otro hombre algún día, un tipo con mucho mundo. No tardará en acudir a restaurantes y zoológicos, en acampar en plena naturaleza e ir a esquiar. Conocerá cosas nuevas y yo seguiré siendo el mismo que era el día antes de recibir aquella llamada de teléfono de mi padre. Así que me alegro de lo ocurrido con el tucán, pues me habría puesto en ridículo, presentándome allí con un peluche como un chaval del instituto, cuando sus gustos se están sofisticando. Debería de enviarle bombones en una cajita roja y verde. Ojalá lo hubiese hecho. Y entonces, miro más allá de la carretera que se extiende ante mí y me doy cuenta de que está nevando con ganas.

De entrada, no se trata de una nevada corriente. Es como ese cuento infantil de segundo de primaria, en que el cielo se cae y hay que avisar al rey. Se está cayendo. Me digo a mí mismo que no pasa nada, que se desplome. Gerry sigue conduciendo. Ya sé lo que vais a decir y que os preguntaréis qué pasa con el niño del asiento trasero, con ese bebé que no tiene ni siquiera un año.

Porque tiene una edad y todo eso, pero ¿qué iba a saber yo de esas cosas?
Gerry habla con el crío. Le dice con voz extraña:

—Cabroncete, ¿qué estás haciendo tú aquí?

—No le llames cabroncete.

Mi estado de ánimo se hunde. Abro la ventanilla. La nieve cubre el parabrisas y no puedo divisar la carretera delante de nosotros. Me fijo en el arcén e intento seguir la línea blanca antes de que un torbellino de nieve la oculte. Mi concentración desaparece cuando el bebé se pone a berrear. Su llanto me inunda los oídos. Brama y oigo el viento chillando como chillaba su padre aferrado al maletero; pero hay algo en ese bebé que es como un lastre dentro de mí, más pesado que una estrella encogida y más antiguo que la gravedad. No me molestan los berridos porque tienen sentido en esta situación, y le comprendo de algún modo: su sufrimiento y su querencia por las cosas conocidas y seguras. Puedo darme cuenta de que sabe que algo va mal, de que su mundo está jodido, en algo esencial.

El cielo ennegrece, la nieve parece casi sólida en el aire, y nos aproximamos a una visibilidad nula. Tenemos el cielo en plena cara. El coche es un juguete hueco y luchamos por mantener el rumbo hasta que nos topamos por casualidad con un quitanieves. De hecho, por poco nos chocamos con él, pero vislumbro el tenue resplandor de sus faros y luces de emergencia. Gerry suelta un grito y golpea el volante, por lo que el bebé vocifera todavía con más ganas. Despacio, con firme beligerancia y deliberada parsimonia, el quitanieves avanza delante de nosotros hacia el norte con un gruñido. Como un corpulento y torpe ángel, como un transatlántico, con un plañido metálico y un aspecto fúnebre, el quitanieves hiende las olas y nos abre paso en la tempestad.

Caemos en la estela que va dejando y nos quedamos allí, aferrados, mientras surca la inmensidad que se extiende más allá. Reducimos la velocidad cuando él aminora el paso y nos detenemos cuando se detiene para recobrar el aliento, antes de seguir adelante y adentrarnos en las profundidades de la noche. Pasa retumbando delante de luces, granjas y silos iluminados. No perdemos su trasero de vista y respiramos más relajados. Gerry me pide que le encienda un cigarrillo y, aliviado, despacio, da una larga calada. Ahora todo parece muy sencillo y, durante ese breve instante, tengo la impresión de que estamos a salvo. No importa que hayamos robado un coche, sin mencionar al bebé, que necesita que le acunen y le den de comer, no importa lo que vaya a ocurrir después.

Me doy la vuelta para mecer el huevo de plástico y tranquilizar al bebé diciéndole que la situación está mejorando, pero tengo que dejar ahí la mano porque noto que el coche da un bandazo con una sacudida cuando otro

vehículo aparece a nuestro lado. Surgido de la nada, como una estrella, se precipita en un surco del viento. Este coche desprende luz propia, un destello de fuego y color azul profundo, y se mantiene a nuestro lado, casi centelleante en el muro de nieve. Avanza en paralelo a nosotros, capea las ventiscas imposibles y flota sobre ellas como un esquife silencioso, azul hielo.

Supongo que debería de quedarme más pasmado de lo que estoy al constatar que se trata del coche de June y que ella lo conduce. Divisamos su silueta, apenas un contorno, con la cabeza alta, las manos en el volante y el codo apoyado en la ventanilla abierta. Su pelo es una red negra y lleva la espalda muy recta. Vemos cómo se encoge de hombros una vez y sonrío en medio de las nubes y la escarcha.

Mi padre se inclina hacia delante, aprieta el volante y exclama con voz ronca y atónita:

—¡June!

La llama y la urge a que se detenga, aunque por supuesto ella no puede oírle. Entonces comienza a seguirla y se aleja de la seguridad y la salvación que supone el quitanieves. Se desvía. Me inclino, atrapo el volante y forcejeo para intentar hacerme con él y, durante un instante, consigo enderezar el rumbo. De pronto estoy temblando y congelado de miedo. Mi padre entrecierra los ojos para aguzar la vista por el parabrisas, en busca de él, serpenteando para divisarla entre las cortinas de nieve irregular. La desea tanto que su deseo me embarga a mí también y no puedo contenerle porque yo mismo estoy atrapado en esa ansiosa necesidad. Da un bandazo para enfilar la estela del coche azul. Lo sigue incluso cuando se aparta sosegadamente del camino del quitanieves y abandona la superficie oscura de la autopista.

La nieve está tan apelmazada debajo de nosotros que continuamos campo a través a buen paso, siguiendo sus luces traseras, que brillan y parpadean mientras avanzamos sin cortapisas por el terreno totalmente plano que discurre a lo largo de la autopista. Por supuesto, de cuando en cuando, el suelo se hunde, socavado e incierto. Cada vez que vacilamos, me vuelvo hacia Gerry y abro la boca, pero cada vez, antes siquiera de que pueda disponerme a discutir, me golpea el hombro y me grita que no le detenga. Está fascinado, como hechizado, y ya no quiere hablarme ni se da cuenta de que los surcos se estrechan hasta fundirse en uno solo, antes de ensancharse y pasar de ser huellas de neumáticos a ninguna huella y, posteriormente, a nieve virgen.

En un repentino claro de la ventisca, el coche de June se detiene delante de nosotros. Vemos cómo nos espera serenamente, con las luces apagadas, sin

hacer nada, inmóvil y sombrío. Al igual que en un dibujo animado, como cuando Dumbo se echa a volar y se percata que no debería de estar en el aire, Gerry se deja llevar por el pánico y quedamos atrapados en la nieve.

—¿Papá?

Hay un silencio. No contesta. Solo vuelve la cabeza lentamente y me mira con gesto de triste perplejidad y difícil elección. Quiero pedirle que no se vaya, pero mis labios están yertos, petrificados y cerrados. Sus ojos son profundos y las sombras en su rostro me rugen en los oídos, azules, desvaneciéndose y desapareciendo de mi vida, como succionados por la creación. La luna renegrida se refugia en alguna parte, aterrorizada, detrás de la violencia de la tempestad. Respiro hondo en el humo rancio y la desesperación de mi padre, pero el ya está medio fuera del coche. Se abalanza en el vendaval resplandeciente de luz y azar. Se siente atraído por June, perdido en la fuerza vertiginosa de sus propios sentimientos.

La puerta se cierra de golpe. Me quedo allí durante un momento, esperanzado, mientras observo la escena. Le veo deslizarse en el asiento del copiloto del coche azul y, después, una pequeña pausa, hasta que se encienden las luces delanteras. No es que él no me quiera, lo sé, sino que su propio deseo es demasiado profundo para que pueda resistirse. Las luces largas de June hienden el aire y abren espacios en el viento oscuro, hasta que el coche se pone en movimiento. Lo sigo con la mirada hasta que la nieve se abate sobre nosotros sin piedad hasta cubrir el parabrisas.

Me encuentro en medio de la nada, en una tormenta que puede durar tres minutos o tres días más. Y no os olvidéis de esto: el coche que hemos robado es blanco. De lo más difícil de localizar. No logro recordar lo que dicen los periódicos cada otoño ni los consejos que ofrecen para sobrevivir en una tormenta de nieve. Si conviene permanecer en la carretera dentro del coche o salir a pie en busca de ayuda. Además está el bebé. Sé que no debería dejar el motor encendido y gastar todo el combustible y la batería, pero eso es lo que hago durante un tiempo. Me deslizo en el asiento trasero, desato al niño de su silla con forma de huevo y le cojo en brazos. La calefacción ruge, aunque la tengo puesto en mínimo, y bajo la corriente de aire caliente, me siento de pronto muy cansado.

Pienso en mi padre y en mi madre, en lo que me han enseñado acerca del frío, por lo que no debo tenerle miedo. Sin embargo, el bebé no sabe nada de esto. El frío penetra para quedarse. Y la gente te abandonará, seguro. No hay

vuelta atrás, no es posible regresar al pasado. Solo hay vacío a nuestro alrededor y tú estás en medio de él, como si tararearas desde lo más profundo de un pozo, como nada igual, hasta que te hagas daño, hasta que te vuelvas un perro enloquecido que se muerde a sí mismo para despertar un poco de compasión. Porque no amaina. Ninguna mano desciende sobre ti. Ninguna mujer se inclina hacia ti para cogerte en sus brazos.

Mi padre me dio su última lección durante esas horas, aquella noche. El y June, mi madre, siempre han estado dentro de mí, sombríos y rutilantes; su ausencia tenía casi el tamaño de una moneda, algo con lo que me he tropezado y resbalado siempre. Y cuando eso sucede, exclamo, absolutamente desconcertado: «¿Qué es esto?». Y lo que nunca he sabido hasta ahora es que se trataba de una diminuta placa de hielo que alguien había puesto allí.

Que sea lo que Dios quiera cuando nos encuentren; me quedo acurrucado junto al bebé. La calefacción se apaga de golpe y el motor da el último suspiro. Me revuelvo en el asiento en busca de cualquier cosa que pueda mantenernos calientes y encuentro unas pequeñas mantas, tamaño bebé. Sé que la noche será larga y que tal vez no acabe nunca. Pero al menos puedo decir, mientras caigo en un letargo, mientras el frío se adueña de mí, mientras estrecho al bebé más fuerte contra mi pecho dentro de la cazadora y subo la cremallera, que este niño jamás ha sido abandonado. Me muerdo mis propias manos como el perro, pero ya no las siento. La estrella fugaz se aloja en mi boca, un fuego gélido que centellea en la nada, pero al menos este bebé jamás habrá estado solo. Al menos siempre habrá tenido a alguien con él, aunque haya sido tan solo un don nadie como yo, un inútil, un fracasado de la reserva.

Mientras el sueño me vence, casi me alegro de que las cosas hayan tomado este curso. No tengo miedo. Una senda desconocida se abre ante nosotros y una pista vacía se cierra detrás. La nieve va cubriendo nuestras huellas y, después, sigue fluyendo como la marea. No hay rastro de dónde estuvimos. Ni tampoco flechas que señalen el lugar adonde nos dirigimos. Somos el movimiento sin huellas, la luz invisible, el pensamiento sin una sola palabra para expresarlo. Agua derramada, cerilla encendida. Antes de la nada, somos el momento.

Capítulo veinticinco

La detención de Lulu

Se cuenta que ella los estaba esperando cuando los agentes federales llegaron hasta su puerta, sigilosamente, sin apenas hacer chirriar los neumáticos en la nieve. Los demás no habíamos tenido el más mínimo indicio ni preaviso, ni un remoto presentimiento, pero aun así estábamos casi todos despiertos en la gélida oscuridad de un día que comenzó con un brusco descenso de las temperaturas. Ese frío polar nos quemaba los pies bajo las mantas. Tiritando, nos arrebujábamos más y más. Los huesos viejos necesitan cuevas calientes. Fuera, en los resguardados pasillos y tras las puertas, oímos el movimiento, el taconeo de las botas, el ruido de su invasión, pero la mayoría de nosotros nos dimos la vuelta para sumirnos en un sueño que pronto duraría para siempre. Soñamos los sueños de juventud y nos perdimos el principio de lo que ocurrió: nos perdimos la detención de Lulu.

Por supuesto, siempre teníamos a Josette Bizhieu para contarnos lo sucedido. Teníamos a Marie Kashpaw, que mantuvo la calma ignorando con una sonrisa a quienes la interrogaban. Teníamos a Maurice Morris —un hombre de mundo como le gustaba llamarse—, que regresaba justamente a su apartamento cuando los agentes federales entraban por la puerta de la vivienda de Lulu.

No llamaron a la puerta, no le dieron la oportunidad de que elaborara una respuesta, sino que tiraron la puerta abajo y la encontraron sentada allí, lista. Y preparada. Todo estaba perfectamente organizado para su llegada. No cabe la menor duda sobre eso, absolutamente ninguna. Ya que ¿quién sino ella habría estado ataviada con sus mejores galas, vestida con el traje tradicional de terciopelo negro y sedoso, adornado con flores del bosque bordadas con perlas —roja rosa, corazón amarillo, hojas blancas y pétalos centelleantes? ¿Quién más se vestiría como Lulu? Sujetaba en la mano el abanico de plumas de cola de águila de un blanco inmaculado: cuatro, bien rectas, en su mano de

abuela sexy. De la muñeca del otro brazo colgaba un pequeño bolso bordado de perlas, repleto de cosméticos, papeles y documentos de identidad. La desarmaron de todo ello y, a punta de pistola, registraron con rudeza sus preciadas pertenencias.

Pongamos que encontraron un cuchillo, un arma, que hallaron algo además de esa maquinaria y esos paquetes de periódicos y documentos del Congreso, que ella citaba mientras se quedaba con nuestro dinero cuando jugaba a las cartas. Pongamos que encontraron una caja de cerillas de Illinois, unas esposas serradas, alguna prueba directa de que su hijo había ido a verla. O pongamos que no hallaron nada de nada, pero que la maternidad en sí ya era más que suficiente.

Fuera cual fuera el razonamiento, la interrogaron. Y ante esa idea, no podemos hacer más que reír.

Ocultamos nuestra sonrisa con las manos, para ser educados con nuestro Gobierno, por el cual han muerto y sufrido tantísimos de nuestros hombres, y de nuestras mujeres también; pero no podemos evitar decir que era una causa perdida para ellos ofrecerle a Lulu Lamartine un poco de su propio café, de su propia cafetera, en el fogón de su casa, preguntarle si quería sentarse en su propia silla y animarla para que se sintiera como en casa en su propio domicilio. No servía de nada encender las grabadoras y sacar lápices y papel. Pues ¿qué pregunta iban a hacerle después de todo? ¿Qué pregunta obtendría una respuesta fidedigna, una verdad, cuando su hijo y su nieto estaban en juego? ¿Qué verdad salvo la propia verdad de Lulu? ¿Qué otra respuesta cabía?

Tal vez pensaran que los indios vestían siempre de ese modo. Quizá creyeran que los indios se ataviaban así para irse a la cama por la noche. Nadie mencionó ni reparó en el traje de Lulu, ceremonial y atrevido, como si la mujer estuviera preparada para recibir altos honores. Sus mocasines, a los que siempre llamaba obras de arte, estaban hechos de piel de ciervo ahumada y curtida con exquisitez. Las puntas presentaban unas diminutas rosas bordadas y el interior estaba forrado con una blanca piel de conejo. Y mientras tanto, los demás llevábamos zapatillas de andar por casa y finas batas acolchadas. Con la oreja pegada a las puertas, nos llamábamos en voz baja unos a otros, mientras temblábamos de frío. Bajo su vestido de *powwow*, Lulu llevaba unos calzoncillos largos rojos, estábamos seguros de ello. El invierno no nos trata bien a los viejos y ella había previsto las corrientes de aire —¿quién no lo habría hecho?— que ocasionarían la operación policial y el registro.

Esos federales eran muy listos. No cabía duda de que eran competentes. Habían investigado muchos casos difíciles, perseguido a muchos delincuentes y resuelto numerosos crímenes que nos habrían dejado sin habla a nosotros, corrientes chippewas. Sin embargo, el hecho es que nunca se habían topado con Lulu. Y por esa razón, estuvieron largo tiempo interrogando un pez en el río, pasaron todavía más tiempo hablando con una tortuga dentro de su caparazón, intentaron intimidar a un tejón hembra que vigilaba la entrada de su escondrijo y, después, engañar a una coyote anciana que trotaba lejos de las huellas dejadas por sus crías. Pasaron horas, en las que habrían hecho mejor en perseguir al cauteloso fugitivo, haciéndole a Lulu la misma pregunta, de múltiples maneras, hasta que pareció derrumbarse, con las manos temblorosas mientras se abanicaba con fingida angustia.

—Sí, sí —murmuró—. Ha sucedido algo.

Consiguieron una historia. Pasó una hora, luego otra, pero resulta muy frustrante interrogar a una anciana con lagunas de memoria. Bajo la conmoción, confunde el pasado con el presente y no recuerda la edad que tiene su hijo ahora, ni cuándo, exactamente, sucedieron los hechos que todos esos hombres inteligentes y avezados le describen, y entonces, claro, cuando hacen venir a una mujer más comprensiva surge una enorme cantidad de datos confusos, sobre los pormenores y las particularidades de las costumbres de su hijo, así como sobre su comportamiento de niño, que habían sido tan llamativos en su momento.

Sus cabezas dan vueltas y, entonces, justo cuando comienzan a alzar las cejas con cierto recelo, lo recuerda todo perfectamente.

—Por supuesto, por supuesto que estuvo aquí. Volvió a casa.

Al oír esas palabras, evidentemente, aguzan el oído y las grabadoras zumban, pero entonces la cordura la abandona, la pobre anciana desfallece, cae redonda como muerta y ha de ser reanimada con una taza de café recién hecho.

—¿Adonde va a ir? —dice al despertar.

Horas más tarde, resulta que la mujer acaba de regresar tras llevarle en su propio coche hacia el norte, al otro lado de la frontera. ¿Dónde? Aquello lleva bastante más tiempo averiguarlo. Ella intenta ayudar pero el mundo se torna difuso, pierde nitidez y todo se mezcla en su cerebro que funciona a trompicones, aunque frunce el ceño con su mejor voluntad y canturrea a menudo para sí misma, de forma exasperante, para ayudar a su memoria.

—¿Dónde? ¿Dónde?

Sonríe distraída, en su propio espacio y tiempo quizá, aunque es posible que la policía la tenga al fin acorralada. Quizá sea cierto que se les ha acabado la paciencia, o que han comprendido por fin que están jugando con un gato que esconde sus afiladas garras. Han buscado huellas dactilares por todas partes. Han examinado cada superficie en busca de algún resto de uña o cabello. Han registrado todos los cajones y palpado todas las paredes. Han escudriñado todas sus pertenencias, una por una. Incluido el cartel de «Se busca», enmarcado con esmero.

Se lo habíamos dicho, la advertimos de que había obrado mal. La reprendimos para que leyera el aviso y prestara atención al rótulo; le señalamos que escondía una propiedad del Gobierno robada. Por ese delito, se la llevaron al final, la detuvieron, pero con una especie de ceremonia que no nos ha sorprendido a ninguno de nosotros, porque ella lo había planeado así. ¡Y todo a la perfección! Para entonces, al otro lado de la puerta, en el pasillo, un sinfín de destellos luminosos y chasquidos de obturadores de cámaras fotográficas. Todos los periódicos de Dakota del Norte. Para entonces, ya han llegado los agentes de la policía tribal. La policía chippewa. ¿Problemas de jurisdicción? Desde luego, montones por los que preocuparse.

Y allí va Lulu Lamartine, perfecta para una *powwow*, con las muñecas esposadas pero sin soltar el abanico de plumas de águila. Lulu Lamartine, rodeada y escoltada por fornidos agentes, como si fuera a escapar, y ¡tan frágil! ¡Arrastrada de una residencia de ancianos! Lulu Lamartine, que atrae a los perros en la dirección equivocada, que desvía la atención al crear un altercado que retumba por todo el estado y que, con su historia, envía a los agentes a una nueva persecución inútil. Es perfecto, es pecaminoso, y cualquiera de nosotros podríamos haberles dicho que se estaban adentrando en algo parecido a un bosque laberíntico al hablar con esa mujer.

Deberían haber dado marcha atrás mucho antes. No deberían haber arrestado a la mujer, que esgrimía sus muñecas esposadas con humilde dignidad. No deberían haber permitido que hiciera lo que hizo, aquello que salió en todos los telediarios de la noche, en todo el país.

En el pavimento helado de la acera, Lulu Lamartine se pone a bailar la danza tradicional de la anciana, un paso sencillo y a la vez complejo por su equilibrio, y sobrecogedor. Baila con una furia contenida, exactamente como una Pillager de antaño. Y después, al llegar a la puerta del vehículo policial, justo antes de que la empujen en el interior, levanta el abanico. Se hace un silencio y las cámaras se ponen a grabar. De su boca sale el bramido de la anciana, el grito de victoria que nos pone la carne de gallina en la nuca. Los

micrófonos pitan. Los niños lloran. Un gigantesco escalofrío recorre al público al son de Lulu, feroz e implacable. ¿Qué podemos hacer? Con el aliento contenido y el corazón encogido, no podemos evitar unirnos a ella.

Capítulo veintiséis

La mañana de Shawnee

Se habían desplazado varias piedras o corrido la tierra debajo de la casa, o tal vez las viviendas universitarias eran como la mayoría de las construcciones nuevas: baratas y mal edificadas. Fuera cual fuera la razón, Shawnee se despertaba congelada todas las mañanas. Recorría tiritando el apartamento con una taza de café en una mano y algún trapo o toalla en la otra, y casi siempre encontraba el origen de la fría corriente antes de despertar a Redford. Rellenaba las grietas entre los marcos de las ventanas y las paredes de escayola con pequeñas toallas. Todas sus camisetas de verano aislaban las heladas y negras baldosas por donde pasaba la maraña de tuberías hasta el cuarto de baño de cemento. La mayor parte de su ropa interior formaba un ovillo dispuesto debajo del alféizar de una ventana con orientación noroeste. Se iba despojando poco a poco en pro de las paredes, estrujando pañuelos y calcetines contra los dedos filiformes del viento.

Y entonces, una mañana, con una sensación de calor, se despertó de un sueño. Sin duda habría conseguido subsanar todos los fallos del constructor. Las ventanas mostraban una capa de escarcha con pálidas filigranas de heléchos, centelleantes y misteriosas. El sueño todavía era vívido, y se topó con Lipsha.

Queda tan poco tiempo, apenas la tibieza de un aliento.

La joven se llevó la mano a la cara y aspiró una bocanada de aire. Aturdida, pegó sus dedos candentes en el cristal helado y los mantuvo allí aunque la escarcha la estuviera abrasando. Mientras miraba por el hueco derretido de la ventana, advirtió que había caído una fuerte nevada durante la tormenta de la pasada noche. El mundo aparecía cubierto por un grueso manto y se había detenido con una repentina paz.

Por la radio anunciaban multitud de cancelaciones, clases suspendidas, guarderías cerradas. No habría reparto de leche. Cambió de cadena y

sintonizó un canal musical, y oyó que Gerry Nanapush seguía en paradero desconocido. Redford y ella comieron cereales a puñados y bebieron el zumo con trizas de pulpa congelada en el lateral de la botella. Hacia media mañana, no hubo más noticias. Gerry Nanapush seguía prófugo. Un rehén hallado sano y salvo. Apagó la radio y, cuando Lyman llamó, puso a Redford al teléfono. Le habló con gran seriedad, concienzudamente, de todos sus proyectos. El sol brillaba a través de las esponjosas nubes. Después de la conversación telefónica, tomaron un almuerzo consistente en más cereales, y Shawnee Ray enfundó a Redford en su acolchado mono de esquí, le puso unas gruesas manoplas de lana y le calzó las botas en sus pies forrados con tres pares de calcetines. Salieron juntos, y Shawnee tuvo que despejar la enorme masa de nieve con forma de delfín que había cubierto la parte delantera del coche. Ésa era una tarea que le gustaba, y a medida que se agachaba y sacaba paladas de nieve, se sentía más y más eufórica, y, junto con su hijo, removieron la nieve hasta que al niño le dolieron los pies del frío.

De vuelta a casa, Redford se quedó dormido, mientras Shawnee desplegaba con cuidado sobre la mesa de la cocina diversos patrones, tejidos y diseños, y se puso a trabajar, primero bajo la luz crepuscular y, después, bajo el resplandor de la lámpara. Estaba haciendo una camisa con flecos para Lipsha, a modo de intereses por su préstamo, cuya cantidad total se hallaba ahora a buen recaudo en un sobre manila. Una tela de calicó marrón con ribetes de color azul, crema y salmón: encajaba el cuello en los hombros mientras discurría cómo reunir los flecos en el canesú. Había pensado atar una alianza de baratijas en el extremo de uno de los flecos. Como una broma, solo que no lo era. La ausencia de Lipsha suponía un dolor constante. Quizá comprara dos alianzas con esos doscientos dólares.

Retales de otros proyectos —de raso turquesa, negro y amarillo— se hallaban esparcidos por el suelo y se revolvían con cada patada impaciente que propinaba a la mesa. Había empezado a pintar y a dibujar, y tenía sus cajas repletas de telas pulcramente apiladas sobre la mesa. Mientras esbozaba mentalmente el diseño de la camisa de Lipsha, sus pensamientos comenzaron a divagar. En lo más hondo de su ser, una parte de ella se mantenía alerta. De vez en cuando, el viento soplaba con fuerza en la calle, agitando una guadaña, espolvoreando nieve por las tablillas de madera y arrojando escurridizas nubes a la noche oscura. Cuando el aire golpeaba con saña el cristal o raspaba los muros astillados de la vivienda, Shawnee Ray alzaba los ojos y fijaba la mirada en el cristal negro, interpelando a las presencias invisibles.

En su sueño, Lipsha y ella se habían besado con una alegría natural, un beso largo y profundo. Parecía todavía tan real que podía percibir el olor a tabaco de su cazadora. Cerró los ojos, y los labios de Lipsha volvieron a rozar los suyos una vez, y luego otra, y después dibujaron una flor sombría.

Capítulo veintisiete

Los huesos de los Pillager

En lo más crudo del invierno, Fleur Pillager salió fuera. Según aquellos que acudieron a verla, los mismos que se presentaron para arrebatarse la casa con documentos firmados, la anciana debía engrasarse las articulaciones con una fina grasa que guardaba junto a la puerta para poder moverse. Examinaron los detalles, descifraron lo que podían y se imaginaron el resto. Después de frotarse los codos y las rodillas con la grasa de oso, prendió una ramita de salvia, inhaló el humo puro y cerró los ojos. Se sentó entonces en el frágil y mortecino calor de la casa hasta que el sol alcanzó el cénit en el centro del tejado. Entonces, ajustó sus finas trenzas debajo de un pañuelo blanco y se incorporó, feroz y encorvada. Se enfundó los brazos lentamente en las mangas de un abrigo negro de corte elegante, que olía a hojas quemadas y a cedro. El suave forro, de un raso pesado como una manta, le envolvía los hombros. El cuello era una voluta de piel suave. Se detuvo un momento, con el ceño arrugado y el rostro hundido en la desgastada tela; después, descolgó de la pared un par de viejos mocasines infantiles de Lulu y los guardó en el bolsillo. Los diminutos zapatos de piel tenían minúsculos agujeros para que, en el caso de que la muerte asediara a Lulu, su madre pudiera objetar: «Mi hija no puede acompañarte, mira, fíjate en los agujeros que tienen los mocasines. El viaje es demasiado largo para ella. Ahora vete». Los propios mocasines de Fleur, que llegaban hasta la rodilla y tenían bordada una lazada de flores, estaban forrados con la piel de varios conejos que ella misma había atrapado, de un blanco impoluto. Su sombrero estaba tejido con plumas de búho. Deslizó las manos en unas manoplas de cuero.

No se llevó las paredes escritas, ni el inventario del almacén. No se llevó el batiburrillo de documentos de su mesa, ni el cabecero, ni las paredes, ni la oscura y vetuada escritura de los leños amontonados, ni la cama. No se llevó los periódicos amarillentos, quebradizos como alas de mariposa, con los

márgenes llenos de garabatos, ni los horarios de los trenes atados, ni las sábanas de lino ni los salvamanteles emborronados. No. Dejó la vieja y codiciada cabaña tal cual, así como todo lo que había escrito en ella, para que nosotros lo encontráramos. Fleur Pillager solo recogió aquellas cosas que la habían acompañado toda su vida.

En el exterior, en uno de esos días gélidos y luminiscentes que suelen suceder a las virulentas tormentas de nieve, la mujer se marchó pensando en el muchacho, allá fuera. Contrariado, ocupaba su lugar. Unas estrellas de escarcha centelleaban bajo el sol en el patio cubierto de nieve, y el trineo que sacó a rastras del cobertizo, un simple marco de madera cargado con paquetes envueltos en pieles, también presentaba una fina capa titilante. Sus pendientes, anillos verdes y plateados, refulgían a la altura de su rostro aguileño e inmutable. Los patines de madera, que elevaban levemente el cuerpo del trineo, crujían sobre la superficie compacta y blanca conforme avanzaba la oscura silueta de Fleur, perforando el aire resplandeciente.

Las orillas del lago Matchimanito aparecían perfectamente heladas hasta su ancho labio de roca, y el implacable viento de la noche había tallado la nieve en la superficie formando pequeñas crestas blancas, delicadas como conchas. La isla en el centro del lago representaba otro corazón de oscuridad hacia el que se dirigía Fleur, arrastrando su trineo de huesos.

Durante toda la tarde hasta el anochecer, que caía rápidamente, caminó sin cesar. Con paso ligero y decidido, primero, y más lento, después, haciendo numerosas pausas. Tenía la respiración entrecortada como una sierra y el aire gélido le laceraba los pulmones. Había una cueva en la isla y, en aquel lugar, su primo la aguardaba con una sonrisa, sentado en su silla de calaveras, esperando a que la mujer se instalara en la blancura y el polvo enloquecido junto con todos sus parientes. Con paso seguro, pausado y preciso, avanzaba entre los dos surcos dibujados por el trineo. Se detuvo en el aire inmóvil y aguzó el oído.

Sus hermanas discutían y se peleaban, arrojaban los huesos de ciruelas silvestres marcados como dados y se jugaban entre ellas sus anillos, perlas y pulseras de cobre. Su abuela, Cuatro Almas, que había dado a Fleur el gravoso regalo de sobrevivir a casi todos sus seres queridos, canturreaba en voz baja con sus delgados brazos abiertos, a la espera. Nanapush se encontraba allí para acariciarle la cara y volvía a ser un hombre joven otra vez, enhiesto como un olmo, mientras impregnaba de polen sus hábiles manos y hablaba sin descanso. Con una ramita de pino, su madre peinaba el cabello de su padre, que le caía por los hombros. El hijo que había perdido gimoteaba,

acunado por el abrazo seguro del viento, que se filtraba con un remolino y barría la cueva donde Moses Pillager había dormido con su hijo y su único amor entre él y el *windigo*. Mientras caminaba sobre las heladas olas, podía sentir el fondo del lago combarse bajo sus pies. El agua temblaba mientras dormía. Al detenerse para recobrar el aliento, notó cómo los años resbalaban de sus brazos y, mareada, reunió todas sus fuerzas, a punto de llorar al comprobar lo mucho que le quedaba todavía por recorrer.

Fue entonces cuando la antigua fortaleza que tanto le había servido en tiempos difíciles se apoderó de ella, la levantó y la depositó de nuevo en el camino immaculado. En los días posteriores, habría quien afirmara haber encontrado sus huellas y haberlas seguido para ver dónde cambiaban, para observar cómo la pisada se ensanchaba y la garra imprimía la nieve. Otros oyeron elevarse unos cánticos, llenos de fervor, canciones antiguas que no se han vuelto a entonar desde aquel invierno. Pero ya hay suficientes cosas inexplicables, no necesitamos más. Sus huellas deberían haberse borrado. Sus pisadas deberían haberse cubierto de nieve. Se las debería haber llevado el viento junto con aquellas roncas canciones de los muertos salvajes que no podemos acallar. De algún modo, deberíamos haber aprendido a no interferir en lo que está más allá de nosotros. Y sin embargo, en algunos días claros y resplandecientes y en algunas noches de estrellas negras, vuelven a aparecer entre nosotros las huellas de Fleur, una vez más, y se comenta que todavía sigue caminando.

Comprendemos que, desde su isla, cuando el lago se vuelve sólido y profundo, ella recorre las distancias con facilidad y regresa rozando la superficie para observarnos en nuestros hogares iluminados. A buen seguro observa nuestras manos con su mirada submarina cuando repartimos las cartas sobre un tapete verde, cuando ahogamos el pasado en nuestra querencia por la suerte, cuando el dinero se nos amontona, cuando prendemos fuegos y llevamos a cabo nuestras guerras personales para decidir qué hacer con tanto peso, cuando progresamos en nuestras propias e inestables esperanzas.

Ella no golpea las ventanas ni deja huella alguna de sus garras en los aleros o las puertas. Simplemente tose, despacio, para anunciar su presencia. Habéis oído la risa de un oso: ése es el resoplido que podemos percibir, y resulta inconfundible. Sin embargo, por mucho que nos esforcemos en descifrar aquel sonido, nunca es del todo comprensible ni alivia nuestra certeza o nuestra sospecha de que aún no está todo dicho y de que hay algo más de lo que sabemos, algo más de lo que somos capaces de retener en el tamiz de nuestros pensamientos. Pues aquel día oímos las voces, los cantos y

los sonoros alaridos con que recibieron a la vieja dama cuando llegó a esa oscura isla de pinos, y, toda la noche, nuestros corazones latieron al son del tambor del espíritu, durante aquellas angustiosas horas en que cuestionamos nuestras propias vidas.



Louise Erdrich nació en Wahpeton, Dakota del Norte, en 1954, y descende de alemanes e indios chippewas. Se graduó por el Dartmouth College en 1976 y se dedicó unos años a la enseñanza entre otras en la Johns Hopkins University, donde se doctoró en escritura creativa. En 1984 publicó un libro de poemas, *Jacklight*, y, al año siguiente, su primera novela, *Filtro de amor*, que recibió tres premios importantes: el **National Book Critics Circle Award for Fiction**, el **Premio Kaufman** para la mejor primera novela y el **Los Angeles Award** para la mejor novela de 1985. En 1986, apareció *La Reina de la Remolacha*, que la consagró definitivamente. Sólo faltaba un éxito de venta tan rotundo como el de la crítica.

Además de los ya mencionados ha seguido cosechando premios a lo largo de sus numerosas publicaciones, concediéndole en 2012, por su novela *La casa redonda*, el premio nacional de literatura **National Book Award for Fiction**.

Notas

[1] *Powwow*: reunión cultural de la comunidad india. (*N. de la T.*). <<

[2] Little Shell: nombre de una tribu de indios chippewas de Montana. (*N. de la T.*). <<

[3] SORT: *Special Operations Response Team*: organización de ayuda ante situaciones de emergencia, sin ánimo de lucro. (*N. de la T.*). <<

[4] Mezcla de tabaco y hierbas empleada en ceremonias indias. (*N. de la T.*).
<<

[5] En inglés «cómo» se dice «how», que se pronuncia *jau*; de ahí el juego de palabras «how, how, how», pronunciado *jau, jau, jau*. (*N. de la T.*). <<

[6] Juego de «calentamiento» que se realiza antes de la sesión regular programada. (*N. de la T.*). <<

[7] Montaña del gran cielo, lema de Montana. (*N. de la T.*). <<

[8] Gideon's Internationals: organización cristiana evangélica que, entre otras cosas, distribuye pequeñas biblias en habitaciones de hoteles y moteles. (*N. de la T.*) <<

[9] Tabaco de mascar en polvo que se vende en cajas de metal. (*N. de la T.*) <<

[10] Desfile y baile con el que empieza cada *powwow* donde son presentadas todas las tribus participantes. (*N. de la T.*) <<

[11] Salsa dulce a base de encurtidos que suele acompañar los perritos calientes. (*N. de la T.*) <<

[12] Hijos de Noruega, asociación cultural sin ánimo de lucro. (*N. de la T.*) <<